

La versión digitalizada de esta obra se publica con permiso de los herederos legales de su autor bajo licencia Comunes Creativos BY-NC-ND. Se permite descargar la obra y compartirla con otras personas, siempre que se reconozca su autoría (BY). No se puede utilizar comercialmente (NC) ni se puede cambiar de ninguna manera (ND).

AMBROSIO HUICI MIRANDA

HISTORIA MUSULMANA DE VALENCIA Y SU REGION

NOVEDADES Y RECTIFICACIONES

III

Ayuntamiento de Valencia

1970

AMARONO HUICI MEXANDA

HISTORIA MUSEOLMIA

DE

VALLENTIA Y SU REGION

MONUMENTOS Y RECONSTRUCCIONES

III

Depósito Legal: V-4318 - 1969.

Impreso por ANUBAR

Darío de Valcárcel, 7.º de la ciudad de

VALENCIA - 11.

I

VALENCIA BAJO LOS ALMORAVIDES

1. EL RECONQUISTADOR ALMORAVID DE VALENCIA

La ocupación almorávid

Pocas eran las noticias que teníamos hasta ahora de los hechos y méritos del reconquistador musulmán de Valencia, Mazdali, que para las Crónicas y fuentes cristianas era apenas más que un nombre seco sin ninguna personalidad. Al hablar de la evacuación de Valencia, después de la muerte del Cid, los *Anales Toledanos Primeros* ni siquiera lo citan y se limitan a decir: "el rey don Alfonso dexó deserta a Valencia, en el mes de marzo, era MCXL [año 1102]"¹. Anotan su conquista del castillo de Oreja, al certificar escuetamente que "el rey moro [no era más que gobernador de Granada] Azmazdali prisó Oreja, era MCLI, [año 1113]". Finalmente

¹ Página 344 de mi reedición en las *Crónicas latinas de la Reconquista*.

certifican la arrancada o derrota en que los concejos castellanos "mataron a Azmazdali e morieron muchos de los almoravedes en janero; era MCLIII, [año 1115]"¹.

Personalidad de Mazdalī

Hoy, gracias al descubrimiento de nuevos legajos de *al-Bayān al-Mugrib*, podemos perfilar y dar relieve a la múltiples y gloriosas actividades de este importante personaje almorávid, que salido de las vastas soledades del Sahara atlántico, se hizo uno de los más importantes y fieles colaboradores de Yūsuf b. Tašfīn y de su hijo ʿAlī, hasta ser llamado la punta de lanza de su imperio y el cordón de que se valían para ensartar las perlas de sus victorias.

Se han dado diversas genealogías a la dinastía almorávid, y hasta se la ha emparentado con la tribu de Ḥimyar en el corazón de la Arabia, pero Ibn al-Šayrafī, el historiador de la dinastía y su contemporáneo, nos asegura que por más investigaciones que ha hecho sobre el linaje de los Lamtūna saharícos, no ha podido pasar de Turġūt o Turgūt, el patriarca, a partir del cual se diversifican sus varias ramas. Nietos suyos fueron los tres emires de Lamtūna, Yaḥyaʿ, Abū Bakr y Yūsuf, quienes, a su vez, eran primos entre sí por ser sus padres ʿUmar y Tašfīn hermanos. De otro hijo de Turġūt nació Ḥasan, padre de Mazdalī, quedando así establecidos los vínculos familiares de todos estos emires, pues los almorávides daban el nombre de emir a todos los parientes de la familia gobernante, y el de caíd a los personajes lamtuníes, a quienes se confiaban altos cargos; y con esos dos grupos de colaboradores gobernaban su imperio, norma y ejemplo que siguieron los almohades, cambiando el nombre de emires por el de sayyides; y el de caídes, por el de jeques.

¹ Cfr. *Anales toledanos segundos*, p. 358 de mi reedición.

Apenas se independiza Yūsuf b. Tašfīn en Marrākuš, elige a Mazdalī, su primo, y bisnieto como él de Turġūt, para hacer de él uno de sus más eficaces colaboradores en la obra de someter y pacificar a Marruecos y el Norte de Argelia. Una vez terminada la fundación de Marrākuš, Yūsuf lo envía el año 1073 con un ejército a la zona de Rabat [Salé], cuyas tribus se le someten sin lucha ni asedio¹. Satisfecho Yūsuf con este brillante e incruento resultado, lo pone a los dos años, el 1075, al frente de otro ejército, que somete, también sin resistencia a Tremecén y depone a su reyezuelo, el emir al-ʿAbbās b. Yaḥyaʿ al-Zanati². Vuelto a la capital tiene Mazdalī, al año siguiente (1076) que desempeñar una delicada misión diplomática. Yūsuf, el futuro emir de los musulmanes, que no había sido más que uno de los caídes o generales del emir sahariano Abū Bakr y que, al retirarse éste al desierto para hacer la guerra a los negros idólatras del Sudán, se había quedado en Marrākuš como su lugarteniente, se independizó y fue proclamado soberano. No consta con claridad, si de acuerdo o contra la voluntad de su señor.

El hecho es que a los cuatro años de haberse retirado Abū Bakr al desierto para guerrear contra los negros del Sudán, su hijo Ibrahīm, gobernador de Siġilmāsa³, se presentó en Agmāt, cerca de Ma-

¹ Cfr. IBN IPĀRĪ, *al-Bayān al-mugrib*, página 60 del texto árabe y 35 de mi traducción en *Nuevos fragmentos almorávides y almohades*.

² Cfr. página 61 del texto y 60 de la traducción de *al-Bayān al-Mugrib*. El *Rawḍ al-qirtās* retrasa la toma de Tremecén cuatro años, hasta el 472 [1079], haciendo que Māzdalī la ataque con 20.000 almorávides y se apodere de ella, para luego, olvidándose de lo que acaba de afirmar, lleve a Yūsuf en persona a conquistarla.

³ Esta protesta contra el despojo, arroja una nueva luz sobre el relato demasiado cortesano en favor de Yūsuf, al darle el poder en el Magrib, y demuestra que tanto Ibrahīm como su padre sólo cedieron a la fuerza para renunciar a sus derechos.

rrākuš con gran acompañamiento de almorávides para reclamar el poder de que habían sido desposeídos legalmente, tanto él como su padre. Al saberlo Yūsuf, envió a Mazdalī para que se entrevistase con él y lo disuadiese de su demanda sin necesidad de recurrir a la fuerza. El hábil y fiel Mazdalī, mucho más inteligente que ese Ibrāhīm, hijo de una negra, supo hacerle ver su situación y el peligro que corría de acabar encarcelado, si no se mantenía en razón; le ofreció grandes regalos, que aceptó, como los había aceptado su padre, y le hizo volver al Sahara con gran satisfacción de Yūsuf. Una gran laguna en el texto del *Bayān al-Mugrib* no nos permite seguir los pasos de Mazdalī hasta veinticinco años más tarde. Entre tanto sólo sabemos por *Mafājir al-Barbar*¹ [Las glorias de los Beréberes] que Yūsuf b. Tašfīn lo nombró primer gobernador almorávid de Córdoba, el año 1091, al ser tomada, el 27 de marzo y ser muerto su gobernador al-Ma'mūn, hijo de al-Mu'tamid de Sevilla. Tampoco tenemos noticias de lo que pudo hacer Mazdalī en los diez años que mediaron hasta que lo encontramos al frente del ejército que sitia a Valencia, derrota a Alfonso VI en Cullera y se cubre de gloria, al rescatarla para el Islam, tras ocho años y mes y medio de ocupación cristiana.

A raíz de esta victoria, decidió Yūsuf b. Tašfīn proclamar ese mismo año a su hijo ʿAlī en Marrākuš, heredero y sucesor suyo², solemnidad a la que

¹ Cfr. edición LÉVI-PROVENÇAL, p. 81-2.

² No fue costumbre entre los almorávides respetar la primogenitura en la proclamación del príncipe heredero. Yūsuf b. Tašfīn sucedió a su primo, el emir lamtūnī, Abū Bakr, y no respetó la reclamación de este Ibrāhīm, cuando se presentó en nombre de su padre; y al designar Yūsuf su propio sucesor, prescindió del hijo de Zaynab, al-Muʿizz bi-llāh, su primogénito, y de Tamīm, el mayor, que vivía en esa fecha; y nombró a ʿAlī, más joven. Este, a su vez, propuso e hizo aceptar a Sīr, y desterró al Sahara a su primogénito Abū Bakr, que protestó de su postergación

asistió ʿImād al-dawla, hijo del rey de Zaragoza. Al año siguiente (1103) pasó a al-Andalus para confirmar ese nombramiento en la Península; recorrió todas sus regiones, incorporó a sus dominios el pequeño reino de Albarracín, y dejó en paz al de los Banū Hūd en Zaragoza, en virtud del pacto de amistad firmado con ellos en Marrākuš y confirmado en Córdoba con ocasión de la reciente proclamación de ʿAlī¹. Durante su estancia en la Península, recorrió Yūsuf todas las regiones que le obedecían. Debió pasar, también, por la reconquistada Valencia, aunque las fuentes árabes no lo afirman explícitamente. Sólo sabemos que comparó a al-Andalus con un águila, al decir que su cabeza era Toledo; su pico, Calatrava; y su pecho, Jaén; sus garras, Granada; y sus alas: la derecha, el Algarbe; y la izquierda, Levante. Al nombrar a ʿAlī, le impuso la obligación de equipar 17.000 caballos en la Península, distribuidos en las consabidas regiones; o sea, 7.000 en Sevilla; 1.000, en Córdoba; 1.000, en Granada; 4.000, en Levante; y el resto, en las fronteras para la defensa y protección de los castillos opuestos al enemigo cristiano².

y que acabó encarcelado en Algeciras. Al morir Sīr en 533 [1138], nombró a Tašfīn, que fue proclamado por unanimidad; y Tašfīn, poco antes de derrumbarse su trono, hizo proclamar a su hijo Ibrāhīm, que era un niño y que fue suplantado por su tío Ishāq, hermano menor de ʿAlī, en Marrākuš, para morir a manos de los almohades. (Véase ʿAlī y sus empresas en al-Andalus, p. 79-80.)

¹ Sobre la proclamación de ʿAlī y las relaciones diplomáticas entre Marrākuš y Zaragoza, véase la tesis doctoral del libanés ʿAFIF TURK, *El reino de Zaragoza en el siglo XI de Jesucristo y V. de la Hégira*, y mi estudio sobre los Banū Hūd y los almorávides. *Nuevas aportaciones* (Zaragoza, 1962).

² Cfr. *Al-Ḥulal al-mawṣiyya*, p. 64-5.

Mazdalī, gobernador de Tremecén

No sabemos cuanto tiempo permaneció Mazdalī, en su reconquistada Valencia, ni si se ocupó de reparar las ruinas e incendios que provocaron los castellanos al retirarse. Pero debió quedarse muy poco en ella, pues a los dos meses de haberla recobrado, nombraba Yūsuf, el 18 de julio del 1102, su primer gobernador almorávid a Abū Muḥammad °Abd Allāh b. Fātima, llamado Balanyulān. Pero ese mismo año, antes de regresar a Marruecos y dar por terminada su cuarta venida a al-Andalus, al acordarse de la afortunada actuación de Mazdalī, cuando el año 1075 se apoderó de Tremecén sin lucha, gracias a sus extraordinarias dotes diplomáticas, se decide a nombrarlo su gobernador con plenos poderes para solucionar el conflicto creado entre su anterior gobernador, Tašfin b. Tingamār, y el señor de Bugía, que se hacían la guerra. Mazdalī volvió a tener un nuevo y brillante éxito, reconciliando a ese rey de Bugía, al-Ma'mūn, con el poder almorávid, y siguió de gobernador de Tremecén hasta que murió Yūsuf b. Tašfin el año 1106.

Acude entonces a Marrākuš para reconocer y prestar obediencia al nuevo gobernador °Alī b. Yūsuf, y al pasar por Fez consigue que Yahya', hijo de Abū Bakr, el primogénito de Yūsuf y sobrino de °Alī, renuncie a disputar a éste el trono. Da este ejemplo de fidelidad en un momento en que también se habían negado a reconocer a °Alī, el gobernador de Granada, Abū Bakr b. Ibrahīm¹, y el de Córdoba Mu-

1 No menciona *al-Bayān al-mugrib* ninguno de los dos intentos de rebelión contra la subida al poder de °Alī b. Yūsuf. El emir Abū Bakr Ibrahīm llegó como gobernador a Granada nombrado por °Alī, e intentó independizarse, hecho que anota IBN AL-JATĪB (en la *Iḥāṭa*, edic. de El Cairo, II, 245), pero los granadinos se le opusieron y lo enviaron preso a Marrākuš. °Alī, dando una prueba bien insólita de la suavidad de su carácter, conocida y alabada por los cronistas, le perdonó y lo desterró

Hammad b. al-Ḥaṣṣ¹. Ninguno de los dos fue secundado por sus subordinados; y °Alī, que los destituyó y desterró, se dispuso inmediatamente a pasar a al-Andalus para cortar esos brotes de rebeldía, como lo había hecho poco antes en Fez. Nombró gobernador de Granada a su fiel e incapaz hermano mayor, Tamīm, quien el año 1107 acabó de pacificar los á-nimos y se dedicó a preparar la expedición contra Uclés, en al que fue muerto el infante don Sancho, hijo de Alfonso VI.

Mazdalī, gobernador de Granada

Nada más sabemos de la actuación de Mazdalī en Tremecén hasta el año 1111, en que es nombrado gobernador de Granada, en sustitución del inepto Tamīm, y se agregan a su jurisdicción las provincias de Córdoba y Almería. Prepara Mazdalī una expedición contra Guadálajara, a la que ataca el año siguiente (1112), sin lograr tomarla; razzia sus alrededores y regresa con gran botín a Córdoba; pero sus enemigos personales lo acusan ante el emir de los musulmanes °Alī b. Yūsuf por su negligencia y fracaso. Es destituido de la jefatura de los almorávides en al-Andalus por orden emanada de Marrākuš; y, al recibirla, se traslada a la capital de Marruecos, logra justificarse ante el emir y es restablecido en el mando de Granada y Córdoba. Pasa el mar y se dirige a Sevilla, donde consigue que su gobernador, Sīr b. Abī Bakr, bisnieto como él del pa-

a Fez, donde lo tuvo en residencia forzosa, hasta que lo envió a Murcia, como sucesor de Ibn °Ā'īša, que había perdido la vista, y probablemente la razón, al ser derrotado en el Congost de Martorell el año 508 [1114].

1 Los cordobeses secundaron en principio su negativa, pero luego lo abandonaron, probablemente al pasar ese mismo año °Alī al-Andalus (cfr. IBN AL-ABBĀR, *Muḥjam*, tomo IV de la "Biblioteca árabe-española", p. 193).

triarca Turýūt, le preste el concurso de sus tropas, que, unida a las de Granada y Córdoba, más los soldados llegados del otro lado del Estrecho y los voluntarios y mercenarios que se le agregaron, le permitieron formar un gran ejército y entrar en tierras toledanas, para desquitarse del fracaso sufrido en Guadalajara.

El *Bayān al-Mugrib*¹ sólo dice que arrasó la región y se excedió en la ruina, regresando triunfante a Córdoba. Los *Anales Toledanos Segundos*² puntualizan que el año 1113 tomó a Oreja, y la Crónica de Alfonso VII, sin señalar más fecha que el reinado de doña Urraca, expone que el rey-gobernador de Sevilla, el de Córdoba y los demás reyes, o sea gobernadores y príncipes de los almorávides que residían en al-Andalus, reunieron un gran ejército de jinetes, peones y ballesteros, con el que entraron en tierra de Toledo y tomaron el castillo de Aurelia [Oreja] con gran número de muertos y cautivos cristianos; tomaron también el castillo de Zurita, y por el mismo tiempo cayeron, según esa Crónica, en poder de los almorávides Coria y Albalat en Extremadura³. La campaña se llevó a cabo antes del mes de abril del 1114, en que muere Sir, gobernador de Sevilla, quien, como hemos visto, dio las tropas de su jurisdicción a Mazdalī, pero no tomó parte en la campaña, contra lo que afirma el cronista de Alfonso VII.

Muerte de Mazdalī

Al año siguiente volvió Māzdalī a atacar la Sagra de Toledo, en julio del 1114, saqueando Peginas, Ca-

¹ Cfr. p. 25 del texto y 138 de mi traducción.

² Cfr. p. 358 de mi reedición.

³ Cfr. *Cronica Adefonsi Imperatoris*, edic. SÁNCHEZ BELDA, páginas 293-95.

banas y Magán para derrotar en el mes siguiente, lunes (3 de agosto), a Rodrigo Aznar en Polgar, topónimo desconocido. Poco duraron los éxitos de Mazdalī, pues al año escaso de triunfar en Oreja y de morir el emir Sir¹, cayó en el campo de batalla en el mes de marzo del 1115, peleando con los castellanos en las cercanías de Mastana, a una jornada al norte de Córdoba. Su cadáver fue llevado a Córdoba, al día siguiente, pues cayó muerto el martes; y llegó su cadáver a Córdoba el miércoles. Queda así desvirtuada la afirmación de Menéndez Pidal, que localiza esta batalla en Cocentaina, cerca de Alcoy, en la provincia de Alicante². 'Alī b. Yūsuf, al recibir con gran pesar la noticia de la muerte de Mazdalī, dio a sus dos hijos, 'Abd Allāh y Muḥammad, los gobiernos de Granada y de Córdoba que había desempeñado su padre, pero apenas se había instalado Muḥammad b. Mazdalī en el gobierno de Córdoba, volvieron los castellanos a entrar en su zona; y al salir el nuevo gobernador contra ellos, se trabó un sangriento combate, en el que murió, el jueves 26 de julio del 1115, a los tres meses de haber caído su padre. Con él fueron muertos los emires Muḥammad b. al-Ḥāyḡ, gobernador de Zaragoza, Abū Ishāq b. Dāniya y Abū Bakr b. Wāsinū, todos parientes de 'Alī. Perecieron, también, en este duro encuentro, del que sólo da cuenta *al-Bayān al-Mugrib*³, cerca de ochenta personajes almorávides y muchos mercenarios y soldados andaluces.

¹ El emir Sir había sido uno de los principales colaboradores de Yūsuf y pariente suyo por afinidad, pues estaba casado con Hawwa, hija de otro Tašfīn, que era hermano, de madre solamente, de Yūsuf, y al mismo tiempo primo suyo, porque al morir el Tašfīn, padre de Yūsuf, ocupó su lugar su hermano 'Alī; y por ser tío de ambos, resultaron primos.

² Cfr. *La España del Cid*, t. II, p. 580, nota 2. Los *Anales Toledanos Primeros* fechan también su muerte en el mismo año, pero sin concretar el mes.

³ Cfr. p. 77 del texto árabe y 144 de mi traducción.

Al tener noticia de este gran descalabro, que señala con las derrotas que le preceden y le siguen el gran viraje que experimenta la lucha contra los almorávides, durante el reinado de Alfonso VII, dió 'Alī el gobierno de Córdoba al emir Abū Bakr b. Yaḥya', hijo de su tío Yaḥya', que era hermano de su padre Yūsuf por su madre. Apenas llegó a Córdoba, volvió el mismo enemigo cristiano a repetir sus algaradas. Salió contra él Abū Bakr b. Yaḥya' y pidió socorro al gobernador de Granada, 'Abd Allāh b. Mazdalī, pero al alcanzar a los castellanos en la zona de Baeza y trabar combate¹, fueron de nuevo derrotados los almorávides con grandes bajas, el 11 de noviembre del 1115, con lo que fueron tres las derrotas sufridas este año en el curso de ocho meses. Los *Anales Toledanos Segundos*² dan cuenta de la primera, pero no de las otras dos. Los últimos descendientes de Mazdalī son: Sīr, que después del 1131 va contra los almohades en el Gran Atlas y es derrotado; Abū Bakr b. Mazdalī es gobernador de Tremecén en 1142-3, y huye con Tašfīn para refugiarse en Orán, al ser asaltada Tremecén y morir loco a los pocos días. Así termina trágicamente y desaparece con el imperio almorávid la descendencia del infortunado y glorioso reconquistador musulmán de Valencia.

1. Al que ninguna otra fuente, ni árabe ni cristiana, hace referencia, más que *al-Bayān al-mugrib*, en mi traducción *Nuevos fragmentos* (p. 144).

2. Cfr. p. 358 del tomo segundo de mi reedición.

2 EL PRIMER GOBERNADOR ALMORAVID DE VALENCIA, 'ABD ALLĀH B. FĀTIMA

Su nombramiento

La vida política de Valencia durante la dominación almorávid, apenas nos es conocida más que por la actuación de sus gobernadores en sus relaciones con el poder central de Marruecos y las campañas que emprenden contra los cristianos¹. Y aún esas actividades bélicas carecen en general de relieve, y pasan, en gran parte innominadas en nuestras crónicas latinas. Las nuevas fuentes árabes, a que he aludido al tratar de Mazdalī, el reconquistador de Valencia, me impelen a seguir más de cerca los pasos de estos grandes colaboradores en el gobierno del imperio almorávid, e incluso señalar las ramificaciones de su árbol genealógico. Ya hemos visto que, a los dos meses de recobrada Valencia, nombra Yūsuf b. Tašfīn, el 18 de julio del 1102, su gobernador a 'Abd Allāh b. Fātima², quien al ver la buena voluntad con que los valencianos aceptan la autoridad almorávid y se dedican a reparar los daños causados por los castellanos, antes de retirarse, se propone anexionar el frontero reino de Zaragoza, gobernado por los Banū Hūd, y acabar con su dinastía, como se había hecho con los demás reinos de taifas.

Sin pedir órdenes a Marrākuš, deja un lugarteniente suyo en Valencia y se dirige a Zaragoza con

1 Véase mi trabajo *Los Banū Hūd de Zaragoza, Alfonso el Batallador y los almorávides*, p. 2-3 (Zaragoza, 1962).

2 Según *al-Bayān al-mugrib*, p. 62 del texto árabe y 102 de mi traducción.

un cuerpo de caballería de mil quinientos jinetes, decidido a enfrentar al emir Yūsuf b. Tašfin con el hecho consumado de entrar en ella por la fuerza, destronar a su rey al-Musta^cin e incorporar sus dominios al imperio almorávid. Yūsuf no había pensado todavía en anexionarse esa frontera o marca superior, tanto por su posición excéntrica, como por el freno que para esa expansión suponía la presencia del Cid y sus castellanos en Levante. Para celebrar el gran triunfo de la reconquista de Valencia, decidió Yūsuf, como hemos visto, proclamar a su hijo ^cAlī, heredero del trono; y el rey de Zaragoza, al-Musta^cin, que hasta entonces no se había visto en peligro de ser invadido por los almorávides, se dio cuenta de la amenaza que para su independencia suponía la ocupación de Valencia; y aprovechó esta ocasión para rendir homenaje al emir de los musulmanes y a su hijo ^cAlī, y firmar con ellos un pacto de amistad y buena vecindad.

No consta qué relaciones diplomáticas pudo haber entre ambos gobiernos con anterioridad a la reconquista de Valencia, pero ahora podemos concretar las causas y la fecha de la embajada extraordinaria que al-Musta^cin envió desde Zaragoza a Marrākuš para asistir en la capital a la solemne proclamación del príncipe ^cAlī¹. La componían su hijo ^cImād al-dawla y los visires Abū-l-Asbag y Abū ^cĀmir, quienes además de grandes regalos, le llevaron a Yūsuf una carta del rey de Zaragoza en la que le decía: "Nosotros estamos entre vosotros y el enemigo cristiano, como un muro para que no lleguen hasta vosotros sus daños e impedir que seáis heridos. Nos hemos contentado con vuestra paz; contentaos, por vuestra parte, con ella, además de lo

1 Cfr. *al-Hulal al-mawšiyya* (p. 60-61) e IBN AL-JATĪB (en *A'māl al-A'lām*, p. 200-201). Véase ^cAFĪF TURK en su tesis sobre *El reino de Zaragoza en el siglo V de la Hégira*; y mi trabajo sobre *Los Banū Hūd*, p. 2.

que os ofrecemos de tesoros preciosos". Yūsuf acogió con los máximos honores a la embajada zaragozana; y, después de deliberar con los dos visires y firmarles un tratado de paz y amistad, despidió al príncipe ^cImād al-dawla, entregándole una afectuosa carta para su padre. El historiador de la dinastía hūdī, ^cAfif Turk, al reconocer que no dispone de fuentes para fijar con exactitud la fecha de esa embajada, conjetura que debió salir para Marrākuš hacia finales del año 1093, cuando Ibn ^cĀ'īša acababa de adueñarse de Murcia y Denia y el Cid apretaba el cerco de Valencia. Hoy, gracias a las nuevas fuentes de que disponemos, se debe retrasar esa fecha en diez años y asegurar que esa proclamación y la asistencia a ella de la embajada zaragozana tuvieron lugar en el verano del 1102¹.

Ese mismo verano, sin tener en cuenta el viaje del heredero del trono zaragozano a Marrākuš y las negociaciones a que ese viaje podía dar lugar, se presentó ante Zaragoza con los mil quinientos caballos, sacados de Valencia, seguro de que los musulmanes zaragozanos le abrirían las puertas y le permitirían destronar a la dinastía reinante, pero su llegada ante la ciudad coincidió con el regreso

1 Muy poco se detuvo Yūsuf en al-Andalus, después de hacer reconocer a su hijo; nombró funcionarios, inspeccionó la situación de sus dominios y en šafar del 497 [noviembre del 1103], o sea a los dos meses escasos de la ceremonia de Córdoba, estaba ya en Algeciras de regreso para Marruecos; y desde allí ordenó a su gobernador de Granada, ^cAlī b. al-Ḥaḡḡ, ir a Valencia, quien, cumpliendo sus órdenes, estuvo seis meses en Levante hasta ramadán de ese mismo año [junio del 1103], y al ver que Alfonso VI sitiaba a Medinaceli, salió con el nuevo gobernador de Valencia, ^cAbd Allāh b. Fātima; y desde Calatayud se dirigieron contra Toledo para obligar a Alfonso VI a descercar a Medinaceli, pero en las cercanías de Talavera sufrieron los almorávides una seria derrota, en la que fue muerto ^cAlī b. al-Ḥaḡḡ. ^cAbd Allāh b. Fātima regresó a Valencia.

de ʿImād al-dawla, quien se apresuró el 26 de septiembre de ese año 1102 a presentarle la carta afectuosa de Yūsuf para su padre, y el pacto de paz y amistad firmado entre los dos reinos, carta y pacto que bastaron para hacer que Ibn Fātima desistiese de sus propósitos. Al año siguiente, al volver Yūsuf a al-Andalus por cuarta y última vez para hacer reconocer también en la Península a ʿAlī como heredero, se apresuró al-Mustaʿīn a confirmar su pacto con los almorávides, enviando de nuevo a su hijo ʿImād al-dawla a Córdoba con nuevos y magníficos regalos, entre los que figuraban catorce arrobas de objetos de plata labrada, que Yūsuf mandó fundir en quirates para repartirlos en la fiesta de los sacrificios de ese año (14 de septiembre del 1103) entre las distintas categorías de los almorávides, en presencia del príncipe zaragozano¹.

No tuvo más remedio ʿAbd Allāh b. Fātima que mantenerse tranquilo varios años, porque ʿAlī, al suceder a su padre Yūsuf, sostuvo con Zaragoza las mismas cordiales relaciones iniciales que durante el reinado anterior.

Nuevo ataque a Zaragoza

Solamente, al ser derrotado y muerto al-Mustaʿīn en la batalla de Valtierra el 24 de enero del 1110, y tomar el poder su hijo ʿImād al-dawla, creyó el ambicioso gobernador de Valencia llegado el momento propicio para realizar su vieja aspiración, y se presentó de nuevo ante Zaragoza, un mes después de la derrota de Valtierra, pero los zaragozanos lograron hacerlo desistir de su propósito, para evitar que su nuevo e incapaz rey llamase a los aragoneses y se renovase la guerra civil.

¹ Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, p. 63 del texto y p. 104 de mi traducción en *Nuevos fragmentos almorávides y almohades*. Véase *Los Banū Hūd*, p. 8.

3. LA BATALLA DE UCLES¹ Y LOS GOBERNADORES DE VALENCIA Y DE MURCIA

La población de Uclés

Dos años antes de ser destituido del gobierno de Valencia, interviene ʿAbd Allāh en la batalla de Uclés. ʿAlī, que sube al trono por muerte de su padre Yūsuf (1106), viene a al-Andalus, al año siguiente, para recibir el homenaje de sus principales ciudadanos y preparar una campaña de altos vuelos, que, al atacar las posiciones castellanas, primero al Este por Uclés, y luego, al Oeste por Talavera, le deje el camino abierto para iniciar una gran ofensiva contra Toledo y tratar de reconquistarla para el Islam.

Uclés, una población celtíbera romanizada, de la que se conservan numerosas inscripciones latinas era llamada Pagus oculensis; y de ahí Uclés; y en árabe, Uqlīš. Al desaparecer Secóbriga [Cabeza de Griego], pasó la capitalidad de la qūra [región] de Santiberia [Celtiberia] a Uclés, que *al-Rawḍ al-miʿtār*² describe como una ciudad con un castillo en el distrito de Santaver, a orillas de un río [el Beldija] que nace de una fuente en una colina cerca de la ciudad, que cruza sus casas y alimenta sus termas; todo lo cual se debe entender de la Fuente Redonda y de su conducción hasta el mismo Uclés³.

¹ Sobre esta batalla, sus características y sus fuentes árabes y cristianas, véase mi trabajo *La batalla de Uclés y la muerte del infante don Sancho*, publicado en "Tamuda", año II, semestre 2.º (Tetuán, 1954), y *Las grandes batallas de la Reconquista durante las invasiones africanas; almorávides, almohades y benimerines* (Madrid, 1966), p. 103 y 104.

² Cfr. p. 28 del texto árabe y 35 de la traducción por LÉVI-PROVENÇAL.

³ Véase su topografía en mi trabajo editado en "Tamuda", p. 268.

La batalla de Uclés en las fuentes

En la batalla de Uclés, que tan graves e infaustas consecuencias tuvo para la historia de Castilla, desempeñaron un papel decisivo los dos gobernadores almorávides Ibn ^CĀ'īša de Murcia e Ibn Fátima, de Valencia, con sus respectivas tropas, para lograr la victoria, como vamos a verlo, al estudiar su desarrollo y desembarazarlo de la tupida maraña de leyendas y falsedades con que se ha envuelto y desfigurado este importante hecho histórico. Hasta principios de este siglo no se disponía de más fuentes sobre la batalla de Uclés que la sospechosa del *Rawḍ al-qirṭās*¹, por el lado árabe; y la legendaria del Arzobispo don Rodrigo, traducida en la *Primera Crónica General*², por el lado cristiano. A estas fuentes hay que añadir otras tres musulmanas, dos de ellas desconocidas hasta ahora; y la tercera, publicada recientemente por la Revista de la Facultad de Letras de la Universidad de El Cairo, en las que se encuentran los datos inéditos que nos permiten rectificar y ampliar los incidentes y pormenores de esta campaña.

El *Naẓm al-ġumān*³, escrito por Ibn al-Qaṭṭān, secretario del penúltimo califa almohade, nos informa sobre el acuerdo de los gobernadores almorávides de al-Andalus para emprender la expedición contra Uclés. Alfonso VI envía a su hijo con unos diez mil jinetes [cifra exagerada] para socorrer a la plaza y rechazar a los atacantes, que ya se habían apoderado del poblado. Iban con el infante Alvar Fáñez y el conde García Ordóñez, el llamado Boquituerto; los cristianos atacan al ejército de Córdoba y lo persiguen durante unas millas. Entonces los gobernadores de Murcia y Valencia atacan el campamento cristiano, lo saquean y matan a sus defensores, para

1 Cfr. *Rawḍ al-qirṭās*, p. 100 del texto y 163 de mi traducción.

2 Cfr. *Primera Crónica General*, p. 554-55.

3 Editado por el profesor Maḥmūd ^CAlī Makī en Tetuán con la biografía de su autor.

caer luego por la espalda sobre los castellanos. La persecución de los vencidos dura hasta el castillo de Balšūn [Belinchón], donde se refiere que se refugió el hijo de Alfonso con ocho cristianos, y, al querer ocultarse, los musulmanes que en él vivían sometidos como mudéjares, los mataron a todos. Los vencedores intentaron luego tomar la alcazaba de Uclés y, al no lograrlo, fingieron retirarse; y cuando los sitiados salieron huyendo, los mataron y cautivaron, con lo cual Uclés pasó a sus manos¹.

Con ser tan interesante esta fuente, no lo es menos la carta oficial que Tamīm, el jefe del ejército almorávid, escribe a su hermano ^CAlī. El profesor de la Universidad de El Cairo, ^CAbd al-^CAzīz al-Ahuānī, la descubrió el año 1948 entre los legajos de la biblioteca del Escorial, y al año siguiente la publicó el doctor Ḥusayn Munis, en la "Revista de la Facultad de Letras" de esa misma Universidad². Dice en ella Tamīm que, de acuerdo con las órdenes de su hermano, ha preparado la expedición, y señala la fecha de su salida de Granada y su paso por Baeza. Se dirige directamente a Uclés, ciudad muy fortificada y capital de su región. A los quince días de haber salido de Granada, se inicia el ataque a la población, situada en la falda del cerro en que se alza la fortaleza. Ese día y al siguiente es asaltada y saqueada la ciudad, cuyos habitantes se refugian en la alcazaba, que no puede ser tomada.

Alfonso VI, entretanto, ha reunido tropas y las ha enviado contra los sitiadores con su hijo [Sancho]; el jefe del ejército es Alvar Fáñez y con él van el conde García Ordóñez de Cabra, a quien llama el Boquituerto, caídes del país de Toledo, y los alcaides de Qala^Cat al-nusūr [Calatañazor] y de Qala^Cat ^CAbd al-Salām [Alcalá de Henares]. Un joven musulmán, cautivo de pequeño por los cristianos y que estaba a su

1 Cfr. *Naẓm al-ġumān*, p. 3 a 9 de la edición del doctor Makī.

2 El Cairo, t. II, año 1949.

servicio, se pasa al campamento almorávid y da toda clase de informes sobre las tropas de socorro castellanas. Tamīm celebra consejo de guerra con los gobernadores de Murcia y Valencia, Ibn Ḳā'īša e Ibn Fātima, y acuerdan dar la batalla, pero antes, aseguran bien el campamento, reforzando su guarda y sus defensas contra la guarnición de la plaza, por si ésta hacía una salida durante el encuentro. Los cristianos inician el ataque y obligan a retroceder a las tropas de Córdoba. El combate es muy encarnizado y un campeón musulmán derriba en un duelo singular a un campeón cristiano, indicio del próximo triunfo; continúa la lucha hasta que los cristianos se declaran en derrota, y la zaga de Tašfīn los persigue, haciendo gran botín y causándoles muchas bajas. Mandó Tamīm reunir y contar las cabezas de los muertos, y se amontonaron cerca de tres mil, entre ellas las del conde García Ordóñez y las de los capitanes toledanos. Sobre este montículo llamaron los almuédanos a la oración; y Tamīm se volvió inmediatamente (antes de terminarse el recuento), dejando a los dos gobernadores de Murcia y Valencia la continuación del asedio de la fortaleza, que, cuando se escribía esta carta, aún no se había rendido.

Finalmente otra nueva fuente, los nuevos fragmentos almorávides y almohades del *Bayān al-Mugrib*, pone en claro que la madre del infante don Sancho fue la nuera de al-Muḳtamīd, viuda de al-Ma'mūn, y nos da dos datos complementarios: que Tamīm se detuvo algún tiempo en Jaén hasta que se le unieron las tropas de Córdoba y otros sitios; y que el ejército cristiano de socorro contaba cerca de 7.000 caballos, rebajando a esa cifra menos exagerada los 10.000 jinetes del *Naẓm al-ḡumān* y desmintiendo al *Rawḍ al-qirtās*, que eleva el número de los muertos cristianos a 23.000, mientras la carta oficial de Tamīm los deja en 3.000.

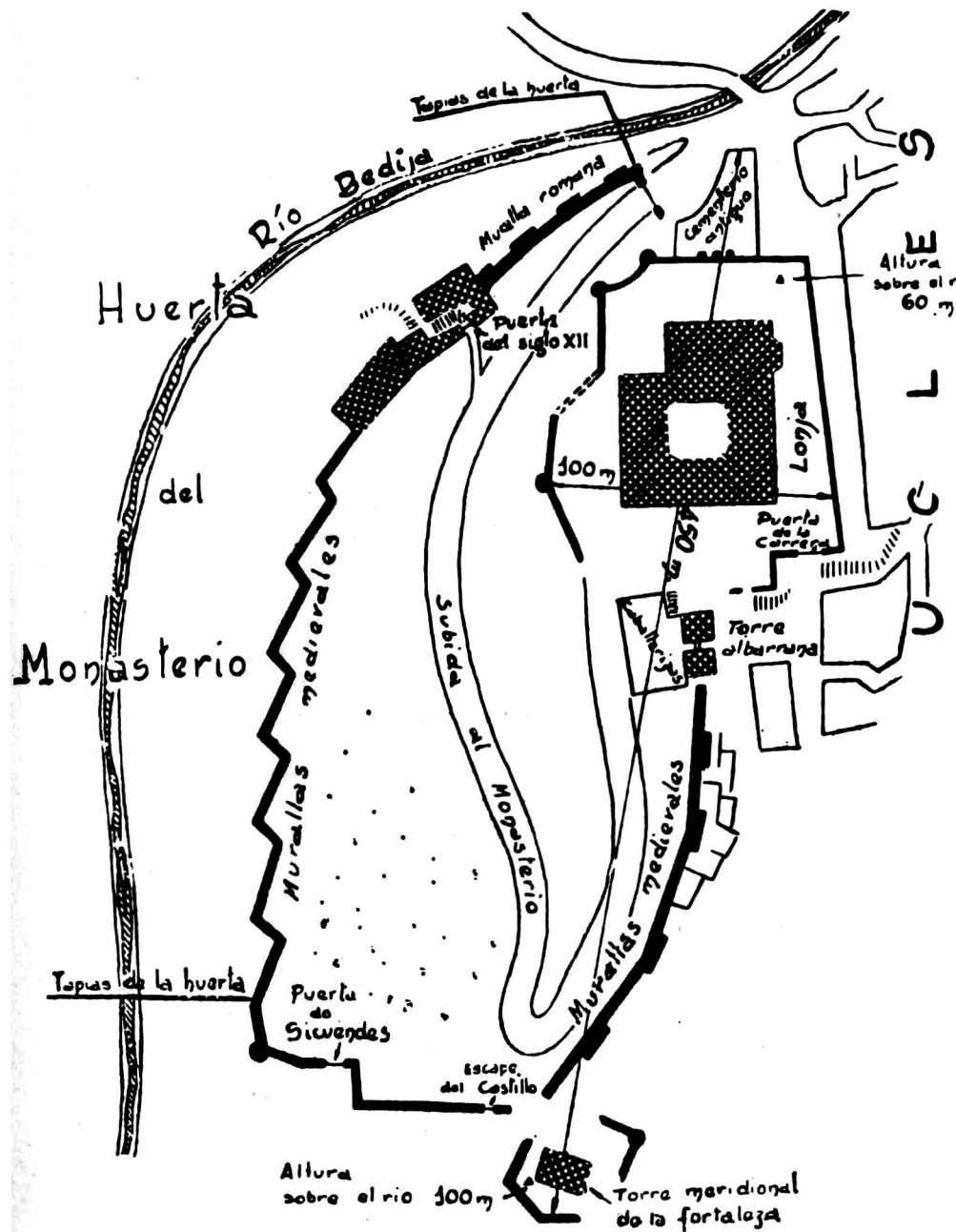
- 1 Datos inéditos de la carta oficial, que no podemos comprobar.
- 2 Cfr. p. 68 del texto árabe y 117 de mi traducción.

Posible desarrollo de la batalla de Uclés

Una vez estudiados y sopesados todos los datos, de que, por hoy, disponemos, hay que tratar de coordinar los hechos con arreglo a su verosimilitud, para conseguir una exposición, lo más razonable posible, de ese episodio histórico. Tamīm¹, el hermano mayor de Ḳālī, acaba de ser nombrado gobernador de Granada e inicia enseguida los grandes preparativos de esta expedición, puesto de acuerdo con los demás gobernadores de al-Andalus para reunir todas las fuerzas disponibles de Granada, Córdoba, Murcia y Valencia. En la primera decena de mayo del 1108 se dirige Tamīm a Jaén y Baeza; en el camino se le unen las tropas de Córdoba, y luego las de Murcia al mando del famoso Ibn Ḳā'īša, hermano también de Ḳālī, y las de Valencia con su gobernador Ibn Fātima. Llegan todos ante Uclés, el 26 de mayo del 1110, la cercan y emprenden el asalto de la ciudad, que se extendía, como hoy, por la falda del escarpado cerro, orientado de Norte a Sur en que está enclavado el castillo. El poblado no pudo ofrecer mucha resistencia, y fue asaltado el miércoles 27 y el jueves 28; las iglesias fueron quemadas o convertidas en mezquitas, y todas sus riquezas saqueadas. Los musulmanes que vivían en Uclés [mudéjares] recibieron a sus correligionarios como a libertadores; y la guarnición y los habitantes de la ciudad, que pudieron, se refugiaron en la alcazaba, que no llegó a ser asaltada.

Vuelven los sitiadores al campamento, donde pasan la noche del jueves 28 al viernes 29 de mayo; y Tamīm, enterado ya de que el ejército de socorro se aproximaba, celebra consejo de guerra, en el que se decide salir al encuentro del enemigo y reforzar debidamente la guardia del campamento. El viernes 29

¹ Su biografía, llena de fracasos, la he recogido en "Tamuda", t. II, semestre 2., p. 267.



Plano de Uclés

muy temprano, y a cierta distancia de Uclés, salen los almorávides en vanguardia; las alas las forman las tropas de Murcia y de Valencia; el centro o saqa va mandado por Tamín, con los soldados granadinos. Un musulmán cautivo, fugado del campo cristiano, les había dado plenos informes sobre la columna de socorro. Los castellanos, con el infante don Sancho, único hijo varón de Alfonso VI, llegan al mando de Alvar Fáñez y de García Ordóñez, con varios condes y capitanes de la región toledana y los alcaides de Calatañazor y Alcalá de Henares. Los castellanos enlorigados inician el ataque contra las tropas de Córdoba en una furiosa carga, y las derrotan, aunque no por completo; entonces los contingentes de Murcia y Valencia desbordan a los castellanos por las alas, y, asaltando al campamento, lo envuelven¹. Tamín, a su vez, carga con su gente y los cordobeses, que se habían rehecho; y los castellanos, tras una resistencia desesperada, ceden el campo², al verse cercados, y sufren muchas bajas, que la carta oficial de Tamín eleva casi a tres mil³.

Alvar Fáñez con el grueso del ejército se retiró hacia Madrid y Toledo; los siete condes, que formaban el séquito del infante (y uno de los cuales era seguramente García Ordóñez), trataron de refugiarse en el próximo castillo de Belinchón⁴, a unos veinte kilómetros de Uclés, para ocultarse en él, pero los mudéjares, que en él vivían, los mataron. Parece que al hacerse el recuento de las cabezas cristianas, se hizo con ellas un macabro montículo, como en Zallaqa, al que los almuédanos subieron para hacer la llamada a la oración. Tamín, en vez de continuar el sitio

1 Así describe la batalla la carta oficial de Tamín, con manifiesta parcialidad (p. 275 del texto y 282 de mi traducción).

2 Todos estos pormenores parecen deberse, más que a la realidad, a la imaginación y al partidismo del literato que redactó la carta.

3 Cfr. p. 274 del texto oficial y 280 de mi traducción.

4 En el *Nazm al-ğumân*, se lee yalğün o Balğün (p. 9.)

del castillo de Uclés o de sacar provecho de la victoria con nuevas conquistas, regresó apresuradamente a Granada y dejó que los gobernadores de Murcia y Valencia acabasen de rendir el castillo. No debieron llevar máquinas de asedio; y ante las dificultades que ofrecía aquel empinado risco con sus formidables murallas, fingieron retirarse, pusieron celadas y, cuando los sitiados evacuaron la fortaleza y quisieron ponerse a salvo, los sorprendieron y los mataron o cautivaron; solo así se pudo entrar en la alcazaba¹. No voy a asegurar que todos los extremos recogidos en estas conclusiones sean ciertos, pero por lo menos, gracias a ellos y hasta que nuevas fuentes vengan a confirmarlos, desmentirlos o aclararlos, tenemos una exposición razonable y no muy incompleta de tan trágico episodio de la Reconquista, que, como tantos otros, apenas había merecido el debido estudio crítico.

El infante Sancho y la mora Zaida

Alfonso VI (contaba ya sesenta y ocho años y estaba casi paralítico) tiene que pasar, un año antes de su muerte, por el trance más doloroso de su atormentada vida. Pierde la fortaleza de Uclés, su ejército es derrotado, y su hijo cae muerto en el campo de batalla; los efectos de esta tragedia, al heredar el poder Urraca y Teresa, hermanas de Sancho, iban a dejarse sentir muy gravemente en el curso de la Reconquista con las devastadoras guerras entre Urraca y su segundo marido, Alfonso I el Batallador, y con la independencia de Teresa en Portugal. La tremenda conmoción que la derrota de Uclés y la muerte del príncipe heredero Sancho produjo en los ánimos del anciano y achacoso rey Alfonso VI y

¹ Dato exclusivo de la carta oficial. Desde luego, Uclés y su castillo quedaron de momento en poder de los almorávides.

del pueblo castellano, encontró su más vívida expresión en las leyendas patéticas y las distorsiones absurdas con que los juglares y los Cantares enmarañaron su perspectiva histórica en su afán de embellecer y vengar tamaño desastre.

El malogrado infante era hijo adulterino de una princesa musulmana, nuera del rey-poeta de Sevilla, al-Mu'tamid, y mujer de su hijo al-Ma'mūn, gobernador de Córdoba¹. Al ser ésta asaltada y su marido muerto por los almorávides, la viuda, que se había refugiado en Almodóvar del Río, cruzó la Sierra Morena y se presentó con sus hijos a Alfonso VI para ponerse bajo su protección. El sensual conquistador de Toledo, que llegó a tener cinco mujeres legítimas y dos concubinas, la acogió con el mayor agrado e hizo de ella la segunda rival afortunada de la reina Constanza. Toledo, recién conquistada, con una población, en su mayoría musulmana y con un nivel de vida superior al de las viejas ciudades castellanas, en la que hasta la ceca se acuñaba en caracteres árabes, no encontraba extraño el que, dados los frecuentes matrimonios mixtos, se uniese un rey cristiano con una princesa musulmana, que abjuraba de su religión y se hacía bautizar con el nombre de Isabel, en contrapartida de las infantas de León y de Navarra que habían ingresado en los harenes de la Córdoba califal.

Sólo un siglo más tarde, los cronistas latinos se creyeron obligados a buscar graves motivos políticos a esta extraña unión y la justificaron con una complicada serie de acuerdos militares y cesiones territoriales². Comienzan por hacer hija de al-Mu'tamid a Zayda [que sólo fue su nuera], y la suponen

¹ Véase el trabajo de LÉVI-PROVENÇAL, *La mora Zaida, femme d'Alphonse VI et leur fils l'Infant don Sancho*, en "Islam d'Occident", p. 139 y sigs.

² Cfr. *Primera Crónica General*, p. 251, y MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, t. II, p. 760.

"doncella grant et muyfermosa et de muy buenas costumbres". La amaba mucho el rey de Sevilla, su padre, quien, para mejorarle y prepararla a un alto casamiento, le dio en dote Cuenca, Caracuel, Alarcos, Consuegra, Mora, Ocaña, Oreja, Uclés, Huete, Masatrigo y Zorita. Esta espléndida donación dotal, tan contraria a los usos y costumbres musulmanas de todos los países y de todos los siglos, era una copia burda de lo que en los siglos más recientes se hizo con los compromisos matrimoniales de algunas princesas cristianas de sangre real, y en este caso no se podía tratar sino de un simple concubinato, ya que Alfonso VI estaba por entonces casado canónicamente con la reina Constanza, viuda del conde de Chalon-sur-Saone. Para poetizar aún más esta unión, la leyenda asegura que esta princesa doña Zayda "tanto oyó deste rey don Alfonso, que era cavallero grant et muy famoso et libre en armas et en todos los otros sus fechos, que se enamoró dél tanto que fue además et non de vista ca nunqual viera, mas de la su buena fama et del su buen prez. Assí que ella muy enamorada dell, como las mugeres son sotiles et sabidoras para lo que mucho an talent, enviol dezir por escripto las villas e los logares que su padre le diera, et que si él quissiese casar con ella, quel daría Cuenca et todos aquellos castiellos et fortalezas quel padre le diera. El rey, don Alfonso, veyendo cómo era nueva la conquista de Toledo et lo que la Zayda avíe seríe grant ayuda pora ver Toledo mejor parada, ovo su consejo con sus condes et sus ricos omnes et tornola cristiana, et cassó con ella, et fizo luego en ella un fijo"¹.

Este socorrido enamoramiento "de oídas que no de vistas", lo encontramos repetido con el mismo absurdo desconocimiento de la sicología y la educación musulmana, un siglo más tarde en una prince-

¹ Cfr. *Primera Crónica General*, p. 521, y MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, t. II, p. 762.

sa almohade, hija del califa Ya^cqūb al-Mansūr, que, encerrada en un palacio del lejano Marrākuš, se enamora perdidamente de Sancho el Fuerte, cuando éste no era más que el heredero del más pequeño reino cristiano de la Peñínsula, y amenaza a su padre, el Miramamolín, vencedor de Alfonso VIII en Alarcos, con ahorcarse, si no accedía a sus deseos; y su padre se aviene a enviar embajadores a Navarra para ofrecer la mano de su hija con todos los dominios de la España musulmana en dote¹.

Las leyendas tardías

El emir de los musulmanes, ^cAlī, emprendió la expedición contra Uclés; Alfonso VI, quebrantado por las enfermedades, las lides y los años, e incapacitado para cabalgar, envía al conde García Ordóñez y a los magnates y caballeros de su reino con su hijo Sancho, todavía párvulo. Al acercarse éstos a Uclés, una gran multitud de sarracenos, que ya prevalecía sobre los sitiados, salió contra el ejército cristiano y, desplegándose las haces por ambas partes, se inició la lucha; el bando cristiano empieza a ceder a la fuerza de los árabes, que iban dominando la parte en que estaba el conde con el pequeño Sancho. Como un enemigo hiriese gravemente el caballo que montaba el infante, dijo éste al conde: "padre, padre!, el caballo que monto ha sido herido! A lo cual el conde respondió: "aguarda, que también a tí te herirán luego". Y al punto cayó el caballo, y al caer con él Sancho, descabalgó el conde y colocó entre su cuerpo y el escudo al infante, mientras la muerte se cebaba por todas partes. El conde, como buen caballero, defendía al infante, por una parte, cubriéndolo con el escudo, y, por la otra, con la espada, matando cuantos moros podía; pero al fin le

¹ Véase *Las grandes batallas de la Reconquista*, p. 221.

cortaron el pie, y al no poder tenerse, se dejó caer sobre el niño, para morir él antes que el Infante. Después al ver la otra caballería de los cristianos, que todos morirían, si continuaban la lucha, se dieron a la fuga¹.

Para la redacción de este episodio, esmaltado de diálogos patéticos, parece claro que el Arzobispo don Rodrigo, siguiendo su costumbre en tales casos, ha recurrido a un Cantar de Gesta, que ha incorporado al texto de su historia. Después de completar el cuadro heroico de la muerte del Infante y de su ayo el conde, recogiendo sus últimas frases, nos ofrece otra escena emocionante, al enfrentar a Alvar Fáñez y a los nobles vencidos con el rey, que da rienda suelta a su dolor, y los increpa por su falta de valor y de lealtad, acusación de la que Alvar Fáñez trata de justificarse enérgicamente en su encendido discurso². Tras ese aparato teatral, en el capítulo que le sigue, desprovisto de todo fundamento histórico, recoge el Arzobispo el final obligado del Cantar, en el que para lograr el *happy end* posible, se hace que el rey tome un fantástico desquite de la derrota y muerte de su hijo, sitiando en Córdoba a ^CAlī b. Yūsuf, cogiendo prisionero a un ^CAbd Allāh, que fue el matador [sic] de su suegro al-Mu^Ctamid y obligando a ^CAlī, a quien llama equivocadamente Miramamolín, a pedir las paces, pagando una enorme indemnización de guerra y haciéndose pechero de Castilla. Logrado todo ello, hace que ^CAlī, que no estaba en al-Andalus, se vuelva espantado a Marruecos, y no se da cuenta del increíble desafuero cronológico que comete al colocar este episodio antes de la batalla de Zallaqa o Sagrajas, e incluso antes del sitio de Zaragoza y de la misma venida de los almorávides. Si en otros casos los Cantares de gesta han sido realistas y se han atendido más o menos

1 Cfr. *Primera Crónica General*, p. 554-5, que copia al Toledano.

2 Cfr. *Primera Crónica General*, p. 556.

fielmente al curso de los hechos, en esta ocasión con la amargura de la tragedia, el ansia del arzobispo don Rodrigo, seducido por tan impresionante escenificación, no ha pensado un momento en comprobarlo.

Interrumpiendo este relato tan caballeresco, y después de darte tanto relieve a la heroica muerte del conde de Cabra, García Ordóñez, tan denigrado y envilecido en las fuentes cidianas, intercala otra versión más vulgar y realista para decirnos sin transición alguna que "el conde don García, al que dixerón el Crespo de Grañón, et el conde don Martino et los otros condes et ricos-omnes que fincaron con el infante en un lugar que agora dizen Siete Condes [Sicuendes] y vanse saliendo de la batalla, como que escapaban de la muerte; los moros viéronlos, et la muchedumbre dellos echaron empos dellos et alcanzaronlos en aquel lugar. Et ellos como non podien foyr tan ayna con el ninno, alcançaronlos los moros et pasaron los delante et cercaronlos et mataronlos allí". Es sorprendente la naturalidad con que se juxtaponen estos dos relatos tan dispares sin percibirse de la incompatibilidad que entre ellos existe, ni tratar, por lo tanto, de conciliarlos; pero gracias a los datos del *Naẓm al-ğumān*¹ estudiado al principio de este capítulo, tenemos la inesperada confirmación por la parte musulmana, de que la segunda versión del Arzobispo, que conocía el árabe, aunque menos poética e idealista, es la más real, y la que tiene por escenario uno de los humildes poblados de Sicuendes o Belinchón, ambos a pocos kilómetros de Uclés en la ruta de Valencia a Toledo.

1 Cfr. *Naẓm al-ğumān*, p. 9.

4. EL SEGUNDO GOBERNADOR ALMORAVID DE VALENCIA IBN AL-ḤĀYŶ Y LA TOMA DE ZARAGOZA¹

La deposición de Ibn Fātima

A los dos años de haber triunfado en Uclés, y por sus insistentes tentativas para apoderarse de Zaragoza contra las órdenes de Marrākuš, fue depuesto Ibn Fātima del gobierno de Valencia para ser trasladado al de Granada. Por ser este segundo gobernador almorávid de Valencia, y primero de Zaragoza, uno de los colaboradores y privados de Yūsuf b. Tašfin y bisnieto, como él, del patriarca de la dinastía, Turġūt, merece que dediquemos más atención a sus hechos de armas en gran parte inéditos y a su brillante historial hasta que cae gloriosamente en el campo de batalla, luchando contra los castellanos.

El nuevo gobernador

Abū Ḥabd Allāh Muḥammad b. Samwīn b. Muḥammad b. Turġūt fue uno de los grandes capitanes de Yūsuf b. Tašfin, además de ser primo y privado suyo. Su padre era llamado al-ḤāyŶ [el Peregrino], y tanto éste como otros hijos suyos son conocidos con el apelativo de Banū-l-ḤāyŶ [los hijos del Peregrino]. Su nombre en beréber era Wamaŷūz, que los crónistas árabes, al ignorar esa lengua, lo deformaron, a veces, en Maŷūz o Makūr. Desconocemos su actuación en el Sahara, al formarse la coalición almorávid, y luego en Marruecos y en al-Andalus hasta el año 1091, en que Yūsuf se decidió a destruir al rey de Sevilla al-Muḥtamid y encargó a sus generales la toma de las principales ciudades andaluzas, antes de sitiario en su capital. Muḥammad

¹ Véase LACARRA en *La conquista de Zaragoza por Alfonso I*, en "Al-Andalus", t. XIII, p. 42-43; y mi trabajo *Los Banū Hūd*, p. 12 a 17.

ibn al-ḤāyŶ fue el encargado de sitiar a Córdoba, cuyo gobernador era Faṭḥ al-Ma'mūn, hijo de al-Muḥtamid. La antigua capital del califato omeya no opuso resistencia, y sus habitantes la entregaron a los almorávides. Al-Ma'mūn intentó abrirse paso por la espada a través de los enemigos y los traidores, pero sucumbió abrumado por el número; y su cabeza, ensartada en una lanza, fue paseada en triunfo por la ciudad, el 26 de marzo del 1091. Cinco años más tarde encontramos a este Muḥammad b. al-ḤāyŶ de gobernador de Granada, cargo en el que sustituye a su hermano Ḥalī b. al-ḤāyŶ¹, que había llegado a Levante y en unión con Ḥabd Allāh b. Fātima intentó obligar a Alfonso VI a desistir del asedio de Medinaceli y que, contraatacando desde el Norte por el lado de Zaragoza, llegó hasta Talavera, donde fue derrotado y muerto. Alfonso VI no levantó el cerco de Medinaceli hasta rendirla en junio del 1104²; y al correr el rumor por todo al-Andalus de que Yūsuf se encontraba gravemente enfermo y de que se había perturbado el orden y la administración, salió con tres mil quinientos hombres y se internó por la zona de Sevilla³ hasta llegar al sitio conocido por al-Muqāṭi⁴ [topónimo desconocido], e hizo en las aldeas del Ajarafe gran botín y prisioneros, Muḥammad b. al-ḤāyŶ¹ acude con las tropas de Granada para contenerlo con Sīr, gobernador de Sevilla; y, sin duda por su fracaso, es destituido y trasladado al gobierno de Córdoba, donde está al ser proclamado Ḥalī, y se niega a reconocer al nuevo soberano, por no acep-

¹ Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, p. 64 del texto y 105 de mi traducción.

² Los *Anales Toledanos Primeros* confirman este asedio y añaden que Alfonso VI la tomó en el mes de junio de ese año (t. I, p. 344 de mi reedición en las *Crónicas latinas de la Reconquista*).

³ El mal estado del manuscrito impide seguir de modo claro los episodios de esta campaña, desconocida hasta ahora, y provocada, al parecer, para obligar a los castellanos a descercar a Medinaceli.

⁴ Que sucedió a su padre, muerto en la batalla de Talavera.

tar el régimen hereditario, inusitado en el Sahara, como tampoco lo aceptaron el nieto de Yūsuf, Yahya b. Abī Bakr, en Fez, y Abū Bakr b. Ibrāhīm b. Tifil-wit, el nuevo gobernador de Granada. Los cordobeses secundaron en principio la negativa de Muḥammad b. al-Ḥāỵy a reconocer a ʿAlī, pero luego lo abandonaron, al ver que ese mismo año pasaba ʿAlī a al-Andalus para cortar en persona tales brotes de rebeldía, como lo había hecho poco antes en Fez¹.

ʿAlī no tomó contra Muḥammad b. al-Ḥāỵy más medida que la de llevárselo a Marruecos, dando pruebas de la suavidad de su carácter, conocida y alabada por los cronistas. Lo tuvo postergado seis meses, en una especie de prisión atenuada; en 1107 le dio el gobierno de Fez. Al cabo de dos años, convencido, a lo que parece, de su fidelidad, lo trasladó al gobierno de Valencia, en sustitución de Ibn Fātima. Los zaragozanos descontentos con su nuevo rey ʿAbd al-Malik ʿImād al-dawla, que había entablado tratos con los aragoneses, llamaron al nuevo gobernador de Valencia, Muḥammad Ibn al-Ḥāỵy, quien llega a Zaragoza en la mañana del sábado, treinta y uno de mayo del 1110, y durante dos años² la defiende contra Alfonso I el Batallador y su protegido ʿImād al-dawla; y sigue en su gobierno de Zaragoza y Valencia hasta el año 1115, en que es muerto, al acudir en socorro de los cordobeses para rechazar a los castellanos.

¹ Según hemos visto al tratar de la proclamación y reconocimiento de ʿAlī, en nuestra página 10-11.

² Véase *Los Banū Ḥūd*, p. 7.

5. LOS ALMORAVIDES VALENCIANOS EN LA BATALLA DEL CONGOST DE MARTORELL¹

Al heredar el gran imperio fundado por su padre Yūsuf, inicia ʿAlī b. Yūsuf su gobierno con el triunfo en la batalla campal de Uclés, el asalto de Talavera de la Reina y la incorporación a sus dominios del reino de Zaragoza. Estos éxitos espectaculares, presagio, según los cronistas musulmanes, de un reinado glorioso, se debieron en gran parte a las difíciles condiciones en que se desarrollaba la expansión de los reinos cristianos en la Península. A raíz de la batalla de Uclés, muere Alfonso VI; Castilla se ve pronto envuelta en una serie de luchas civiles y devastadoras invasiones surgidas a raíz del malhadado matrimonio de doña Urraca con Alfonso I el Batallador, que se celebra en septiembre de 1109. Apenas casado Alfonso y antes de iniciar las interminables guerras que desde 1110 a 1127 ensangrentaron los campos de Castilla, vence, o mejor dicho, sus milicias y los concejos navarro-aragoneses dan muerte al rey de Zaragoza, al-Mustaʿīn, el 24 de enero del 1110; y todo ese año y el siguiente ataca el Batallador a Zaragoza, a cuyo gobernador Muḥammad b. al-Ḥāỵy, que también lo es de Valencia, derrota ante los muros de la ciudad y le mata a su hijo Yahya².

La expedición contra Barcelona

Los almorávides levantinos tienen un par de años

¹ Sobre su localización y su nombre en árabe, al-Burt, he tratado en E. I. sub verbo, en su segunda edición, p. 1.377.

² Dato inédito de *al-Bayān al-mugrib*, pero ese día fue martes.

de respiro, mientras el Batallador lucha y vence a los condes castellanos en Candespina y a los gallegos en Viadangos; y al ver que las fuerzas catalanas con Ramón Berenguer III y la flota de Pisa, estaban ocupadas en la conquista de Mallorca, se deciden a emprender una expedición contra Barcelona, en vez de atacar a Aragón, que estaba más cerca, pero era más peligroso. Las fuerzas concentradas en Murcia, Zaragoza y Valencia parten de esta última ciudad el año 1114, como puntualiza Ibn al-Abbār, bajo el mando de Muḥammad Ibn al-Ḥāyḥ, gobernador de Zaragoza y Valencia, e Ibn Ḥā'īša de Murcia. El *Rawḍ al-qirṭās*¹ es la fuente musulmana que nos da más pormenores sobre esta campaña, pero sigue su costumbre, que tantas veces hemos criticado, de tergiversar los hechos y mezclarlo falso con lo verdadero. Dice que todo el tiempo que Muḥammad Ibn al-Ḥāyḥ gobernó a Valencia y Zaragoza, acosó fuertemente a los cristianos en sus algaras; en una de ellas tomó el camino montañoso y robó y cautivó. Tenía consigo un grupo de caides lamtunies, y envió la presa por el camino grande, mientras él se metía por el de la montaña, como más cercano a tierra musulmana. El camino que tomó Muḥammad Ibn al-Ḥāyḥ no tenía más que una vereda por su dificultad y aspereza; cuando lo promedió y se vio en la angostura, halló que los cristianos se habían apoderado de aquellos puestos y peleó con ellos con la rabia de quien está resuelto a morir y ganar la palma del martirio. No encontró salida, y murió mártir; y con él, buen golpe de voluntarios. Sólo se libró el caid Ibn Ḥā'īša con muy pocos por una estrategema².

1 Cfr. *Rawḍ al-qirṭās*, t. I, p. 312 de mi traducción segunda.

2 No se puede descartar la posibilidad de que Muḥammad ibn al-Ḥāyḥ tomase parte en la batalla de Congost, pero lo que sí se puede desmentir con toda seguridad es que muriese en ella, ya que consta por *al-Bayān al-mugrib* que murió el año siguiente en la zona de Córdoba.

Algunos errores

Son varios los errores y vaguedades que hay que rectificar y aclarar en esta amañada exposición. El primer error es el de dar por muerto en esta batalla al gobernador de Valencia y Zaragoza, ya que consta explícitamente por otro autor mucho más fidedigno, Ibn Ḥidārī, en su *Bayān al-Mugrib*, que no murió hasta el año siguiente [1115] en la grave derrota que en la zona de Córdoba infligieron los concejos castellanos a los almorávides. Consecuencia de este error cronológico es otro, aún más grave, con él que desvía y falsea el curso de los sucesos. Hace que inmediatamente sea nombrado gobernador de Valencia, Tortosa, Fraga y Zaragoza, Abū Bakr Ibn Tifilwīt, que era gobernador de Murcia; y que, reuniendo todas las tropas de Levante, puestas bajo sus órdenes, emprenda una segunda expedición contra Barcelona, ese mismo año, que la sitie durante veinte días, asole su tierra y sus frutos y arruine sus alquerías. Esta segunda algarada, que ha sido aceptada por todos los historiadores levantinos, guiados por Codera, es una invención más del fantástico *Rawḍ al-qirṭās*¹. Para darse el gusto de vengar el desastre del año anterior, afirma que la dirigía Ibn Tifilwīt, dándolo, antes de tiempo, por sucesor de Muḥammad Ibn al-Ḥāyḥ en el gobierno de Zaragoza; y para colmo de inverosimilitudes, hace que sea Alfonso el Batallador, y no el conde Ramón Berenguer III, el que sale al encuentro de ese Ibn Tifilwīt, que aún había de tardar más de un año en llegar a Valencia y Zaragoza. A pesar de su desenfado en desfigurar la verdad histórica, no se atreve a forjar una clara victoria de los levantinos musulmanes, y se limita a anotar vagamente que les salieron al paso grandes fuerzas del llano de Barcelona y de Aragón, y que, en las batallas que se dieron, murieron muchos cristianos y unos setecientos musulmanes.

1 Cfr. *Rawḍ al-qirṭās*, t. I, p. 312 de la segunda edición.

Conocidos ya los dos protagonistas reales y el imaginario de esta campaña, vamos a procurar poner más luz en las vaguedades del relato del *Rauḍ al-qirṭās* y corregir sus incongruencias. Gracias a dos topónimos cristianos, podemos delimitar el campo de operaciones: los musulmanes llegan juntos desde Valencia a Cataluña, arrasan la zona comprendida entre Cervera y Barcelona; y luego, divididos en dos grupos, se retiran. Lo más verosímil parece ser que el grupo acaudillado por Ibn al-Ḥāyṡ, con los contingentes de Zaragoza, se retira por Cervera y Lérida para cruzar los Monegros hasta Zaragoza; y las fuerzas procedentes de Valencia y Murcia, mandadas por el príncipe Ibn ʿĀʾiṣa, hacia el Llobregat, para pasarlo por el Congost o desfiladero de Martorell, donde son atacadas y deshechas por las guarniciones de la comarca y el paisanaje de Martorell y los pueblos inmediatos, que acudieron en somatén, y, aprovechando las grandes ventajas del terreno, las derrotaron. Ibn ʿĀʾiṣa pudo salvarse a duras penas, al ser acuchillados sus hombres, y fue víctima de tal terror que perdió la vista y probablemente la razón, para ser retirado del gobierno de Murcia e ir a acabar sus días oscuramente en la lejana corte de su hermano ʿAlī.

Martorell y su Congost han sido considerados en todas las épocas como la posición llave del llano del Llobregat, al pie de una elevada montaña, que la domina en toda su extensión por el Sur, formando una dilatada calle, que terminaba al Oeste en un puente romano conocido con el nombre de Puente del Diablo; en cuya entrada se ven aún el arco original, gemelo del de Bará, cerca de Tarragona, y por él pasaba la Vía Augusta, que, entrando por el Pirineo, seguía por Ampurias, Barcelona, Tarragona, Valencia y Elche hasta Cartagena, y seguía por la costa a Almería, Málaga y Cádiz. De esa vía principal se derivaba otra al interior, que de Barcelona pasaba

por Lérida y llegaba a Zaragoza. Las fuentes catalanas concretan que la batalla se dio en el Congost-angostura-de Martorell por la que se cruza el Llobregat; los cronistas musulmanes la llaman, en cambio, la batalla del Puerto [al-Burt], hispanismo derivado del latín portus, cuyo significado explican con su equivalencia árabe, "bāb" [puerta]. Esta denominación un tanto extraña, tiene su fundamento en el evidente desacuerdo entre los geógrafos musulmanes, al tratar de la frontera nordeste de la Península, que unos fijan en la Narbonense, otros en el valle del Llobregat y por fin los más modernos en Port-Vendres [Portus Veneris].

Esta discrepancia tan sorprendente proviene de dos causas; en primer lugar los geógrafos árabes de la Edad Media no tuvieron una idea clara de la cordillera pirenaica, a la que dan el nombre genérico de al-Awāb [Las Puertas o los Puertos], pues en árabe tiene la palabra bāb los dos significados de puerta o puerto de montaña; y en segundo lugar fijan esa frontera en función de las ideas de la época en que cada uno vivía y de la situación política en que encontraba esa región en el momento en que escribía. Así, unos, los más antiguos, como al-Razī y con él Ibn Ḥayyān y al-Yasaʿa siguen la tradición visigoda y fijan los límites del Nordeste en la Narbonense, al igual que en los tiempos de Wamba, mientras otros más tardíos, con al-Bakrī, que estaba al corriente de la conquista franca y de la formación de la Marca hispánica, por haber recorrido repetidas veces el país por tierra y por mar, y que oía hablar de los catalanes de Barcelona y de los condados pirenaicos, como de Ifranṡ [Francos], coloca su frontera en la línea del Llobregat, y señala en ella el [Burt] el Puerto en la cadena costera catalana, como la divisoria entre al-Andalus y el continente, e incluso conoce el nombre latino del río [Rubricatus] y aclara que los pasos de esa montaña del Puerto, están frente a las

islas de Mallorca y Menorca¹. En cambio el Idrīsī, que escribe a mediados del siglo XII [1154] y que era testigo de la independencia aragonesa-catalana, coloca ya con toda claridad la frontera definitiva del Nordeste de España en Port-Vendres.

II

LAS RELACIONES DE LOS
MUSULMANES VALENCIANOS CON
LOS CRISTIANOS ARAGONESES

1 Cfr. *Encyclopédie de l'Islam*, sub verbo, p. 1.377.

1. LA TOMA DE ZARAGOZA Y LA BATALLA DE CUTANDA¹

Asedio y toma de Zaragoza

Alfonso, el Batallador, al desentenderse de sus luchas con Castilla, y contando con el apoyo de los señores feudales, que lo habían reconocido en el su-
reste de Francia, se decide a sacar partido de sus anteriores victorias con el asedio y toma de Zaragoza². ¹Alī b. Yūsuf, que ya veía a esta ciudad gravemente amenazada el año 1117, en que pasó a al-Andalus, no juzgó prudente acudir en su socorro, y en vez de enfrentarse con el Batallador y sus feudatarios, prefirió atacar al nuevo reino de Portugal y se dirigió contra Coimbra, con el propósito de asaltarla y cortar el camino a las acometidas de Alfonso Enríquez. Fracasó en su intento, tras un asedio de veinte días; y regresó a Sevilla, sin decidirse a intervenir en Levante ni a correr los riesgos de salvar a Zaragoza, de los ataques franco-aragoneses.

Zaragoza, abandonada a sus fuerzas, resistió, gracias a la solidez de sus murallas, mientras pudo soportar el hambre; y al fin hubo de entregarse, tras las desesperadas lamentaciones con que su cadí urgía a Tamīm, gobernador general de Levante, y a su hermano ²Alī, al reprocharles su tibieza en salvaguardar los sagrados intereses del Islam e impedir

¹ Sobre el asedio y toma de Zaragoza, véanse mis *Nuevas aportaciones de al-Bayān al-mugrib*, en "Al-Andalus", vol. XXVIII (facs. 2, año 1963), p. 315; y *Los Banū Hūd de Zaragoza, Alfonso I, el Batallador y los Almorávides*, publicado en "Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón", VII (Zaragoza, 1967).

² El cerco empezó, según *al-Bayān al-mugrib*, al aparecer la luna de safar del 512 (24 de mayo de 1118). Fecha que coincide con la de 22 de mayo que le da una crónica, citada por LACARRA, en *La conquista de Zaragoza*, p. 83-4.

que Zaragoza y sus mezquitas fueran profanadas por los politeístas. Pero el *Rawḍ al-qirṭās*¹ no puede conformarse con ese abandono de los almorávides y hace a Tamīm, gobernador de Valencia, que con ^CAbd Allāh, hijo de Mazdalī, gobernador de Granada, y Abu Bakr b. Tašfin, gobernador de Córdoba, reúnan sus tropas y se encaminen a Lérida para derrotar a Alfonso I y obligarle a huir maltrecho con pérdida de 10.000 hombres; y sólo entonces le deja con sus auxiliares franceses sitiando definitivamente a Zaragoza y se permite hablarnos de torres de madera, que se aproximaban a los muros sobre ruedas llevando truenos y veinte almajeneques.

Las conquistas posteriores

Conquistada Zaragoza, se dedica Alfonso I el Batallador a ensanchar sus dominios, primero por la ribera del Jalón, amenazando a Calatayud; y, por el Ebro, tomando a Tudela el 22 de febrero de 1119. Gana a Rueda, y de allí pasa a Borja, que ocupa, y, finalmente a Tarazona, en el valle del Queiles, que sostiene un cerco antes de ser tomada el mismo año 1119. En una segunda campaña, antes de terminar el año, avanza más por la cuenca del río Jalón hasta Calatayud, que puebla con gente de guerra, como frontera contra la próxima Valencia almorávid, y para contener las algaradas que en tierras de Aragón hacían los musulmanes de las serranías de Cuenca y Molina. Con la caída de Daroca, a orillas del Jiloca, duplicó el Batallador la extensión del reino aragonés e hizo desaparecer virtualmente el reino musulmán de los Banū Hūd de Zaragoza. Daroca, que, por su fuerte posición, era como la llave para la conquista de Valencia, última aspiración del Batallador, mereció toda su atención; y los campos yermos que entre ella y Levante se extendían, le animaron a fundar Monreal del Campo, que entregó a los Templarios.

1 Cfr. el *Rawḍ al-qirṭās*, p. 316 de mi reedición.

Los preparativos almorávides

^CAlī retrasó aún dos años su vuelta a la Península hasta el 1121, para reprimir el motín de Córdoba, sublevada contra las insolencias de los saharianos; y fue su hermano Abū Ishaq Ibrāhīm, llamado Ibn Taḥāyīāšt, por el nombre de su madre, que era negra, el encargado de hacer frente, tanto a los castellanos como a los aragoneses. Fue gobernador de Sevilla, desde febrero del 1118 hasta julio del 1122, o sea cuatro años y medio, mientras ^CAlī atacaba a Coimbra, y Alfonso I tomaba a Zaragoza. Su único hecho de armas conocido por esa época fue la reconquista de Coria, el año 1119, que estaba en poder de los castellanos, desde que la tomó Alfonso VI en septiembre del 1078, según dato inédito del *Bayān al-Muḡrib*¹. Animado con este éxito, organizó Ibn Taḥāyīāšt, al año siguiente (1120) la expedición contra Alfonso I, que había puesto sitio a Cutanda en la provincia de Teruel. Los almorávides sufrieron una grave derrota², que ya estudió y puntualizó Codera, gracias al contraste de las fuentes, tanto árabes como cristianas. Su fecha más probable es la del jueves, 17 de junio del 1120, y el emir derrotado en ella no fue el emir ^CAlī b. Yūsuf, como quiere Ibn al-Aṭīr, que incurre en el mismo error que el *Rawḍ al-qirṭās*, al asegurar que estaba en al-Andalus en 1119. En otro error incurre Ibn al-Abbār³, al afirmar que Ibn Taḥāyīāšt, en castigo por su fracaso en

1 En el tomo I de la edición COLIN y LÉVI-PROVENÇAL podemos leer claramente Coria, que TORNBERG lee Santabariya y propone identificarla con Santaberta en la prov. de Toledo. La edición de Fez del *Rawḍ al-qirṭās* da la variante Santa María, que CODERA acepta con la duda de que sea Santarem.

2 Véase sobre la batalla de Cutanda mi trabajo sobre *Los Banū Hūd de Zaragoza*, p. 19-20.

3 Cfr. IBN AL-ABBĀR (en su *Muḡam*, t. IV de la B. A. H., p. 7) y CODERA, en su *Decadencia y desaparición de los almorávides*, p. 13 y 262.

Cutanda, fue desposeído de todos sus bienes, confiscación que se hizo extensiva a su séquito y a sus hombres; suposición falsa, ya que consta por la lista completa de los gobernadores de Sevilla que se le mantuvo en ese cargo dos años más; y lejos de destituirlo y castigarlo por su incapacidad o cobardía, se le dio un nuevo cargo en el Atlas, ya en plena guerra con los almohades. A poco de dejar el gobierno de Sevilla, es llamado a Marrākuš y se le da el mando de las tropas que en 1123 van a sitiar a al-Mahdī y a sus secuaces, encastillados en el Iyilliz de Harga, en el Anti-Atlas, pero es derrotado, y los almohades, que estaban en los comienzos de su revolución, se apoderan de su campamento y de su equipo¹. Volvió Ibn Tācāyāšt a ser derrotado, cuando por segunda vez atacó a al-Mahdī, que ya se había establecido en Tinmāl en pleno Gran Atlas; y por fin el año 1134, al ir con un destacamento desde Marrākuš a Siyilmasa, le salieron los almohades al paso, en el desfiladero de Tizi-ān-aināt, en territorio de Haskūra, lo derrotaron de nuevo, y en el combate tropezó su caballo; y al caer con él, fue muerto.

Los *Anales Toledanos Primeros*² se limitan con su habitual laconismo a decir: "fue la batalla de Cotanda, era 1159", o sea el 1121. Los *Anales Compostelanos*³ son algo más explícitos, en estos términos: "luego cercó Alfonso con fuerte asedio a Catalayud, y una vez rendida, se encaminó con el conde de Poitou, Guillermo, que había venido en su auxilio para luchar con los musulmanes junto al castillo de Cutanda, y después de derrotarlos, saqueó el campamento de los almorávides y asaltó el castillo". La influencia de la batalla de Cutanda en el progreso

1 Cfr. *Nazm al-ġumān* (p. 206) y *Hulal al-mawšūyya* (p. 91 del texto y 134 de mi traducción).

2 Cfr. p. 345 de mi reedición en el t. I de mis *Crónicas latinas de la Reconquista*.

3 Cfr. *España Sagrada*, t. XXIII, p. 321.

de la reconquista aragonesa fue muy grande, como claramente lo expresan esos mismos *Anales Compostelanos*, al decir: "después de esto, sometió Alfonso I a Daroca, Calatayud y Borja, para correr después a Lérida y Fraga, donde encontró el término de su glorioso reinado". Los autores árabes no dan menos importancia a esta derrota, al afirmar exageradamente que murieron en ella cerca de veinte mil voluntarios de la guerra santa, sin que nos expliquen ni Ibn al-Abbār, ni al-Maqqarī, su paradójica afirmación de que no muriese ningún soldado del ejército regular.

Los contingentes musulmanes

Según *al-Bayān al-Mugrib*¹, para asegurar el éxito de la ofensiva, ordenó ʿAlī a los emires y caudillos de todo al-Andalus reunir sus efectivos regionales y ponerse al lado de los de Sevilla bajo el mando supremo de su hermano Ibrahīm Ibn Tācāyāšt. Se le incorporaron Ibn Zarada, con las tropas de Lérida; Abū Muḥammad Ibn Tinagmār, al-Lamtūmī, con las de Granada; Abū Yaʿqūb Yintān, hijo de ʿAlī, con las de Murcia, en cuyo gobierno llevaba poco más de un año, y varios arraeces sometidos a los almorávides, entre los que descollaba ʿAzzūn Ibn Galbūn, señor de Molina de Aragón, tan elogiado por el *Cantar de mio Cid*, como querido y fiel amigo del Campeador². Los cronistas árabes lamentan en los más sentidos tonos el martirio que sufrieron en Cutanda dos grandes sabios musulmanes, Abū ʿAlī as-Ṣadafī y Abū ʿAbd Allāh b. al-Farre. El primero

1 En los dos folios nuevos descubiertos por el historiador Muḥammad ʿAbd Allāh ʿInān, de los que me he ocupado al tratar del juicio y condena del cadí Ibn Yaḥḥāf (t. II, p. 148 y 149).

2 Sobre él véase mi artículo en la edición segunda de la E. I., sub verbo.

fue visir de Ibn Ta^cāyīāšg en Murcia; visitó las escuelas de Valencia y Almería, e hizo la peregrinación a La Meca. Al regresar a España, se dedicó a la enseñanza en Murcia, Játiva, Valencia y Denia, rehusando el cargo de cadí. En Játiva lo encontramos, cuando se preparaba la expedición para descercar a Cutanda, y muchos de los que se habían reunido allí para incorporarse al ejército almorávid, que se formó en Valencia, oyeron sus arengas bélicas y con él dieron su vida en testimonio de sus creencias¹.

¹ Cfr. CODERA, *Decadencia y desaparición de los almorávides en España*, p. 262.

2. LA EXPEDICION DE ALFONSO I EL BATALLADOR POR VALENCIA Y ANDALUCIA¹

Sus perspectivas

Las derrotas campales de Zallaqa, Consuegra y Uclés, así como los ataques almorávides contra Toledo, que ensombrecieron los últimos años de Alfonso VI y frenaron la marcha de la Reconquista, iban a verse compensados muy pronto por un cambio espectacular de signo, gracias a la actuación tan enérgica como brillante de Alfonso VII el Emperador, en Castilla, y de Alfonso I, el Batallador, en Aragón. Las victorias del Cid, logradas con gran inferioridad de efectivos militares, demostraron que los almorávides, aunque más enérgicos y belicosos que las taifas andaluzas, no poseían otra superioridad que la del número; y pronto la acometividad de los concejos castellanos y del pequeño reino aragonés, pusieron de manifiesto en los campos de Córdoba y Baeza, en el Congost de Martorell y al pie del castillo de Cutanda, cerca de Daroca, que la iniciativa guerrera y la victoria se declaraban en favor de los reinos cristianos.

Alfonso I el Batallador, cuyos territorios se habían duplicado en poco tiempo, aspiraba a ensancharlos aún más por Levante y a apoderarse de Valencia, cuyas riquezas y su puerto le sirviesen de base para realizar su sueño de tomar parte en las

¹ *Al-Bayān al-mugrib* extracta con bastante amplitud la famosa campaña de Alfonso el Batallador por Andalucía, copiando, como el *Hulal al-mawšiyya*, la extensa y pormenorizada exposición de Ibn al-Šayrafi. Como Dozy en sus *Recherches* ha estudiado y comentado este episodio y ha publicado el texto de esas dos fuentes, me limitaré a anotar los datos nuevos, que no se encuentran en las citas de Ibn al-Šayrafi.

Cruzadas de Oriente. Se ha supuesto que, en la primera mitad del siglo XI, los almorávides habían acabado con la civilización, la cultura y la tolerancia de los refinados reinos andaluces, que gemían bajo el yugo de la rigidez fanática de los alfaquíes y el régimen opresor de la soldadesca sahariana.

Según esta versión¹, la situación de los mozárabes, que vivían en territorio musulmán, se hizo insoportable y el año 1125 suplicaron a Alfonso el Batallador, cuyas proezas les eran ya bien conocidas, que invadiese Andalucía para darles la libertad y apoderarse de una región maravillosa. Las fuentes musulmanas afirman que los mozárabes, que vivían desde hacía cuatro siglos sometidos al poder del Islam, para vengarse de esa humillante sumisión y volver a hacerse dueños del país de sus antepasados, escribieron desde Granada, la montaña del Darro y las Alpujarras a Ibn Rudmir [el hijo de Ramiro] o sea Alfonso I el Batallador; le repitieron las cartas y le multiplicaron los emisarios para excitarle y provocar su deseo de entrar en Granada. Le enviaron una lista que contenía los nombres de hasta doce mil de sus combatientes y le comunicaron que esos eran los que sus ojos habían visto por la proximidad de sus lugares y que a lo lejos estaban aquellos, cuya situación era desconocida y que aparecerán, le dicen, cuando tú llegues. Este número es bastante, ya que los puntos flacos del país son visibles, y como entre nosotros hay orden y disposición, saldremos sin excepción a reunirnos contigo.

Creció su deseo, excitado con la descripción que le hicieron de Granada, al ponderarle las ventajas que tenía sobre el resto del país por sus fortificaciones, la abundancia de sus fuentes y ríos, la defensa de su alcazaba y la suavidad de carácter de sus súbditos. Y para coronar sus elogios le dijeron con una metáfora árabe que Granada era la joroba de al-An-

1 Véase *Los Banū Hūd*, p. 21.

dalus, ya que la joroba del camello era para los habitantes del desierto el trozo de carne más exquisito y apreciado¹. Suponen estas fuentes musulmanas que Alfonso I se dejó convencer por esta halagüeña descripción y se decidió a emprender la conquista de Granada, sin parar mientes en la imposibilidad de la empresa, reunió cuatro mil caballeros escogidos, que se juraron fidelidad y compañerismo y a los que se agregaron quince mil infantes, según las mismas fuentes, cifra, a todas luces exagerada para aquella época y para el poderío de Aragón.

El paso por Valencia

La expedición se emprendió con el mayor secreto, a fines de septiembre o principios de octubre, contra la costumbre de hacer esta clase de expediciones ofensivas en verano, llamadas por eso "aceifas", nombre tomado del árabe "sayf" [verano]; exponiéndose así a todas las inclemencias y riesgos que tuvo que sufrir en el próximo invierno.

Salió con gran secreto de Zaragoza, y no se supo cual pudiese ser su plan hasta que apareció ante Valencia², en la que había una guarnición almorávid, al mando de su gobernador Abū Muḥammad Ibn Badr b. Warqa. No se intentó forzar la escalada de sus fuertes murallas, y lo único, que pudo hacerse, fue el reunir gran número de mozárabes de la región, que le sirvieron de guías y le suministraron valiosa información. Bajó, luego, hasta Alcira, ante la que sufrió pérdidas, y cruzando el Júcar, se presentó ante Denia el 31 de octubre. Arrasó sus alrededores y tomó Peña-Cadiella, castillo estratégico, que tanto papel desempeñó en tiempos del Cid, por cerrar el paso hacia el sur y que después de su muerte había

1 Cfr. *Nuevos fragmentos almorávides y almohades*, p. 161.

2 Véase *Alī ibn Yūsuf y sus campañas en al-Andalus*, p. 97.

vuelto a caer en manos de los almorávides. Se internó a continuación, tierra adentro; y, atravesando el desfiladero de Játiva, sin encontrar resistencia, bajó hasta Murcia para desviarse hacia Vera y por el río Almanzora dirigirse a Purchena, en cuyas cercanías acampó ocho días. Desde allí, sin encontrar enemigo, se internó hacia Baza, de la que tampoco pudo apoderarse, a pesar de estar edificada en terreno llano y carecer de murallas la mayoría de sus barrios. Por fin con gran retraso, por su afán de razzar y hacer botín, llegó ante Guadix, el 4 de diciembre, a los dos meses de haber salido de Zaragoza. La cercó y sitió en regla durante un mes, y celebró la Navidad de ese año en la aldea de Alcázar, en la vertiente norte de Sierra-Nevada, llamada el Sened de Guadix

El asedio de Granada

Mientras Alfonso sitiaba a Guadix e intentaba inútilmente asaltarla, el emir ^CAlī, enterado de la gravedad de la situación y de la pasibilidad de su hermano Tamīm, gobernador de Granada, ordenó desde Marrākuš a sus tropas cruzar el Estrecho para defender a Granada; y se unieron a ellas las guarniciones de Murcia y Valencia. A primeros de enero del 1126 se presentó el Batallador en la Vega, acampando primero en Diezma¹ y luego en Nivar a unos cinco kilómetros al este de la ciudad. El día 7 de ese mes las tropas musulmanas, que formaban como un cinturón alrededor de ella, rezaron armadas la oración del miedo, así llamada por acortarse, cuando se estaba ante el enemigo. Los habitantes musulma-

¹ Según *al-Bayān al-mugrib*, tomó por tierra de Baza, el día de los sacrificios 10 de dū-l-ḥiyya [7 de enero de 1126] que el *Hulal al-mawṣiyya* rectifica lógicamente, ya que de Guadix se dirigía hacia Granada, y Baza quedaba al norte de Guadix.

nes de toda la comarca, que no tenían defensa posible en sus aldeas y alquerías, se agolparon en sus plazas y mezquitas, mientras la lluvia y el frío mantenían inmovilizado al ejército aragonés, de cuyo aprovisionamiento se encargaban los mozárabes de la comarca. A finales de enero, ante la imposibilidad de apoderarse de Granada por sorpresa, se encaminó Alfonso a Córdoba, después de quejarse a los mozárabes por haberle pintado tan fácil la toma de la ciudad y no atreverse a abrirle sus puertas a espaldas de los musulmanes. Ellos en cambio, atribuyeron a su lentitud y a sus frecuentes paradas la causa de su fracaso, al dar tiempo a los refuerzos almorávides para organizarse y acudir a la defensa de Granada y dejarlos a ellos expuestos a las vejaciones, de que luego fueron víctimas¹.

La batalla de Aranzuel

Alfonso se retiró por Maracena y Pinos-Puente hacia Alcalá la Real, y sus tropas saquearon toda la zona de Luque, Baena, Ecija y Cabra, en cuyos campos acampó unos días, y durante seis semanas saqueó toda la campiña de Córdoba sin intentar el asedio de la capital. Seguido por los ejércitos musulmanes ya concentrados, se desvió hacia Lucena, en cuyas inmediaciones, a pesar de verse tan alejado de sus bases y sin posibilidad de retirada, se decidió a enfrentarse en batalla campal contra el ejército enemigo, mandado por Tamīm, el gobernador de Granada. El encuentro tuvo lugar el 9 de marzo del 1126 en Arinsol o Aranzuel, despoblado a tres leguas de Lucena, conocido hoy por Anzul. Sólo una fuente árabe nos da algunos pormenores sobre el desarrollo de la batalla.

¹ El mismo diálogo en la *Ihata*. Según ORDERICO VIDAL, unos diez mil mozárabes consiguieron de Alfonso el permiso para trasladarse con él a Aragón. (Cfr. DOZY, *Recherches*, p. 356 del t. I de la tercera edición.)

Según ella, los musulmanes atacaron por sorpresa al amanecer y asaltaron algunas tiendas cristianas; Alfonso se ciñó su adarga y dispuso sus hombres para combatir, les confió cuatro banderas, y, divididos en cuatro columnas se lanzaron sobre los musulmanes y los derrotaron. Tamīm, atemorizado, mandó, al anochecer, trasladar su campamento desde la hondonada, en que estaba, a una colina inmediata; traslado desordenado que, al alarmar a sus soldados y provocar la desbandada, permitió a Alfonso invadir el nuevo campamento, ya entrada la noche. Allāh permitió que fuese una derrota lastimosa para los musulmanes¹.

No está muy clara la exposición que el cronista árabe, Ibn al-Ṣayrafī, nos ofrece del curso de la batalla y de las causas de la derrota, pero lo cierto es que los almorávides quedaron desmoralizados y el Batallador, fiado en su evidente superioridad militar y seguro de no encontrar ya resistencia, tuvo la peregrina idea de cruzar la provincia [iklīm] de Reyó, en la que se incluían Málaga, Archidona y las Alpujarras, para asomarse al Mediterráneo y recorrer la zona costera de Salobreña a Vélez-Málaga, en busca sin duda de más mozárabes, que se decidiesen a emigrar a tierras cristianas.

El regreso

Al cruzar el estrecho valle del Guadalfeo², en-

1 Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, p. 85 del texto árabe, en "Hesperis-Tamuda", vol. II, fasc. I, y p. 195 de mi traducción en *Nuevos fragmentos almorávides y almohades*.

2 Los *Anales Toledanos Primeros*, que tan necesitados están de una edición crítica, dan tres referencias escuetas de la expedición por Andalucía. La primera, que ha dado lugar a las más variadas apreciaciones, dice: "fue la hueste de Málaga, quando exieron los mozárabes de Málaga.

tre Salobreña y Motril, dominado por imponentes desfiladeros, se dice que Alfonso dijo en su lengua a unos de sus capitanes, "qué tumba tendríamos aquí si alguien, desde arriba, nos echase tierra"¹. Al llegar a Vélez [Málaga], mandó que le preparasen una barca y le cogiesen el pescado que comió. El cronista musulmán se pregunta si quiso con este extraño gesto cumplir un voto que habría hecho o solamente dar motivo para que se hablase de él. Vuelve luego sobre sus pasos y al principio de la primavera, se decide a cruzar Sierra-Nevada desde Almuñécar y se presenta de nuevo ante Granada; hace un despliegue de sus fuerzas en la Vega durante cuatro días; y las tropas de Mequínex, mandadas por Abū Ḥafṣ, Ibn Tuzṣīn, sostienen con él una escaramuza. Se convence, una vez más, de que es imposible tomarla por asalto o por sorpresa, y emprende la retirada por Alicún de Ortega hasta Guadix, donde lo alcanzó el emir Inālū con las tropas de Fez, y al enfrentarse con él, le mató uno de sus mejores capitanes y lo forzó a proseguir su retirada. Pequeño éxito que ʿAlī premió, al terminar la campaña, nombrándolo gobernador de Granada, en sustitución del inepto Tamīm, su hermano mayor. Se encaminó Alfonso hacia el llano de Caravaca, en la zona de Murcia, seguido en su retirada por las tropas musulmanas que, sin atreverse a un ataque frontal, le pisaban los talones y atacaban a su retaguardia en cada etapa. Pasó por cerca de Játiva en una penosa marcha, entorpecida por los enfermos de la peste, que se declaró en su campamento, y por la impedi-

Era MCXIV [año 1106]". La evidente trasposición de XL, que corregida en LX, nos da el año 1126, en que el ejército aragonés llegó por Salobreña a Vélez-Málaga y dio vista a Málaga, nos explica satisfactoriamente la frase y su fecha. El año de la batalla de Arinsol (MXLXI), se debe leer MCLXIV [1125], como consta en otras fuentes; y el de la deportación, en MCLXV [1127] en vez de MCLXII, que dan los *Anales*.

1 Cfr. *al-Ḥulal al-mawṣiyya*, p. 78.

menta de los muchos mozárabes que le seguían; y entró por fin en sus dominios¹.

Los cronistas árabes, sin negar la importancia de la victoria de Aranzuel y el irresistible ímpetu con que el Batallador recorrió y saqueó durante tantos meses las tierras musulmanas de Levante y Andalucía, tratan al fin de presentar esta expedición tan famosa, como un verdadero fracaso, al asegurar que regresó a su país con un contingente muy disminuido, puesto en fuga sin combate y víctima de las enfermedades y la peste. Reconocen que se jactó de haber derrotado a los musulmanes, de haber recorrido el país enemigo de un extremo a otro, y de haber hecho muchos prisioneros y un gran botín; pero subrayan que no tuvo fuerzas para apoderarse de ninguna población que estuviese amurallada. Alargan por otra parte desmesuradamente la duración de esta extraordinaria cabalgada y la extienden a quince meses, cuando consta por documentos cristianos que a los ocho meses de haber salido de Zaragoza, estaba ya de vuelta, y en el mes de junio del 1126 daba en la villa de Alfaro grandes exenciones y franquegas a los mozárabes, que le habían seguido, dejando sus heredamientos y haciendas en tierra musulmana².

Finalidad de esta expedición

Se ha creído que Alfonso I emprendió esta campaña con el propósito descabellado de apoderarse de Granada, cuando aún estaba tan lejos de poder enseñorearse de Valencia, situada muy cerca de su frontera y que le interesaba mucho más para sus planes de cruzada. Nada más lejos del pensamiento del Batallador que ese prematuro e irrealizable plan atri-

1 Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, p. 85 del texto y 167 de mi traducción.

2 Véase mi trabajo sobre los Banū Hūd, p. 22.

buido a los mozárabes por la fantasía de los árabes. El verdadero propósito del rey de Aragón era sacar todo el botín posible de las ricas tierras que iba a invadir, como nos lo da a entender claramente la *Crónica de Alfonso VII el Emperador*: "saqueó toda la tierra de Valencia y Murcia y a toda Granada; sus columnas algareras llegaron a la zona de Almería¹, hicieron grandes muertes, cogieron muchos cautivos y quemaron toda aquella tierra". Lo mismo hicieron en la campiña de Córdoba y en la vertiente mediterránea de las Alpujarras y de Sierra-Nevada, donde nadie los esperaba.

Las continuas guerras a que su genio combativo le impulsaba siempre, le crearon muchas dificultades económicas y ya en sus luchas contra Castilla, como subraya la *Crónica Pinatense*², al no poder pagar durante más de un año a sus soldados aragoneses y navarros, puso su mano en los santuarios, iglesias y monasterios, se apoderó de sus tesoros, vendió y empeñó las heredades y posesiones sagradas y sólo así pudo pagar a sus hombres. Y si hacía esto, forzado por la necesidad, con los bienes de la Iglesia, a pesar de su sincero catolicismo y de atribuir sus victorias a Dios, no nos sorprenderá que, menos escrupuloso y con las manos más libres, llevase a cabo en Levante y Andalucía todos los saqueos y devastaciones que le atribuyen los cronistas de las dos religiones. Pero, si movido por los agobios económicos, acometía tan ardua empresa sin reparar en sus riesgos, estaba muy lejos de considerar como factible la conquista de la lejana Granada. Apenas salió de los valles pirenaicos y a poco de organizar y consolidar su nueva capital, Zaragoza, le separaban cientos de kilómetros de las tierras musulmanas de Andalucía y aún había de tardar ocho

1 Hasta Salobreña, según señalo en la nota 70 de mi trabajo citado en la nota anterior.

2 Cfr. *Crónica de San Juan de la Peña* (edic. UBIETO, p. 77).

años en ampliar su frente oriental con la toma de Mequinenza, para ser luego derrotado ante la cercana Fraga.

Es mucho más razonable pensar que la finalidad primordial de esa empresa, aparte del botín, fue el proponer y facilitar a los mozárabes de Levante y Andalucía la emigración hacia el Norte para consolidar las nuevas conquistas y favorecer la explotación de los terrenos abandonados por los musulmanes o dejados yermos por las mutuas algaradas de las guarniciones fronterizas en sus continuos ataques y contraataques. Se ha aceptado también, como cierta, la versión árabe de que fueron los mozárabes granadinos los que, vejados y oprimidos por los almorávides, propusieron a Alfonso el Batallador la quimérica conquista de Granada y lo indujeron con toda clase de argumentos a emprenderla¹. En primer lugar no hubo vejación por parte del gobierno de Calí, quien, antes al contrario, dada la gravedad con que se desenvolvía la rebelión almohade y la necesidad en que se veía de luchar a la vez en el Atlas contra el Mahdí y contra los cristianos en el centro de la Península, trataba ya desde los tiempos de doña Urraca con gran predilección a los cristianos, que cautivos o desnaturalados, llegaban a Marruecos, los prefería a todos sus súbditos y les confiaba los puestos de más confianza en sus dominios. Formó con ellos sus tropas de choque para rechazar a los almohades al sur de Marrákuš y lo mismo hizo su hijo Tašfin, al sucederle, ya que según la "Crónica del Emperador"², al salir de al-Andalus para instalarse en el trono, se llevó consigo muchos cristianos [los mozárabes] que residían desde años antiguos en tierras musulmanas, y, reuniéndolos con todos los cautivos que encontró en sus dominios peninsulares,

1 Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, p. 82 del texto y 160 de mi traducción.

2 Cfr. *Chronica Adefonsi Imperatoris* (ed. SÁNCHEZ BELDA, p. 281-287).

los puso en sus ciudades y castillos contra los almohades¹.

Los mozárabes

Los mozárabes aunque preferían, como es natural, vivir bajo un gobierno cristiano, no podían alzarse en armas por encontrarse desde hacía cuatro siglos en un régimen de sumisión y aparcería, sin intervenir para nada en las actividades políticas y militares de los musulmanes, so pena de ser privados de sus bienes y de la protección y las capitulaciones que les concedía el Islam. Sólo al ver al ejército del Batallador, primero en Levante, y luego en Andalucía, confiados en la perspectiva, que su prestigio les ofrecía, de una nueva y mejor vida en Aragón, acudieron a él, le suministraron víveres e, incorporados a su retaguardia, le siguieron para trasladarse al valle del Ebro. La versión latina de Orderico Vital expone de muy distinta manera la actitud de estos mozárabes: "al llegar Alfonso a sus tierras y ponerse en contacto con él, le dijeron: nosotros y nuestros padres nos hemos bautizado y educado hasta ahora entre los gentiles; mantenemos gustosos la ley cristiana, pero no podemos aprender debidamente los dogmas de la religión divina, porque sujetos al dominio de los infieles, no nos atrevemos a pedir doctores romanos o franceses, ni ellos han querido venir hasta nosotros por la barbarie de los paganos. Ahora nos alegramos mucho de vuestra llegada y preferimos dejar el suelo natal para emigrar a vuestro lado con nuestras mujeres y nuestras

¹ Se ha discutido mucho sobre el alcance de esta deportación, que no fue tan general ni tan grave como se ha creído, pues debieron ser muy numerosos los mozárabes que por no quererlo o por estar muy alejados de la ruta del Batallador, no se sumaron a él, ni le ayudaron en su empresa.

cosas. Al acceder el rey a lo que le pedían, salieron en gran número de sus tierras y por su amor a la ley divina se desterraron, dispuestos a sufrir los rigores del trabajo y de la pobreza". Según este autor más de diez mil mozárabes andaluces se incorporaron al ejército del Batallador¹.

De nuevo nos encontramos aquí con la diferente interpretación que las fuentes cristianas y musulmanas dan a la emigración de estos mozárabes. Según las primeras, la indignación de los musulmanes y la furia con que persiguieron a unos y desterraron a otros a Marruecos, se debió principalmente al abandono en que dejaban las tierras, que cultivaban, privando así a sus señores de las rentas y cosechas, mientras que los cronistas árabes no vieron más que la colaboración militar de aquellos campesinos y los consideraron traidores y dignos de los mayores castigos por haber violado las capitulaciones a las cuales estaban sometidos. En todo caso no fue dura, como se pretende, la persecución de que fueron víctimas los que se quedaron en territorio musulmán.

Las consecuencias

El gran cadí de Córdoba, Abū-l-Walīd Ibn Ruṣd, movido por el penoso efecto, que tanto en al-Andalus como en Marruecos causó esta expedición, pasó a Marrākuṣ para tratar del peligro que suponían los mozárabes granadinos, de su castigo y de su parcial destierro y sobre todo del amurallamiento definitivo de la capital marroquí, datos ya conocidos por otras fuentes. *Al Bayān al-mugrib*² nos aclara que en la entrevista de Ibn Ruṣd [el abuelo del célebre Averroes] con ʿAlī se trató no sólo del peligro que suponían para la seguridad del imperio los ataques de los almohades, cada día más peligrosos, sino también y con especial interés de la urgente necesidad de renovar y consolidar las fortificaciones de las grandes ciudades andaluzas, amenazadas por expe-

diciones cristianas cada vez más serias y mejor organizadas¹.

ʿAlī escribió a sus gobernadores de provincias, dándoles órdenes sobre la urgencia de reparar sus defensas. En Granada, su nuevo gobernador, Īnālū, mucho más enérgico que el destituido Tamīm, derrotados en Aranzuel, reunió enseguida a todos los albañiles disponibles, forzó a la gente a entregar el dinero necesario en muy breve plazo², aunque su rapidez se vió dificultada por los daños de una gran riada por el lado de las puertas de la Rambla y de Elvira, que arrastró los escombros sobre las casas vecinas, causando muchos muertos y provocando grandes reclamaciones. En cambio, en Almería, se hicieron las reparaciones con gran acierto sin gastos inútiles, y las cargas que se impusieron a los ciudadanos fueron las menores posibles. Los habitantes de Córdoba repararon también sus muros, según la antigua costumbre de rehacer la gente de cada mezquita la parte recayente a su circunscripción, y los sevillanos hicieron lo mismo sin prodigalidad ni oposición. Estas urgentes reparaciones prueban lo atemorizados que quedaron los almorávides con tan profunda y devastadora penetración y al mismo tiempo su certidumbre de que las fortificaciones de sus grandes ciudades eran el único freno que podían oponer a los ejércitos cristianos. Finalmente un episodio inédito demuestra claramente que no fueron todos ni mucho menos los mozárabes deportados a Marruecos, y que tampoco fueron todos cómplices y colaboradores de Alfonso el Batallador, ya que la mayoría no fue objeto de sanciones ni aún

1 Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, p. 86 del texto y 170 de mi traducción.

2 Para ello se aumentó el impuesto sobre los edificios, del que también se trata en el *Rawḍ al-miʿtār* (p. 223 de la traducción de LÉVI-PROVENÇAL, nota 1).

Se le dio el nombre de taʿtib, que significa protesta o reproche, por las reclamaciones que debió provocar su implantación.

1 Véase Dozy, *Recherches*, 3.^a, t. I, p. 356.

2 Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, p. 85 del texto y 168 de mi traducción.

a raíz de los graves daños causados por su colaboración reciente con los aragoneses, pues al año y medio de retirarse el Batallador, presentaron esos mozárabes granadinos una denuncia formal contra la actuación tiránica y cruel del nuevo gobernador, Inā-lū', que fue depuesto y obligado por ʿAlī a acudir con ellos a una sesión de inspección, en la que los mozárabes demostraron con pruebas su injusticia, por lo cual fue encarcelado y se le condenó a reparar las tropelías que había cometido.

3. LA BATALLA DE CULLERA¹

Cullera, antigua isla

La ciudad de Cullera, durante todo el largo periodo de la dominación musulmana, queda casi olvidada por nuestros historiadores regionales, que sólo se ocupan, por falta de datos, de su favorable situación a la margen izquierda del Júcar, junto a su misma desembocadura, sobre una montaña aislada y enhiesta que, como una ciudadela, domina el mar y la llanura en la que alternan las plantaciones de arroz con los bosques de naranjos. Debió ser, aún en tiempos históricos, una isla que los aluviones de las formidables avenidas del Júcar unieron la tierra firme por su orilla izquierda, ya que el Idrisi afirma que estaba rodeada por el mar. El río era navegable en la antigüedad: la madera que se cortaba en los extensos pinares de Cuenca era bajada por el Cabriel; a continuación, por el Júcar hasta Alcira, y de allí a Cullera, donde se embarcaba una parte para Denia, en cuyo arsenal se construían las naves de guerra, que sirvieron a Muṣṭahid, el conquistador de las Baleares y de Cerdeña, para sus grandes expediciones corsarias, y a su hijo ʿAlī para las naves de comercio con las que enviaba víveres hasta Egipto el año 447 [1055] a causa del hambre que se padecía en aquel país. Los troncos que no eran aprovechables en los astilleros de Denia, eran expedidos a Valencia para la construcción de sus casas. Esta costumbre, seguida aún en tiempos del Idrisi [siglo XII], se continuó hasta en pleno siglo XIX, pues

¹ Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, p. 89 del texto y 178 de la traducción.

¹ Sobre ella véanse mis *Banū Hūd* (p. 22-3), la nueva edición del *Nazm al-ġumān* (p. 110) y *al-Muṣṭahid*, de AL-MARRAKUŠI (p. 137 del texto y 135 de mi traducción).

a mediados de él, Madoz, en el artículo sobre el Cabriel de su *Diccionario Geográfico*¹, dice que por el Cabriel y el Júcar, del que aquel es afluente, se facilita la conducción de las muchas maderas de construcción naval y urbana, que se cortan en los grandes bosques de la sierra de Cuenca y van a desembocar en Cullera. Si no se supiese que Madoz no conocía el árabe, y menos al Idrīsī, se podría creer que lo había traducido, dada la correspondencia completa de sus palabras con las del geógrafo musulmán.

La batalla

La primera noticia importante de fuente árabe que tenemos sobre Cullera data del 1102, cuando el emir Mazdalī, sitia a Valencia y lucha con Alfonso VI, quien se retira decepcionado, según hemos visto², y ya no vuelve a ocuparse de Valencia ni de Cullera, para dejar a Alfonso I de Aragón que tome, veinticinco años más tarde, la iniciativa contra el Levante musulmán. Al regresar de su larga y profunda incursión por Andalucía, convencido de la impotencia de los almorávides para enfrentarse con él en campo abierto, concibe el propósito de apoderarse de las defensas exteriores del territorio valenciano, y después de apoderarse de Liria y Villa Marchante, se decide a ir contra Valencia para tomarla, y desde su puerto emprender la cruzada a Palestina, empresa que atraía entonces a todos los reinos cristianos, incluso a los peninsulares, que bastante trabajo tenían con atender a su propia cruzada y reconquista. Ninguna fuente, ni cristiana ni musulmana, nos había informado sobre la batalla campal, a que dio lugar esta incursión, hasta que tuve la suerte de

¹ Sub verbo.

² Cfr. el vol. II, p. 165 de esta obra.

poder estudiar el manuscrito, entonces inédito, del *Naẓm al-ḡuman*¹ en el que se encuentra una información concreta sobre este suceso; y en sus datos la luz necesaria para puntualizar y explicar la correspondencia oficial, a que dio lugar; y en otra crónica *al-Mu'ḡib*², copia parcial, sin señalar el hecho concreto, al que se deben aplicar.

Dice así el *Naẓm al-ḡumān*: "al apercibirse los musulmanes de los grandes preparativos que hacía Ibn Rudmīr [el hijo de Ramiro, o sea el rey de Aragón] dieron cuenta de ellos desde Valencia al emir de los musulmanes ³Alī, quien, temiendo que la nueva incursión fuese de la envergadura y de las graves consecuencias de la expedición llevaba a cabo tres años antes contra Granada, ordenó reforzar los contingentes de guarnición en al-Andalus con unos cupos suplementarios de negros, llevados desde Marruecos"; y que estos refuerzos fueron importantes, nos lo prueba el hecho de que sólo la ciudad de Fez equipó, armó y mantuvo a su costa durante toda la campaña a trescientos jóvenes negros, probablemente esclavos, elegidos entre los que residían en esa ciudad. Las tropas almorávides se concentraron en Murcia, cuyo gobernador era el caíd Yīddar b. Warḡa; el general en jefe fue ³Alī b. Ma'īyūz, a la sazón gobernador de Sevilla; y tomó parte en la campaña el gobernador de Córdoba ³Abd Allāh b. Abī Bakr³. Alfonso el Batallador había ya llegado a Cullera, y en sus cercanías tuvo lugar el encuentro frontal, en el que los musulmanes sufrieron una completa derrota. El enemigo los persiguió y se apoderó de gran

¹ Hoy ya publicado.

² Cfr. p. 109 a 111.

³ Personaje hasta ahora desconocido, que podemos ya identificar gracias a *al-Bayān al-muḡrib* y al *Naẓm al-ḡumān*. Fue conocido como Ibn Yanūna o Ganuna, por ser hijo de una hermana de ³Alī ibn Yūsuf, llamada Yanūna, y ser por lo tanto sobrino de ³Alī y primo de Tašfin ibn ³Alī (véase *Los Banū Hūd*, p. 27-8).

cantidad de armas, bagajes y cabalgaduras; las bajas de los almorávides fueron, según estas fuentes árabes, más de doce mil entre muertos y prisioneros¹.

Los síntomas anti-almorávides

No tuvo más graves consecuencias este desastre que debilitar aún más las fuerzas ya tambaleantes de los almorávides, pues los almohades, envalentados más cada día, empezaron a bajar de sus picos de águila del Gran Atlas y, a fines de ese mismo año, emprendieron la marcha para sitiar a Marrákuš por primera vez. ʿAlī, el emir de los musulmanes, se apesadumbró mucho al recibir noticias pormenorizadas del desastre; indignado por la cobardía de sus soldados, que, sin ninguna cohesión, se abandonaron unos a otros, y sólo pensaron en huir, ordenó a sus dos secretarios andaluces, Abū ʿAbd Allāh y Abū Marwān, hijos de Ibn Jisāl, escribir sendas recriminatorias. La inquina contra los almorávides era ya general en al-Andalus por la dureza y altanería con que trataban en conquistadores a los musulmanes indígenas, así que los dos secretarios, oriundos de Segura, en la provincia de Jaén, dejaron correr por sus plumas toda la bilis de amargura y de desprecio que les inspiraban los señores del Sahara. *Al-Muʿṭib* elogia a estos dos secretarios y asegura que sus cartas se hicieron célebres entre la gente de al-Andalus. La de Abū Marwān era la más hiriente, y sus palabras vibraban con una dureza, que el cronista árabe se complace en transcribir: "Ea, les dice, hijos de la envilecida y oprobio de la derrota. Hasta cuándo os falsificará el que verifica la moneda y os rechazará un solo jinete?. Ojalá que, en vez de ensillar caballos, tuvieseis

¹ Cfr. *Nazm al-ġumān*, p. 111 de la edición.

ovejas para que uno las ordeñe sentado. Es hora de que os ampliemos los castigos o si no que os cubráis el rostro con el velo, y que os devolvamos al desierto para limpiar la Península de vuestra suciedad¹.

La reacción del emir

El emir ʿAlī, que sólo, después de enviada, leyó la carta, alarmado por los comentarios que provocó, depuso a su autor y le dijo a su hermano, Abū ʿAbd Allāh, que había sido más mesurado; "estaba en duda sobre el odio de Abū Marwān a los almorávides, pero ahora nos hemos convencido de ello". La derrota fue tan grande y la cobardía de las tropas tan vergonzosa, que el emir ʿAlī, escribió en persona desde Marrákuš, a raíz de la batalla, contestando al gobernador de Córdoba², que había tratado de explicar el curso del encuentro y de justificar las causas de la derrota. ʿAlī reconoce que, al principio, el encuentro fue favorable a los musulmanes, pero subraya que es el final y sus resultados lo que se alaba o se censura: "Os encontrasteis [les arguye] con un enemigo inferior en número y vosotros debisteis ser más enérgicos y fuertes en defender a vuestras familias". Los recrimina por su cobardía, y los exhorta a corregirse y arrepentirse. Añade que se había informado cómo el enemigo recibía refuerzos y víveres desde su retaguardia, y les manda poner es-

¹ Cfr. *al-Muʿṭib*, p. 127-8.

² El profesor ʿAbd al-ʿAzīz al-Ahwānī descubrió dos legajos en la Biblioteca del Escorial el año 1948, que tratan de la campaña de Uclés, del sitio de Zaragoza por Alfonso el Batallador y de la batalla de Cullera, comentados y publicados por el doctor Husain Munis en la "Revista de la Universidad literaria del Cairo", t. XI, parte segunda, año 1949. Por falta de fuentes, el doctor Husain Munis no pudo verificar ni el lugar ni la fecha de la batalla. Llama al destinatario de la carta Muḥammad b. ʿAbī Bakr b. Sīr, en vez de Ibn ʿYanūna, error que ya hemos subsanado.

pías en sus caminos para averiguarlo y estar atentos a lo que ocurra para cortar el camino a sus ministros, antes de que les lleguen; y así evitar que sea más larga su permanencia en las cercanías de Valencia. A los cuatro días de escrita esta carta, dirige otra al mismo gobernador de Córdoba y a sus subordinados, repitiendo los argumentos de la carta anterior, y asegurándoles que, a pesar de su fracaso, nada le apartará de socorrerlos en persona, y que irá con el mayor empeño a cubrir sus pérdidas para que se calme su ansiedad, y pone de ello por testigo a Allāh. Con esto tenemos elementos bastantes para formarnos una idea de esta campaña, desconocida hasta que, como hemos dicho, la encontré en el citado manuscrito del *Naẓm al-ḡumān* y gracias a sus pormenores me ha sido posible comprobar el motivo y la ocasión de las cartas que reproduce en parte *al-Muḡīb* y que figuran en el legajo 489 de la biblioteca del Escorial, sin puntualizar a qué hecho concreto se referían.

El erudito historiador de Cullera, A. Piles, se queja ya en su concienzuda *Valencia árabe*¹ de los pormenores tan escasos como poco salientes que ofrece la Cullera musulmana y, basado solamente en los incompletos y nada seguros informes de Conde, desconoce, tanto por no ser arabista, como por no haberse descubierto hasta época reciente las fuentes de tan importante episodio de su historia. Las consecuencias del triunfo del Batallador en los campos de Cullera no dieron lugar, de momento, a avances espectaculares en la reconquista catalano-aragonesa; se trata de una de tantas batallas seguidas de razzias y saqueos, pero en cambio es muy significativa por sus características. La iniciativa y la acometividad de que varias veces habían dado muestras los almorávides, durante el reinado de Yūsuf b. Taṣfīn y en los primeros años de su hijo ʿAlī, hicieron sufrir

1 Cfr. tomo I (Valencia, 1901).

penosos contratiempos a Alfonso VI, desde Zallaqa a la tragedia de Uclés y sólo los venció y desbarató la estrategia y el valor sereno del Cid; pero ya en la primera mitad del siglo XII la civilización andaluza con sus riquezas y sus placeres debilitó a aquellos nómadas salidos del Sahara y habituados a su áspera vida. Los panegiristas del imperio almohade, al tratar de esta batalla y de las cartas oficiales a que dio lugar, ponderan la perturbación causada a principios del siglo XII en el Africa del Norte con la aparición de los almohades y nos pintan en un cuadro providencialista la depravación de las costumbres entre los almorávides, su falta de virtudes bélicas y el espíritu general de insubordinación. Nos presentan, contra toda verdad, a las mujeres, interviniendo en todos los asuntos públicos, rodeadas de malvados borrachos y libertinos; y al emir de los musulmanes, ʿAlī, despreocupado del gobierno para consagrarse a la devoción y al ascetismo¹. Olvidan sus cuatro venidas, desde Marruecos a la Península y sus continuos desvelos por mantener firme su gobierno, como lo demuestran sus numerosas cartas oficiales y las frecuentes deposiciones de los gobernadores ineptos o fracasados. Hicieron en esto los cronistas musulmanes tardíos, lo mismo que nuestros cronistas medievales cristianos, al poner de relieve la degradación de los godos para explicar y justificar los éxitos de la invasión árabe.

1 Para el contraste entre este cuadro tan deprimente de AL-MARRAKUŠī (en su *Muḡīb*) y los apasionados elogios que les consagra el *Rawḍ al-qirṭās*, véase CODERA, *Decadencia y desaparición de los almorávides en España*, p. 366.

4. LOS AVANCES DE ALFONSO I EL BATALLADOR HACIA VALENCIA¹

La profunda y prolongada incursión del Batallador por Levante y Andalucía, lejos de ser un fracaso, como pretenden las fuentes musulmanas, en su afán de aminorar u oscurecer las hazañas del rey aragonés, demostró que su superioridad militar era indiscutible y que su afán reconquistador, en vez de encontrar obstáculos insuperables, le proporcionaría grandes avances territoriales y el cuantioso botín que necesitaba para mantener, entre todos los protagonistas guerreros de su época, el título de Batallador. Repuesto del desgaste sufrido por sus tropas en la algarada del año 1125-26 y enardecido con el triunfo de Cullera prepara otra campaña, menos espectacular, pero más práctica, al ceñir sus aspiraciones a la conquista de Levante e iniciar el envolvimiento de Valencia, tomando posiciones en su zona para lanzarse a su conquista definitiva, que veía tan costosa como difícil. Por el lado cristiano sólo tenemos breves alusiones documentales, que permiten adivinar en el Batallador el propósito de avanzar por tierras valencianas.

Los textos documentales

La documentación latino-aragonesa de esa época nos ofrece los siguientes datos, que confirman con una sequedad lacónica la exposición exuberante de los literatos y cronistas musulmanes. Durante los años 1128 y 29 actúa Alfonso I en tres direcciones; la primera hacia Teruel, que era uno de los puntos de fricción más delicados, y cuya posesión le facilitaría el acceso a Valencia. Fracasa en el intento de

¹ Véase LACARRA, *Documentos para el estudio de la reconquista y repoblación del valle del Ebro*, en "Estudios de la Edad Media de la Corona de Aragón", t. II, p. 554; y mi trabajo *Los Banū Hūd de Zaragoza*, p. 24.

ganar un puesto avanzado en Cella y fortifica a Monreal del Campo. Otra dirección suya es hacia la Alcarria, donde por las Parameras de Molina fortifica Castil-Nuevo, a cuatro kilómetros de Molina de Aragón, que también tomó en diciembre del 1128; y por el sudeste guarnece el castillo de Almazán. Asegurados estos puestos fronterizos, puede aventurarse a realizar una expedición hacia Valencia, y así nos consta por un documento del archivo de la Catedral de Calahorra¹, según el cual en mayo del 1129 "rex Adefonsus senior obsedebat Valentiam"; la expresión "Adefonsus senior" la emplea para distinguirlo de Alfonso VII de Castilla, a quien llama rex "parvus"². El 11 de julio de ese mismo año "sedebat super Valentiam" y según otro documento, sin fecha, daba, por ese mismo tiempo, al obispo de Zaragoza en tierras valencianas los dos castillos de Liria y Villamarchante; ya antes al constituir la milicia de Monreal en 1128 había manifestado su propósito de ocupar todas las tierras hasta el mar para abrir el camino marítimo hacia Jerusalén.

Nueva incursión

Al año siguiente, en el verano del 1130, el vizconde Gastón de Bearne, feudatario de Alfonso I y su brazo derecho para la conquista de Zaragoza, de la que lo hizo su gobernador, salió con el inquieto y belicoso obispo de Jaca, don Esteban, en algarada por tierras de Valencia; y, en vista del éxito logrado en Cullera, se internaron por Levante para ser derrotados y muertos. Los *Anales Toledanos Primeros*³ con su habitual sequedad anotan que "mataron los moros al obispo don Esteban e a don Gastón el viz-

¹ Cfr. LACARRA, loc. cit., t. III, p. 549, documento núm. 151.

² Las fuentes árabes lo llaman al-Sulaytān [El Sultanito].

³ Cfr. p. 345 de mi reedición.

conde; era MILXVIII", o sea el año 1130. Nada más sabíamos de esta derrota y hasta se había dudado que fuese cierta, ya que la Crónica del Emperador pone la muerte del vizconde entre los caídos en la batalla de Fraga. Solamente *al-Bayān al-Mugrib*¹ nos da una vez más informes sobre este episodio, aunque por el mal estado del manuscrito nos encontremos con una laguna que deja incompleto su relato.

"Este año, dice, murió el gobernador de Valencia Muḥammad b. Yiddar [el que la había defendido contra el Batallador, durante su expedición por Levante y Andalucía] y ^CAlī nombró para sustituirlo a su hijo Yintān. El vizconde y el obispo entraron en sus tierras en el mes de ḡumāda segunda, o sea entre el 12 de mayo y el 9 de junio del 1130, y fueron los dos derrotados y muertos, quedando sus cadáveres en el campo de batalla. La cabeza de Gastón, su jefe, fue llevada a Granada para presentarla a Tašfin, el hijo y futuro sucesor de ^CAlī, que tenía virtualmente bajo su jurisdicción todo el territorio musulmán de la Península. Espetada en la punta de una lanza, la pasearon por sus zocos y calles con redobles de tambores, y luego momificada se envió a Marrākuš. Al recibir esta noticia, después de tantos desastres sufridos por sus tropas, dice el cronista, que la sonrisa volvió a alegrar el semblante del emir de los musulmanes; y el poeta Abū Bakr Muḥammad b. Yūsuf para celebrarlo, improvisó unos versos dedicados a Tašfin b. ^CAlī². Luego llegaron los emisarios de los cristianos para firmar unas treguas, y quizás para rescatar los cuerpos del vizconde y del obispo. Tašfin los recibió muy cortesantemente y los hizo volverse a su rey [Alfonso I], dándoles una escolta, hasta entrar seguros en su país.

III

LA ACTUACION DE IBN GĀNIYA, GOBERNADOR DE VALENCIA

¹ Cfr. p. 91 del texto y 188 de mi traducción.

² *Al-Bayān al-mugrib* recoge diecisiete versos.

1. IBN GĀNIYA, GOBERNADOR ALMORAVID DE VALENCIA

La actuación de Ibn Gāniya

En 1130 había sido nombrado gobernador de Murcia, y tres años más tarde (1133), de Valencia, en la que sigue sin contacto guerrero con los cristianos, después de la victoria de Fraga y de la reconquista de Mequinenza. Sólo dos episodios aislados se intercalan en su vida, antes de actuar desafortunadamente en la campaña para descercar a Oreja [Aurelia], sitiada por Alfonso VII el Emperador, cuya Crónica, al dar una lista más o menos verídica de los obispos y nobles que fueron muertos en Fraga, nos informa que Guido, obispo de Lescar, localidad cercana a Pau, cayó cautivo; y que Ibn Gāniya se lo trajo a Valencia, donde lo afligieron con muchos tormentos para que renunciase a su fe, e incluso lo circuncidaron; pero después dio rehenes en su nombre, pagó tres mil maravedís de oro y pudo volver a su sede de Lescar¹.

El mismo año 1134, en que era vencido el Batallador en Fraga, caía en desgracia del Emperador, el alcaide de Toledo, Rodrigo González, que había dirigido la gran expedición contra Sevilla, en la que derrotó y dio muerte a su gobernador Cumar b. al-Ḥāyḡ, en mayo del 1132. La Crónica citada, que se excusa de pasar por alto las muchas batallas en las que luchó contra los almorávides, nos informa que cayó en desgracia con su rey, y que obligado a renunciar a la alcaidía de Toledo y entregarle sus feudos, besó su mano y se desterró a Palestina para tomar

¹ Cfr. *Chronica Adefonsi Imperatoris* (p. 28 de la edición SÁNCHEZ BELDA).

parte en la cruzada. Construyó un castillo frente a Ascalón, al que dio el nombre de Terón, lo fortificó y municionó con caballeros y peones, y lo entregó a los Templarios. Después de tomar parte en muchos combates contra los sarracenos, volvió por mar a España, pero no quiso entrar en Castilla, ni recobrar sus bienes hereditarios. Visitó al conde Ramón Berenguer IV de Barcelona y al rey de Navarra García Ramírez, y por fin se presentó a Ibn Gāniya en Valencia, donde al cabo de pocos días, una pócima, que le dieron a beber, le hizo contraer la lepra, según la fantasía de la Crónica citada¹, y al sentirse enfermo, se volvió a Jerusalén, donde se quedó hasta su muerte.

¹ Cfr. *Chronica Adefonsi Imperatoris*, p. 48.

2. LOS VALENCIANOS CON SU GOBERNADOR IBN GĀNIYA EN LA BATALLA DE FRAGA

El asedio de Fraga

A los cuatro años de haber sido vencidos los almorávides por Alfonso el Batallador, en los campos de Cullera, comentan los cronistas árabes un hecho extraordinario, la derrota de ese mismo Alfonso I ante Fraga. Les sorprende extraordinariamente que, después de apoderarse triunfalmente de Zaragoza, Tudela y Calatayud, de rendir muchos castillos y de poner en fuga y humillar repetidas veces a los ejércitos musulmanes, venga a ser derrotado en batalla campal y a morir de allí a poco, consumido de tristeza. El héroe que logró este triunfo, el más inesperado y quizá el último y más importante del imperio almorávid, amenazado ya de muerte, fue el noble y celebrado emir Ibn Gāniya [el Abengania de nuestras crónicas], gobernador de Valencia y del Levante musulmán, quien con su arrojo y pericia hizo frente al temible Batallador y retrasó en casi un siglo la conquista cristiana de Valencia¹.

Ibn Gāniya

Era hijo de ʿAlī, gran jeque de la cabila de Ma-sūfa, a quien Yūsuf, el fundador de la dinastía, dio por mujer una de las damas de su familia, llamada Gāniya, cuyos hijos, de acuerdo con la costumbre saháríca de darles el apellido de la madre y no el del padre, fueron llamados los Banū Gāniya [los hi-

¹ Su biografía en la *Ihāta* del Escorial, manuscrito n. 1.763, que ha sido reproducido en la edición del *Nazm al-ḡumān*, nota a la p. 220.

jos de Gāniya]. El primogénito Yahya', nacido en Córdoba, recibió una esmerada educación y se apasionó tanto por brillar como caudillo militar, que según su biógrafo, Ibn al-Jaṭib, se divorció de su única esposa para evitar que el amor de su belleza lo apartase de sus deberes guerreros. Llevaba poco más de un año en el gobierno de Valencia, cuando Alfonso el Batallador se decidió a sitiar a Fraga. Son muy variadas y hasta contradictorias las versiones dadas sobre la batalla de Fraga, por lo cual, en vez de rehacer el relato de los historiadores aragoneses, nos limitaremos a completarlo con los datos y hasta con las leyendas que a su vez nos ofrecen *al-Bayān al-Mugrib*¹ y el *Naẓm al-ḡuman*². El primero soslaya casi esta campaña y se limita a decirnos que el año 528 [1134] salió Yahya' b. ʿAlī Ibn Gāniya, gobernador de Valencia y Murcia, a defender los sembrados de la frontera; envió luego sus atalayas, que volvieron anunciando el avance del ejército enemigo, que se dirigía a atacar el país musulmán. Salió Ibn Gāniya tras él hasta alcanzarlo, lo exterminó, libertó a los cautivos y se volvió con el botín. No se puede, por lo tanto, decir que hable explícitamente de la batalla de Fraga. Más extensa es la versión que nos ofrece el *Naẓm al-ḡuman*, con particularidades muy curiosas sobre las relaciones políticas entre Aragón y Cataluña, y los motivos inmediatos del asedio de Fraga. Dice, copiando a al-Warrāq que, cuando el hijo de Ramiro [Alfonso el Batallador] se apoderó de la frontera superior, al verlo el barcelonés [Ramón Berenguer IV] que ocupaba una posición parecida en esa frontera, aspiró a apoderarse de Lérida, Fraga y demás. Lo vieron los almorávides y temieron que cayese de súbito sobre ellos, e hicieron las paces con él por 12.000 dinares, que le entregarían cada año para la seguridad de

aquella frontera, vecina a él, librándose así de tener dos guerras a la vez. Hicieron este pacto por mandato de ʿAlī b. Yūsuf. No se le ocultó a Alfonso I este acuerdo, que lo irritó e indignó; juró con los más graves juramentos que atacaría el país por el que daban parias al barcelonés¹.

Al sitiar a Fraga, juró, de nuevo, que no levantaría el cerco hasta tomarla; y los sitiados, al prolongarse el asedio y verse muy apretados, escribieron al gobernador de Valencia, Ibn Gāniya, pidiéndole víveres y diciéndole que, si no los socorría, se rendirían y entregarían la ciudad al hijo de Ramiro. Cuando Ibn Gāniya leyó su carta, se ocupó del convoy, reunió tropas, les repartió donativos y les anunció que estaba dispuesto a enfrentarse con el enemigo, al mismo tiempo que para merecer el apoyo del cielo, manumitía, mediante documentos, a algunos de sus siervos y esclavos². Uno de sus íntimos le dijo: "Cómo vas a campaña con ese ejército, cuando ya no les queda otro a los musulmanes en al-Andalus y cómo te presentarás a ʿAlī b. Yūsuf, el emir de los musulmanes, si eres derrotado"? Que haga conmigo lo que quiera, le respondió, quizá dé Allāh el triunfo a los musulmanes³.

A continuación el cronista, imitando a sus colegas cristianos en su tendencia a dar un toque legendario al relato, nos cuenta que, cuando se cansaba ya el Batallador con lo prolongado del asedio [seis meses] se le presentó un monje del interior de Francia y le dijo: "yo invocaré a Dios contra ellos, se derrumbará el castillo y lo tomarás al asalto". Lo creyó el hijo de Ramiro y el monje subió a una colina próxima a las murallas. La gente de Fraga, que ya había oído hablar de él, lo reconoció, al verlo

1 Cfr. p. 99 del texto y 209 de mi traducción.

2 Cfr. p. 218-219.

1 Según el *Naẓm al-ḡumān* (p. 219). Véase mi trabajo *Los Banū Ḥūd*, p. 30.

2 Cfr. *Naẓm al-ḡumān*, p. 221.

3 Cfr. *Naẓm al-ḡumān*, p. 222.

erguido sobre la colina. Tenían un almajeneque potente y lo enfilaron hacia el sitio en que estaba el monje; pusieron en él una piedra grande y la dispararon contra él, mientras con gran empeño invocaba a Dios contra los musulmanes. La piedra se llevó la mitad de su cuerpo y la otra mitad quedó en el sitio con gran espanto del rey, que se retiró descorazonado a su campamento.

Expone, a continuación, la llegada de Ibn Gāniya con el ejército de socorro; y cómo, al trabarse la batalla, salieron los sitiados y asaltaron el campamento cristiano. El rey derrotado se va a Zaragoza, donde habló bien a los musulmanes, que habían quedado en ella, después de su rendición; siguió luego hasta Huesca; estaba loco, y a los pocos meses murió. El relato del *Nazm al-ŷuman*, tan interesante por sus nuevas aportaciones, parece un reflejo tardío del acuerdo concertado entre el conde de Barcelona y el reyezuelo de Lérida, a quien los documentos cristianos llaman Abifilel en 1120, o sea a los dos años de la toma de Zaragoza. Al avance de Alfonso I sobre Lérida en 1122 y a su lucha con el conde, les dieron un largo compás de espera sus entrevistas y pactos hasta que las parias concedidas por Ali a Ramón Berenguer IV, provocaron el enojo del Batallador y la campaña de Fraga, enojo y campaña, que tuvieron una inesperada y pacífica solución, al unificarse los dos estados por el casamiento de Petronila, la hija de Ramiro el Monje, con el conde Ramón Berenguer IV. Ibn al-Qattan, secretario del penúltimo califa almohade, al escribir su obra, el *Nazm al-ŷumān*, siglo y medio después de los sucesos de Fraga, es el único en ofrecernos el episodio del monje francés. La muerte del Batallador en Huesca es una nueva variante, que hay que añadir a las dadas por las fuentes cristianas.

3. IBN GĀNIYA PACTA TREGUAS CON RAMIRO, EL MONJE. LA LEYENDA DE LA CAMPANA DE HUESCA

La sucesión de Alfonso I el Batallador

La muerte de Alfonso I el Batallador y su insólito testamento dieron origen a graves desórdenes y a complicadas negociaciones entre los magnates aragoneses, hasta que llegaron al acuerdo de reconocer a Ramiro II el Monje, hermano del Batallador. El nuevo rey confirmó en sus cargos y feudos a todos los señores de sus dominios, y luego se fue a Castilla, metrópoli de los reinos cristianos, para reconocer la supremacía de Alfonso VII el Emperador. Instalado así en el trono, en vez de exigir parias a los musulmanes vecinos a sus estados, o proseguir con ardor, como su hermano, la Reconquista, convino con Ibn Gāniya en firmar una tregua de dos años, cuyo término se fijó al fin del año 530 de la Hégira o sea el 28 de septiembre del año 1136. Esta es la escueta información que nos da *al-Bayān al-Mugrib*¹ sobre los dos primeros años del gobierno de Ramiro II. La *Primera Crónica General* amplía, con datos muy sospechosos de su propia cosecha, el relato de la discordia surgida entre los aragoneses, al oponerse muchos al nombramiento de un monje y clérigo de misa, "que nin podía facer batallas nin justicia, assí como conviene a rey, nin casar con mugier a bendición, como era derecho. Et por esta razón acordaron de alçar por rey a un noble omne que avie por nombre don Pedro Tharés. Mas ese don Pedro non se guardando nin parando mientes en su fecho nin en la onra quel queríen poner, començó

1 Cfr. p. 99 del texto y 209 de mi traducción.

con poco seso a despreciar los altos omnes et tenerlos en poco, cuedando que rey et sennor era ya ante que fuese firmado en ello"¹. La leyenda, al encontrar en esta elección y en el carácter del rey monje campo abonado para la fantasía, hace que se celebren en Borja unas cortes y que la altanería de este supuesto pretendiente impida su proclamación. Sólo en unas segundas cortes, celebradas en Monzón se acuerda sacar a Ramiro de su monasterio y llevarlo a Huesca para ser alzado por rey y casarlo con Inés de Poitiers.

Una vez que se ha resuelto en estas supuestas cortes, desmentidas por la historia, el pleito de la sucesión, nos presenta este novelero informador a don Ramiro como "muy amado de los suyos et franque en dar su aver, y hasta muy aventurado en las batallas", no vacilando en atribuirle tres grandes victorias contra los moros; pero al mismo tiempo no se abstiene de ridiculizarlo "armándolo a la entrada en la hacienda desta guisa: pues que subió en el cavallo, pusiéronle el escudo en el brazo siniestro e pusiéronle la espada en la mano diestra, como era guisado et dixiéronle: sennor, tomad la rienda con la mano siniestra; et él díxoles con esa tengo el escudo, mas metedme las riendas en la boca, et ellos fiziéronlo assi"².

Las versiones antiguas

No puede darse caricatura más denigrante del rey Cogulla, hecha con toda premeditación para poder basar en ella la irrazonable decisión que le movió a imponer su autoridad en un baño de sangre, con el cual se pretendió encubrir los verdaderos delitos de rebeldía y robo, que motivaron el severo

castigo, comentado y explicado con infinitas variantes por los cronistas y eruditos cristianos hasta que una fuente árabe nos ha aclarado, de una manera racional con datos fidedignos, la verdad de un hecho histórico, que la leyenda ha tomado una vez más como base para deformarlo hasta hacerlo irreconocible e inexplicable. La primera, y puede decirse que la única fuente cristiana en la que hallamos concretada la leyenda de la Campana de Huesca, es la *Crónica de San Juan de la Peña*¹, llamada la *Pinatense*, posterior en dos siglos al suceso y urdida sin duda por un monje novelero de aquel monasterio, al que su erudición clásica le permitió inspirarse, sin ninguna originalidad, en la fábula romana de Tarquinio el Soberbio. Su texto es: "et aquesti don Ramiro muytos de los lugares del regno dio a nobles et caualleros et por esto no lo preciaron res. Et fazien guerras entre sy mesmos, et matauan et robaban las gentes del Reino. Et el Rey fue puesto en gran perplexidad, cómo daríe remedio a tanta perdición et non osaua revelar aquesto a ninguno. Et por dar remedio a su reyno, enbió un mensagero al su monasterio de Sant Ponz de Tomeras con letras al su maestro Forçado, en las cuales letras recontaua el estamamiento del su regno et la mala vida que pasaua con los mayores del su reyno, rogándole que le consellase lo que faríe". El maestro, pensado que "seríe irregular, si le consellaua que fizies justicia, clamó al mensagero al huerto, en el cual había muytas coles et sacó un ganiueto que tenía, et teniendo en la mano la letra, et leyendo, talló todas las coles mayores, et fincaron las solas chicas et díxole al mensagero: vete al mi sennor rey et dile lo que has visto, que nom te do otra respuesta".

"El mensagero con desplacer que respuesta non le había dado, vínose al rey et racontole que res-

¹ Cfr. *Primera Crónica General*, p. 477.

² Cfr. *Primera Crónica General*, p. 477 b.

¹ Cfr. *Crónica de San Juan de la Peña*, edic. "Textos Medievales", t. IV, p. 87-88.

puesta ninguna non le había querido fazer. De la cual cosa el rey quedó muy despagado, pero quando contó la manera que había visto, pensó en sí mesmo quel huerto podía ser el su regno, et las coles y eran las gentes de su regno. Et dixo: por fer buenas coles, carne y a menester. Et luego de continente, envió letras por el regno a nobles, caballeros et lugares que que fuesen a cortes a Huesca, metiendo fama que una campana quería fazer en Huesca que de todo su regno se oyese, que maestros haúa de Francia que la farían. Et quando aquesto oyeron los nobles et caualleros, dixeron: "vayamos a veer aquella locura que nuestro rey quiere fazer," como aquellos que lo preciauan poco; et quando fueron en Huesca, fizo el rey poner ciertos hombres en su cámara armados, que fiziesen lo que él les mandaría. Et quando uenían los ricos hombres, mandáuales clamar uno a uno a consello, et, como entrauan, assí los mandaua descabeçar; pero clamaua aquellos que le y eran culpables, de guisa que XII ricos hombres et otros caualleros escabeçó ante que comiés et aurie todos los otros caualleros assí mesmo descabeçados, si non por qual manera que fue que lo sintieron, que y eran de fuera et fuyeron"¹.

Las interpretaciones modernas

Son incontables los comentarios y disquisiciones con que, sobre todo los historiadores y eruditos aragoneses, han tratado de desentrañar el fondo de verdad o mentira que pueda haber en este episodio tan extraño. Unos con Zurita lo aceptan, y hasta lo amplían en el transcurso del tiempo con nuevas fantasías; y así a principios del siglo XVI, Lucio Marineo Siculo siente piedad por los ajusticiados y hace que

¹ Véase la edición de XIMÉNEZ DE EMBÚN, en Antonio UBIETO, *La Campana de Huesca*, en "Revista de Filología Española", t. XXXV, 1951.

se preparen en confesión para ser ejecutados e incluso libra a los sayones de Huesca de la ingrata faena de la degollación, al asegurar que los verdugos fueron franceses. Beuter llega hasta asegurar que Ramiro mandó hacer exequias muy honrosas a los ajusticiados y labrar los sepulcros, donde yacen y hoy día parecen. Conoce, además, la estancia en que Ramiro mandó colgar las cabezas de los decapitados en forma de campana, estancia que todavía subsiste con el nombre de Sala de la Campana de Huesca en el edificio, primitivo Palacio Real.

Aunque la leyenda tuvo gran difusión y fue aceptada sin someterla a la debida crítica, no tardaron en surgir reparos históricos, que, iniciados por Garibay, abrieron el camino para negar con toda clase de razones la veracidad fundamental de la leyenda. Razones que el concienzudo investigador Sangorrín resume así: "Unas cortes en Huesca, cuando no había cortes aún en Aragón; unos próceres titulados ricos hombres, cuando no se había inventado ese título; una cámara tétrica, que se construyó cincuenta años después; un rey sañudo y vengativo, que no fue sino muy bondadoso y complaciente; unas familias de los más altos próceres de Aragón, manchados con el baldón de la rebeldía; un monje venerable, que aconseja la ejecución más despiadada; una ciudad, que la presencia indiferente; y un reino, que entra en la obediencia después de la matanza, como las bestias que regresan al redil".

Pero, como, a pesar de estos prolijos razonamientos, no había ningún hecho concreto en qué apoyarse para explicar el nacimiento y desarrollo de la leyenda, y ante el silencio que guardan los documentos de aquella época y de las siguientes, todos los historiadores han lamentado no encontrar base para

¹ Cfr. *La Campana de Huesca, demostración documentada de la falsedad histórica de esta leyenda*, en "Actas y Memorias del II Congreso de Historia de la Corona de Aragón", p. 83-171.

explicar el proceso formativo de la leyenda, y se ha llegado a conjeturar que sólo en el reinado de Alfonso III [1285-1291], perturbado con la guerra civil de la Unión, se dan los elementos necesarios para urdir tan aparatosa ficción. En agosto del año 1287, estando en Tarazona, hizo Alfonso III prender, según expone Zurita, a algunos de los principales vecinos de aquella ciudad contra toda orden y disposición de fuero, y de ellos mandó el rey ajusticiar a doce, y desde aquella comarca empezaron sus ricos hombres y caballeros a hacer la guerra a los seguidores de la Unión.

Una nueva fuente

No hacía falta recurrir a este cambio de escenario y de personajes para justificar de algún modo el nacimiento de una leyenda, en la que los errores históricos se entrecruzan con los absurdos sociales y arqueológicos. Sólo había una débil lucecilla para vislumbrar lo ocurrido, y era la nota lacónica y casi enigmática de los *Anales Toledanos Primeros*, que dicen: "mataron las potestades en Huesca, era MCLXXXIV"[año 1136]¹. Esta nota, confirmada con gran acopio de pormenores razonables por *al-Bayān al-Mugrib*², ha sido rechazada como falsa por el concienzudo investigador de la leyenda, don Dámaso Sangorrín. Afortunadamente en la parte que aún estaba inédita de esa gran compilación de historia hispano-magribí, cuyo texto árabe y su traducción española acabo de publicar, he podido encontrar todos los elementos informativos para explicar y reducir a términos razonables y objetivos un episodio de escasa trascendencia, que pasa desapercibido en las fuentes cristianas contemporáneas, para

1 Cfr. p. 346 del tomo I de mi reedición.

2 Cfr. p. 99 del texto y 210 de mi traducción.

ser luego desorbitado por la fantasía y llenar con sus engendros una página de la historia de Aragón y popularizarse en la pintura histórica con Casado del Alisal y en la novela con Canóvas del Castillo.

Ramiro el Monje, en vez de vengar la derrota de Fraga y proseguir la obra reconquistadora de su hermano, el Batallador, prefirió pactar con el gobernador de Valencia, Ibn Gāniya, una tregua de dos años. Sa^cd, el defensor de Fraga, cuyo descendiente Ibn Mardaniš fue luego rey de Murcia y Valencia, confiado en la eficacia de la tregua, reanuda sus relaciones comerciales con los cristianos y envía una caravana a Huesca, conquistada hacía cuarenta años por Pedro I. Las potestades de Huesca, o sea las autoridades con mando en la ciudad, saquean el convoy; y el gobernador de Fraga, Sa^cd, denuncia lo ocurrido a Ramiro, quien indignado por el desacato cometido contra su autoridad y por el desprestigio que para su honor suponía la violación con robo de las treguas firmadas, reúne a las primeras figuras militares y eclesiásticas del reino, y en una especie de consejo de guerra logra que los culpables sean obligados a restituir lo robado y se les condene a muerte por el delito de alta traición¹. El hecho, uno

1 Esta versión árabe tan nueva y contraria a todo lo expuesto por las crónicas cristianas no puede tampoco aceptarse como exacta e imparcial. Ignora las luchas y rebeliones que tuvo que sofocar Ramiro el Monje contra sus condes rebeldes, hasta tener que refugiarse en el castillo de Besalú y aliarse con Ramón Berenguer IV para dominar la rebelión y dar lugar a la solución del problema sucesorio con los desposorios de Ramón Berenguer IV y doña Petronila. *Al-Bayān al-mugrib* resume estas rebeliones en el saqueo que las potestades de Huesca hacen del convoy enviado desde Fraga por su gobernador musulmán, lo hace expresión de la rebeldía de los aragoneses, y, después de ofrecernos los supuestos diálogos que atribuye al gobernador de Fraga con Ramiro, y de éste con los nobles que le son fieles, sintetiza el vencimiento de los rebeldes en la ejecución conjunta de los sublevados y la indemnización que concede a los expoliados.

de los innumerables incidentes de violencia y rebelión ocurridos en aquella época, no mereció ser señalado en los Anales y Crónicas contemporáneas, tanto por su escasa importancia histórica, como por el deseo inconsciente de evitar el deshonor que para los culpables suponía su divulgación documental; y solo los *Anales Toledanos Primeros* le consagraron una línea, apenas comprensible, que ahora gracias al relato pormenorizado de *al-Bayān al-Mugrib* adquiere especial relieve, al concordar con él en la fecha y puntualizar que los condenados fueron los que tenían mando en Huesca, o sea los seis o siete autores del atropello.

La Crónica árabe, por razones contrarias al silencio de las fuentes cristianas, acoge complacida la reparación que Ramiro II y sus consejeros ofrecen, según ella, a los musulmanes en un momento en que la balanza del poder y el curso de la Reconquista se inclinaban decididamente del lado cristiano. Es un poco extraño el rasgo de autoridad ejecutiva, acusado esta vez, en el carácter tan pacífico y contemporizador del rey Cogulla; y cuando, al cabo de dos siglos, el monje de San Juan de la Peña recogió el episodio, ya desfigurado y desvaído por la transmisión oral e imaginativa del pueblo, no quiso o no pudo descubrir los verdaderos motivos del castigo y prefirió envolver en una maraña de pormenores fantásticos y absurdos una realidad, que hoy aparece mucho más concreta y razonable, gracias al contraste entre las fuentes cristianas y musulmanas, contraste que, en esos siglos medios de la Reconquista, es imprescindible para poder entrever la verdad en el amasijo de informes con que cada bando, llevado de su apasionamiento patriótico y de sus creencias religiosas, presenta los hechos históricos desde puntos de vista diametralmente opuestos.

La ocupación de Mequinenza

El gobernador de Valencia, Ibn Gāniya, aunque desagraviado en parte por el castigo impuesto a las autoridades de Huesca, quiso, al terminar las treguas, o quizá en el momento de ser rotas, explotar el éxito que había logrado en Fraga y aprovechar el desconcierto que la falta de la mano fuerte del Batallador había provocado en Aragón. En el verano del 530 de la Hégira [1136] se decidió con su subordinado, el gobernador de Fraga, Sa'īd b. Mardānīš a sitiar a Mequinenza, que tres años antes se había rendido por capitulación a Alfonso el Batallador. Ibn Gāniya pidió refuerzos a Lérida, Tortosa y los castillos cercanos a estas plazas fuertes, e inició el asedio. Los zaragozanos trataron de llevar víveres a los sitiados, pero según *al-Bayān al-Mugrib*¹, cuando avistaron las tropas de Ibn Gāniya, se atemorizaron y, abandonando el convoy, se dieron a huir. Llegó Ibn Gāniya ante la plaza y al dispersarse sus habitantes, su alcaide pidió capitular y se rindió. Ibn Gāniya le dio un salvoconducto para él y los suyos, y en seguida atacó y rindió todos los castillos de la región.

¹ Cfr. p. 102 del texto y 218 de mi traducción en *Nuevos fragmentos almorávides y almohades*.

4. EL FINAL DEL GOBIERNO DE IBN GĀNIYA EN VALENCIA

El asedio de Oreja

Ya no encontramos más noticias sobre Ibn Gāniya hasta el año 1139, en que se decidió Alfonso VII a acabar con las algaradas, que el alcaide almorávid de Oreja, llamado ^cAlī, lanzaba continuamente contra la zona de Toledo en combinación con el alcaide andaluz de Calatrava la Vieja, Farraš. De ordinario las guarniciones de los castillos cercanos y las milicias de los concejos castellanos se encargaban de repeler estos ataques y de contraatacar, a su vez, en rápidas incursiones, que duraban un día y una noche. Este alcaide de Oreja, a quien la Crónica de Alfonso VII ¹ llama el homicida de los cristianos y de sus caudillos de la Transierra, había sorprendido en celada a Gutiérrez Armfidez, alcaide de Alfamín, y a los hermanos Domingo y Diego Alvarez, alcaides de Escalona. Oreja era una pequeña y arriscada fortaleza en lo alto de una colina, en la orilla izquierda del Tajo, a doce kilómetros al Este de Aranjuez, entre Noblejas al Este, Ocaña al Sur y Ontígola al Oeste. Había sido arrancada a los castellanos, como hemos visto, por el famoso Mazdalī, el reconquistador de Valencia; y Alfonso VII se decidió a reunir todas sus fuerzas y acabar con una pesadilla tan cercana a su capital. Manda al alcaide máximo de Toledo, Guterrio Fernández que con su hermano y todas las milicias de la Transierra y Extremadura sitien a Oreja en el mes de abril del 1139. A continuación moviliza él mismo los contingentes de Gali-

cia, León y Castilla, y acude en persona a completar el cerco con grandes obras de circunvalación ¹.

El intrépido alcaide almorávid se defendió con su habitual bravura, durante cinco meses, desde abril hasta septiembre; y al verse incapaz de resistir el asedio, agotado por el hambre y la sed, pidió socorro a todo al-Andalus.

Hasta ahora sólo teníamos el dato escueto de los *Anales Toledanos Primeros* ², que dicen: "prisieron a Oreja los cristianos de moros en el mes de septiembre" (1139), y la ampulosa descripción con que la Crónica del Emperador ³, tan opuesta al laconismo de los *Anales Toledanos*, se desborda en fantásticos pormenores, mezclando lo verdadero con lo falso para llegar a ofrecernos una patética y caballescena, hasta ahora no desmentida por otros testimonios musulmanes más fidedignos. El gobernador de Córdoba Az-Zubair [llamado Azuel por nuestras crónicas] e Ibn Sid, vicegobernador de Sevilla [a quien llaman Abenceta] organizaron el ejército de socorro, que, partiendo de Andalucía, se unió a las tropas levantinas mandadas por Ibn Gāniya. A ellos añade por su cuenta la Crónica del Emperador no sólo las fuerzas del resto de al-Andalus, sino además, una gran multitud llegada de las islas del mar [sic], que en este caso sólo podían ser las Baleares, y un numeroso ejército de almorávides enviados por Tašfin b. ^cAlī desde Marruecos; datos falsos tanto respecto a la llegada de tropas isleñas como a la intervención de Tašfin, quien aún no había sucedido a su padre ^cAlī y estaba luchando con grandes pérdidas contra los almohades, en la zona costera de Hāḥa, entre Mogador y Agadir. Eleva el ejército liberador a 30.000 infantes e innumerables ballesteros con una imponente zaga de camellos cargados

¹ Cfr. *Chronica Adefonsi Imperatoris*, p. 146.

¹ Cfr. *Chronica Adefonsi Imperatoris*, p. 152.

² Cfr. mi reedición, p. 346.

³ Cfr. *Chronica Adefonsi Imperatoris*, p. 303.

con los aprovisionamientos. El ejército de socorro sale de Córdoba, y al llegar a los Pozos de Algodor, arroyo toledano que nace en término de Marjaliza y desagua en el Tajo, frente a Mocejón, pone Ibn Gāniya grandes fuerzas en celada para que, cuando ellos avancen contra Toledo y Alfonso VII acuda a rechazarlos, salga Ibn Gāniya de su celada, asalte el campamento cristiano, situado ante Oreja, refuerce el castillo con hombres, armas y viveres, e inmediatamente se una a los cordobeses y sevillanos en la lucha contra Alfonso¹.

La Crónica, además de conocer lo acordado por los caudillos almorávides en consejo de guerra y citar textualmente sus palabras, nos asegura que los adalides y exploradores del ejército cristiano, al enterarse de este plan, se lo comunicaron al Emperador, quien, seguro de que Toledo no corría peligro alguno serio, dadas sus defensas y su aguerrida guarnición, decidió quedarse ante Oreja y proseguir el asedio. Los almorávides llegan ante Toledo y el cronista les hace repetir el ataque a San Servando e ir a Aceca, como el año 1109, al venir ^CAlī b. Yūsuf a tomar Talavera; y, olvidándose de que Aceca (hoy despoblado, a veinticinco kilómetros al noroeste de Toledo), estaba ya en manos musulmanas, desde hacía unos nueve años, por haberla tomado al asalto Tašfin el año 1130, asegura que no hicieron en ella ningún daño!. Nos presenta luego a la emperatriz doña Berenguela, en medio de las tropas defensoras de Toledo, que envía sus emisarios a los gobernadores almorávides para hacerles ver que no les sería honroso luchar contra una mujer y que, si quisiesen, debían presentarse en Oreja, donde el Emperador los esperaba en orden de com-

¹ Sigue la *Chronica Adefonsi Imperatoris* (p. 343) ampliando sus noticierías sobre este episodio.

bate. Entonces los caudillos musulmanes levantan los ojos y, como por un golpe teatral, ven a la emperatriz, sentada en el trono sobre la torre del homenaje del alcázar toledano, rodeada de sus damas que, como adiestradas en un ensayo previo, entonan un gentil concierto de voces e instrumentos. Esto bastó para que, admirados y avergonzados, tanto los caudillos como los soldados atacantes, inclinasen sus cabezas ante la emperatriz y se retirasen¹, sin causar daño, después de recoger las fuerzas puestas en celada por Ibn Gāniya, que de manera tan poco honrosa perdió todo el prestigio alcanzado en Fraga².

Parece ser que ni los historiadores, que han aceptado, sin las debidas reservas, la autenticidad de este episodio, ni su mismo autor, se han dado cuenta de los dificultades topográficas que la atormentada geografía del río, de las murallas y del alcázar medieval de Toledo oponían a esta realización escénica entre un ejército que ni siquiera se había aproximado lo bastante para poner cerco a la ciudad, atravesando el río y una guarnición dispuesta a rechazar cualquier intento de ponerle cerco.

Retirados los almorávides, se continuó con más vigor el asedio de Oreja; como entre el castillo y el Tajo hay una pequeña vega que ocupó el Emperador para impedir a los sitiados proveerse de agua, el hambre, la sed y las máquinas y ballestas, que empezaban a destruir las torres, obligaron al alcaide, ^CAlī a pedir, conforme a las costumbres de la época, un plazo de treinta días para procurarse socorros, antes de entregarse. Supone la Crónica que a pesar de lo inútil que debía ser esta gestión, des-

¹ Cfr. *Chronica Adefonsi Imperatoris*, p. 116.

² Cfr. CODERA, *Decadencia y desaparición de los almorávides*, p. 26.

pués del fracaso de los gobernadores de al-Andalus, se enviaron emisarios a Marruecos y a Andalucía, sin tener en cuenta la gravedad de la situación, en que se veían los almorávides atacados y derrotados por los almohades. Al quedar abandonada a su suerte, se rindió la guarnición de Oreja con todos los honores, pues se permitió al alcaide, cAlí y a los suyos salir con todos sus haberes y presentarse al Emperador, que los recibió y hospedó, durante unos días, para darles luego la escolta que los llevó hasta Calatrava la Vieja y los libró de las manos de los toledanos, que querían vengarse y matarlos¹.

Este relato, aunque procede de una fuente muy contaminada por reminiscencias y plagios bíblicos y llena de errores y tergiversaciones por su desconocimiento de las fuentes musulmanas, había sido admitido, sin poner muchos reparos a sus excesos literarios, por ser su autor contemporáneo de los sucesos que relata, y sobre todo por no disponerse de otra información, ni cristiana ni musulmana, con la que pudiéramos cotejarla. Por fortuna, se ha podido encontrar recientemente una nueva fuente árabe: se trata del tomo trece del *Nazm al-yuman*, único que se conserva de una extensa historia, casi universal, de la que me he ocupado ya en diversos episodios de la historia árabe de Valencia y que acaba de ser publicado. Dice así: "en el mes de ramadán del año 533 [mayo del 1139] el Sultanito [Alfonso VII, a quien llama así por haber sido proclamado muy joven] sitió el castillo de Oreja. Los ejércitos de todo al-Andalus se dirigieron a descercarlo, pero fueron incapaces y se volvieron, desde el camino, sin luchar. Cayó sobre los sitiados la desgracia, se les cortó el agua y, al estrecharse el asedio, entregaron el castillo². Esta sencilla exposición reduce

1 Cfr. *Chronica Adefonsi Imperatoris*, p. 154.

2 Cfr. p. 220 del texto árabe.

a sus justas proporciones uno de los innumerables episodios, a que dio lugar la lucha continua por la posesión de tantos lugares estratégicos y castillos roqueros, y nos mueve a rechazar, como creado por la imaginación, el cuadro caballeresco recargado con todos los adornos poéticos, de que el cronista de Alfonso VII se ha valido para embellecerlo.

IV

EL FINAL DE LA DOMINACION
ALMORAVIDE

1. LA DESAPARICION DE LOS ALMORAVIDES EN LEVANTE

Las primeras sublevaciones antialmorávides

Una vez recobrada, después (1099) de la muerte del Cid, se mantuvo Valencia, como toda la España musulmana, sumida en manos del poder almorávid, gracias al prestigio de sus gobernadores y a las campañas de Tašfin, hijo de ʿAlī, que reprimió las acometidas reconquistadoras de Castilla¹. Sólo perturbó la paz interior un motín local en Córdoba, debido a las insolencias de la guarnición almorávid, que fue sofocado sin grandes dificultades², al presentarse ʿAlī en la Península. Pero, al morir éste en 1143 y sucederle su hijo Tašfin, el levantamiento provocado por el Mahdī Ibn Tūmart en el Gran Atlas contra la ortodoxia almorávid, tachada de antropomorfismo, provoca en todo Marruecos una defección general contra los saharianos, que derrotados ante Orán, ven perecer despeñado a su emir³.

Los musulmanes españoles, que tampoco se sentían muy compenetrados con aquellos dominadores extraños, a los que no les unía más que la comunidad de sus creencias islámicas y el odio a los reconquistadores cristianos, se sublevan como un solo hombre por todos los ámbitos de la Península, al darse cuenta de que el poder militar de sus domina-

1 Véase *Contribución al estudio de la dinastía almorávid. El gobierno de Tašfin ben Yūsuf en Al-Andalus* (París, 1962), en "Études d'Orientalisme dédiées à la mémoire de Lévi-Provençal".

2 Véase mi trabajo *Nuevas aportaciones de al-Bayān al-mugrib sobre los almorávides*, en "Al-Andalus", vol. XXVIII, fasc. 2, p. 324.

3 En la noche del 26 al 27 de ramadán del 539 [22 de febrero de 1145], según mi *Historia política del imperio almohade*, p. 134.

dores había desaparecido; y surge, como por generación espontánea, una variadísima especie de cadíes y caudillos locales que rompen todos los resortes y articulaciones de la administración establecida, y sumen al país en una fiebre anárquica, en la que el delirio del poder apenas da tiempo a sus actores para entronizarse, luchar entre sí y desaparecer arrastrados por la vorágine de sus ciegas ambiciones y odios locales¹.

El vencedor de Fraga, Yahya' Ibn Gāniya, después de fracasar ante Toledo y Oreja en 1139, es trasladado de Valencia al gobierno general de Andalucía, al producirse las primeras explosiones de sublevación con Ibn Qāsī en 1143-4. Mértola y luego Tejada, en el Algarbe, reconocen en julio del 1144 a los almohades, que triunfaban en el norte de Argelia. Tašfin pide socorro a Bugfa y llama a su hijo y heredero, el adolescente Ibrāhīm, que llega a Tremecén desde Sevilla, donde se educaba, a fines del 1144; a los dos meses, en febrero del 1145, al verse su padre en situación desesperada, lo manda a Marrākuš para mantener la fidelidad de la capital².

Ya antes de perecer Tašfin, o sea en enero del 1145, se subleva el cadí de Córdoba, Ibn Ḥamdīn, quien había sucedido a su padre en el cargo y los dos habían sido muy apreciados por los emires almorávides. Ese mismo mes, se independiza Málaga; y al conocerse en Valencia la proclamación de Ibn Ḥamdīn y el fracaso de Ibn Gāniya ante Niebla, de la que no pudo apoderarse, tras tres meses de asedio, se sublevaron también los valencianos el 1 de marzo del 1145, a los cuarenta días de haber perecido Tašfin³.

¹ Véase CODERA, *Decadencia y desaparición de los almorávides*, página 29.

² Cfr. *Ibar*, p. 1.306.

³ Cfr. IBN AL-ABBĀR, *Hulla*, edic. DOZY, p. 212.

El nuevo gobernador de Valencia

Había dejado en ella Ibn Gāniya, como gobernador a su sobrino 'Abd Allāh, y era su cadí Marwān b. 'Abd al-'Azīz, nombrado, casi un año antes por Tašfin. El nuevo gobernador y el cadí, aunque se profesaban en secreto una cordial antipatía, convinieron, dada la gravedad de la situación, en reconciliarse y obrar de acuerdo. Se reunieron los valencianos en la mezquita mayor, y Marwān, el cadí, expuso al pueblo los méritos de los almorávides en la guerra santa, que siempre habían sostenido contra los cristianos de la península, e insistió especialmente en la manera como reconquistaron a Valencia, una vez muerto el Cid. El gobernador empleó a continuación, los mismos argumentos que el cadí y les recordó el agradecimiento que debían a su tío, Ibn Gāniya, por la energía y brillantez con que había defendido a Levante y derrotado a Alfonso el Batallador, en Fraga.

Los almorávides abandonan Valencia

Parece que con esto se iba a estabilizar la situación, pero la tensión política se había agravado tanto, que no hubo posibilidad de implantar una autoridad estable en ninguno de los numerosos reinos de taifas surgidos en esta segunda época, más enfebrecida y más desintegrada aún que la primera, sucesora del califato omeya. A los pocos días de haberse llegado a ese acuerdo en Valencia, se convenció el gobernador almorávid de que el cadí y el pueblo con la guarnición conspiraban contra él, y se apresuró a enviar en la noche del 10 de marzo a su familia e impedimenta al castillo de Játiva, que tenía una guarnición africana. A la mañana siguiente los soldados valencianos se insolentaron contra él, destruyeron sus tiendas y le obligaron a huir con los almorávides que quisieron seguirle. Una vez encastilla-

dos en Játiva todos los fugitivos, se atrevió ^cAbd Allāh b. Gāniya a atacar la huerta de Valencia sin encontrar resistencia; y, al verse sin caudillo, los notables de la ciudad, de acuerdo con la guarnición, acudieron al cadí Marwān b. ^cAbd al-^cAzīz ¹ para pedirle que tomase el poder, pero ante la inestabilidad de la situación, se negó a ello, y les dijo: "elegid entre vuestros jeques a quien nombréis". Desorientados e indecisos, no encontraron más solución que volver a ser gobernados, como hasta entonces, por uno de los pocos almorávides, que se quedaron en Valencia, después de la huida de su antecesor.

La fortificación en Játiva

El elegido quiso, enseguida, apresar al cadí, como principal responsable de la deposición de ^cAbd Allāh b. Gāniya, pero al no contar con el apoyo del pueblo y de los soldados del país, fracasó y transido de miedo se acogió a Játiva con el resto de sus partidarios y compatriotas, que aún no habían emigrado. Nuevamente se quiso proclamar al cadí, quien volvió a negarse y se escondió hasta que el jefe militar de la frontera Ibn ^cIyād y el caudillo ^cAbd Allāh Ibn Mardānīš, se entrevistaron con él y lo forzaron a aceptar el mando².

Como entretanto los almorávides, desde la alcazaba de Játiva, lanzaban algaradas por el llano y asaltaban los castillos cercanos, convocó el cadí Marwān a todas las guarniciones de la frontera; y el 13 de abril, al mes escaso de haberse hecho cargo del poder, puso sitio a Játiva. Los almorávides bajaron de la alcazaba, saquearon la población y cautivaron a las mujeres. Los sitiadores sólo consiguieron encerrarlos en el castillo y hubo que pedir socorro a

1 Cuya biografía da IBN AL-ABBĀR, *Hulla*, p. 212-16.

2 Véase GASPARD REMIRO, *Murcia musulmana*, p. 177 y sigts.

Murcia, donde a fines del mes anterior, el 31 de marzo, se había independizado también su cadí Ibn Abī Ŷa^cfar, después de reconocer a Zafadola y de matar a traición a los almorávides de Orihuela, que habían capitulado. Como en un increíble caleidoscopio de cuadros fugaces y desdibujados se desarrolla el curso de los acontecimientos en este Levante, que tan quieto y sumiso se mostró bajo el gobierno de ^cAlī y de Tašfin.

La insurrección en Murcia

Los murcianos, al enterarse de la muerte de Tašfin ante Orán¹ y de la insurrección de Ibn Qāsi en el Algarbe y de Ibn Ḥamdīn en Córdoba, hicieron lo mismo que los valencianos y proclamaron a Ibn al-Ḥāyḡ, quien reconoció la soberanía del cordobés Ibn Ḥamdīn; pero al cabo de pocos días [mediado febrero del 1145] dimitió el entronizado y le sucedió ^cAbd Allāh al-Zugrī, quien tampoco duró más que unos días, pues a fines de febrero, se alzó contra él Ibn Abī Ŷa^cfar y lo redujo a prisión. Cuando este nuevo emir fue a colaborar con Marwān b. ^cAbd al-^cAzīz ² en el asedio de Játiva, los partidarios de al-Zugrī se amotinaron en Murcia y lo repusieron en el mando, al sacarlo de la prisión; Ibn Abī Ŷa^cfar tuvo que abandonar el cerco de Játiva, y al regresar a Murcia no tuvo dificultad en restablecer su dominio y expulsar a al-Zugrī y a sus partidarios, que fueron a refugiarse en Cuenca. Volvió ante Játiva, pero no pudo añadirla a sus dominios, y el cadí de Valencia, con el concurso del jefe de la frontera Ibn ^cIyād, la obligó a capitular y la unió a sus inseguros dominios, que extendió hasta Alicante.

1 Véase mi nueva edición de *Al-Bayān al-mugrib*, tercera parte, publicada por la Universidad de Rabat, p. 16-17.

2 IBN AL-ABBĀR da su biografía (en la *Hulla*, p. 212-16).

La muerte de Ibn Abī Yāʿfar de Murcia

Al volver Ibn Abī Yāʿfar a Murcia, defraudado en sus ambiciones sobre Játiva, tuvo que salir en socorro de Zafadola, a quien había reconocido, contra los almorávides de Granada; y una vez más, se demostró la inferioridad combativa de los musulmanes peninsulares frente a los guerreros saharianos, pues estos, a pesar de su escaso número y de verse sitiados en la alcazaba de Granada, cayeron sobre ellos como aves de rapiña, según el cronista árabe, y los desbarataron fácilmente; dieron muerte a su jefe Ibn Abī Yāʿfar con otros muchos y obligaron al resto a huir en vergonzosa derrota, y retirarse a Murcia. Tuvo lugar esta batalla, llamada de la Muṣala [o sea del lugar en que se hacían las oraciones más solemnes] en las afueras de Granada, en el mes de septiembre del año 1145, a los cinco meses del fugaz y accidentado dominio de Ibn Abī Yāʿfar, que sólo contaba, al ser muerto, treinta y cinco años de edad. La numismática nos ofrece el testimonio irrecusable de la agitada conmoción política, que perturbó en grado increíble la vida murciana en ese año 1145, pues tenemos monedas de esa ciudad y de ese año a nombre de Ibn Abī Yāʿfar, de Ibn ʿIyād y de ʿAbd Allāh al-Zugrī, lo cual prueba que los tres se disputaron el gobierno de la ciudad en esa fecha¹. Además el hecho de que también existan monedas de ʿAbd Allāh y de Ibn ʿIyād en los dos años siguiente (1146 y 47), prueba que estos dos tuvieron el gobierno de Murcia más de una vez. Al caer Ibn Abī Yāʿfar en la batalla de la Muṣala en septiembre del 1145, los murcianos eligieron para sucederle a ʿAbd al-Raḥmān ibn Ṭāhir, de ilustre familia, cuyo abuelo había intervenido en la vida política valenciana en tiempos del Cid², pero su gobier-

¹ Véase GASPARD REMIRO, *Murcia musulmana*, p. 176.

² Cfr. t. II, p. 54 de esta obra.

no apenas duró más de un mes, pues fue depuesto por Ibn ʿIyād.

El gobernador valenciano Marwān Ibn ʿAbd al-Azīz es depuesto

Si agitado y confuso fue el tropel de los acontecimientos en Murcia al sublevarse contra los almorávides, no fue menos desconcertante su curso en Valencia, pues al regresar Ibn ʿAbd al-ʿAzīz de tomar a Játiva en agosto del 1145 y entrar en la ciudad montado en un camello y vestido de soldado, se le renovó la proclamación. Pero no tardó la soldadesca en sublevarse por el retraso con que se les pagaba y al deponerlo violentamente, escribieron a Ibn ʿIyād, que acabada de apoderarse de Murcia, para que uniese Valencia a sus dominios, y con tal empeño insistieron en la urgencia de su llegada, que, aún antes de recibir su contestación, se amotinaron y rodearon en actitud levantisca al alcázar, el 14 de noviembre de ese mismo año¹.

La prisión de Marwān Ibn ʿAbd al-ʿAzīz

Sin pensar en ofrecer resistencia, se disfrazó Ibn ʿAbd al-ʿAzīz, y, descolgándose por el muro de noche, se alejó de la ciudad y se desorientó al no tener guía. Se ocultó primero en Cullera, y luego volvió a Valencia, también disfrazado, y se metió en su casa solariega, pero, al divulgarse la noticia, se le buscó y fueron quemadas algunas de sus casas. Volvió a escaparse y aunque se le siguieron sus pasos, no se le pudo dar alcance; y al llegar a Murcia, pudo ocultarse durante tres días. Continuó su huida hasta Almería, y cuando creía estar más seguro, fue encarcelado. Había en esta ciudad, como era de ri-

¹ Cfr. IBN AL-ABBĀR, *Hulla*, p. 214.

gor en tal época, un nuevo reyezuelo, pero el que disponía del poder era el famoso almirante Muḥammad Ibn Maymūn, que acababa de regresar de las aguas de Orán, donde intentó con su escuadra salvar a Tašfin de caer en manos de los almohades, y se apresuró a avisar a Muḥammad Ibn Gāniya, señor almorávid de Mallorca, y a su hijo ʿAbd Allāh, a quien Ibn ʿAbd al-ʿAzīz había expulsado de Valencia, que lo tenía en sus manos y que estaba dispuesto a entregárselo. ʿAbd Allāh ibn Gāniya¹ no tardó en ir a Almería con las naves de Mallorca para hacerse cargo de su odiado rival, y, encadenado lo llevó a Palma. No se decidió a matarlo, pero se vengó de él con extraordinaria dureza, al encerrarlo en un calabozo lúgubre y subterráneo, en el que no se distinguía el día de la noche, y a veces le restringía la comida y el agua para atormentarlo más. Pudo el prisionero soportar tan dura prueba durante diez años y aún tuvo ánimo para escribir unos versos elegíacos, que apenas se citan por su escaso valor.

Al reinar en las Baleares Ishāq Ibn Gāniya, el visir almohade Ibn ʿAṭiyya, que era español, oriundo de Cambrils, cerca de Tortosa, y había servido con anterioridad a los almorávides, se interesó por su aflictiva situación, y con su gran influencia cerca de ʿAbd al-Muʾmin, logró que fuese puesto en libertad, previo reconocimiento del régimen y de la doctrina almohade, y que fuese enviado a Bugía de la que ya eran dueños los almohades. Ibn ʿAṭiyya hizo aún más por el destronado reyezuelo de Valencia; le facilitó el trasladarse a Marrākuš, lo presentó al califa ʿAbd al-Muʾmin, y lo introdujo en las sesiones oficiales de la corte. Pero Ibn ʿAbd al-ʿAzīz se había cegado hasta tal extremo en su odio a los almorávides, sus verdugos, que se olvi-

1 Véase A. BEL, *Les Benou Ghanya*, t. XXVII de "Publications de l'Ecole des Lettres d'Alger" (Paris, 1903).

2 Véase *Historia política del imperio almohade*, p. 181 y sigts.

dó de los favores del visir, a quien debía la libertad y su introducción en el círculo del califa. Ibn ʿAṭiyya mantenía las mejores relaciones con los pocos personajes almorávides que se habían sometido al nuevo régimen, e incluso estaba casado con una hermana del último caudillo almorávid Yahya', el Sahariano, bisnieto de Yūsuf b. Tašfin, quien después de ser el último representante de su dinastía y sostener tenazmente la lucha contra los almohades en Marruecos, acabó, falto de todo apoyo, por someterse a ʿAbd al-Muʾmin¹.

La muerte de Marwān ibn ʿAbd al-ʿAzīz

Quiso, luego, por consejo de su cuñado Ibn ʿAṭiyya, huir a Mallorca, donde se habían independizado los Banū Gāniya, almorávides, pero fue descubierto y, encarcelado, murió en la prisión. Al ser detenidos el visir y su hermano, acusados de haber colaborado en ese intento de evasión, fueron sometidos a un consejo de guerra, en el que el reyezuelo valenciano fue uno de sus más acres denunciantes, incluso con unos versos, que acabaron de envenenar las sospechas de ʿAbd al-Muʾmin, que había estimado grandemente las dotes personales y literarias de Ibn ʿAṭiyya. Al prepararse para la larga y peligrosa expedición de Ifrīqiya, temió que, en su ausencia, los almorávides y sus partidarios pudiesen intentar recuperar una vez más el poder perdido; y al hacer la peregrinación al santuario de Tinmallal para implorar la bendición del Mahdī en favor de su próxima campaña, hizo matar a los dos hermanos Ibn ʿAṭiyya²: el mayor Ahmad tenía treinta y seis años,

1 Véase sobre su lucha contra los almohades, LÉVI-PROVENÇAL, *Mémoires de AL-BAYDAQ* (p. 197), y mi *Historia política del imperio almohade*, p. 150.

2 El 27 de safar del año 553 [31 de marzo de 1158].

y el menor 'Aqil, que también era visir, veintitrés. Ibn ^CAbd al-^CAzīz mereció las más acres censuras por su ciega ingratitud, pero siguió en la corte almohade, como uno de los reyezuelos de taifas de la segunda época, que, sometidos y deportados a Marrākuš, sólo servían para dar más realce a la pompa del Califato almohade, hasta que murió en ese dorado cautiverio y ociosidad el año 578 de la Hégira [1182 de nuestra era], a los setenta años de edad. En desafortunado contraste con estos hechos comprobados, un ensayo de novela histórica titulado *Tradiciones de Valencia* con mucho más de novela que de historia, nos lo presenta en la ciudad de Mequínez [sic] rodeado de muchos y respetables personajes de gran distinción por haber desempeñado altos puestos en el ejército y en la política y prestado brillantes servicios al Estado¹. Los más de ellos eran hijos de Valencia, y los restantes de Murcia; y todos servidores de Ibn ^CAbd al-^CAzīz o adictos a su dinastía.

Las taifas almorávides

Mucho antes de que Ibn ^CAbd al-^CAzīz llegase a Marrākuš, convocó ^CAbd al-Mu'min en Salé el año 1151 a los jeques de al-Andalus y a los reyezuelos del oeste de la Península, que tan versátiles se habían mostrado con él, durante la gran sublevación de Massī, que puso en peligro la estabilidad del nuevo imperio. Eran estos: Sidrāy b. Wazīr, señor de Beja y Evora, Yūsuf al-Bitrūši, señor de Niebla, Ibn ^CAzzūn, señor de Jerez y Ronda, Ibn al-Ḥayyām, señor de Badajoz, y ^CĀmil b. Munīb, señor de Tavira. El único que no se rindió fue Ibn Qāsī, señor de Mé-

¹ La verdad, según su biógrafo IBN AL-ABBĀR (*Ḥulla*, p. 216). Vivió en la oscuridad en Marruecos, quejándose de su mala suerte en unos versos, hasta morir en Marrākuš el año 578 [1182].

tola, quien, para conservar su situación, se alió con el rey de Portugal y fue muerto por sus propios súbditos en ŷumāda I del año 546 [16 de agosto a 14 de septiembre del 1151]. Todos ellos, lo mismo que los sublevados en Levante, habían tenido un brillo meteórico al independizarse el año 1145-6 y darse aires de soberanos, enemistados unos con otros, para acabar por someterse sin restricciones, al caer Sevilla en manos del general almorávid Barrāz¹.

Zafadola

En medio de este torbellino de liliputienses gobernantes, que pasan como sombras, se destaca, no por sus méritos o dotes de caudillo, ni siquiera por la duración de su mando, sino por el prestigio que le daba a los ojos del pueblo el ser el último descendiente de la dinastía de los Banū Ḥūd, reyes de Zaragoza, durante más de un siglo, Sayf al-dawla, el Zafadola de nuestras crónicas, que se cree con títulos suficientes para intentar el restablecimiento de la monarquía en al-Andalus. Córdoba, Granada y Jaén empezaron por reconocerlo, pero lo destituyeron en brevísimo plazo, y lo mismo hicieron Murcia y Valencia. El cronista de Alfonso VII² el Emperador, prolijo y dramático en pormenores, nos asegura que los musulmanes españoles, después de acudir a Zafadola, para luchar contra los almorávides, que los oprimían y explotaban tiránicamente, se vieron luego más oprimidos y acosados por los castellanos; y no encontrando salvación más que en Zafadola, le enviaron una embajada para decirle; "ven, libranos de las manos de los cristianos, y te serviremos a tí en seguridad". Supone que a pesar de es-

¹ Véase *Ibar*, t. I, p. 313; y mi *Historia política*, t. I, p. 160.

² Cfr. *Chronica Adefonsi Imperatoris*, edic. SÁNCHEZ BELDA, p. 27, 29, 70.

tas gestiones y sin esperar su resultado, se le sublevó la zona de Baeza y Ubeda, y que, al pedir socorro a Alfonso VII¹, éste le envió un ejército cristiano, que sometió a los rebeldes con grandes estragos, cautivos y presas. Supone también que los rebeldes despojados no encuentran más remedio a sus males que acudir a la intervención de Zafadola, quien olvida sus agravios y se presenta inopinadamente con un gran ejército; exige perentoriamente que le devuelva los prisioneros y el botín; y, al negarse, los condes que mandaban el ejército castellano, se atreve a luchar con ellos en batalla campal, es hecho prisionero y, al conducirlo al campamento, unos soldados lo reconocen y le dan muerte.

La muerte de Zafadola y proclamación del rey Lobo

En contra de esta versión, que contiene varios errores y manifiestas incongruencias sobre el carácter y conducta de Zafadola, las fuentes árabes nos ofrecen otra completamente distinta. Ibn al-Abbār, valenciano y mucho más verídico que el cronista latino, nos dice² que, a los pocos días de haber confiado Zafadola la administración de sus dominios levantinos a Ibn'Iyād, se dirigió con él a Játiva, a donde ya se les había adelantado con el ejército de Valencia, su gobernador Ibn Sa'īd b. Mardāniš. Había salido este último en persecución de los cristianos que talaban la comarca: eran estos los soldados de Alfonso VII; y, cuando se encontraron ambos ejércitos, después de haberse unido las tropas de Valencia y Murcia, se trabó la batalla y murieron Zafadola e Ibn Sa'īd, salvándose Ibn'Iyād. Esta batalla perdida por los musulmanes se dio en el lugar conocido por Alloch³ en la llanura de Chin-

1 Cfr. *Chronica Adefonsi Imperatoris*, p. 152-3.

2 En su *Hulla*, p. 226.

3 Topónimo desconocido.

chilla, y no por Baeza y Ubeda como fantasea la crónica latina, el viernes 3 de ša'rbān del año 546 [5 de febrero del 1146]. Algunos autores la llaman la batalla de Albacete; y, por haber muerto en ella Ibn Sa'īd, es conocido por el de la batalla de Albacete. Así termina en un plazo de un par de años esta grotesca pantomima de los inútiles esfuerzos que los reyezuelos de la segunda época de taifas hacen para crear y mantener unos reinos efímeros, sin base ni dinástica ni nacional, y sólo queda aún independiente sin someterse por unos años al yugo almohade el Levante español, en el que Muḥammad ibn Sa'īd, el llamado rey Lope o Lobo¹, apoyado por el poder de Castilla y Aragón, a los que paga parias y de los que recibe mercenarios, se mantiene dueño de todo el territorio de Murcia y Valencia y establece su capital en Murcia hasta que el año 1172 muere y sus hijos se rinden al segundo califa almohade Yūsuf b. CAbd al-Mu'min.

1 Dozy nos ofrece su biografía en *Recherches*, t. 1, tercera edición, p. 265.

2. LOS BANŪ MAYMŪN DE DENIA, ALMIRANTES CORSARIOS DEL IMPERIO ALMORAVID

Los almorávides y el mar

Las tribus saharianas que con Yūsuf b. Tašfin conquistaron el Magrib y al-Andalus, Marruecos, Argelia y España, no tenían tradición marinera. Compenetrados con su clima y sus costumbres milenarias, se adaptaron tanto a la vida nómada del desierto que, incluso cuando trataron de fundar Marrākuš, la nueva capital de su imperio, y se les propuso edificarla a orillas del Tansift, su emir Abū Bakr se opuso, como buen sahariano¹, alegando "nosotros somos gente del desierto; nuestros rebaños van con nosotros, y no nos conviene vivir junto a un río", e insiste *al-Bayān al-Mugrib* en esta idea, al decir que los Lamtunīes pidieron un lugar desierto [seco] para edificar la ciudad y alejarse del río y de sus sotos, por ser esto contrario a sus costumbres y a las de sus rebaños². No es de extrañar, dados estos antecedentes, que una vez adueñados de la Península, no tuviesen interés por ocupar las Baleares; y que al ser llamados para enfrentarse en ellas con catalanes y pisanos, se valiesen de los marinos levantinos para formar una escuadra, equiparla y dirigirla. Ya durante el califato omeya, al tener que organizar potentes escuadras para luchar con los normandos y los aglabíes, y apoyar en tiem-

1 Véase mi trabajo *La salida de los almorávides del desierto y el reinado de Yūsuf Ibn Tašfin. Aclaraciones y rectificaciones*, en "Hesperis" (1959).

2 Cfr. legajo primero de al-Qarawiyīn (fol. 4.º v.º). *Al-Ḥulal al-mawšiyya* da la misma versión, que BOSCH VILÁ desecha en *Los almorávides*, p. 105, nota 100.

pos de Almanzor a los ejércitos que sitiaron y tomaron a Santiago de Compostela y a Barcelona, llegó a ser Almería¹ el principal puerto de la España musulmana; y al inaugurarse el periodo de los primeros reinos de taifas, fue Denia con su puerto y sus atarazanas la base marina del gran corsario Muḡāhid, quien, al frente de sus escuadras, sembró el terror en las costas mediterráneas, ocupó las Baleares y emprendió la conocida expedición contra la isla de Cerdeña y las ciudades costeras italianas.

Denia, base naval

Denia² era en tiempos de los griegos una atalaya diurna [Hemeroscopiun] que tenía sobre el promontorio, en que estaba edificada, un templo dedicado a Diana, que le dio su nombre. Sertorio hizo de ella su arsenal para sus empresas marítimas, dadas sus grandes defensas y por poderse desde ella vigilar a las embarcaciones que navegaban frente a sus costas, aunque pasasen muy lejos. El Idrīsī³, en el siglo XII, le asigna un astillero o atarazana, donde se construían las naves, que desde su puerto salían para las más alejadas regiones, y que era la base de las flotas corsarias en tiempo de guerra. Añade, como ya hemos visto antes⁴, que en ella se empleaba para la construcción de embarcaciones, la madera que le proporcionaban los pinares de la serranía de Cuenca. ʿAlī, el hijo de Muḡāhid, al sucederle, en el reino de Denia, no siguió, por disoluto y cobarde, las aventuras corsarias de su padre; y su única empresa conocida fue el enviar desde De-

1 Según *al-Rawḍ al-miʿtār*, p. 183 del texto y 221 de la traducción.

2 Véase su descripción musulmana en *Rawḍ al-miʿtār*, p. 76 del texto y 96 de la traducción por LÉVI-PROVENÇAL; y C. F. SEYBOLD, en *Encyclopédie de l'Islam*, t. I, p. 963, sub verbo.

3 Cfr. p. 192 del texto y 232 de la traducción de DOZY y GOEJE.

4 Ver t. I, p. 120.

nia el año 1054, a Egipto, que padecía los estragos del hambre, una nave grande cargada de víveres, que regresó llena de joyas y riquezas.

Los Banū Maymūn

Y así llegamos al año 1114, durante el reinado de ʿAlī b. Yūsuf, en que vemos aparecer a los Banū Maymūn [los hijos del afortunado], familia de famosos almirantes, oriundos de Denia, que tan destacada intervención tendrían en la historia de los almorávides y de los almohades¹. Del más conocido de ellos, dice al-Maqqarī que subyugó a los cristianos en el mar, que cortó sus viajes por él y que al atacar a su país, mató y saqueó hasta llenar de temor los pechos de sus habitantes, como dijo el poeta:

Si están despiertos, los aterras; y si
duermen, los saca del sueño tu espada

Y eran tan bien conocidos, afincados en Valencia, que el año 1242 en el *Repartiment* se dan las casas del almirante Abū ʿAbd Allāh b. Maymūn, que están entre la dársena y las casas de Zayyān, al célebre Carroz, primer señor de Rebollet, que tanto ayudó a don Jaime en la conquista de Mallorca y de Valencia. Las Baleares se habían mantenido independientes de los almorávides y los régulos que sucedieron a la dinastía de Muḥāhid, la mantuvieron hasta que la escuadra confederada de Pisa y Barce-

1. Maymūn e Ibn Maymūn es un nombre propio, de varios personajes, sobre todo marinos, que figuran en la época almorávid y almohade, tanto en al-Magrib como en Levante y Poniente de al-Andalus. (Véase AL-BAY-DAQ, índices, p. 254.)

lona, que sitió a Palma, la tomó el año 1115¹. Durante el asedio el emir Mubāšir, incapaz de resistir a las fuerzas de los coaligados, logró que el jefe de la flota, el almirante Ibn Maymūn, rompiera el bloqueo con una rápida nave, que, aunque perseguida, logró llegar a territorio almorávid y pedir socorro al califa ʿAlī b. Yūsuf, quien ordenó la formación de una escuadra de trescientas velas, que, al mando del mismo Muḥammad b. Maymūn reconquistó el año siguiente (1116) todas las Baleares y las incorporó al imperio almorávid.

ʿAlī b. Yūsuf, muy complacido por la actuación de Muḥammad b. Maymūn, lo nombra ese año almirante de su escuadra, al mismo tiempo que da el gobierno de Mallorca a ʿYabūr b. Muḥammad con la misión concreta de reparar todos los daños causados por la invasión pisano-catalana, agrupar a los isleños dispersados, mantener la escuadra en pie de guerra y administrar para pagarla, el patrimonio del emir en Denia, la patria del nuevo almirante². Entretanto Roger de Sicilia atacaba en la costa tunecina los dominios del señor de Bugía, ʿAlī b. Yahyā, quien le amenazó con llamar a los almorávides para invadir sus estados. No sabemos si hubo un acuerdo formal entre tunecinos y almorávides, pero el hecho es que el año 1121, mientras el emir de Túnez atacaba y asaltaba la islade los Gelbes, un nido de piratas, Muḥammad b. Maymūn por orden de ʿAlī b. Yūsuf, armó veinticinco galeras y asaltó la ciudad de Cro-

1 Véase A. CAMPANER, *La dominación musulmana en las islas Baleares*, p. 97.

2 Véase A. CAMPANER, *La dominación musulmana en las islas Baleares*, p. 97.

tona¹, parte de cuyos habitantes se salvaron en la alcazaba que dominaba la ciudad. Ibn Maymūn, con la presa y los cautivos hechos, regresó a Almería en la que estableció la sede de su almirantazgo y el arsenal de sus galeras. Al morir, ese mismo año, ʿAlī b. Yaḥyā, señor de al-Mahdīya, su hijo y sucesor al-Ḥasan, que también seguía amenazado por los normandos de Roger, vió muy complacido que la escuadra de Ibn Maymūn atacaba y asaltaba la ciudad de Nicotera o Nicotra en el sur de Italia.

Las expediciones navales de Muḥammad b. Maymūn

Hecho ya famoso el nuevo almirante por su audacia y su pericia, puso especial empeño en hacer cautivos, sobre todo niños, para educarlos en el islamismo y formar con ellos los contingentes cristianos que habían de servir a ʿAlī b. Yūsuf para luchar contra los almohades y retrasar la caída del imperio almorávid. No sólo los cronistas musulmanes ponderan los méritos de este almirante, que con razón merecía el llamarse Ibn Maymūn [el hijo del afortunado]; las crónicas italianas se ocupan también de sus correrías corsarias y nuestra Crónica de Alfonso VII el Emperador², lo hace héroe de exageradas proezas. "Había, dice, en la casa del rey ʿAlī un hombre noble llamado Alimenón [por Ibn Maymūn] navegante esforzado y diestro, que estaba al frente de los hombres dedicados en su patria a esta profesión. Cuando veía que la ocasión era propicia, reunía gran número de naves, con las que subía por el mar Océano contra Galicia, y llegaba hasta Bretaña y por el Mediterráneo contra la zona de Ascalón, de Constantinopla y Sicilia, contra las

¹ Cfr. *Nuevos fragmentos almorávides y almohades*, p. 81 del texto y 156 de la traducción.

² Cfr. edición SÁNCHEZ BELDA, p. 81.

ciudades de Bari y otros puertos, y contra la costa catalana y los reinos francos, asaltando, saqueando y causando muchas muertes a los cristianos. Los cautivos que hacía en cada ciudad los enviaba a la corte de su señor, el rey ʿAlī, que reunió así una gran multitud de nobles y plebeyos de ambos sexos". El autor de esta Crónica gusta de exagerar con ampulosas y huecas descripciones su relato, y en vez de nombres, números y fechas, prefiere extenderlas vagamente por los mares, mientras que las fuentes árabes, que debían tener más interés en ponderar estas incursiones y sus consecuencias, se limitan a hablar de Crotona y de Nicotra, y reducen los cautivos hechos en la primera a cincuenta. Sólo de soslayo nos informa al-Tiḡānī que el año siguiente, después del ataque normando a al-Mahdīya, razzia Ibn Maymūn a Sicilia; el año 1123 y cuatro años más tarde lo encontramos ante Siracusa y Pati con ochenta naves¹. En 1133 firma la república de Pisa unas treguas con Marruecos, Tremecén y el almirante Ibn Maymūn; y en 1137, el año en que muere el emir ʿAlī en Marrākuš, veintidós galeras ganovesas persiguen a las cuarenta con que Ibn Maymūn regresaba de una correría corsaria, a Almería. Entretanto declina el poder almorávid, y cuando Tašfīn, el sucesor de ʿAlī, se ve cercado en Orán, acude Ibn Maymūn desde Almería con diez galeras al puerto de Mars al-Kabīr, donde se mantiene anclado para recoger, en última instancia, a su emir fugitivo y trasladarlo a la Península. Tašfīn se despista en su fuga de noche, y al pretender acogerse a las naves de su almirante, se despeña en los acantilados de Orán; e Ibn Maymūn regresa a Almería².

¹ Véase CARRERAS CANDI, *Relaciones de los Vizcondes de Barcelona con los árabes*, en "Homenaje a Codera", p. 207 y sigs.

² Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, tercera parte, p. 17.

Ibn Maymūn en Almería

Al derrumbarse el imperio almorávid y estallar la rebelión general en la España musulmana con una nueva explosión de gobiernos locales, tan diminutos como efímeros, los almerienses siguieron el ejemplo de sus vecinos, los malagueños y de los demás reyezuelos de esta segunda serie de taifas y ofrecieron a su famoso e indiscutido almirante el gobierno de su ciudad, a pesar de que no era almeriense, pero Ibn Maymūn rehusó la oferta, y les dijo: "yo sólo soy uno de vosotros, y mi profesión es el mar y en él soy conocido. Estaré con vosotros contra todo enemigo que os venga del mar; dad vuestro mandato a quien queráis, y no a mí". Nombraron a uno de sus conciudadanos, llamado Ibn al-Ramīmī, pero el almirante mantuvo toda su autoridad al frente de la flota, y poco después, cuando el nuevo rey de Valencia Ibn al-ʿAzīz se vio obligado a huir y se refugió en Almería, Ibn Maymūn, como hemos visto¹, lo entregó a los Banū Gāniya, señores de las Baleares, quienes se lo llevaron y lo encarcelaron en Palma de Mallorca.

Ibn Maymūn y su colaboración en el sitio de al-Mahdiya

Sólo dos años duró la fugaz independencia de Almería, pues el año 1147, Alfonso VII, con la cooperación de catalanes y genoveses sitió y tomó Almería, nido de corsarios. Ibn Maymūn, incapaz de oponerse a tan poderosas fuerzas, se retiró a Mallorca, donde reinaba Muḥammad b. Gāniya, el almorávid. Ibn Jaldūn acoge la inverosímil versión de que éste y su hijo y sucesor ʿAbd Allāh fueron asesinados por otro hijo suyo, Ishāq, quien, al adueñarse del poder, quiso deshacerse de sus cómplices y encargó al al-

1 Ver la página 109 de este volumen.

mirante la alevosa tarea de sorprenderlos aislados y matarlos a mansalva. Se dice también que entonces se decidió Ibn Maymūn a romper para siempre con tan criminal tirano y se pasó a los almohades, quienes lo acogieron con todos los honores. El hecho es que cuatro años más tarde, el 1152, al emprender ʿAbd al-Muʿmin por tierra con su ejército la campaña de Ifrīqiya, en que conquistó Túnez, al-Mahdiya y Gafsa, envió una escuadra de sesenta naves, que le siguió paralelamente por mar, y cuyo mando confió a Muḥammad b. Maymūn; y con él iban Abū-l-Ḥasan, el de Játiva, y otros marinos experimentados.

Algo más de un mes, después de comenzado el sitio de al-Mahdiya, la escuadra siciliana con ciento cincuenta galeras, sin contar las táridas, que eran ligeras y más veloces, se presentó el 7 de septiembre del 1159 ante la ciudad para desbloquearla y abastecerla; entonces Ibn Maymūn y los demás jefes de la escuadra acudieron a ʿAbd al-Muʿmin para decirle: "esta escuadra enemiga no ha llegado sino dispersa por los temporales. Permítenos salir contra ella". Se calló ʿAbd al-Muʿmin y ellos aprovecharon su silencio; corrieron a las galeras, las llenaron con los equipos que necesitaban y salieron, mientras que los soldados musulmanes se alineaban en la playa. Cuando se acercó la escuadra normanda a las atarazanas, salió hacia ella una galera de al-Mahdiya para oponérsele; se apresuró Ibn Maymūn a subir a ella, y mientras parte de las naves enemigas arriaban también las velas para entrar en el puerto, se lo impidió la escuadra musulmana, que se apresuró a envolverlas y se apoderó de ocho de sus galeras. Las restantes se volvieron derrotadas, y el califa ʿAbd al-Muʿmin repartió entre sus marinos triunfantes doce mil dinares de oro, según nos informa la *Riḥla* de al-Tiḡānī¹.

Gracias a esta victoria, pudo ʿAbd al-Muʿmin apoderarse de la plaza fuerte de al-Mahdiya y ya no tenemos más noticias de nuestro almirante, a quien

1 Cfr. p. 250 de la edición de Túnez.

hemos visto actuar con tanta pericia y arrojo en el mar, desde el año 1115, durante más de cuarenta y cinco años¹, pues aunque luego, en el invierno del 1199-1200, encontramos a un Ibn Maymūn, almirante almohade, que desbarata un intento de la escuadra almorávid de los Banū Gāniya para apoderarse de Ibiza, y le asalta y quema dos táridas o fragatas ligeras, no puede ya tratarse del viejo y glorioso almirante, que llevaría, contra toda verosimilitud, ochenta y seis u ochenta y siete años en servicio activo; y por lo tanto hay que atribuir este último triunfo a un hijo suyo o a algún otro miembro de tan prestigiosa familia de marinos, ya que conocemos por lo menos otra rama de los Banū Maymūn, que también ejerció el almirantazgo de Cádiz en los últimos tiempos de los almorávides, al apoderarse los almohades de Marruecos y de al-Andalus.

El otro marino Ibn Maymūn

Se trata de Abū-l-Ḥasan ʿAlī b. ʿĪsā b. Maymūn, hijo de una hermana de este almirante, cuya gesta acabamos de estudiar. El padre de este segundo almirante parece que fue ʿĪsā b. Maymūn, señor de Taviray de Santa María en el Algarbe, y no sabemos cómo, al proceder de Denia y haberse establecido la rama primogénita en las Baleares y Almería, llegaron esos parientes suyos a Cádiz y merecieron el mando supremo del mar en el Atlántico. Tampoco tenemos noticias de que este segundo Ibn Maymūn emprendiese las expediciones contra las costas de Portugal y Galicia que la Crónica de Alfonso VII atribuye a su tío; y sólo nos consta que al morir el emir Tašfīn y ser conquistadas Orán y Tremecén,

¹ La *Historia compostelana* refiere que el año 1120 veinte naves sarracenas saquearon las costas gallegas y cantábricas (BALPADA, *Historia de Vizcaya*, t. II, p. 315).

no secundó la resistencia que todavía ofrecían en Andalucía los últimos representantes de la dinastía almorávid y se hizo independiente. Su primer acto de mando, al no tener que dar cuenta de su gestión a Marrākuš, fue el ordenar la demolición del llamado templo de Hércules, porque le habían hecho creer que estaba construido sobre enormes tesoros y que su interior estaba lleno de oro en polvo. Su descripción la debemos principalmente a los geógrafos árabes, aunque sus relatos están muy lejos de concordar unos con otros, al mezclar y confundir datos referentes al templo fenicio-cartaginés con el templo de Cádiz, al que el geógrafo llamado el Anónimo de Almería, único testigo que lo vio repetidas veces, antes de la destrucción, llama Almenara o Faro de Cádiz. Según el *Rawḍ al-miʿtār*¹, reunió Ibn Maymūn albañiles y obreros que emprendieron la extracción de las piedras exteriores, y cada vez que se cortaba una, se apuntalaba el hueco con vigas; y así la enorme masa del templo acabó por no sostenerse más que sobre maderos; entonces se prendió fuego a aquel almacén, después de rellenar los huecos de las vigas con leña. Todo cayó con un ruido espantoso, pero no se pudo sacar de los escombros más que el plomo que unía unas piedras con otras y el cobre de que estaba hecha la estatua, que era de cobre dorado. Así se puso de manifiesto la vana pretensión de Ibn Maymūn.

El final del gaditano Ibn Maymūn

La instalación de los reyes de taifas en esta época y su sumisión definitiva al poder almohade, tras los varios episodios sangrientos de que nos he-

¹ Véase el artículo sobre Cádiz, en *al-Rawḍ al-miʿtār*, de AL-ḤIMYARĪ (edición LÉVI-PROVENÇAL, p. 145 del texto y 173 y siguientes de la traducción francesa).

mos ocupado, dieron lugar a la tragedia en que este almirante gaditano perdió miserablemente la vida. Tuvo ^{CA}lī b. Yūsuf en su primera juventud, a los dieciséis años, un hijo llamado Abū Bakr, y apellidado por ello "al-bakūr", el precoz, como la breva se llama en Levante albacora. De su matrimonio con una sahariana tuvo este Abū Bakr un hijo Yaḥya', el Sahariano, nieto de ^{CA}lī y bisnieto de Yūsuf, el fundador de la dinastía. Este paladín de los almorávides intentó socorrer a Tašfīn, cuando lo vió cercado en Orán, y luego defendió siete meses a Fez, hasta que fue traicionado. Tuvo que huir a al-Andalus para intentar con Ibn Gāniya restablecer la autoridad almorávid, y cuando el Magrib se sublevó contra ^{CA}bd al-Mu'min, se trasladó a Ceuta, para, desde allí, proseguir la lucha contra los almohades¹. Entretanto, el almirante gaditano quiso contribuir con su escuadra al rendimiento de Ceuta, la bloqueó y desembarcó en sus inmediaciones. El Sahariano se vió en la imposibilidad de romper el cerco por mar, ya que no tenía barcos; y recurrió a una añagaza, cuyo engaño no supo comprender el almirante Ibn Maymūn. Le pidió una entrevista y en ella le declaró su propósito de someterse a los almohades por su mediación; el almirante lo creyó cándidamente, aceptó gustoso la propuesta del Sahariano y, ante las fervidas muestras de afecto que éste le prodigó, se dispuso a presentarlo al mismo califa. Se despidieron aquel día y el Sahariano regresó a Ceuta, mientras el almirante subía a bordo. Al día siguiente el Sahariano volvió a salir de su campamento ante Ceuta; y el almirante, desde su galera, le hizo señas de que iba a desembarcar, y le indicó el sitio en que podrían entrevistarse de nuevo y ultimar sus tratos. Pero cuando se reunieron y empezaron a hablar, observó el almirante que el rostro de su interlocutor se inmutaba con gestos de mala voluntad, y quiso volver a



Vista de Denia, en 1693

¹ Cfr. las *Memoires*, de AL-BAYDAO (edición LÉVI-PROVENÇAL, p. 176-7).

embarcarse, mas el Sahariano, no le dio tiempo, y, lanzando contra él su caballo, le dio una lanzada, que le atravesó el pecho. El escudero del Sahariano cogió el cadáver y lo arrastró hasta Ceuta, donde fue puesto en cruz en lo alto de la alcazaba. De modo tan poco glorioso acaba la carrera de este segundo almirante de la familia de los Banu Maymūn de Denia; no sabemos que méritos náuticos demostró para que se le confiase el mando de la escuadra almorávid del Atlántico, ni si el prestigio y las victorias de su tío Muḥammad influyeron en su nombramiento. La historia musulmana no lo menciona sino por sus dos errores y fracasos, al destruir el templo o faro de Hércules y demostrar la cándida improvisión, que le costó la vida, al creer que el bisnieto del gran emir Yūsuf, después de derrochar tanta energía en sus esfuerzos por evitar el total derrumbamiento del imperio de su dinastía, se iba a rendir por su mediación a sus mortales enemigos, los almohades, y renunciar a sus derechos al trono antes de ver su causa totalmente perdida.

V

MUḤAMMAD IBN SA^CD, LLAMADO
EL REY LOPE

1. IBN MARDANĪŠ, REY DE LEVANTE: VALENCIA Y MURCIA¹

Su actuación antes de la proclamación

Tras el meteórico desfile de los reyezuelos que, a la caída del imperio almorávid, se disputan y arrebatan el poder en Levante, surge un caudillo, que durante veinticinco años reina en Valencia y Murcia y, apoyado por Castilla y Aragón, es el único señor independiente frente al imperio almohade y aspira a extender su dominación por toda la España musulmana. El famoso gobernador de Fraga y su región en la frontera norte de al-Andalus Sa^{cd} b. Mardaniš, que resistió valientemente las acometidas de Alfonso el Batallador, el año 1134, dio lugar, dos años más tarde, al episodio, deformado por la leyenda, de la Campana de Huesca, de la que ya nos hemos ocupado. No sabemos cuánto tiempo siguió este Sa^{cd} en Fraga, que quince años más tarde (1149) fue conquistada por Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona. Sa^{cd} desaparece de la escena política, ya antes de la caída de los almorávides y de pronto nos encontramos a un hermano suyo, cAbd Allāh, y a dos hijos, Muḥammad y Yūsuf, instalados en Valencia y Murcia con el cargo de walíes o gobernadores, nombrados por Ibn cIyād², que había sucedido a Zafadola en el mando de todo Levante; y que a los dos años escasos de independizarse, muere herido por una saeta en los alfores de Uclés en un choque oscuro con los Banū Yumail, aliados de Alfonso VII, el 21

¹ Su biografía, en Dozy, *Recherches*, t. II, p. 365.

² Su biografía, en el artículo dedicado a Muḥammad ibn Tašfin en IBN AL-ABBĀR, *Hulla*, p. 216. Véase también GASPARD REMIRO, *Murcia musulmana*, p. 174-5.

de agosto del 1147. Los cronistas musulmanes de la decadencia, como al-Maqqarī e Ibn al-Abbār, en su afán de paliar la profunda debilidad de sus fuerzas militares, nos pintan a este Ibn ʿIyād, como un guerrero valentísimo, que al mando de las guarniciones defensoras de la frontera norte del Levante, llenaba de espanto a los algareros cristianos y les causaba la impresión de que, cuando él atacaba con su lanza a pecho descubierto, valía por cien.

La designación para suceder a Ibn ʿIyād

Al caer herido de lejos y pedirle que señale sucesor, designó a Muḥammad b. Saʿd, su lugarteniente en Valencia, que inmediatamente fue reconocido también en Murcia. Dozy, con su habitual maestría y apasionamiento, nos ha dado un retrato muy convencional de este caudillo, retrato que Codera ya acepta sin las rectificaciones debidas. "Estaba, dice, dotado de una fuerza prodigiosa, era excelente caballero y mostraba una bravura a toda prueba en los combates, al no rehuir el peligro y exponer de tal modo su vida, que era preciso recordarle los deberes del general, muy distintos de los del simple soldado". Pero no encontramos en toda su accidentada carrera ninguna prueba de ese ponderado heroísmo. Nunca se enfrentó con las fuerzas de Castilla, Aragón o Cataluña, antes bien, fue vasallo suyo; y les pagaba grandes parias, gracias a las riquezas que le proporcionaban las fértiles vegas valenciana y murciana, y les compraba mercenarios para luchar contra los almohades, que eran sus más encarnizados enemigos, y que acabaron por apoderarse de sus dominios. Era este personaje una de las figuras características y difíciles de clasificar, que produce a veces el contacto de nacionalidades y religiones diferentes. Él pretendía ser árabe, pero el nombre de su tercer abuelo no era árabe sino español, Mardaniš o Merdenis; y aunque no sea una de-

rivación evidente de Martínez, como quiere Dozy, o de Merdanius, como insinúa Ibn Jalikān, es indudablemente de origen español y cristiano; y al hacerse su abuelo musulmán, sus descendientes, como tantos otros que se encontraban en condiciones parecidas, trataron de pasar por pertenecientes a la nobleza árabe.

La personalidad del nuevo rey

En sus maneras, continúa Dozy, no desmentía Ibn Mardaniš su origen, antes al contrario, gustaba de vestir, como los cristianos, sus vecinos; usaba las mismas armas, aparejaba los caballos del mismo modo y gustaba de hablar su lengua. Sus soldados eran en su mayor parte castellanos, navarros y catalanes; para ellos edificó cuarteles y hasta abrió buen número de tabernas con escándalo de los buenos musulmanes. Con sus larguezas se atraía, tanto a los mercenarios como a sus jefes, y para ello tenía que oprimir con excesivos impuestos a sus vasallos, que varias veces intentaron sublevarse contra él, como veremos más adelante; y que si fueron reprimidos con sanguinaria ferocidad, lograron al fin promover la insurrección general, que acabó con su tiranía. Para sus oficiales tenía, además, otras cualidades apreciables: los lunes y los jueves de cada semana, los convidaba, lo mismo que a los altos dignatarios, a un banquete, que se celebraba en uno de los salones de su palacio; mientras los convidados bebían, sus esclavas bailaban y cantaban; y al terminar la fiesta, muchas veces distribuía entre los comensales los vasos de plata que habían servido en el convite y hasta los tapices que adornaban la estancia. Siendo esto así, nada tiene de extraño que tal capitán fuese el ídolo de sus guerreros; la mancha de su carácter, aun para los mismos musulmanes, era su gran lujuria.

Pero, si para los alfaquíes y los buenos creyen-

tes era un monstruo de crueldad y de irreligión, hasta llegar a pintarlo, como aparecido entre las llamas del infierno, torturado insufriblemente por su incrédula maldad, en cambio para nuestros cronistas, que lo veían de lejos y que sólo tenían noticia de sus excelentes relaciones con los reyes cristianos, era merecedor de los más sinceros elogios. Por eso Zurita, al tratar del señorío de Albarracín, que Ibn Mardaniš reconoció a su amigo y confederado, don Pedro Ruiz de Azagra, lo llama "uno de los mejores príncipes que hubo en la morisma de España"¹. El arzobispo Jiménez de Rada en su *Historia de los árabes*² afirma que "este Muḥammad b. Sa'īd, llamado el rey Lobo o Lope, estuvo dotado de prudencia, fue liberal, valiente y benigno"; y el mismo papa Alejandro IV, al recordarlo en una bula, un siglo después de su muerte, lo llama "el rey Lope de gloriosa memoria"³.

Las relaciones con los cristianos

No sólo mantuvo amistosas relaciones con los reyes de Castilla y Aragón y les pagó parias, sino que además, ya desde el segundo año de su reinado, o sea el 29 de enero del 1149, firmó un tratado por diez años con la república de Pisa, al ver lo ocurrido en la conquista de Almería, a la que no se opuso, cuando tan fácil le hubiera sido cortarle a Alfonso VII sus líneas de abastecimiento; y luego firmó otro, aún más importante con Génova, por el que se comprometió a pagarle diez mil maravedíes de oro en dos anualidades, e incluso permitió a los genoveses

¹ Cfr. ZURITA, *Anales de la Corona de Aragón*, libro II (Valencia, 1967), p. 88.

² Cfr. JIMÉNEZ DE RADA, *Opera*, en "Textos Medievales", 22 (Valencia, 1968), p. 283.

³ Según VILLANUEVA, *Viaje literario*, t. III, p. 235.

avecindados en Valencia y Denia tener un fondo o depósito comercial en el que viviesen sin mezclarse con los musulmanes, y además les concedió un baño gratis cada semana. Los genoveses, por su parte, sólo se comprometen a no hacer daño a los súbditos del rey Lobo en Tortosa y Almería. Gracias a esta política de buenas relaciones con los estados cristianos y a los conflictos interiores y guerras de conquista de los almohades, que les impidieron tomar la ofensiva contra él en la Península, pudo extender sus dominios de Valencia-Murcia, hasta Jaén, Baeza, Guadix y Carmona; cercó a Córdoba y Sevilla, se apoderó de Écija, entró en Granada y estuvo a punto de ser dueño de todo Levante y Andalucía. Los musulmanes españoles, que sintieron por los almohades la misma antipatía que por los almorávides, se pusieron de su parte, y con la cooperación de los judíos, perseguidos por el gobierno rigorista de 'Abd al-Mu'min, le permitieron resistir durante tantos años al poder almohade enormemente superior. Unidos a estas favorables circunstancias y a sus cualidades personales, sus triunfos se debieron en gran parte a la brillante actuación de su suegro y lugarteniente Ibrāhīm b. Hamušk, el verdadero artífice de sus conquistas.

Ibrāhīm ibn Hamušk, suegro del rey Lope

De origen cristiano, como él¹, llevó en su juventud una vida de aventurero, al servicio de emires musulmanes e incluso del rey de Castilla, para distinguirse al lado de su yerno Ibn Mardaniš, por la sangre fría con que llevaba a sus soldados al combate y por la monstruosa crueldad con que quemaba vivos a sus prisioneros, los despeñaba por precipicios o los ataba a las ramas de los árboles

¹ Cfr. Dozy, *Recherches*, t. I, p. 368.

doblados el uno hacia el otro a viva fuerza para que, al soltarlos y recobrar la posición normal, se llevase cada uno parte de sus miembros desgarrados, sino los arrojaba con sus catapultas contra los muros de los castillos que sitiaba. Lugarteniente de su yerno Ibn Mardaniš en la tenencia de las plazas fuertes de Jaén, Ubeda y Baeza, era su brazo derecho para reprimir las sublevaciones internas y luchar contra los almohades. No oculta tampoco el origen cristiano de su familia, pues, aunque se llamaba Ibrāhīm, hijo de Aḥmad, hijo de Muḥreš, hijo de Hamušk¹, se le conocía mejor que por esos nombres, por el sobrenombre o apodo de Hemochico, que heredó de su bisabuelo, un cristiano del ejército de los Banū Ḥūd de Zaragoza, a quien los cristianos por haberle cortado una oreja, según Ibn al-Jaṭib, cuando lo veían en el combate le decían "he mochico" es decir "he aquí al mocho pequeño". Ese Hamušk o su hijo renegó del cristianismo y se hizo musulmán, de modo que nuestro Ibrāhīm fue criado en el Islam, y al enemistarse gravemente con su yerno, acabó por hacerse almohade² para colaborar con ʿAbd al-Muʿmin y con su hijo Yūsuf, en la conquista de Murcia y Valencia y en la fracasada campaña de Huelva contra Castilla. Su sumisión y fidelidad fueron muy apreciadas por el califa Yūsuf b. ʿAbd al-Muʿmin, quien les concedió a él y a sus hijos los mismos favores y prerrogativas que a los hijos de su yerno Ibn Mardaniš, y así sabemos que los Banū Hamušk, adscritos, como su padre, al

¹ Su biografía y el origen de su apodo, en IBN AL-JAṬIB, *Aʿmāl al-Aʿlām*, p. 303. Sobre su incierta vocalización y su parentesco o con el caudillo andaluz Ibn Hamušk o Ibn Hamšak, que intervino con ʿAlī b. Yūsuf durante el primer asedio de los almorávides, véase mi *Historia política* (t. I, p. 81) y MAHMŪD ʿALĪ MAKY, en su edición del *Naẓm al-ḡumān*, p. 123, n. 2.

² Sobre esta conversión véase la parte tercera de *al-Bayān al-mugrib*, p. 82.

séquito imperial, asistieron a la solemne recepción que en 1174 dio Yūsuf a los habitantes de Beja en Portugal¹, al ser repoblada; y que al regresar a su capital, Marrākuš, se los llevó consigo para instalarlos en su corte el año 1176; pero Ibn Hamušk enfermó en el camino y se detuvo en Mequinez, donde murió enseguida². Sus hijos debieron tomar parte con los demás reyezuelos españoles en el sitio de Santarem en 1184, y ya se pierde definitivamente su rastro, pues sólo incidentalmente tenemos noticia de un ʿAlī b. Abī Yaʿfar b. Hamušk, enterrado en Segura de la Sierra, nido de águilas y base de operaciones de su hermano Ibrāhīm.

¹ Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, p. 105.

² Véase su biografía en la *Iḥāta*, edición de El Cairo, t. I, p. 159 y siguientes.

2. LAS LUCHAS DE IBN MARDANĪŠ CON LOS ALMOHADES

La situación política

Bosquejadas ya las características de los protagonistas que rigen la vida levantina en el paréntesis que se abre entre la caída del poder almorávid y la implantación del régimen almohade, vamos ahora a reunir todos los datos dispersos en los diccionarios biográficos y en las alusiones incidentales de los literatos musulmanes, para poder puntualizar los primeros acontecimientos del reinado de Ibn Mardaniš. Decidido desde el primer momento a evitar todo conflicto con las potencias cristianas de la Península por tierra, o con las italianas por mar; y dispuesto siempre a reconocer su vasallaje y pagar crecidas parias, consigue asegurar su frontera catalano-aragonesa, después de la pérdida de Fraga, Mequinenza, Lérida y Tortosa¹. Por el oeste mantiene las mejores relaciones con Alfonso VII y cuando éste, con la colaboración de la escuadra genovesa, conquista Almería, se contenta con incluirla administrativamente en su jurisdicción para nombrar en ella un gobernador musulmán y levantino, que rija la población indígena, muy numerosa, y que no había emigrado ni podía aún ser sustituida por elementos cristianos. Por el sur, los almohades, que ya eran dueños de Sevilla y del Algarbe, estaban aún lejos de poder continuar sus conquistas en la Península. La sublevación general provocada por un vulgar aventurero, al-Massi², dejó a los almohades, tras veinticinco años de lucha para apoderarse del

¹ Cfr. Dozy, *Recherches*, t. I, p. 366.

² Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, parte tercera, p. 26 y sigts.

Magrib, confinados a las solas ciudades de Marrākuš y de Fez; el complot de los hermanos del Mahdī¹, proclamador del dogma almohade, que se creían con más derechos a heredar el poder; las laboriosas gestiones necesarias para implantar la sucesión hereditaria en el califato de Occidente y finalmente las campañas emprendidas para sojuzgar a las cabilas disidentes del Sahara y la tarea de acabar con la independencia de los Banū Hammād en el reino de Bugía, dejaron durante varios años el campo libre a Ibn Mardaniš para desarrollar sus ambiciosos planes². Pero antes de ensanchar sus dominios, tuvo que ocuparse seriamente de estabilizar su dominio y cortar de raíz los conatos de insurrección, que después de la citada fiebre de pronunciamientos y destituciones provocados por el derrumbamiento del imperio almorávid, se habían de reproducir irremediablemente contra un capitán de frontera, que sin más títulos ni méritos que su audacia y la adhesión de un puñado de soldados incondicionales, se había adueñado del poder y daba alicientes a otros ambiciosos para imitar su ejemplo.

El primer castigo ejemplar

Un alcaide levantino, Yūsuf b. Hilāl, pariente por afinidad de Ibn Mardaniš, recibió de él varios castillos, entre ellos el de Moratalla, en la provincia de Murcia. Era un aventurero, que ya había intentado apresar a Ibn ^CAbd al-^CAzīz, el primer emir sublevado en Valencia contra los almorávides. Se indispuso pronto con Ibn Mardaniš, quien se apresuró a detenerlo y despojarlo de todos sus feudos, pero el rebelde consiguió escapar, pidió socorro al conde de Barcelona, Ramón Berenguer IV; ataca a Valencia sin éxito. Se apodera luego de los Peñascales, en el valle del Ricote, y cuando en una de sus correrías se dirigía a San Pedro del Pinatar, lo sorprenden los

¹ Véase mi *Historia política del imperio almohade*, t. I, p. 171.

² Sobre sus conquistas en Andalucía véase *Aṣmāl al-Aḥlām*, por IBN AL-JAṬĪB, p. 301.

soldados de Ibn Mardaniš, quien va con él a Moratalla y le conmina a dar la orden de entregarle la plaza. Se niega el preso; e Ibn Mardaniš, dando el primer ejemplo que conocemos de su crueldad, hace que le saquen un ojo con un palo. Puesto ante los muros del castillo, se decide a llamar a su mujer para que rinda la plaza, pero ella, caso inaudito, si no fabuloso, de intervención femenina, se niega; se le saca el otro ojo, y es llevado a Játiva, donde muere ese mismo año 1148¹

Valencia se rebela contra el rey Lobo

La dureza con que reprimió la rebelión de Yūsuf b. Hilāl en Moratalla y la disciplina con que su suegro Ibn Hamuš̄k o Hemochico mantenía el ejército, le permitieron sostenerse en el trono, pero no pudo evitar que Valencia, capitis disminuida en su categoría de capital y oscurecida por Murcia, se sublevase el año 1153 y proclamase a ʿAbd al-Malik b. Silbān, conocido por Ibn Suluna, rebelión de la que sólo tenemos noticias indirectas por las alusiones que a ellas hacen las biografías de Ibn al-Abbār. Cerca de dos años duró esta rebelión [1151-2], y tuvo el rey Lope, o mejor dicho su caudillo militar, Ibn Hamuš̄k, que sitiara, y para obligarla a rendirse, se valió de Ramón Berenguer IV, casado con Petronila, hija de Ramiro el Monje. Como ya, después de la toma de Lérida, Fraga y Mequinenza, se había resignado Ibn Mardaniš a pagarle parias y ser en cierto modo su vasallo, le pidió que le ayudase a rendir a Valencia, cuyo asedio hacían aún más penoso sus formidables murallas. El nuevo rey de Aragón acudió con su ejército; y Zurita, que da esta noticia no relacionada hasta ahora con la insurrección de Valencia, indica que llegó para luchar al lado de los almohades. Esta afirma-

1 Cfr. IBN AL-JATĪB, *Aʿmāl al-ʿAlām*, p. 303.

ción del concienzudo cronista aragonés parecía errónea, pues los almohades se hallaban aún muy lejos de atacar a Valencia, pero encuentra una inesperada confirmación en la carta oficial¹ que el califa ʿAbd al-Muʿmin dirigió a Ibn Mardaniš y que comentaremos más adelante, en la que le reprocha el haber tratado mal a los valencianos, quienes, al verse acosados, acudieron a los almohades para que los socorriesen con la promesa de aceptar su dogma y someterse a su gobierno.

El ataque a Guadix y la reconversión almohade

Conjurado ese peligro, se decide Ibn Mardaniš a extender sus dominios por el sur; como Almería estaba ya en poder de Alfonso VII, se dirigió contra Guadix, en la que Aḥmad b. Miḥān había fundado un principado independiente, el año 1144, a imitación de lo hecho en Córdoba por el cadí Ibn Ḥamdīn. Fortificó su alcazaba, se enriqueció, al dedicarse a la agricultura y una vez que se apoderó de Baza, se rodeó de una pequeña corte de poetas y filósofos, entre los que figuraban Ibn Ṭufail e Ibn Harūdus. Las ambiciones de Ibn Mardaniš y sus ataques en unión con las fuerzas de Alfonso VII hicieron ver al reyezuelo de Guadix la imposibilidad de resistirlos por sí solo y optó por someterse a los almohades, que ya se habían hecho dueños de Granada. En 1151-2 fue a Marrákuš, llamado por el califa ʿAbd al-Muʿmin para contribuir al embellecimiento de la capital y dirigir las obras del gran parque de la Buḥaira y la distribución de sus aguas. Volvió a Guadix como simple gobernador y tomó luego parte al lado de los almohades en el asedio de Alme-

1 Carta del califa ʿAbd al-Muʿmin a Ibn Mardaniš, invitándole a ingresar en la comunidad almohade (cfr. LÉVI-PROVENÇAL, en "Hesperis", año 1941, p. 35-37 del texto y p. 31-32 del comentario, fasc. único).

ría¹. Una vez destronada la dinastía de los Banū Hammad y conquistada Bugía, ʿAbd al-Muʿmin, al regresar a Marrákuš y enterarse de las incursiones de Ibn Mardaniš y de su actitud agresiva e independiente, le escribe una carta muy cortés, en la que, aunque no le da más título que el de jeque, no alude para nada a sus relaciones con los cristianos. Le hace ver las ventajas que le reportaría el aceptar el dogma almohade y el imitar a los demás reyezuelos de la Península, que se habían sometido y, tratados generosamente, lograron grandes beneficios, mientras que los que se habían mantenido hostiles lo perdieron todo. Le amonesta por la manera tan poco loable con que trató a los valencianos, cuando quisieron someterse a los almohades, noticia que sólo se puede referir a la sublevación de ʿAbd al-Malik, a la que hemos aludido antes, y a los intentos de romper el cerco a que los había sometido Ibn Mardaniš y que hasta ahora no habían tenido explicación. Lo mismo debió ocurrir en Lorca, a la que alude la misma carta. La misiva termina con el ruego urgente de que tales intromisiones para coartar la voluntad de los musulmanes españoles, no se repitan, y con la esperanza de que no tarde en sentirse, a su vez, atraído hacia el movimiento almohade e ingresar en sus filas. La carta está fechada el 9 de septiembre del 1153, pero su destinatario la debió desestimar, pues no tenemos noticia de que se dignase contestarla, ya que estaba bien enterado de la situación general en Marruecos y en al-Andalus y sabía que por entonces tenía ʿAbd al-Muʿmin otras preocupaciones más urgentes, de carácter interior, como eran la revuelta promovida por los hermanos del Mahdī entre las tribus fundadoras del movimiento almohade y las gestiones diplomáticas muy hábilmente dirigidas hasta conseguir la proclamación del califato hereditario y el reconocimiento de su hijo primogénito como sucesor suyo².

¹ Cfr. IBN AL-JAṬĪB, *Aʿmāl al-Aʿlām* (edic. LÉVI-PROVENÇAL, p. 304).

² Cfr. AL-BAYḌAQ, *Memoires*, p. 195.

La reacción almohade

Los reinos cristianos, que tenían fronteras comunes con los almohades, Castilla, Portugal y Aragón-Cataluña, después de sus penosas luchas con el poder almorávid de Yūsuf b. Tašfīn y de su hijo ʿAlī, habían tenido diez años [1144-54] para reanudar su ofensiva sobre los débiles reinos de taifas, vueltos a renacer, y sobre los territorios, que, sometidos a la autoridad casi nominal del poderío almohade, no podían frenar a fondo el avance cristiano. Y, entre tanto, el rey Lope aprovecha la colaboración de Alfonso VII, del que se declara vasallo, para extender sus dominios por Andalucía, hasta Guadix en dirección de Granada y hasta Andújar en la zona de Córdoba. Pero el panorama de la lucha en la frontera hispano musulmana cambia por completo a partir del 1154, en que ʿAbd al-Muʿmin tiene las manos libres para enviar a al-Andalus considerables refuerzos y emplea sus enérgicas dotes de mando para organizar su administración. Después de madura y atenta deliberación, vió que su primero y más importante objetivo debía ser Almería, que hasta ser ocupada por Alfonso VII y administrada por Ibn Mardaniš, había servido de punto de unión entre las regiones orientales y las occidentales de al-Andalus, y era el gran puerto que relacionaba las zonas continentales con las marítimas del país.

3. ALFONSO VII E IBN MARDANÍS EN LA RECONQUISTA DE ALMERÍA POR LOS ALMOHADES

Los preparativos

La campaña para expulsar a castellanos y levantinos de Almería se había planeado con más de un año de anticipación, pues ya en su carta oficial del 5 de mayo del 1156¹, habla 'Abd al-Mu'min de los preparativos que se hacían y de la escuadra que se construía en los puertos de las dos orillas del Estrecho para esta gran expedición, "al-gazua al-kubra". Apenas ocupada Granada, último reducto de los almorávides en España, los "ṭalibes" instalados en ella y encargados de su administración por el gobierno almohade, fueron llamados a Marrákuš para concretar los planes de ataque; y de acuerdo con ellos, en seguida que regresaron a la Península, lanzaron una columna de descubierta que, para atalayar la situación de la plaza, se emboscó a media jornada de ella. Luego avanzó hasta las puertas de la ciudad, y tras una escaramuza en sus afueras, en la que murieron muchos cristianos, se retiró al castillo de Berja, unos cincuenta kilómetros al oeste de Almería, cuyos habitantes musulmanes se apresuraron a recibirlos gozosos y a informarles del estado de la alcazaba, que contaba con una escasa guarnición. Instalada en Berja la columna exploradora, dio cuenta al príncipe 'Uṭmān, nuevo gobernador de Granada o mejor dicho, como puntualiza 'Abd al-Mu'min, a los "ṭalibes" encargados de la empre-

¹ Publicada por LÉVI-PROVENÇAL en sus *Trente-sept lettres officielles almohades*, en "Hesperis" (Rabat, 1941), n. 16, p. 71 del texto y 39 de sus comentarios.

sa, sobre la favorable oportunidad que se presentaba para el asedio. Reunidas todas las tropas disponibles, y mientras la escuadra mandada por el almirante de Ceuta Abū Muḥammad 'Abd Allāh b. Sulaymān bloqueaba el puerto, el ejército almohade se lanzó al ataque, engrosado por los contingentes de los reyezuelos, más o menos independientes, que aún quedaban en la región, como Marwān b. Sa'īd de Alcalá la Real y Aḥmad b. Miḥān, señor de Guadix y de Baza, que habían acudido a engrosar las filas sitiadoras.

El asedio de Almería

La ciudad no pudo ofrecer resistencia: fue rápidamente asaltada, pero la alcazaba con sus imponentes defensas, enhiesta en un áspero cerro, rodeado de barrancos, resistió a todos los ataques almohades. Ibn al-Aṭīr, aunque bastante bien informado sobre los hechos, pinta imaginativamente, desde su lejano Oriente, a los sitiadores asentados en la montaña, que domina a la alcazaba y rodeados de un áspero muro y de un foso, que llegaba hasta el mar. Lo que parece más razonable, una vez estudiada la topografía de Almería y de la alcazaba con sus alrededores, es que los almohades, después de instalarse en la ciudad y guarnecerla, ocupando las alturas del cerro de San Cristóbal [al-Mudayna] al norte, con el ḡabal al-Munaysa al oeste, y la rampa muy pendiente de la medina dājiliya [ciudad interior] y la rampa y las defensas al este¹, no pudieron, a pesar de los almajaneques que habían llevado, hacer más que aguardar a que el hambre obligase a los sitiados a rendirse. El asalto de la ciudad y el asedio de la alcazaba empezaron en ḡumāda primera del

¹ Cfr. TORRES BALBÁS, *Almería islámica*, en "Al-Andalus", XVIII, p. 411.

año 533 [11 de junio a 10 de julio del 1157] y la noticia alarmó a Ibn Mardaniš, quien, al ver el peligro que corrían sus dominios, si Almería pasaba de las manos de su aliado a las de sus enemigos los almohades, se puso pronto en marcha con sus tropas, como más cercanas, para socorrer a los sitiados; y pidió inmediatamente ayuda al Sulaytan [el pequeño sultán] como llamaban los musulmanes a Alfonso VII. Cuando vio que éste accedía, llamado también por los sitiados, reunió sus tropas con las suyas; pero desde las posiciones que ocuparon a cierta distancia de los sitiadores, vieron que eran impotentes para romper el cerco y llegar a la alcazaba.

Alfonso VII e Ibn Mardaniš abandonan Almería

La carta oficial de 'Abd al-Mu'min¹, en la que comunica a los habitantes de Bugía el desarrollo de la campaña, nos hace saber que los "ṭalibes" de Granada, que dirigían el asedio, alarmados con la llegada de las tropas de Ibn Mardaniš y de Alfonso VII, pidieron refuerzos al califa, y este organizó en seguida un ejército y salió con él de Marrákuš; como la preparación de las tropas y la marcha, con arreglo al ritual tan ceremonioso de los desplazamientos califales, eran demasiado lentos, dio orden, para ganar tiempo, al príncipe Yūsuf, su hijo y al visir Ibn 'Aṭiya de adelantarse desde Sevilla con sus tropas, reforzar la línea de los sitiadores e impedir que los castellano-levantinos la rompiesen. Unos dos meses se habían pasado, desde que los almohades se presentaron ante la alcazaba, y sería a fines de julio o primeros de agosto, cuando Alfonso VII e Ibn Mardaniš, incapaces de romper el cerco y quizá preocupados por la noticia de que el califa iba a sa-

¹ Publicada por LÉVI-PROVENÇAL, *Trente-sept lettres officielles almohades*, n. 16, p. 71.

lir contra ellos, decidieron retirarse. Pudo muy bien enterarles de ello el reyezuelo de Guadix, Ahmad b. Milhān, quien en el campamento almohade tuvo un altercado con el almirante de Ceuta 'Abd Allah b. Sulaymān, e indignado desertó y se pasó con los suyos al campo de Alfonso. Su impremeditada deserción, y la retirada de Ibn Mardaniš y Alfonso VII, lo forzaron luego a entregarse indefenso y a morir en el destierro¹.

Cuando el califa ya había hecho la primera etapa en dirección a Rabat, recibió la noticia de que los cristianos y los levantinos se habían retirado; y se volvió a su capital, mientras Alfonso se dirigía a Granada e Ibn Mardaniš regresaba a Murcia.

Los granadinos reconquistan Baeza y Ubeda

Pensó Alfonso en sorprender a Granada, mientras gran parte de su guarnición seguía ante la alcazaba de Almería, pero los "ṭalibes" que dirigían el asedio e Ibn 'Aṭiya, que había llegado de Sevilla con el sayyid Yūsuf, se le adelantaron; y, dejando solamente las fuerzas necesarias para mantener el asedio, aseguraron a Granada, con el grueso de su ejército, contra un golpe de mano. Fracasando, también, en este intento, quema Alfonso sus almajenes, dispersa su hueste y, pasando por Baeza, se encamina a Castilla. Los "ṭalibes" de Granada van tras él y son recibidos por los baezanos musulmanes, habitantes de la ciudad; la guarnición cristiana de su alcazaba, descorazonada y desasistida por su rey, que ya había pasado Sierra Morena por el puerto de Muradal, se retira a Ubeda. Los "ṭalibes" fortifican a Baeza y siguen hasta Ubeda, cuya población musulmana, con la de Baeza, los acoge alborozada, mientras los soldados castellanos abandonan también su alcazaba, y todas las fortalezas de la región se someten a los almohades. 'Abd al-Mu'min pondera, al fin de su carta, la importancia y riqueza de estas dos ciudades, y añade que Baeza era el centro

¹ Cfr. IBN AL-JAṬĪB, *A'māl al-A'lām*, p. 304.

desde el cual los castellanos lanzaban sus algaras contra Andalucía, y que la habían fortificado y apovisionado con este fin. Antes de poseerla, tenían que hacer largas marchas, y sólo llegaban a territorio musulmán fatigados; y regresaban a su país descorazonados, hasta que se apoderaron de ella y la hicieron su base de operaciones.

Entretanto Alfonso VII, después de cruzar Despeñaperros, muere en Fresneda el 21 de agosto; y los sitiados en la alcazaba de Almería, una vez perdida toda esperanza de socorro y acosados por el hambre, aún resisten unos días; pero por fin se ven obligados a negociar su capitulación con el visir Ibn ʿAṭiya, ya fines de agosto o principios de setiembre se retiran por mar a los dominios de Ibn Mardaniš, y desde ellos regresan a Castilla. Grande era el peligro que Ibn Mardaniš veía cernerse sobre sí, ante los grandes preparativos militares que ʿAbd al-Muʾmin continuó haciendo, después de su sensacional éxito en la reconquista de Almería, Ubeda y Baeza. Pero el califa almohade, en vez de continuar la guerra santa en la Península, concibió el plan, aún más ambicioso, de extender su imperio por Ifriqiya y expulsar de ella a los normandos, que se habían apoderado de las ciudades costeras de Túnez y de al-Mahdiya¹. La ausencia de ʿAbd al-Muʾmin, y el empleo de todas sus fuerzas en esa larga y victoriosa campaña, tuvieron una grave repercusión en al-Andalus.

Ibn Mardaniš ataca a Córdoba

Ibn Mardaniš y su suegro Ibn Hamuška aprovecharon la inesperada oportunidad que se les ofrecía para atacar a Córdoba. Durante los veranos de los años 1158 y 59, arrasó Ibn Hamuška los campos de

¹ Cfr. mi *Historia política del imperio almohade*, t. I, p. 184.

sus alrededores y saqueó la campiña hasta dejarla casi desierta, pues sus habitantes huyeron en masa. Sitió Ibn Mardaniš a Jaén, que se le rindió y la puso en manos de su suegro, a quien dio también el mando de Ubeda y Baeza. Juntos apretaron el cerco de Córdoba, al creer que se les rendiría, como Jaén, pero su guarnición resistió enérgicamente. Al continuar el asedio, su gobernador recurrió a un ardid¹ y redactó con el cadí de la ciudad una carta falsificada a nombre de Sidrāy b. Wazīr, el señor de Evora y Beja, rendido a los almohades y residente en Sevilla, en la que se fingía que éste aconsejaba a Ibn Mardaniš levantar el cerco de Córdoba e ir inmediatamente a Sevilla, porque él le garantizaba su entrada en ella. Un servidor del cadí, disfrazado de aceitero del Ajarafe, llevó la carta a Ibn Mardaniš, quien, tomando por muy natural esa actitud del reyezuelo del Algarbe, destituido por los almohades, levantó el asedio y fue a acampar en al-Funt, a una milla de Sevilla. Un espía almohade, que estaba en el campamento de Ibn Mardaniš, se le adelanta y da cuenta a las autoridades sevillanas de la supuesta carta y de la inminente llegada de Ibn Mardaniš. Ibn Wazīr, bien ajeno a la estratagema cordobesa, fue encarcelado; y el príncipe heredero Yūsuf, con sus jeques, aseguró la defensa de la ciudad. Ibn Mardaniš vio que había sido engañado y al cabo de tres días levantó el campo.

¹ Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, tercera parte, p. 40 del texto árabe.

4. LOS LEVANTINOS CON IBN HAMUŠK ANTE CARMONA Y GRANADA

La conquista de Carmona

Al regresar el califa ¹Abd al-Mu'min de su triunfal expedición a Ifríqiya, seguía recibiendo malas noticias de al-Andalus; y su hijo Yūsuf, gobernador de Sevilla, le pedía urgentemente socorro. Ibn Hamušk, que seguía bloqueando a Córdoba, preparó una emboscada a su gobernador en la aldea despoblada de Ataba, en el lugar conocido por Aldarete; lo derrotó y le dio muerte. ²Abd al-Mu'min, desde Constantina, en marzo del 1160, le daba seguridades a su hijo de ir a al-Andalus y le ordenaba emprender las obras de fortificación y ensanche en Gibraltar, de la que se había propuesto hacer su base de operaciones para una campaña de gran envergadura. Pero, antes de que llegase esa carta, o sea, el viernes 25 de marzo, el intrépido Ibn Hamušk, que ya se había apoderado de Ecija, entraba en Carmona por la traición de ³Abd Allāh b. Saraḥīl y de sus partidarios¹. Grande fue la preocupación en Sevilla, que se veía tan amenazada, como Córdoba, pero el Sayyid Yūsuf hizo frente a la situación, enviando tropas a sitiar a Carmona, al mismo tiempo que dedicaba todo su esfuerzo, de acuerdo con su hermano ⁴Uṭmān, gobernador de Granada, a las construcciones de Gibraltar. ⁵Abd al-Mu'min pasó de Ceuta a Gibraltar en noviembre de ese año; no venía a hacer la guerra santa en al-Andalus; su campaña en la lejana Ifríqiya había sido larga y fatigosa, conocía el valor y el poder de sus enemigos con los

¹ Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, tercera parte, p. 45; IBN ŠAḤIB AL-ŠALĀ, p. 145 del texto árabe y 38 de mi nueva traducción.

que tendría que enfrentarse en al-Andalus, y consciente de lo incierto de su posición con Córdoba y Sevilla amenazadas y Granada insegura, venía a estudiar el problema, a deliberar con los expertos sobre el plan a seguir y los medios necesarios para realizarlo, y finalmente a inspeccionar las obras de Gibraltar¹.

El califa ⁶Abd al-Mu'min, en Gibraltar

Esta cautelosa prudencia guerrera supo aliarla con toda la pompa de un gran monarca, protector de las letras y de las artes, dejándose envolver entre nubes de incontenible adulación, mientras se prostaba a sus pies al-Andalus, rendido y suplicante. Todos los cronistas musulmanes ponderan la fastuosa y concurrida audiencia poética dada por ⁷Abd al-Mu'min en esta ocasión, y citan numerosos fragmentos de las ditirámicas "qasidas" con que lo incensaron. Durante los dos meses que duró su estancia en Gibraltar, no hubo más acción de guerra que un reconocimiento ofensivo hecho por una columna cristiana, que avanzó desde la parte de Jaén, en combinación seguramente con las tropas de Ibn Mardaniš, y que fue rechazada y perseguida. El Sayyid Yūsuf, después de despedir a su padre y regresar a Sevilla, en enero del 1161, se dedicó a organizar tropas que sitiasen a Carmona. Consiguió que los rebeldes y la guarnición levantina de Ibn Mardaniš se contuviesen tras sus muros, sin atacar la vega sevillana, y en un golpe de mano los almohades se apoderaron de ⁸Abd Allāh b. Saraḥīl, el que había entregado Carmona a Ibn Hamušk; pero aún tardó un año en lograrse su rendición; y no por la fuerza, sino por la traición de un grupo de sus habitantes que en-

¹ Cfr. IBN ŠAḤIB AL-ŠALĀ, p. 147 del texto árabe (edic. ⁹Abd al-Hawī) y p. 25 de mi traducción española.

tregaron la torre, llamada Qarn al-Mugarra. La guarnición levantina se encastilló en la alcazaba pero acabó por rendirse.

La conquista de Granada

Ibn Hamušk se decidió a tomar desquite de esta pérdida, apoderándose de Granada¹; se puso en tratos con los judíos de la ciudad, islamizados a la fuerza por los almohades; y una noche, a principios del año 1162, se le abrieron las puertas del arrabal. La guarnición almohade se hizo fuerte en la alcazaba, e Ibn Hamušk dio cuenta a Ibn Mardaniš, que estaba en Murcia, de su éxito y lo animó a acudir con sus tropas para lograr la rendición de la alcazaba. No se hizo rogar Ibn Mardaniš y, reuniendo sus soldados y los mercenarios cristianos, mandados por Alvar Rodríguez, el Calvo, nieto de Alvar Fáñez, llegó a Granada². Ibn Hamušk, al ocupar la ciudad, se estableció en la alcazaba roja, situada en la montaña al-Sabika, frente a la alcazaba vieja, que empezó a batir con sus almajeneques, en los que, a veces, sustituía las piedras con prisioneros almohades para que, al lanzarlos contra los muros se despedazasen y su vista forzase a los sitiados a rendirse³.

La guarnición, que disponía de provisiones y pertrechos, pidió inmediatamente socorro a 'Abd al-Mu'min, que ya había salido de Marrákuš hacia Rabat para prepararse a la guerra santa. La caída de Granada lo sorprendió en el río Tasas, a dos jornadas de Rabat; e hizo salir a su hijo 'Uṭmān, gobernador de Granada, a marchas forzadas con algunas tropas para tratar de entrar en la alcazaba vieja y

¹ Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, parte tercera, p. 50; IBN ŠĀḤIB AL-ŠALĀ, p. 186 del texto y 38 de mi traducción.

² Cfr. *Historia política del imperio almohade*, t. I, p. 200.

³ Cfr. Dozy, *Recherches*, t. I, p. 372.

hacer huir a Ibn Hamušk de la roja. El Sayyid estaba convencido de que Ibn Hamušk no contaba más que con sus propias fuerzas, cuyo número era bien conocido, e ignoraba que Ibn Mardaniš lo había reforzado con 2.000 caballos y muchos infantes mandados por el Calvo, nieto de Alvar Fáñez. Cruzando el Estrecho por Alcazar-seguir [Qašar Masmūda] se dirigió 'Uṭmān a Málaga, y desde allí pidió urgentemente al gobernador de Sevilla que se le reuniese con sus fuerzas. Llegaron juntos a la vega, y cuando estaban a unas cuatro millas de la ciudad, en el lugar conocido por Mar' al-ruqād' [el prado del sueño] les salió al paso Ibn Hamušk con sus tropas. Su número, la vista de los auxiliares cristianos y las celadas, que, según Ibn Šāḥib al-Šalā dispuso Ibn Hamušk, desmoralizaron a los almohades, que vieron su huida entorpecida por las acequias, donde cayeron y perecieron muchos. El sayyid 'Uṭmān se salvó, refugiándose en Málaga, e Ibn Hamušk volvió a la alcazaba roja, donde mataba y atormentaba a los prisioneros, ante los ojos de los sitiados, que ya habían presenciado la derrota de sus hermanos².

Los almohades entran en Granada

Al recibir esta noticia, 'Abd al-Mu'min, que hacía en Rabat una gran concentración de almohades y de los árabes traídos de Ifríqiya, formó un cuerpo escogido de veinte mil hombres, al mando nominal de su hijo Yūsuf y efectivo del veterano caudillo Yūsuf b. Sulaymān³. Saliendo de Rabat y cruzando el Estrecho, desembarcaron en Algeciras, donde acamparon y recibieron refuerzos andaluces; siguieron el

¹ Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, parte tercera, p. 51 del texto; IBN ŠĀḤIB AL-ŠALĀ, p. 193 de la nueva edic. y 42 de mi traducción.

² Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, tercera parte, p. 51 del texto árabe.

³ Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, p. 52.

camino de la costa y en Málaga se les unió el derrotado sayyid cUṭmān, con el que llegaron ante Granada, haciendo jornadas cortas para no fatigar a la gente. Las tropas musulmanas y cristianas de Ibn Mardaniš, que los veían llegar, estaban seguras de lograr pronto una segunda victoria. Confiados en su número, se habían establecido a ambas orillas del Darro; los soldados de Ibn Hamušk, en la alcazaba roja de la Sabika; y los de Ibn Mardaniš, en la montaña contigua a la alcazaba vieja, en la orilla derecha, para mejor batir a los sitiados. Yūsuf b. Sulaymān, que se dio pronto cuenta de esta situación, formó el plan que lo condujo a la victoria; pasando el río Dilar, junto a la aldea de al-Mahdān, llegó al Genil, aparentando no querer acercarse al enemigo ni cesar en su marcha lenta¹. El jueves, 12 de julio del 1162, expuso a los jefes almohades y árabes su plan, y los exhortó a luchar con todo tesón. Se equiparon durante la tarde y se pusieron en marcha al anochecer, encabezados por sus adalides, caminaron toda la noche pausadamente, ascendieron por las fraguras de la montaña, que se alza sobre el Genil, contigua a la Sabika y a la alcazaba roja y coronaron su cumbre.

Cuando clareó la luz del alba del viernes 13 de julio, cayeron por sorpresa sobre el campamento enemigo y atacaron a los cristianos en sus yacijas. Hubo alguna resistencia esporádica, pero el terror se apoderó de las tropas de Ibn Hamušk, que se lanzaron por los abruptos senderos que bajaban hasta el Darro con la esperanza de ganar el otro borde del barranco y unirse a las tropas de Ibn Mardaniš; pero en su inmensa mayoría perecieron despeñados en las aguas del río. Alvar Rodríguez, Ibn cUbayd, yerno de Ibn Mardaniš, y sus principales caídes y caballeros sucumbieron en la refriega². Ibn Mardaniš, tras

contemplar impotente la derrota, levantó el campo y abandonando tiendas y bagajes, marchó Darro arriba. Ibn Hamušk huyó a Segura, mientras los almohades entraban en la ciudad y unidos a la guarnición de la alcazaba, ya liberada, mataron a todos los que tomaron parte en el complot. Todas las poblaciones de la vega, que se habían sometido a Ibn Hamušk, se presentaron arrepentidas; y después de confiscar los bienes de los rebeldes, se procedió a reabastecer la alcazaba y a reparar sus desperfectos. El mismo día de la victoria, los dos sayyides, Yūsuf y cUṭmān, y el caudillo vencedor, Yūsuf b. Sulaymān, se apresuraron a comunicar a cAbd al-Mu'min la buena nueva y a dirigirse a Jaén para sitiar en ella a Ibn Hamušk y acabar con su rebelión.

El califa, desde Rabat, se preocupó de llenar los almacenes de la alcazaba con trigo, cebada, sal y armas, que, desde Marruecos, se enviaron por mar a Almuñécar y de allí a Granada. Instaló en ella una guarnición escogida de soldados andaluces, que con los almohades ocuparon el lugar de todos los huidos y ejecutados. Ibn Hamušk no se quedó en Jaén cuya defensa encargó a su visir favorito, Aḥmad b. cAbd al-Raḥmān, al-Waqašī¹, quien con gran energía defendió la plaza y obligó a los sitiadores a retirarse. cAbd al-Mu'min, que recibió en Rabat la noticia de la victoria de la Sabika, mandó repoblar a Córdoba y reparar sus ruinas y sus fortificaciones, no sólo para evitar el peligro de verla caída en manos de los levantinos, sino también para hacerla sede de todo el gobierno de al-Andalus por su situación central y por sus prerrogativas como la gran metrópoli de los Omeyas. Ibn Šāḥib al-Šalā nos ofrece el sorprendente dato, confirmado por Ibn al-Abbār, de que sólo habían quedado en Córdoba unos ochenta ciudadanos², porque se los había comido la

1 Cfr. *al-Mānn bil imāma*, p. 195 del texto y 43 de mi traducción.

2 Cfr. *Historia política del imperio almohade*, t. I, p. 202.

1 Su biografía, en la *Ḥulla* de IBN AL-ABBĀR (p. 23 edic. Dozy).

2 Cfr. *al-Mānn bil imāma*, p. 204 del texto y 49 de mi traducción.

revuelta y los había dispersado el hambre, a causa de la prolongada presión y crueldad de Ibn Hamušk, que obligó a sus escasos habitantes a cultivar los espacios libres dentro de la ciudad para aprovisionarse. ^cAbd al-Mu'min regresó a Marrákuš sin otro pensamiento que el de preparar para la primavera una gran campaña por tierra y por mar, que le diese sobre los cristianos y los rebeldes levantinos los mismos triunfos que había obtenido en el Magrib central y en Ifríqiya. Mandó construir una poderosa escuadra y se hicieron más de doscientas naves, de las cuales se prepararon ciento veinte en el puerto de la Mámora, en la desembocadura del Sebú, y el resto en diversas playas de la costa marroquí y de al-Andalus¹.

La muerte del califa ^cAbd al-Mu'min

Todo el otoño y el invierno del 1162 lo empleó en reclutar hombres, hacer gran provisión de armas y de víveres; se cuidó de buscar caballos para los árabes traídos de Ifríqiya, colmó de donativos a sus soldados y puso en organizar la expedición un cuidado mayor del tenido antes en ninguna otra. Parecía que esos formidables preparativos iban a significar la ruina inmediata del reino de Ibn Mardaniš y su incorporación definitiva al imperio almohade, pero la suerte favoreció una vez más al reyezuelo levantino y aplazó, por otros diez años, su caída y su muerte. ^cAbd al-Mu'min, antes de emprender la gran expedición al-Andalus, ansioso por recurrir una vez más con su habitual piedad a la intervención del venerado Mahdí en favor de su empresa, se dirigió a Tinmāl en pleno invierno, sin arredrarse por el frío y las continuas lluvias de la alta montaña. La fatiga y el

¹ Cfr. *al-Mānn bil imāma*, p. 213 del texto árabe y 52 de mi traducción.

frío atormentaron a los que le acompañaban y cuando llegaron a uno de los ríos [el Naffis] lo encontraron desbordado con una corriente muy impetuosa. Vio el califa que el aguardar a vadearlo, sería muy pesado y que podría seguir diluviando muchos días, así que se lanzó al vado con un práctico. Le subió el agua hasta la silla, le mojó sus vestidos y le hizo daño con su frío y su nieve. Parece que se repuso de momento, pero poco después, al querer partir de Rabat, cayó enfermo de la dolencia que lo llevó al sepulcro¹. Se prolongó su enfermedad, y el ejército se desmoralizó por la inacción. Todos los historiadores convienen en que murió en ŷumāda segunda del año 558 de la Hégira: sólo discrepan en el día, que oscila entre el 10, el 20 y el 27; el más aceptable parece el martes 8, antes del alba [16 de marzo del 1163]². La proclamación de su hijo Yūsuf provocó la oposición de tres de sus hermanos y de varios jeques influyentes; y, ante tal falta de unanimidad, se decidió aplazar la gran campaña de al-Andalus, e inmediatamente se licenció el enorme ejército congregado en Rabat; e Ibn Mardaniš volvió a tomar la ofensiva en la zona de Córdoba, hasta que el nuevo califa se consolidase en el trono y lanzase sus ejércitos contra Levante.

¹ Cfr. *al-Mānn bil imāma*, p. 216 del texto y 53-4 de mi traducción.

² Cfr. *Historia política del imperio almohade*, p. 208.

5. LA DERROTA DE IBN MARDANİŞ EN FAḤS AL-ḠALLĀB, CERCA DE MURCIA Y LA SUMISION DE IBN HAMUŠK A LOS ALMOHADES

Ibn Mardaniš pierde Andújar y otras plazas

Dos grandes preocupaciones absorben la atención del nuevo emir almohade Yūsuf I; vencer las resistencias que se opusieron a su entronizamiento y llevar la guerra a al-Andalus para realizar el último propósito de su padre. En la segunda mitad de enero del 1165 salió un ejército de Marrākuš, al mando del sayyid ʿUmar, para hacer la campaña de verano y defender a Córdoba, atacada por los levantinos de Ibn Mardaniš. En su primera salida encontraron un contingente enemigo en el castillo de Luque¹; la lucha fue muy dura y los árabes se vieron muy apurados para conseguir el triunfo, que les atribuye Ibn Šāhib al-Šalā. La prueba está en que, según el mismo historiador contemporáneo, sus dos caudillos escribieron inmediatamente a Marrākuš, exponiendo el grave carácter de aquella lucha y pidiendo refuerzos. Llegó la carta el 11 de julio, y en la segunda decena del mismo mes, el sayyid ʿUmar, inflamado de celo, movilizó un ejército y salió en compañía de su hermano, ʿUṣmān, gobernador de Córdoba, para al-Andalus con almohades y fuerzas auxiliares árabes de Riyāḥ, Aṭḡaḡ y Zugba. Al llegar a Sevilla y tras un consejo de guerra, se decidió atacar a Ibn Mardaniš². Se emprendió la campaña el 8 de sep-

¹ Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, tercera parte, p. 63; IBN ŠĀHIB AL-ŠALĀ, p. 270 del texto y 75 de mi traducción; *Historia política del imperio almohade*, t. I, p. 226; y *Memoires*, de AL-BAYḌĀQ, p. 214.

² Cfr. *al-Mānn bil imāma*, p. 271 del texto y 75 de mi traducción; *Historia política del imperio almohade*, t. I, p. 226.

tiembre del 1165 y su primer ataque fue contra Andújar, que era una amenaza constante contra Córdoba y sus comunicaciones y suministros, como si la tuviese atravesada en la garganta. La asaltaron los almohades el mismo día en que la cercaron, y lanzaron algaradas de caballería que rindieron todos los castillos de la comarca e hicieron copioso botín. No encontraron resistencia en su avance y así llegaron hasta Baeza, razziano y aprovisionándose abundantemente de víveres, uva y fruta, mientras los habitantes de la región se refugiaban en sus castillos y lugares fortificados; acamparon los atacantes en las cercanías de Baza, en el lugar llamado río de Castalla, donde aguardaron varios días, hasta que se les reunieron las tropas que llegaban de Granada. Durante esa espera, lanzaron algaradas sobre la parte de Galera, Caravaca, Baza y los montes de Segura, recogiendo considerable botín y ganado. Una vez reforzados con la guarnición de Granada, avanzaron contra Cúllar, que se rindió sin lucha, así como los castillos vecinos, y siguieron por el lado de Vélez Rubio, comarca cubierta de castillos y fortalezas, cuyo gobernador levantino pidió el "amān" y se entregó.

Una derrota de Ibn Mardaniš

Allí se enteraron los almohades de que Ibn Mardaniš, temiendo por Lorca, había ido a reforzar sus defensas, y que mucha gente de Murcia había huido al campo. Los almohades, dejando Lorca a un lado, se dirigieron al llano de al-Fundūn¹, entre Lorca y Cartagena, de veinticinco millas de largo y contiguo al valle del río Sangronera, célebre por su fertilidad. Les pareció a los levantinos que se encaminaban hacia Cartagena, pero pronto se apercibieron de

¹ Según el *Rawḍ al-miṭār*, p. 181 del texto y 207 de la traducción.

que avanzaban hacia Murcia por la orilla derecha del Sangronera, siguiendo la montaña por el lado derecho del camino; y entonces las fuerzas de Ibn Mardaniš, a las que los almohades habían cortado el paso, siguieron por las alturas de la izquierda. El viernes, 15 de octubre, llegaron los almohades, al ponerse el sol, a la vega de Murcia, al lugar conocido por "Faḥṣ" al-Ŷallāb, a diez millas de la ciudad. El ejército de Ibn Mardaniš, que, según Ibn Šāhib al-Šalā¹, contaba con 8.000 caballos, en su mayoría acorazados, se desplegó para rechazarlos y los atacó en tres acometidas; la primera contra los árabes Riyāḥ, que cedieron el campo, según su táctica del torna-fuye; y las otras dos, contra los almohades, pero no pudo romper su frente, y tras un encarnizado combate, se retiró a una colina inmediata, donde fingió atrincherarse, plantando la tienda de Ibn Mardaniš, pero éste, protegido por la noche, huyó a encerrarse en Murcia.

La expedición almohade contra Murcia

Al amanecer del siguiente día, 16 de octubre, se presentaron los almohades ante la ciudad y acamparon en la casa de campo de Ibn Mardaniš, llamada Ḥiṣn al-faraŷ [el castillo de la liberación] como el Aznalfarache de la región sevillana, que se puede localizar en un pequeño cerro al noroeste y más allá que el de Castillejo, enfilado con él y con el de Monteagudo, llamado hoy Larache y en documentos antiguos Alharache y Alabrache, equivalencia evidente del Alfarache o Aznalfarache andaluz². En esta quinta celebraron los almohades la fiesta de los Sacrificios [lunes 18 de octubre] mientras devastaban toda la huerta y se apoderaban de sus riquezas. Los dos sa-

¹ Cfr. p. 280 del texto árabe y 82 de mi traducción.

² Cfr. TORRES BALBÁS, en "Al-Andalus", vol. II, p. 371.

yyides vencedores escribieron a Marrākuš, dando cuenta a su hermano, el califa, de la victoria³; y los correos que llevaban la carta y las banderas de los levantinos, cogidas en el encuentro, cubrieron la distancia entre Murcia y Marrākuš en el brevísimo plazo, para entonces increíble, de dieciséis días. No iban los almohades preparados para sitiar a Murcia y ni siquiera pensaron en ello. La campaña fue, por lo tanto, una expedición de castigo, en la que cortaron los vuelos de Ibn Mardaniš, y solo tomaron Andújar y algunos castillos de poca importancia, pero no Baza ni Lorca. Celebrada la fiesta de los Sacrificios ante Murcia, los dos sayyides con sus tropas regresaron a Córdoba, donde se quedó de gobernador Abū Saʿid, y regresó ʿUmar por Sevilla a Marrākuš, el 15 de febrero del 1166⁴. El emir Yūsuf salió a recibirlo; su llegada se celebró con grandes fiestas, donativos y banquetes, y se pagó a cada jeque cien dinares; y a cada jinete, veinte. Los soldados, desmilitarizados, se volvieron a sus cabilas, pero aún duró más de cinco años la resistencia de Ibn Mardaniš, hasta que se enemistó con su suegro, Ibn Hamušk, y fue sitiado en Murcia el año 1172. Sometidos o muertos los sayyides hermanos, que no habían querido reconocerlo; vencido Ibn Mardaniš y sofocada la rebelión de los Gomara y los Šinhāŷa, se decidió Yūsuf, al cabo de cinco años de reinado a tomar el título de Amīr al-Muminīn [príncipe de los creyentes] que había usado su padre. Celebró con una amnistía, donativos y grandes fiestas su exaltación, y le fue ofrecida una espada de honor de doble hoja con una dedicatoria en verso, alusiva a su nuevo título⁵.

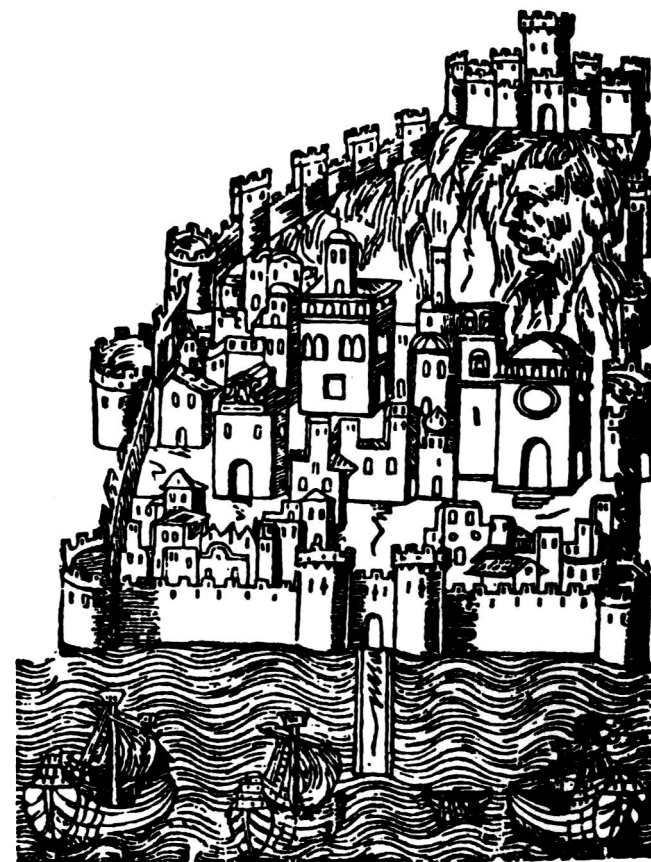
¹ IBN ŠĀHIB AL-ŠALĀ transcribe la carta de los dos Sayyides, en la que dan cuenta de todos los pormenores de la campaña (p. 274 del texto y 79-80 de mi traducción).

² Cfr. IBN ŠĀHIB AL-ŠALĀ, p. 289 del texto y 118 de mi traducción.

³ Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, tercera parte, p. 73.

Ibn Mardaniš y el dogma almohade

A continuación se decidió a renovar la guerra en al-Andalus contra Ibn Mardaniš, quien, a pesar de su reciente derrota, seguía amenazando a Córdoba y atacando la región de Granada. Dio el gobierno de Córdoba a su hermano Ibrāhīm y lo envió con un fuerte ejército para defenderla, según comunicó al gobernador de Granada, con la esperanza de que con la guarnición suya y la de Sevilla cooperase en la guerra contra los levantinos. Precisamente, cuando esta carta llegó a Granada, o sea en la segunda mitad de marzo del 1168, los cristianos al servicio de Ibn Mardaniš en Guadix, salieron en algarada, llegando a la zona de Ronda, de cuyos ganados y bienes se apoderaron. Un destacamento, enviado por el gobernador, les salió al paso entre Granada y Guadix y los derrotó, rescatando el botín y haciéndoles cincuenta y tres prisioneros, que fueron decapitados en Granada. Tras una breve intervención en Badajoz, que se salvó de caer en manos de los portugueses, gracias al socorro del rey de León, el jeque ʿUmar Īntī pudo trasladar su ejército a Córdoba siempre amenazada por Ibn Mardaniš. El califa le ordenó estar a la defensiva, sin atacar a los levantinos, con la esperanza de que Ibn Mardaniš abrazase el dogma almohade y se sometiese a su autoridad, como se lo pedía en carta expedida desde Marrākuš, el viernes, 29 de mayo del 1169¹. Le hacía ver en ella los bienes espirituales y materiales que lograría al ocupar un puesto de primer orden en el régimen almohade, y le recordaba la invitación, que en el mismo sentido le dirigió dieciocho años antes su padre ʿAbd al-Muʿmin. Le advierte que el jeque ʿUmar Īntī está ya en al-Andalus con un ejército para hacer la guerra santa a los cristianos y someter



Vista de Alicante, en 1564

¹ Cfr. *Trente-sept lettres officielles almohades*, n. 25, edic. LÉVI-PROVENÇAL.

a los musulmanes disidentes, y que tiene orden de dirigirse a su territorio para esperar una respuesta que debe ser favorable y pronta.

Ibn Hamušk, almohade

Ibn Mardaniš no hizo caso del llamamiento del califa, pero en cambio sí lo hizo su lugarteniente Ibn Hamušk, quien al mes siguiente [junio] se presentó en Córdoba para abrazar la causa almohade¹. Hacía tiempo que se habían enfriado las relaciones entre suegro y yerno; e Ibn Hamušk, temiendo por su vida, cortó su trato con él. El divorcio violento con que Ibn Mardaniš repudió a la hija de Ibn Hamušk, que se presentó llorando a su padre por los malos tratos y ofensas de que fue víctima, acabaron de decidir a Ibn Hamušk para entablar correspondencia con el jeque cUmar İnti a fin de hacerse almohade; su sumisión fue muy bien recibida, y se comunicó oficialmente a todo el país, tomándola por sincera y espontánea. Ibn Mardaniš, irritado por su defección, le declaró la guerra; y durante un año atacó a Jaén y su región, mientras Ibn Hamušk imploraba el socorro almohade, que no llegó hasta el año siguiente.

VI

LOS ALMOHADES EN VALENCIA

¹ Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, tercera parte, p. 82.

1. LA RECONQUISTA ALMOHADE DE MURCIA Y VALENCIA, Y LA MUERTE DE IBN MARDANIŠ

Ayuda almohade a Ibn Hamušk

Casi todo el año 1169, en que se sometió Ibn Hamušk, lo pasaron los gobernadores de Sevilla y Córdoba y el jeque Muḥammad b. Ismaʿīl, gobernador de Granada, en Marrākuš, deliberando con el califa y preparando la próxima campaña contra Ibn Mardaniš. La expedición, ya anunciada, se retrasa por caer enfermo Yūsuf I y por la peste que se desarrolló en Marrākuš, y de la que enfermaron y murieron varios sayyides y mucha gente del pueblo¹. Al prolongarse la enfermedad del califa, y en vista de que la presión de Ibn Mardaniš se hacía insoportable para Ibn Hamušk, se decidió atender a sus angustiosas demandas de socorro; y el infatigable sayyid ʿUmar salió de Marrākuš para al-Andalus, a mediados de julio de 1170². Le acompañaron varios notables almohades, descendientes de los primeros compañeros del Maḥdī, y los dos caudillos andaluces, Sidrāy b. Wazīr y su hermano ʿAlī b. Wazīr, con los soldados peninsulares que estaban de guarnición en Marrākuš, y que tenían gran experiencia del terreno y de la táctica cristiana. Llegó a Sevilla a mediados de septiembre de ese año 1170, o sea a los tres meses de su salida, y allí descansó y celebró consejo de guerra con el jeque ʿUmar Īntī y con Ibn Hamušk, que fueron desde Córdoba. Pero aún se tardó hasta la primavera [marzo de 1171] en emprender la campaña definitiva contra el reyezuelo de Murcia y Valencia; se emprendió el ataque, si-

1 Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, parte tercera, p. 86.

2 Cfr. IBN ŠAHĪB AL-ŠALĀ, p. 398 del texto y 163 de mi traducción.

sitiando a Quesada, que fue tomada al asalto; luego, avanzando rápidamente por el llano, llegaron los almohades ante Murcia y se apoderaron del castillo de Ḥiṣn al-faraṣ, ya citado en la campaña anterior, como la residencia de recreo de Ibn Mardaniš. Desde él razziaron concienzudamente toda la vega, guiados por Ibn Hamušk, que les señalaba los puntos flacos del enemigo.

La toma de Lorca

La primavera y el verano del año 1171 marcaron el derrumbamiento del poder de Ibn Mardaniš¹; convocó a los cristianos que tenía a sueldo en sus dominios, pero sólo acudieron unos cuatrocientos jinetes, que envió a Lorca con su fiel caíd Abū ʿUṭmān b. ʿĪsā, para mantener la alcazaba. Al ver que las cosas de Murcia iban de mal en peor, se sublevó el pueblo de Lorca y llamó al sayyid ʿUmar, quien, levantando el cerco de Murcia, entró en Lorca y sitió su alcazaba hasta que, por falta de víveres y agua, se rindió. Durante el asedio, un destacamento almohade salió a razziar el llano de Lorca y cogió a un hijo del alcaide Abū ʿUṭmān. Maniatado, fue conducido ante las murallas de la alcazaba, pero ni ante el peligro de que se lo matasen, quiso rendirse su padre; y sólo forzado por el hambre y la sed de sus soldados, capituló con todos los honores. A petición de los mercenarios y por mediación de Ibn Hamušk, le fue devuelto su hijo, para regresar con él y sus soldados a Murcia, mientras los cristianos abandonaban la causa de Ibn Mardaniš y regresaban a su país. Informado de ello el califa, mandó continuar el asedio de Murcia, mientras el país se iba entregando; Elche y los castillos de su zona pidieron el amān, que los almohades concedían con una política

¹ Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, tercera parte, p. 86-87.

completamente contraria a la de Ibn Mardaniš, con lo cual, las defecciones se sucedieron rápidamente. Un primo y cuñado de Ibn Mardaniš, llamado Muḥammad y conocido por Ibn Ṣāhib al-Basīt [el hijo del señor de Albacete], se sublevó en Almería y entregó a los almohades el gobernador de Ibn Mardaniš, llamado Ibn Miqdām. En venganza Ibn Mardaniš, enloquecido, hizo matar a su propia hermana, que estaba casada con Ibn Ṣāhib al-Basīt, y, por si esto fuera poco, cogió a los dos hijos que tuvo de la hija de Ibn Hamušk y mandó a su verdugo que los embarcase en la Albufera de Valencia y, cuando estuviesen en medio del lago, los ahogase a sangre fría. Dato inédito del autor contemporáneo, Ibn Ṣāhib al-Ṣalā¹ que dice: "los cogió Ibn al-Raʿī, su encargado de dar tormento a la gente, y los llevó a la Albufera, contigua al mar, en las cercanías de Valencia, y los metió consigo en una barca; cuando estuvo en medio del lago, los ahogó en él del modo más cruel y espantoso que se puede imaginar".

Valencia se somete a los almohades

Al ver que Ibn Mardaniš reforzaba la guarnición cristiana de Valencia y que, para mejor instalarla, expulsaba a muchos musulmanes de sus casas, temió Ibn Sufiān, señor de Alcira², ser desposeído y se sublevó. Ibn Mardaniš, creyendo fácil el recobrarla y hacer un escarmiento, le pone cerco a mediados de junio, ayudado por su hermano Abū-l-Ḥayyā Yūsuf, emir de Valencia. El cerco duró dos meses, hasta mediados de agosto. El califa, que estaba en Córdoba desde julio, y el sayyid Abū Ḥafṣ ʿUmar, que sitiaba a Murcia, socorren a los alcireños; y cuando estos se ven más apretados, les man-

¹ Cfr. p. 407 del texto y 161 de mi traducción.

² Cfr. AL-BAYDAQ, *Memoires*, p. 215.

dan a Abū Ayyūb Muḥammad b. Hilāl, amigo y colaborador de Ibn Šāḥib al-Basīt en el levantamiento de Almería y hermano del sublevado en Moratalla contra Ibn Mardaniš, y a quien este había mandado sacarle los ojos con un palo. Con este refuerzo Alcira pudo resistir; e Ibn Mardaniš, incapaz de rendirla, tuvo que retirarse. Las Memorias de al-Bayḍaq¹ son las únicas en informarnos de que el califa, durante su estancia en Córdoba, en julio y agosto del 1171, al someterse en Valencia Yūsuf b. Mardaniš, hermano de Ibn Mardaniš, se trasladó a ella y dio su gobierno a Yūsuf b. Muḥammad b. Īgīt. Luego, de las tropas que había traído consigo de Marruecos, dejó destacamentos de árabes y zanatas en Valencia; de Sinhāya y Haskūra, en Játiva y Murcia; de Tinnalāl, en Lorca; y de Kūmya, en Almería y Purche – na, para asegurar la posesión del territorio recién conquistado.

La muerte de Ibn Mardaniš

Avisado, entre tanto, de que su hermano ʿUmar había levantado el cerco de Murcia, después de apoderarse de la mayor parte del reino de Ibn Mardaniš, y de que iba a Sevilla para entrevistarse con él, se apresuró a regresar a la capital andaluza. El 16 de septiembre fue la llegada del sayyid ʿUmar con el ejército que sitiaba a Murcia; y el califa salió a recibirlo a dos millas de la ciudad con grandes muestras de afecto. Entre tanto, murió Ibn Mardaniš, el 28 de marzo del 1172; y al mes justo de su muerte, llegó a Sevilla su primogénito Hilāl con una delegación murciana para abrazar el dogma almohade, y renunciando a la obstinada resistencia de su padre, someterse definitivamente a Yūsuf². Habían pasado

1 Cfr. AL-BAYDAQ, *Memoires*, p. 215.

2 Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, p. 95.

seis meses desde que el sayyid ʿUmar levantó el sitio de Murcia; pero en ese otoño-invierno Ibn Mardaniš, enfermo y abandonado, sólo pudo desfogar su cólera en ciegos arrebatos de venganza personal. Al sentirse morir, se dice que aconsejó a sus hijos que se sometiesen al poder almohade para sacar el mejor partido de su entrega, antes de verse atacados y sufrir las consecuencias de un asalto a mano armada¹. Al ofrecer Hilāl su sumisión y ser aceptada, envió Yūsuf al jeque ʿUmar Īnti a Murcia para tomar posesión de ella; y cuando los murcianos, autorizados para presentarse en Sevilla, se acercaban, el califa envió a dos de sus hermanos a recibirlos; y hospedó a Hilāl en el gran palacio que fue de al-Muʿtamid. La ceremonia del reconocimiento revistió la solemnidad del caso; y el visir Idrīs Ibn ʿYāmi² hizo la presentación de los levantinos, a la que siguió un discurso de felicitación a cargo de Abū Mūsā ʿIsā b. ʿImrān.

La afortunada incorporación del reino de Murcia y Valencia, las riquezas encontradas en el tesoro de Ibn Mardaniš, el deseo de demostrar al califa que habían roto definitivamente con los castellanos, que fueron su más fuerte sostén en la prolongada lucha mantenida con los almohades, movieron a Hilāl y a los murcianos a proponer el califa Yūsuf una gran expedición contra Castilla. Después de la ceremonia del reconocimiento, le suplicaron que emprendiese una gran campaña contra el país cristiano, y le hicieron ver que la ciudad de Huete era muy fácil de tomar, por ser de nueva construcción, estar cercana y no ofrecer dificultad al ejército el aprovisionarse. Como le aseguraban que sus muros no esta-

1 Cfr. AL-BAYDAQ, *Memoires*, edic. LÉVI-PROVENÇAL, p. 215.

ban bien defendidos, y que no tenía puertas ni guardas de entrada, se decidió a aceptar su plan y les mandó que al finalizar el mes [acabó el 26 de mayo] estuviesen listos para entrar en campaña con sus aprestos y su gente¹.

¹ León y Portugal eran más agresivos contra los almohades, durante esa época, que Castilla; Alfonso VIII, que tenía solamente dieciséis años, no iniciaría sus campañas hasta cinco años más tarde, con el asedio y toma de Cuenca.

2. LA CAMPAÑA DE HUETE Y LOS LEVANTINOS¹

La marcha del ejército

El califa Yūsuf b. ʿAbd al - Muʿmin emprendió, como había prometido a los hijos de Ibn Mardaniš, la expedición contra Huete; y salió de Sevilla en la madrugada del lunes, 6 de junio del 1172; llegó a Córdoba el domingo 12, y acampó en la colina que domina la explanada del Surādiq y toda la llanura de al-Zāhira. Pernoctó allí el lunes 13, e hizo su entrada en la ciudad al día siguiente, martes; se hospedó en el alcázar viejo, contiguo a la mezquita mayor, y dedicó una semana [hasta el lunes 20] a acabar los preparativos para la campaña. Salió ese día de Córdoba, y pernoctó a unas millas de la ciudad, siguiendo el camino del Guadalquivir, por Alcocer y Andújar, hasta llegar cerca de Baeza, donde le salió a su encuentro Ibn Hamušk, que sitiaba el castillo de Vilches, donde su suegro Ibn Mardaniš había colocado una guarnición cristiana, cuando rompió con él, para atacarle en venganza de su desertión. Ibn Hamušk, al entrevistarse ahora con el califa, lo animó a llevar todas sus fuerzas, aquel mismo día, contra Vilches para rendirlo. Puestos inmediatamente en marcha los almohades, llegaron ante el castillo, al atardecer del viernes 24 de junio, y a la mañana siguiente, los cristianos, al ver aquel poderoso ejército que se disponía a atacarlos, capitularon por mediación de Ibn Hamušk, quien, por encargo del califa, se quedó en él para organizar su defensa. A los dos

¹ Esta campaña ha sido expuesta con gran prolijidad por IBN ŠAHIB AL-ŠALĀ (p. 487 del texto y 208 de mi traducción). Véase M. ANTUÑA, *Campañas de los almohades en España*, "Religión y Cultura", p. 1-60; y mi *Historia política del imperio almohade*, t. I, p. 225 a 265.

días, el lunes 26, se dirigieron hacia el castillo de Alcaraz¹, que también había dado Ibn Mardaniš a los cristianos, como Vilches, y que a los cinco días, o sea en la tarde del viernes 30 de junio, se rindió; e Ibn Hamušk se encargó también de guarnecerlo. El sábado, primero de julio, se continuó la marcha hacia Balazote, contiguo al valle de Chinchilla, frontera del país cristiano, en la época en que Ibn Šāhib al-Šalā describe esta campaña, en la que tomó parte. Pernoctaron el sábado en Algodor, nombre árabe que significa Las Lagunas, y que debe referirse a las de Ruidera, origen del Alto Guadiana. Se aprovisionaron de agua el lunes 3 de julio, para cruzar la llanura de Albacete el martes 4, y al llegar al Júcar, donde descansaron el miércoles 5, siguiendo el jueves 6, río arriba, para no carecer de agua. Desde esta etapa mandó el califa a su hermano el sayyid ʿUṭmān adelantarse con una fuerte columna de almohades, árabes y arqueros, que razziaron la zona de Huete².

La primera conquista en tierra cristiana

Acompañados y guiados por el caudillo andaluz Ibn ʿAzzūn³, marcharon ese día y esa noche; y al amanecer entraron en las primeras tierras cultivadas por los cristianos y tomaron por sorpresa un castillo desconocido, Marŷ Jamal, que arrasaron, después de matar a los hombres y cautivar a las mujeres y a los niños, que lo ocupaban. El sayyid, después de comunicar al califa su pequeño éxito, llegó

1 Que siguió en poder de los almohades hasta que Alfonso VIII la tomó en 610 (1213), según la *Crónica latina de los reyes de Castilla*, p. 53 y 54 de la primera edición de CABANES.

2 Los almohades recuperaron los cerros que dominan la ciudad por el oeste y al mismo tiempo se extendieron por la vega.

3 Hijo del famoso Ibn Galbūn, amigo del Cid.

el sábado 8, ante Huete; y desplegó sus tropas, creyendo, sin duda, que esto bastaría para intimidarla y rendirla, pero su guarnición salió decidida a rechazarlos; y según el cronista, testigo presencial, algunos árabes mostraron flojedad y fueron muertos en los incidentes del combate, de modo que la escaramuza inicial se dirimió sin triunfo para el Islam¹.

El primer ataque a Huete

El sayyid, aleccionado, acampó y pernoctó en la colina que domina a la ciudad, y aguardó a que su hermano llegase a los tres días con el grueso del ejército, el martes 11 de julio. Al avistar a Huete, mandó el califa a todas sus tropas armarse y ordenarse, clasificadas por cabillas para lanzarse al ataque. Subieron todas a la colina en que había acampado el sayyid ʿUṭmān con la vanguardia. Ante el califa, que con sus hermanos y la aristocracia del imperio presenciaba el combate, los almohades, lanzando grandes gritos de "Allāh es grande" e invocando su dogma, al son de cien tambores, iniciaron el asalto, y se apoderaron de los arrabales y las huertas extra-muros de la ciudad. En consejo de guerra, celebrado al atardecer de ese mismo día del primer éxito, se trazó el plan de ataque; de acuerdo con él, el sayyid ʿUṭmān con todo el estado mayor, protegido por una fuerte escolta, examinó el perímetro de la ciudad y repartió sus diversas partes entre las tropas, poniendo al frente de cada contingente a uno de sus hermanos. Al atardecer de ese día, quedó fijada la situación de las fuerzas sitiadoras. Los cristianos, para defender su arrabal, cavaron un foso y lo

1 Si los almohades entraron ese día en el arrabal, debieron salir en seguida, pues el mismo IBN ŠĀHIB AL-ŠALĀ afirma que luego los cristianos lo fortificaron y hubo que asaltarlo de nuevo al cabo de dos días.

protegieron con una empalizada hecha con la madera sacada de sus puertas y de sus casas. El miércoles, 19 de julio, al amanecer, se rezó la oración del alba y se leyó un capítulo del Alcorán; y, una vez armados, los almohades se alinearon; los sayyides y los jeques prestaron homenaje al califa, e inmediatamente se dio la señal de redoble de cien tambores para iniciar el ataque. El foso fue rebasado, y, como el arrabal no tenía puertas, lo abandonaron los cristianos para refugiarse tras los muros. Ibn ^CAzzūn atacó una torre en el ángulo oeste, pero sus defensores se mantuvieron fuertes, resistiendo el ataque y no pudo tomarla¹. Después de asaltar una iglesia, en la que se cogieron siete campañas, acudió al califa para pedirle refuerzos con los que acabar de rendir esa torre, que era la base de la resistencia de la ciudad; pero Yūsuf que, en compañía de su hermano ^CUṭmān celebraba una conferencia con los ṭālibes de la corte, y se había enfrascado en una discusión teológica, no le hizo caso, ni accedió a montar a caballo y dejarse ver de sus tropas para animarlas a hacer el esfuerzo final; tampoco el sayyid ^CUṭmān, que hacía de general en jefe, le prestó atención, e Ibn ^CAzzūn se retiró descorazonado. Los atacantes, al llegar ante el muro de la ciudad, se detuvieron impotentes, al llamarse a la oración del mediodía, por ver que la empresa no podía acabarse con sus espadas. Los almohades no llevaban almajeneques ni torres móviles [daydabān] ni tampoco escalas para asaltar las murallas, por lo cual el califa, al ver que Huete no se rendía, ni era posible tomarla sin un largo asedio², mandó hacer las máqui-

1 Hay una contradicción manifiesta en el relato de IBN ŠAHIB AL-ŠAĪĪ, al afirmar, por un lado, que la ciudad no tenía puertas; y decir luego que, a pesar de la superioridad numérica de los musulmanes, no pudieron apoderarse de la ciudad, y que al llegar ante las murallas se detuvieron, impotentes.

2 Llevaban sólo cinco días ante la plaza.

nas de guerra necesarias; ordenó que se impidiese a los sitiados el acceso al río; y el jueves 13, se decidió en consejo de guerra que la cuarta parte del ejército saliese a levantar las cosechas y recoger víveres y forraje por toda aquella zona para sostener el asedio. Ese día un mensajero de la ciudad ofreció capitular, si se les daba el "amān", pero no se le hizo caso; volvió al anochecer, insistiendo en su petición; y como se daba por segura la rendición incondicional, si no por el asalto, por la sed, tampoco se le atendió, y se mantuvo la guardia para impedir a los cristianos el acceso a la aguada.

Las tormentas

El viernes 14, por la mañana, una tormenta de verano, con un viento huracanado desordenó el campamento y arrancó las tiendas, que hubo que proteger con setos improvisados, hechos de ramas de los frutales de la huerta. El sábado 15, volvió de su razzia la columna encargada de procurar víveres y forraje para el ejército, gracias a lo cual bajaron los precios de la cebada y del trigo. Se capturó a seis cristianos, cinco de los cuales fueron decapitados; y llegaron al campamento el jeque ^CUmar Īntī y Yūsuf b. Mardaniš, que había sido gobernador de Valencia durante el reinado de su hermano, y que, al morir éste, se había entregado a los almohades. Traían nuevas tropas de Murcia y de Valencia, y los sitiados, ante aquel aumento de fuerzas y al verse más estrechados y sin agua, volvieron a pedir el "amān", pero tampoco se les concedió. En la tarde del domingo 16, se repitió la tormenta, con mayor violencia que el viernes, causando mayores destrozos aún en el campamento almohade, y los cristianos pudieron hacer acopio de agua en sus aljibes, frustrando así la única posibilidad de rendirlos por sed. El lunes 17, por la mañana, se propuso el califa asaltar los muros; y todo el ejército se dispuso para

ello, pero se repitió la tormenta con la misma fuerza, y la lluvia torrencial lo inundó todo, impidiendo el ataque. Se aclaró el cielo al mediodía, y, por la tarde mandó Yūsuf lanzarse al asalto, pero sus tropas flaquearon, y al anochecer se retiraron sin obtener ninguna ventaja.

La fuente árabe contemporánea *al-Mānn bil-Imāma*, que da estos pormenorizados informes, sobre el curso del asedio, habla de tres tormentas sucesivas, quizá exagerando sus efectos, para así justificar mejor el desastre y la retirada. Las fuentes cristianas hablan de una sola tormenta, y la ponen el día 19, fiesta de santas Justa y Rufina, que fueron luego adoptadas como Patronas de la ciudad. El califa no salió de su tienda roja en todo el martes 18, y no se dejó ver ni de sus visires ni de su séquito, preocupado por la falta de acometividad de sus soldados. Esa misma noche del martes al miércoles, los sitiados, en una audaz salida contra el sector confiado a la cabila de Haskūra, la pusieron en fuga, y le obligaron a abandonarlo. Yūsuf hizo azotar y castigar a los culpables. Al amanecer del jueves, 20 de julio, se ordenó a una tercera parte de los sitiadores, al mando del ḥāfiẓ ʿAbd Allāh b. Tafaṣṣīn y de Ibrāhīm b. Hamušk, salir en busca de víveres y forrajes, pues, sin duda, con la confianza de lograr una rápida victoria, el ejército almohade iba, como de costumbre, sin los debidos aprovisionamientos, esperando mantenerse sobre el terreno; pero al día siguiente volvieron de su razzia con las manos vacías y los precios subieron en el campamento, por faltar casi las subsistencias.

Noticias de ayuda cristiana

El viernes 21, ante la penuria de víveres y el decaimiento de los ánimos, el jeque ʿAbd al-Wāḥid arengó a todas las cabilas en árabe y en beréber para excitarlas a cumplir con su deber en la guerra

santa, pero todo era ya inútil. Se pensó en conceder el "amān", que antes se había negado a los sitiados, y se envió por dos veces un emisario al gobernador de la plaza, que era el hijo del conde Manrique de Lara, muerto ocho años antes, el día 11 de julio de 1164 por Fernando Rodríguez de Castro y la milicia de Huete; luego, al ser desterrado el de Castro, pasaría otra vez el dominio de Huete a los Laras. El conde respondió primero con evasivas, alegando que no tenía traje apropiado para presentarse ante el califa, pero luego descubrió que no pensaba ya en rendirse, puesto que Alfonso VIII le había anunciado que concentraba fuerzas para ir a socorrerle¹.

Se levanta el asedio

El sábado 22 de julio, al conocerse en el campamento almohade la noticia de que Alfonso VIII venía en socorro de la plaza, celebró Yūsuf otro consejo de guerra, y en él se decidió levantar el sitio. Aquella misma noche del sábado al domingo, se mandó quemar la torre de madera, hecha para coronar los muros, y todo el material de asalto; al mismo tiempo se ordenó al encargado de las bestias de transporte cargar inmediatamente en acémilas las campanas cogidas al enemigo; y al amanecer del domingo, el tambor mayor dio la señal de levantar el campo. La confusa precipitación con que se hizo, animó a los sitiados a tentar otra salida y, cruzando el río, atacaron el campamento y prendieron fuego a las cabañas y empalizadas; llegaron hasta el mercado instalado en sus inmediaciones, y mataron a los enfermos y agotados que encontraron. La serenidad del califa y de su hermano ʿUṭmān impidió el desastre completo, al mandar que todos los soldados permaneciesen en sus puestos hasta que se levanta-

¹ Vease ÇIROT, *Chronique latine*, p. 32 del texto y nota 6.

sen las tiendas. La del califa fue la última, y con el sayyid ʿUṭmān, que, a caballo, revestido de su cota de mallas, estaba al frente de la cabila de Tinmāl, inició la retirada en buen orden, mientras los sitiados se acercaban a intentaban en vano aprovecharse de la situación.

Yūsuf entra en Cuenca

Los almohades se dirigieron hacia Cuenca, y acamparon a tres millas de Huete¹, mientras que la retaguardia, reforzada con tropas andaluzas, rechazaba a los sitiados, que insistían en atacarlos. El lunes 24, avanzaron diez millas más, y saquearon una aldea de muchos sembrados y agradable situación. El martes se llegó al Júcar, a unas dos millas de Cuenca, y se acampó en unas alturas al oeste de la ciudad. Ibn Mardaniš había cedido a los cristianos las tierras cercanas a la ciudad; las habían cultivado y además llevaban cinco meses sitiándola hasta que se retiraron, al saber que se acercaba el ejército de Yūsuf. Se razziaron esos campos, y después de la oración de la tarde, el príncipe de los creyentes hizo su entrada solemne en Cuenca. Sus habitantes débiles y agotados por el asedio que sufrían, salieron a recibirlo; eran unas setecientas personas entre combatientes, mujeres y niños. Al ver su desamparo, mandó darles doce monedas de oro al jinete; ocho, al infante; cuatro, a la mujer; y cuatro, al niño; les regaló, además, sesenta vacas, las únicas que tenía en el campamento, e hizo que los soldados diesen de su aprovisionamiento un almud menos cuarto

¹ Junto al agua corriente, que sería el Borbotón o Mayor, y que ANTUÑA traduce por el lugar del salto de agua, y que identifica con el nacimiento del río de Huete. Ese nacimiento está mucho más al oeste, y los almohades se dirigían al este, hacia Cuenca.

de trigo o de cebada cada uno; todos los grandes personajes rivalizaron en hacerles donativos y socorrerlos.

El enfrentamiento con los cristianos

El miércoles 26, mandó salir a las tropas para recoger las cosechas, que hubiese en los campos cristianos, pero, al llegar al puerto cercano a Cuenca, se vieron acometidos desde los matorrales contiguos y corrió entre los almohades la noticia de que eran el rey Alfonso VIII y el conde Nuño de Lara los atacantes. Los *Anales Toledanos Primeros* confirman con algunas variantes esta información, al decir: "e era el cardenal de Roma en Toledo e daba grandes solturas e ayuntáronse todos los de España, e fueron en socorro, e allegáronse azes con azes e non lidiaron e fuese el rey moro"¹. En efecto, mandó Yūsuf levantar el campamento y poner el Júcar entre su ejército y el castellano, pero sólo encontraron un vado de muy fuerte corriente, y lo cruzaron aterrorizados tan apresuradamente y con tal desorden que perdieron la mayoría de sus ropas y enseres. Los cristianos se establecieron en el monte Tumbos, que quizá haya que identificarlo con las Torcas, llamadas Montes de los Palancares, cerca de donde habían acampado los almohades; y quedaron los dos ejércitos contemplándose impotentes, separados por el río. Se celebró nuevo consejo el jueves 27, y se habló de enfrentarse con los castellanos en la mañana del 28; pero los árabes, acostumbrados a pelear en terreno abierto y a su táctica del torna-fuye en cargas y retiradas sucesivas, se negaron a luchar, al ver a los enemigos fortificados en una montaña abrupta. Los demás almohades y los soldados anda-

¹ Cfr. mi reedición en "Crónicas latinas de la Reconquista", t. I, p. 349.

luces perseveraron en su propósito de combatir y una columna mandada por Ibn ʿAzzūn llegó a encontrarse con el enemigo en ligeras escaramuzas. El sábado 29, según Ibn Ṣāhib al-Ṣalā, se dispuso el califa para la batalla, y una vez desplegadas todas sus fuerzas, envió un destacamento, al amanecer, para atalar, según su costumbre, lo que hacían los castellanos; pero a media mañana volvió Ibn ʿAzzūn a informar que los cristianos habían levantado el campo y se habían vuelto a su país. El ejército almohade hizo lo mismo sin gran pesar, y acampó a diez millas de Cuenca, en el monte del Alminar¹.

El regreso por tierras valencianas

Subieron los precios esa noche y llegó el almud de cebada y de trigo a valer dos dinares de oro; el domingo 30 de julio, se hizo una marcha forzada de dieciséis millas hasta llegar al río Tamata, que no se ha podido identificar; la impedimenta se extravió, y el ejército pernoctó sin tiendas, bagajes y víveres. El lunes, 31, se hicieron doce millas para acampar junto al río de Būr̄y Qaballa en el camino de Valencia; por fin la impedimenta se reunió al atardecer de ese día con el grueso del ejército, y entretanto se pasó hambre y muchas bestias y hombres murieron de fatiga. El martes 1 de agosto, al atardecer, se pasó revista a todo el ejército, una vez reunido con la impedimenta, para ver los que faltaban. Al día siguiente, se madrugó mucho para subir la áspera cuesta, llamada de los Diablos, hasta llegar al puente del Cabriel [hoy de Contreras]² con muchas

¹ Cfr. Yabal al-savmū'a, que ANTUÑA identifica con Las Lomas.

² Qantara Agarbola.

El jueves 3 de agosto, al promediar el día, se levantó el campo; y tras una marcha de quince millas, se acampó en Mar̄y al-qabdad, llano de Caudete de las Fuentes, cerca ya de Requena.

bajas de acémilas y con gran fatiga de la tropa, que siguió pasando hambre. Se repartió un donativo de cinco mizcales a los infantes, a cuenta de los dos meses transcurridos, desde el comienzo de la expedición; y la cebada y el trigo llegaron a valer ese día tres dírhemmes el almud. Al-Nuwairi atribuye el fracaso de Huete y la retirada de los almohades a la carestía del año, que puso en gran aprieto a los musulmanes; el Cronicón conimbricense lo confirma, al decir que se sufrió gran hambre en todo el mundo, como no hubo otra igual desde el principio de la creación.

El domingo, 6, por un camino muy penoso, en el que sólo hicieron siete millas, llegaron cerca de Buñol; allí hubo ya una desbandada casi general de levantinos y andaluces, que se dirigieron a Valencia en busca de víveres y a los lugares de su residencia habitual; pero ese día llegó un gran convoy de Valencia con harina y fruta, enviado por su gobernador Yūsuf b. Mardaniš. En cuatro jornadas¹ llegaron los almohades desde las cercanías de Buñol a la ciudad de Játiva, en cuya alcazaba entró el califa el jueves, 10 de agosto. Al día siguiente, viernes, se celebró en la gran mezquita la oración ritual, y hubo una reunión de jeques, con sermón y muchos regocijos. El sábado 12, sólo se hizo una corta jornada para dar lugar a que las tropas descansasen; el domingo se acampó en Villena; el lunes 14, en Aspe; el martes 15, en Elche; el miércoles 16, en Orihuela; y el jueves 17, después de hacer alto a media mañana en Monteagudo, entró el califa en Murcia, y se instaló con gran pompa en el alcázar, dando Hilāl b. Mardaniš y los murcianos la más generosa y alegre hospitalidad a los almohades, como si regresasen de una campaña victoriosa. A los quince días, o sea, el 23 de agosto del 1172, la mayoría de los almohades y de los soldados regulares pudo volver a sus

¹ Cfr. itinerario dado por IBN ṢĀHĪB AL-ṢALĀ.

tierras por la estrechez y carestía, a que su permanencia en Murcia había dado lugar, una vez pasados los primeros días de regocijo. Se concedió un nuevo donativo de cinco mizcales al jinete completamente equipado; de cuatro, al incompleto; de dos, al infante completo en su armamento; y de medio, al incompleto.

El califa con los jeques y su corte se quedó en Murcia durante dos meses; cuando apareció la luna, el 2 de septiembre, se dedicó a reorganizar la defensa y los servicios de sus fronteras y, sobre todo, a intimar con los hijos de Ibn Mardaniš, colmándolos de favores e inscribiéndolos en la primera línea de la jerarquía almohade. Les ordenó prepararse para irse con él a formar parte de su corte, y confirmó a Yūsuf b. Mardaniš en el gobierno de Valencia. El 21 de octubre del 1172, salió Yūsuf de Murcia y pasó por Granada, donde dejó, como gobernador, a su hermano ʿUṭmān; el jueves 7 de noviembre llegó a Sevilla, e instaló a los Banū Mardaniš en el palacio de al-Muʿtamid y en las casas que compró para ellos. Nombró a Gānim b. Mardaniš jefe del ejército de al-Andalus y dio participación a Hilāl el primogénito, ya sus hermanos adultos, en el consejo supremo del califato¹.

1 Cfr. IBN ŠĀḤIB AL-ŠALĀ, *al-Mānn bil imāma*, p. 515.

3 LA FAMILIA LEVANTINA DE IBN MARDANIŠ AL SERVICIO DEL IMPERIO ALMOHADE

Los hijos de Ibn Mardaniš junto al califa

Con la muerte de Ibn Mardaniš y la sumisión de sus hijos y de su hermano Yūsuf, quedan Valencia y Murcia reducidas a meras provincias regidas por gobernadores nombrados desde Marrākuš. Sin embargo aún tuvo mucha influencia y participación en la historia almohade la familia del rey Lope y no carece de interés seguir el rastro de esos príncipes, que, emparentados con el califa Yūsuf y con su hijo Yaʿqūb, intervienen destacadamente en la política, tanto dentro de la Península, como al otro lado del Estrecho, hasta que uno de ellos Abū ʿYumayl Zayyān, tiene que entregar Valencia a Jaime I el Conquistador, y desterrarse a Túnez para figurar en la corte de los emires ḥafṣíes. Dice Ibn al-Jaʿtib que el rey Lope b. Mardaniš, al ver su causa perdida, escribió a Yūsuf b. ʿAbd al-Muʿmin, recomendándole a su familia, y que ordenó a sus hijos someterse al poder almohade; actitud que conmovió profundamente al califa. Pero, mediase o no esta gestión, casi testamentaria de Ibn Mardaniš, el hecho es que al mes justo de haber muerto su padre, todos sus hijos, que eran ocho, con los personajes más influyentes de Murcia y los jefes del ejército, se presentaron en Sevilla, el 28 de abril del 1171¹. El Miramamolín envió a su encuentro a su hermano, el sayyid Abū Zakariya Yahya, señor de Bugía, y a su otro hermano Abū Ibrāhīm Ismaʿīl con un lucido cortejo de nobles almohades y un fuerte destacamento hasta encontrarlos a unas millas de Sevilla. Entraron en su compañía en el alcázar antiguo para ser recibidos por el califa, cerca de la oración del atardecer; y

1 Cfr. IBN ŠĀḤIB AL-ŠALĀ, *al-Mānn bil imāma*, p. 516 del texto árabe.

entonces apareció la luna nueva [hilāl] del mes de ramadān, y el cadí ʿĪsā b. ʿUmrān felicitó al califa por habersele aparecido dos hilales [lunas nuevas] esa noche, la de ramadān y ese Hilāl, que había tomado por prenombre Abū-l-Qamar [el padre de la luna]¹.

El afecto y los honores con que Yūsuf distinguió a estos príncipes levantinos fue extraordinario. Al-Marrākuṣī lo prueba con una anécdota muy significativa²: una mañana, al levantarse, le llegó a Hilāl un emisario del califa para hacerle presentarse en palacio. "Al llegar y saludarlo, dice, me acercó a sí hasta rozar mis ropas con las suyas; sacó de debajo de su albornoz una llave y me dijo: toma esta llave. Tuve miedo de preguntarle el motivo y él me dijo: Oh Abū-l-Qamar! el gobernador de Murcia, entre todo lo que nos ha enviado, nos ha remitido una caja que ha encontrado, según dice, en vuestras alacenas, sin saber lo que contiene. Esta es la llave y nos tampoco sabemos lo que hay en ella. Dije, ea!, mande el príncipe de los creyentes que se abra en su presencia. Me contestó: si hubiéramos querido que se abriese ante nos, no te hubiéramos entregado la llave. Mandó que se me llevase la caja y he aquí que había en ella joyas y tesoros de mi padre por valor de más de cuarenta mil dinares de oro". Otra vez le regaló doce mil dinares; pruebas asombrosas las dos, según el cronista, de la extraordinaria riqueza del Levante español.

El califa se casa con una hija de Ibn Mardaniš

La desdichada campaña de Huete, emprendida poco después, a instancias de los Banū Mardaniš, no influyó para nada en enfriar el afecto que el cali-

fa les profesaba; antes al contrario, después de volver de ella y durante su estancia en Sevilla, se casó el 5 de octubre de 1174 con una de las hijas de Ibn Mardaniš. El día de la boda le envió mil dinares en efectivo, y dijo: "Lo prescrito por la ley para la dote eran cincuenta dinares, pero por puro afecto le he enviado esa cantidad mayor". Yūsuf, nacido y criado en las fraguras del Gran Atlas, se enamoró de la princesa levantina y se dejó dominar por ella hasta el punto de que la gente hacía frases sobre la pasión del califa por la mardanišía de los ojos azules, y por ella se excedió en favorecer a su familia como no lo hizo con ningún otro reyezuelo, que se le hubiese opuesto. Y caso curioso, su hijo Yaʿqūb al-Manṣūr se dejó ganar por el mismo hechizo, y se casó con otra hermana de Hilāl.

Hilāl

Ordenó Yūsuf que su tío el emir Abū-l-Hayyāy b. Mardaniš siguiese de gobernador en Valencia y su región; dio a su hermano Gānim el mando de la escuadra de Ceuta, y retuvo a Hilāl en la corte, como su consejero predilecto. No se distinguió éste más que por su fidelidad y adhesión cortesana al califa, quien le encomendó gestionar el rescate de sus hermanos Gānim y Abū-l-ʿUlā, quienes atacaron las costas de Portugal con la escuadra de Ceuta y, derrotados por el almirante Roupinho, estuvieron cautivos durante un año hasta que Hilāl pagó por ellos un elevado rescate en 1180. Tres años más tarde, al hacer Yūsuf los preparativos militares para la desastrosa campaña de Santarem, que le costó la vida, mandó a sus ulemas reunir las tradiciones musulmanas sobre la guerra santa; y, para excitar el celo de las tropas, que tan mal paradas habían quedado

1 Cfr. IBN ŠAHIB AL-ŠALĀ, *al-Mān bil imāma*, p. 472 del texto árabe.

2 Cfr. AL-MARRĀKUŠĪ, *Kitāb al-Muʿġib*, p. 182-3 de mi traducción.

1 Cfr. *al-Bayān al-muġrib*, tercera parte, p. 108.

en el sitio de Huete, hizo que se dictase a los jefes de su ejército, e incluso a todos sus soldados, para que lo aprendiesen de memoria, un manual, que se ha conservado como apéndice al libro de Ibn Tūmart¹. Ocurría esto en el invierno del 1183-4, y en el verano siguiente se emprendió la fatal campaña de Santarem, en la que Yūsuf perdió la vida. Le debió acompañar su favorito Hilāl, y es muy probable que éste también fuese muerto, pues sabemos por *al-Bayān al-Mugrib*² que varios hijos de Ibn Mardaniš fueron víctimas de la derrota, y ya no se vuelve a tener noticias de Hilāl.

Gānim

Su hermano Gānim, de quien no sabemos que adquiriese experiencia marítima en Murcia, durante su juventud, al lado de su padre, fue nombrado como hemos visto, almirante de la escuadra de Ceuta. Ibn Šāhib al-Salā³ dedica a este improvisado almirante grandes elogios; le atribuye osadas incursiones con las tropas andaluzas contra Toledo y Talavera, y afirma que su táctica produjo inquietud entre los cristianos de Avila y les obligó a reaccionar con sus audaces incursiones por Andalucía. Faltó tiempo material para que esto pudiera ser verdad, ya que Yūsuf no dio mando militar a Gānim hasta entrado el invierno del 1172-3, pues solo llegó a Sevilla el 7 de noviembre; y antes de que él actuase, el famoso conde Gimeno el Giboso, a quien los musulmanes por ese defecto físico llamaban "el tío de la albarda" (Abū BardaCa) al frente del concejo de Avila y con un destacamento de freires militares, se adentraba una vez más por Andalucía y cruzaba el Guadalquivir en

1 Cfr. edic. GOLDZIEHER (Alger, 1903), p. 401.

2 Cfr. p. 137, tercera parte.

3 Cfr. *al-Mānn bil-imāma*, p. 516 del texto árabe.

marzo del 1173; no era esta la primeravez que se internaba en tierras musulmanas, pues, en su juventud, en su edad madura y ahora en su vejez, era muy conocido por las algaradas que lanzaba contra todo el territorio enemigo, llegando hasta Tarifa y Algeciras¹.

El año 1179 arreciaron los desmanes de los portugueses por mar y tierra, y entonces parece que Gānim, ya entrenado en sus funciones de almirante, emprende, por orden del califa, un raid contra el puerto de Lisboa, en el que se apodera de dos naves. La réplica fue el abordar los portugueses la pequeña isla de Saltes, frente a Huelva, en el estuario del Odiel, y cautivar a muchos de sus habitantes². Gānim repitió sus ataques contra las costas de Portugal: en mayo del 1180 desembarcó con su hermano Abū-l-^CUla en San Martín de Porto o en Nazaré, y, adentrándose por el país, intentaron sorprender a Porto do Mos, pero su señor, el almirante Fuas Roupinho llamó en su auxilio a las gentes de Alcámena y de Santarem, con las que preparó una emboscada a los invasores, en la Sierra de la Mendiga, en el nacimiento del río de Porto de Mos³. Los musulmanes sorprendidos en aquellas angosturas, fueron deshechos; y Gānim con su hermano y cincuenta personajes almohades cayeron prisioneros. Desde su prisión escribió Gānim al califa para darle cuenta de su situación y del elevado rescate que se le pedía; llegó su carta a Tremecén, donde Yūsuf acababa de concentrar sus tropas contra Gafsa, el 27 de junio del 1180; e inmediatamente mandó a Hilāl, que estaba con él, regresar a Marrākuš para tratar del rescate de sus hermanos y de la reorganización de

1 Cfr. *Historia política del imperio almohade*, t. I, p. 266-69.

2 Véase mi trabajo *Los almohades en Portugal*, publicado en los "Anais da Academia Portuguesa da Historia", segunda serie, vol. 5.º, año 1954, p. 29 a 51.

3 Cfr. *Cronicas dos sete primeiros reis de Portugal*, t. I, p. 125.

la escuadra; Hilāl encontró en la capital el dinero necesario y rescató a los dos príncipes y a los que se encontraron de sus compañeros.

Al cumplirse justamente un año de este fracaso, en el mes de junio del 1191, la escuadra de Ceuta tomó el desquite de la anterior derrota. Gānim, cuya impericia había sido tan manifiesta, había sido sustituido en el mando de Ceuta por ^cAbd Allāh b. Yāmi^c. Este reunió su escuadra con la de Sevilla, mandada por Abū-l-Abbās el siciliano, y tomó rumbo hacia Silves para encontrarse con la escuadra de Lisboa en el mismo día en que había sido cautivado Gānim el año anterior. Grande debió ser la derrota de los portugueses, pues, según Ibn Šāhib al-Šalā, se les hicieron mil ochenta prisioneros y se les capturaron treinta galeras con todas sus armas y equipos; todos los cautivos que no sirvieron para el canje de Gānim y los suyos fueron decapitados¹. Y así acaba la exagerada y contrahecha información que sobre la vida y los hechos de Gānim b. Mardaniš nos da la crónica almohade, que comentamos; quizá poco después en 1184 acompañó al califa en la expedición de Santarem; y si no pereció en ella, como consta de otros tres miembros de su familia, desapareció para siempre de la escena política.

Los otros hijos de Ibn Mardaniš en Africa

De los demás hijos de Ibn Mardaniš sólo sabemos que en 1185, después de reconquistar Ya^cqūb al-Manšūr a Bugía y de retirarse con su escuadra, la situación empeoró en Argelia con el asalto y toma de Asīr por una columna de los Banū Gāniya de las Baleares. Las tropas enviadas contra ella, mandadas por el sayyid Abū Ḥafṣ ^cUmar y por Abū-l-Zafar Gālib

1 Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, tercera parte, p. 118.

b. Mardaniš¹ las derrotaron y mataron, haciendo un gran botín. No sabemos como llegó este otro hijo de Ibn Mardaniš a intervenir en esta campaña, ni cual fue su destino posterior. Y por fin encontramos a los últimos descendientes del famoso rey de Murcia y Valencia, en la lejana Siyilmasa en las fronteras del Sahara. Un Yaḥya b. Arqam b. Mardaniš, a quien el califa al-Rašīd, primo suyo, había dado el gobierno de esa ciudad en 1235, fue muerto por un rebelde de Šinhāya. Su hijo Arqam lo vengó, pero, temiendo que el califa al-Rašīd no lo confirmase en su cargo, se proclamó independiente. Entretanto al-Rašīd, que había huído de Marrākuš, sitiada por los Jult, llegó a Siyilmāsa sin más protección que un grupo de mercenarios cristianos, y Arqam se decidió a resistir y luchar contra él, confiado en otro grupo de mercenarios, que también él había tomado a su servicio. Al segundo día del asedio, los sitiadores almohades tenían agotadas sus escasas provisiones y hubieran perecido de hambre, si la ciudad hubiese resistido, como quería Arqam². Pero entonces un inesperado golpe teatral vino a cambiar la situación, demostrando la irreparable postración de los almohades. Los mercenarios de Arqam se negaron a combatir contra sus correligionarios, abrieron sus puertas y se pronunciaron por la obediencia de al-Rašīd. Arqam, sorprendido por esta decisión, no tuvo más remedio que resignarse a pedir el "amān", que le fue concedido³. Los almohades se salvaron así, casi milagrosamente, de perecer de hambre en el desierto, y con ello la historia borra todas las huellas de estos hijos del famoso Ibn Mardaniš, que

1 Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, p. 153 de la tercera parte.

2 Cfr. mi *Historia política del imperio almohade*, t. II, p. 502-505.

3 Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, tercera parte, p. 314-15.

nacidos en Murcia, acaban por actuar en los lindes del desierto y dejan a la rama colateral de los hijos de Yūsuf b. Mardaniš, hermano del rey Lope, desempeñar la triste misión de rendir Valencia a las armas de don Jaime I el Conquistador.

4. VALENCIA Y MURCIA EN LA CAMPAÑA DE SANTAREM CON EL CALIFA ALMOHADE YŪSUF B. ʿABD AL-MUʿMIN

Abū-l-Haŷŷāy Yūsuf, gobernador de Valencia

Al desmoronarse el poder de Muḥammad Ibn Mardaniš, su hermano Abū-l-Haŷŷāy Yūsuf, gobernador de Valencia, mucho menos ambicioso y violento que su hermano mayor, se decidió, como hemos visto, a abandonar su causa y ofrecer su sumisión a los almohades. Había venido de su país natal con su hermano, el rey Lope, a cuya proclamación asistió en Murcia a fines de octubre del 1147. Inmediatamente fue nombrado gobernador de Valencia, donde residió pacíficamente, durante casi cuarenta años, hasta su muerte en 1186. Tuvo seis hijos, que como sus primos, los hijos del rey Lope, fueron muy bien recibidos por el califa Yūsuf y conservaron sus puestos de mando en Denia, Játiva y Alcira hasta que Zayyān, el nieto de este Yūsuf b. Mardaniš, se sublevó contra los almohades para adueñarse de Valencia y Murcia, y tras una azarosa serie de revueltas, destituciones y derrotas, de las que nos ocuparemos más adelante, acabar por rendir Valencia a las armas de don Jaime el Conquistador, y emigrar a Túnez donde figuró, al frente de muchos emigrados levantinos en la corte y el ejército del sultán ḥafṣī, Abū Zakariya. Alfonso II de Aragón no pudo emprender la guerra contra la zona de Valencia, mientras el rey Lope se mantuvo como vasallo y tributario de Aragón y Cataluña y pagó las parias convenidas, pero inmediatamente, en el mismo mes de mayo, en que recibió la noticia de su muerte, mandó juntar su gente de guerra y entró con un poderoso ejército por tierras valencianas, hasta llegar en una devastadora algarada a su capital, la ciudad más ri-

ca y populosa de la morisma, como anota Zurita, en cuyas inmediaciones acampó para talar y quemar su vega.

Tratos con Alfonso II de Aragón

Yūsuf b. Mardaniš, incapaz de oponerse a esta agresión, parlamentó con Alfonso II, y para evitar mayores males; le ofreció pagarle todos los gastos de la expedición y doblarle el tributo pagado hasta entonces, e incluso ayudarle contra los almohades, adueñados de Murcia. Alfonso II, que todavía no pensaba seriamente en poder apoderarse de Valencia, aceptó la propuesta y se dirigió contra Játiva, decidido a proseguir su algarada tan fácil y provechosa, pero al punto tuvo que volver grupas, pues Sancho el Fuerte de Navarra, quebrantando las treguas pactadas poco antes con Aragón, al ver a su rey tan metido en tierras infieles, entró en son de guerra por la frontera de su reino. Alfonso II licenció a sus soldados catalanes, y con los concejos de las ciudades aragonesas y la caballería que tenía en la frontera de Tudela, tomó el castillo de Arguedas y, reforzando las guarniciones limítrofes, se confederó con el rey de Castilla para repeler tales agresiones. Así coincidió con esta breve campaña de primavera la contraofensiva de los almohades contra Huete, de la que nos acabamos de ocupar. Los cuatro años que aún permaneció el califa Yūsuf en Sevilla hasta el 28 de febrero del 1176, fueron años de relativa paz para el Levante español, pues los almohades, después de sufrir las atrevidas incursiones de los portugueses mandados por Giraldo sem pavor y las del concejo de Avila y su conde Gimeno el Giboso, pactaron treguas con Portugal, León y Castilla.

Los preparativos contra Santarem

Al regresar el califa a Marruecos y declararse la peste, que duró desde mediados del año 1176 hasta enero del 77, Alfonso VIII, que tenía entonces veintidós años, emprendió, apoyado por Alfonso II de Aragón, el sitio de Cuenca, que, dada su posición inexpugnable, y a pesar de estar sus defensores agotados, desde antes de la campaña de Huete, duró nueve meses. El califa, enfermo aún de la peste, hizo que las tropas de la Península con los gobernadores de Córdoba y Sevilla emprendiesen unos ataques de diversión por la zona de Toledo para obligar a levantar el asedio, y aunque se dio a los sitiados un plazo para pedir socorro, Yūsuf b. Mardaniš y los valencianos y murcianos que estaban más cerca, no se decidieron a actuar para impedir el rendimiento y se limitaron a ir el año 1181 a Marrákuš con otras delegaciones de al-Andalus, para felicitar al califa, que regresaba de su campaña contra Gafsa, sublevada en Ifriqiya. Y así llegamos al año 1183 en que se organiza la gran expedición contra Santarem para poner coto a los repetidos y audaces ataques y conquistas de los portugueses y de su rey Alfonso I Enríquez.

El gran arabista holandés Dozy, a quien tanto debemos por sus numerosos trabajos para esclarecer y ordenar la historia de los musulmanes en la Península ibérica, estudió, entre otros episodios de esa historia la expedición del califa almohade Abū Yaʿqūb Yūsuf I contra Santarem¹. Al publicar los textos árabes y latinos, en gran parte inéditos, y comentarlos con su gran competencia, nos ofrece el cuadro de esa campaña, a la que pone fin la trágica muerte del califa; pero llevado de sus afanes literarios y de la pasión que siempre ponía en sus inves-

¹ Cfr. Dozy, *Recherches*, tercera edición, t. II, p. 442 del texto y CIX de los apéndices.

tigaciones, así como de la errónea interpretación de algunos textos y la ignorancia de otros, da proporciones desmesuradas al ataque almohade y nos lo presenta como un momento tan crítico para la supervivencia del joven reino portugués, que solo un milagro puede salvarlo, como salvó a Grecia, cuando Jerjes lanzó sobre ella su innumerable ejército, y a Austria en la guerra de Sucesión, o a Prusia en la de los siete años, atacada por las fuerzas coaligadas de toda Europa.

No hubo tal milagro, pues ni las fuerzas almohades pretendían realizar el plan que les atribuye Dozy, engañado por el *Cronicon Lusitano*, ni, como veremos, eran capaces de ello. Por no someter a una depurada crítica las fuentes de que dispone "aliquando bonus dormitat Homerus", y por aceptar sin reparo la mayoría de las exageraciones de cronistas, que desorbitan el tema, ha hecho necesaria la revisión de su trabajo para ampliarlo con nuevas fuentes y rectificar con todo respeto las premisas y conclusiones falsas o infundadas que lo deforman y desvalorizan. Como medida previa para organizar la campaña, el califa nombró a cuatro de sus hijos, el 9 de noviembre del 1183, gobernadores de las capitales de al-Andalus; confirmó en el gobierno de Sevilla a Abū Ishāq Ibrāhīm, al-Aḥual [el Bizco]; puso en el gobierno de Córdoba a Abū Yaḥya', a propuesta del célebre Averroes, el Mayor; a Abū Zayd al-Ḥardānī, en el de Granada; y a Abū 'Abd Allāh, en el de Murcia; en el de Valencia seguía Yūsuf b. Mardaniš. El *Cronicon Lusitano* confirma estos nombramientos, al decir que escribió a sus hijos que estaban al frente de las provincias de aquende el Estrecho y puntualiza sus nombres, aunque con perturbada transcripción, y hace a Abū 'Abd Allāh, rey de Murcia y Valencia, dándole así por su categoría de príncipe imperial, jurisdicción sobre Valencia donde seguía de gobernador Yūsuf b. Mardaniš. Les ordenó el califa a todos ellos que preparasen sus guarniciones provinciales para la campaña

ña y que el día en que él llegase a Sevilla, les señalaría el plazo en que podrían encontrarlo en dicha capital.

La muerte del califa Yūsuf

Los preparativos formidables y su fracaso completo con la muerte del califa han obligado a los cronistas árabes a disfrazar o velar el desastre y negar los éxitos de sus enemigos¹; no menos fantásticas y apasionadas fueron las fuentes cristianas que con Raul de Diceto dejan empequeñecidas con su audacia y fantasía las anomalías e invenciones de los autores musulmanes. El primer día hacen que el obispo de Oporto mate a 15.000 enemigos, y con sus cadáveres forma una muralla y cierra la brecha abierta por los asaltantes. Al día siguiente se presenta el arzobispo de Santiago con 20.000 hombres, y ya al amanecer mata a 30.000 musulmanes. El 24 de julio Yūsuf recibe la noticia de que el rey de León, Fernando II, había llegado para desafiarlo personalmente a singular combate. Se novela así sobre el hecho cierto de que el ejército leonés acudía en socorro de Santarem y se hace que el Príncipe de los Creyentes, como un caballero de la Europa feudal, acepte el desafío; pero cuando se dispone a entrar en el palenque, el fantaseador cronista nos priva de tan insólito espectáculo y hace que el califa se caiga tres veces seguidas de su caballo y muera, con lo cual todos sus soldados se dan a la fuga, abandonando un inmenso botín².

Según *al-Bayān al-Mugrib* el 27 ó 28 de junio, el ejército almohade con su Miramamolín a la cabeza, se presenta y despliega sus fuerzas ante

¹ Cfr. mi *Historia política del imperio almohade*, t. I, p. 293.

² Contra estas desaforadas fantasías véase *Cronicas dos sete primeiros reis de Portugal* (edic. SILVA TAROUCA, t. I, p. 99 y 132).

Santarem. Desde el viernes 29 al lunes 2 de julio los combates son muy duros, y los portugueses se defienden con gran valor, reaccionando en atrevidas salidas. En la noche de ese lunes al martes ordena súbitamente el califa levantar el campamento y trasladarlo a otro lugar¹; con esta frase vaga deja sin explicar el alcance y las causas del traslado, que se debió a la llegada de Fernando II para socorrer a los sitiados y a la depresión e indescripible desorden que esta noticia produjo. Soslayando el verdadero motivo y carácter de esta orden, recurrir a acumular episodios secundarios: el hijo del califa y gobernador de Sevilla, Abū Ishāq, encargado de transmitir las órdenes de su padre, se lastima el pie, al caerse del caballo y es llevado en una litera por el campamento. Un destacamento de levantinos, mandados por el gobernador de Murcia, sale a forrajear; los de Santarem lo derrotan y le arrebatan cincuenta acémilas. Llevaban cuatro días luchando enconadamente, cuando Fernando II, bajando de Ciudad Rodrigo, se adentró en Portugal, y el 2 de julio, el califa, noticioso del peligro que por ese lado le amenazaba y convencido de que la empresa de Santarem era más difícil de lo que se había imaginado, ordenó levantar el cerco y repasar el río, antes de enfrentarse con el temido leonés y con los defensores de Santarem, teniendo el río a la espalda. Este es el hecho escueto, que los cronistas árabes han ocultado o lo han envuelto en vaguedades, que hacían inexplicable lo sucedido.

Los grandes dignatarios de la corte y los jefes militares trataron de hacer una retirada ordenada y tomaron las oportunas disposiciones para evacuar el campo, transportar la impedimenta y escalonar el paso de las cabilas río el Tajo, pues había tiempo suficiente para ello; pero el pánico más espantoso se apoderó aquella noche del campamento y todos en

¹ Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, tercera parte, p. 135.

su afán de ser los primeros en cruzar el río, abandonaron al califa. Los sitiados, al amanecer, apercibidos de lo que ocurría, atacaron la zaga y la tienda roja de Yūsuf e hicieron "gran mortindade e desbarato neles, de muitos presos, mortos, feridos e grandes e ricos despojos tomados. E assim se foram los mouros destroçados, fugiendo quanto mas podíen. E foi alí mui ferido Almiramolin"¹. Parece ser que su hijo y sucesor, Yaḳqūb al-Manṣūr, que tantas muestras de arrojo había de dar durante su reinado, reunió tropas para cubrir la retirada y organizándola en el Monte de Abade, a unos dos kilómetros al sur de la ciudad, rechazó a los sitiados en su salida; su padre le envió continuos emisarios y no estuvo tranquilo hasta que lo vio junto a sí al otro lado del río. Al emprender la retirada hacia Sevilla, a través del territorio enemigo, se vengaron los almohades de su fracaso, pasando a sangre y fuego todo el Alemtejo, donde nadie podía oponerles resistencia, ya que las tropas leonesas y portuguesas se habían quedado del lado de Santarem. Yūsuf b. Mardaniš, como gobernador de Valencia, debió tomar parte en esta desgraciada campaña con sus hijos, que eran señores de Játiva y Denia, pero no debieron perecer en la contienda, pues los vemos seguir en sus puestos, después de la retirada y de la muerte de Yūsuf. En cambio debió sucumbir en ella el primogénito del rey Lope, Hilāl, a quien veíamos el invierno anterior prepararse para la expedición, estudiando el libreto de la guerra santa, que Yūsuf hacía copiar a sus capitanes y soldados para elevar, sin conseguirlo, su moral combativa. Debió caer al lado de su querido soberano, pues ya no se vuelve a tener noticias suyas, y al mismo tiempo consta que varios Mardanišies, que formaban parte del séquito personal de su pariente el califa, murieron a su lado, al ser sorprendidos por los portugueses en la mañana del 2 de julio del año 1184.

¹ Cfr. *Crónica de Alfonso Enriquez*, p. 99 y 132.

LAS CAMPAÑAS DE YA^CQŪB AL-MANŠŪR Y LA SUBLEVACION DEL GOBERNADOR DE MURCIA

La intervención de los mallorquines en Africa

Al morir trágicamente el califa Yūsuf b. ^CAbd al-Mu'min, le sucede su hijo, el enérgico y emprendedor Ya^Cqūb, llamado al-Manšūr [el Victorioso]. Sus primeras empresas lo retienen en Africa para repeler la agresión de los Banū Gāniya, señores almorávides de las Baleares, quienes, al tener noticia de la muerte y derrota de Yūsuf, desembarcaron en Bugía¹; aprovechando el desconcierto provocado por su audacia, y contando con la escasez de las fuerzas almohades destacadas en Ifrīqiya, avanzaron hasta Argel, que se les entregó sin resistencia; llegaron a Miliana, y se apoderaron de Āšīr y de la Qala^Ca de los Banū Hammād. Proclamaron la autoridad de los califas ^Cabbasíes, y se encaminaron a Constantina, la plaza más fuerte de Ifrīqiya². Ya^Cqūb al-Manšūr, que apenas llevaba cinco meses en el poder, hubo de tomar rápidas medidas para hacer frente a situación tan grave. Mandó inspeccionar y equipar con toda urgencia la escuadra de Ceuta y por su parte organizó en la capital un ejército para atacar a los mallorquines por tierra y por mar a la vez. Primero Bugía³ y luego Argel fueron fácilmente reconquistadas, el ejército de tierra se dirigió a Cons-

¹ Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, tercera parte, p. 146.

² Muchos de los datos que nos ofrece ALFRED BEL en su obra *Les Benou Ghaniya* necesitan ser corregidos y ampliados, por no conocer *al-Bayān al-mugrib*, ni las cartas oficiales de al-Manšūr y de al-Nāšīr.

³ Cfr. la carta oficial de al-Manšūr (n. XXIX), en la que expone a las autoridades de Sevilla la toma de Bugía, y los comentarios que le dedica LÉVI-PROVENÇAL en "Hesperis", año 1941, p. 57-8.

tantina, cuyo sitio levantaron rápidamente los mallorquines; prendieron fuego a las máquinas de asedio y, abandonando la impedimenta, se internaron por los oasis del sur del Aures para saquearlo todo hasta llegar al Yārīd.

Gran parte del año 1186 lo dedicó Ya^Cqūb al-Manšūr a preparar un nuevo ejército, que, pasando por Taza y Constantina, llegó al llano de al-Qayrawān. El califa quiso caer sobre sus enemigos, antes de que se preparasen y organizarasen mejor, pero en el consejo de guerra convocado para estudiar este plan, prevaleció la opinión de sus jeques y visires, y se decidió llegar a Túnez y dar allí algún descanso a las tropas. Después de alojarse y depositar la impedimenta, creyó al-Manšūr que una fuerte columna de caballería bastaría para derrotar a los mallorquines y a sus aliados los árabes del desierto. Dio el mando de los atacantes a su primo el sayyīd Abū Yūsuf que partió para Gafsa; y en sus inmediaciones, en el llano de ^CUmra' fue el encuentro el 24 de junio del año 1187.

Al irse a entablar la batalla campal, no hubo unanimidad de pareceres en el campo almohade y sus soldados desorganizados y divididos, se dejaron atacar por los Guzz y por las cabilas árabes que los envolvieron por las alas. Alarmado al-Manšūr por la intranquilidad que esta derrota provocó en el país, se dispuso a vengarla; salió con todo su ejército y pasando por al-Qayrawān, continuó su marcha durante varios días hasta avistar al enemigo cerca de al-Ḥamma, en el camino entre Gabes y Nafta. A la mañana siguiente mandó a todos armarse, y los exhortó a cumplir como buenos; los grandes personajes de su corte le ofrecieron sus vidas y le pidieron que no tomase parte en la batalla y se quedase en el campamento para ser como un baluarte en el que

¹ Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, tercera parte, p. 159, y mis comentarios en *Historia política del imperio almohade*, t. I, p. 333.

todos pudiesen refugiarse, si llegaba el caso, pero él rechazó con enojo tal consejo y, dando el mando de las cabilas a sus principales parientes, se puso al frente de sus soldados.

Los almohades, enardecidos con su gallardía, acometieron decididos y, tras una lucha sangrienta, obtuvieron la victoria¹, a la cual contribuyó mucho una hábil maniobra de la caballería almohade, que, al amanecer de ese día, atacó los campamentos en que los árabes habían dejado a sus familiares e impedimentos y se apoderó de sus riquezas. Esta decisiva victoria le permitió recobrar con rapidez todo el territorio sublevado, pero preocupado por las noticias que recibía sobre la actuación de sus parientes y sobre el estado de al-Andalus, emprendió el regreso a Marrākuš con más rapidez que de costumbre y al llegar a Tremecén, se cercioró de los inquietantes informes, que durante su ausencia había recibido sobre la lealtad de varios príncipes de su familia.

Los problemas palaciegos

El no haber sido reconocido como heredero del trono por su padre y no tener por lo tanto derecho legal al califato, así como los defectos que se le atribuyen en su juventud, incompatibles con esa dignidad, y sobre todo las ambiciones de sus tíos y de su hermano, que se desataron al conocerse la derrota en ^UUmra y tener por seguro el fracaso de la campaña de Ifríqiya, dieron lugar a varios intentos de sublevación, que al-Manşūr se apresuró a cortar con todo rigor, sin respetar los lazos de la sangre².

¹ Cfr. la carta oficial (n. XXX), en la que el califa al-Manşūr expone a los jeques y a los habitantes de Marrākuš la victoria de al-Ḥamma y la reconquista de Gabes.

² Cfr. los dos capítulos que *al-Bayān al-mugrib* dedica a estos castigos en las pp. 170 y 171 de su tercera parte.

Pero no se trató aún de rebeliones populares, surgidas del descontento de los musulmanes peninsulares ante el dominio totalitario del poder almohade, sino de intrigas palaciegas, promovidas por miembros de la familia califal.

La rebelión del gobernador de Murcia

La más importante, y que tuvo lugar en Levante fue la de Abū Ḥafṣ ^UUmar al-Rašid, hermano de al-Manşūr y gobernador de Murcia¹. Este, según nos informa *al-Bayān al-Mugrib*, a raíz de la derrota de ^UUmra, ocultaba sus fraudes y pasaba las noches y los días con propósitos sediciosos. Los que llegaban de al-Andalus a Marrākuš contaban de sus tratos con Alfonso VIII y de su alianza con él, mediante comunicaciones y correspondencia para ayudarse mutuamente en la hipocresía y en la oposición a al-Manşūr. Había oprimido a la gente de Levante con diversas injusticias, buscando pretextos para apoderarse del dinero de los comerciantes y dañar a los vecinos. Hizo azotar al almojarife de Murcia hasta que sucumbió en el tormento, y mató a traición a su recaudador de contribuciones. Menudearon las denuncias de los levantinos ante la corte de Marrākuš, y se confirmó por otra parte que Abū-l-Rabī^C, señor de Tādla y tío paterno de al-Manşūr, persuadido también de que el califa fracasaría en su campaña de Ifríqiya, y enterado de su primera derrota, trató de sublevarse y entabló gestiones con las cabilas de su zona para que le secundasen en su rebelión. Al regresar al-Manşūr a Marrākuš, y una vez comprobada la culpabilidad de sus parientes, los hizo matar en la alcazaba de Rabat². Asegurada con tan

¹ Quien, al enterarse de esa derrota, firmó una alianza con Alfonso VIII.

² Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, tercera parte, p. 173.

violentas medidas la estabilidad de su poder, dedicó al-Manşūr el invierno del 1188-9 a organizar su próxima expedición a al-Andalus, y expidió comunicaciones a todos sus gobernadores para que fabricasen e hiciesen acopio de máquinas de guerra, pertrechos y víveres. Difíciles en extremo de resolver eran los problemas que la lucha en dos frentes le creaba, pues los castellanos y los portugueses, aprovechando la ausencia del califa en Ifríqiya y el agotamiento de sus fuerzas y recursos en esa larga campaña, renovaron sus avances y devastaciones, mientras él regresaba a Marrākuş y cortaba los manejos e intrigas de sus parientes.

La expedición contra Portugal

Esta expedición se emprendió en las condiciones mas favorables para los almohades, pues, además de contar con una enorme superioridad numérica y de ir mandados por un califa tan activo organizador, como valiente capitán, las treguas pactadas con Castilla dejaron las manos libres a al-Manşūr para atacar. Tomaron a Torres-Novas¹, pero fracasaron ante Tomar y ante Silves, y tuvieron que emprender una prematura retirada, pues, como ocurría tantas veces en las campañas estivales, la disentería y las fiebres hicieron estragos en el campamento almohade, y el mismo califa cayó enfermo.

Durante los diez años en que Ya^cqūb al-Manşūr se dedicó a la guerra santa en al-Andalus, obligó a los portugueses a ceder posiciones en el Algarbe, al mismo tiempo que, al derrotar a Alfonso VIII en Alarcos y asolar su territorio, lo forzó a firmar treguas por diez años; y como los leoneses seguían

siendo sus aliados, el horizonte se presentaba tranquilo para los almohades en las fronteras cristianas, y el Levante español conoció años de paz, pues el rey de Aragón, Pedro II, ocupado en sus discordias y reconciliaciones con los demás reyes cristianos y con sus señores feudales, no tuvo tiempo ni ocasión para ensanchar sus dominios por la frontera de Valencia.

¹ Cfr. la carta oficial de al-Manşūr (n. XXXIV), en que da cuenta de esta campaña, y los comentarios que le dedica LÉVI-PROVENÇAL en "Hesperis", año 1941, fasc. único, p. 64-65.

6. EL CALIFA AL-NĀSIR Y LA RECONQUISTA ALMOHADE DE LAS BALEARES DESDE DENIA

La lucha con los últimos almorávides españoles

Al subir al trono el adolescente al-Nāsir¹, toda Ifríqiya, con la sola excepción de las ciudades de Túnez y Constantina, obedecía a los almorávides de Mallorca. Sus tutores enviaron desde Marrākuš tres ejércitos sucesivos para restablecer su autoridad, pero los tres fueron ignominiosamente derrotados y ante la creciente gravedad de la ofensiva de los mallorquines, decidieron elaborar un plan de gran envergadura para acabar de una vez con aquel enemigo, al que nunca se conseguía abatir. Consistía en apoderarse primero de las Baleares, y privar así a los mallorquines de su base de operaciones, y luego, con todas las fuerzas de mar y tierra reunidas, dirigirse a Ifríqiya y dar el golpe de gracia a Yahya' ibn Gāniya y a sus secuaces, los árabes nómadas. Es un hecho no tenido en cuenta hasta ahora que los Banū Gāniya, desde que se enfrentaron abiertamente con los almohades, cambiaron de política en sus relaciones internacionales. Hasta la muerte de Ishāq b. Gāniya, se habían dedicado a la piratería, y mientras atacaban las costas catalanas, las del sur de Francia y probablemente también los territorios levantinos de Ibn Mardaniš en la Península, mantenían buenas relaciones comerciales con las repúblicas italianas de Pisa y Génova. Aliados, luego, con el rey de Aragón [al-Barfālūnī], que les proporcionaba soldados, hicieron fracasar repetidas veces los intentos de la escuadra de al-Manṣūr, que sólo lo-

1 Para la vida y los hechos de este cuarto califa almohade, véase mi *Historia política*, t. II, p. 391 y siguientes.

gra en 1187 apoderarse de Ibiza. No tenemos documentos de cancillería que acrediten las relaciones existentes entre catalano-aragoneses y mallorquines, después de la muerte de al-Manṣūr, pero que existieron y muy estrechas, nos lo demuestra la carta oficial de al-Nāsir¹, a raíz de la toma de Palma, en la que dice que esa toma fue más dolorosa para el rey de Aragón y Barcelona que un flechazo, más temible que el golpe de la espada y más aflictiva que la muerte, y recalca que fue una victoria sobre la cristiandad y un triunfo sobre los reinos de las costas mediterráneas.

La reconquista almohade de Menorca

En el verano del 1202 es reconquistada Menorca por la escuadra almohade de Ceuta, mandada por el sayyid Idrīs b. Yūsuf, tío del califa al-Nāsir, y, finalmente en la primavera del 1203 se emprende la gran expedición, en la que el mismo sayyid Idrīs b. Yūsuf manda la escuadra y el jeque ḥafṣī 'Uṭmān b. Abi Ḥafṣ, las fuerzas de desembarco. Los dos jefes hicieron la concentración en Denia, donde pasaron revista a mil doscientos jinetes, setecientos arqueros y quince mil infantes, sin contar además la dotación corsaria, que habitualmente llevaban las galeras. La escuadra se componía de trescientas unidades, de las cuales setenta eran corbetas [gurāb] treinta naves de caza [taridas], cincuenta navíos grandes [markab], y el resto carabos [qawārib] de diversas clases. Era incontable el número de las armas, almajeneques, escalas, palas, picos, hachas, sacos, cuerdas y cables, lo mismo que las cotas de mallas, espadas, lanzas, cascos, escudos y adargas así como arcos, cajas de flechas y grandes cantidades de víveres. Merece la pena dar con

1 Cfr. *Trente-sept lettres officielles*, n. 36.

toda minuciosidad los datos de la composición y aprestos de esta empresa, ya que los historiadores modernos no los conocían, hasta que se han podido utilizar los relatos pormenorizados de la carta oficial del califa al-Nāṣir y el artículo sobre Mallorca del *Rawḍ al-qirtās*¹.

La ocupación de Mallorca

El viernes 2 de septiembre del 1203 salió la escuadra de Denia, y sus tripulantes pudieron hacer la oración ritual del atardecer en Ibiza; al día siguiente, sábado, se dieron a la vela para Palma de Mallorca. Después de haber desembarcado las fuerzas asaltantes, y mientras la escuadra evolucionaba dentro del puerto, salió el gobernador Abū ʿAbd Allāh b. Gāniya con la guarnición al encuentro de los invasores y se trabó un encarnizado combate, en el que los mallorquines fueron arrollados y su emir muerto². Los habitantes cerraron las puertas de la ciudad, pero, a los siete días de haber desembarcado, los almohades asaltaron y saquearon a Palma, respetando la alcazaba, que quedó intacta. El sayyid Idrīs y el jeque Abū Saʿīd entraron en la ciudad, precedidos por el soldado guzz [turco] que llevaba en la punta de una lanza la cabeza que había cortado a ʿAbd Allāh b. Gāniya; hicieron cesar el saqueo por medio de heraldos, y concedieron el "amān" a los ciudadanos, que se habían encerrado en sus casas. Los dos caudillos vencedores escri-

¹ Cfr. mi *Historia política del imperio almohade* t. II, p. 395.

² Cfr. *al-Muʿǧib*, p. 231, cuyo autor supone que el emir salió ebrio, que, al tropezar con el caballo, fue herido y muerto.

bieron a al-Nāṣir, dándole cuenta del éxito de la expedición, y le enviaron la cabeza de ʿAbd Allāh con las banderas almorávides cogidas¹. Luego llegaron ellos mismos a la capital con todas las riquezas y los numerosos prisioneros hechos, que entraron sobre camellos, como cautivos, y estuvieron encarcelados hasta que se les perdonó y sus jefes los encuadraron en el ejército regular.

Los Banū Gāniya

Se ha pintado con rasgos despectivos la facilidad con que los rudos almorávides del desierto se corrompieron y desmoralizaron al pasar de la vida austera del Sahara a las delicias y placeres del cuerpo y del espíritu en el civilizado al-Andalus, pero los Banū Gāniya, que prolongaron su contacto con esa civilización andaluza, y que en las paradisíacas Baleares gozaron de los favores de la fortuna, demostraron un temple y una fidelidad a su causa, dignos de la mayor admiración y respeto. Después de haberse acreditado, como temibles corsarios, en todo el Mediterráneo occidental, aprovecharon la primera coyuntura favorable, al morir Yūsuf I en Santarem, para declarar una guerra a muerte al gran imperio almohade. ʿAlī b. Gāniya, en Ifríqiya, y su hermano ʿAbd Allāh, en Menorca, cayeron gloriosamente en el campo de batalla; y su hermano y sucesor, Yaḥyaʾ, demostró un valor sobrehumano y una energía indomable al sobreponerse a las más duras derrotas; y, con unos aliados tan inseguros, como los árabes nómadas, mantener la lucha durante casi cincuenta años. La rapiña insaciable y la ciega crueldad con

¹ El testimonio explícito de *al-Bayān al-muǧrib* y la carta oficial de al-Nāṣir, así como el relato tan circunstanciado del *Rawḍ al-miʿtār*, no dejan lugar a dudas sobre la afirmación de que el califa dirigió personalmente la campaña de Mallorca.

que arrasaron y desolaron campos y ciudades en Ifríqiya, no los hace acreedores a nuestra simpatía, pero, a pesar de ello, no podemos desconocer y dejar de admirar su temple de alma y su completa consagración a la causa que defendían.

Un contrataque almohade a las costas catalanas

*Al-Bayān al-Mugrib*¹ nos da cuenta de los numerosos nombramientos, destituciones y traslados, que dictó al-Nāṣir con ocasión de la conquista de Mallorca; y al mismo tiempo nos ofrece la noticia inédita de que el sayyid Idrīs, almirante de las escuadras de ambos lados del estrecho, que tan felizmente acababa de llevar a cabo la conquista de la isla, organizó en el verano del 1210 una gran expedición contra las costas catalanas, que nuestro informador califica como la más brillante y de mejores resultados llevada a cabo por los marinos almohades² y que mayor estrago causó entre los infieles. Este ataque veraniego fue solamente una operación de represalias contra la incursión que en la primavera había emprendido Pedro II de Aragón contra la frontera valenciana. Después de haber firmado las paces con Navarra en Mallén, el año anterior, y de haber recibido un préstamo de Sancho el Fuerte, por veinte mil marcos, reunió a fines de marzo del año 1210 en Monzón a sus tropas y entró en son de guerra por tierras de Valencia. Se conquistaron los tres importantes castillos de Ademuz, Castelfabid y Sertella, y se continuó el ataque con gran furia por aquel terreno tan abrupto, hasta que fue herido el maestro del Temple, don Pedro de Montagudo.

¹ Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, tercera parte, p. 225-230.

² Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, tercera parte, p. 241.

Ataques fronterizos

Coincidiendo con esta incursión de Pedro II de Aragón, pobló Alfonso VIII Moya, al oeste de Cuenca, y el Miramamolín le envió embajadores que protestasen contra la violación de las treguas, que aún no habían expirado, pero el castellano los desoyó y por ambas partes se preparó la guerra. En este ambiente belicoso, el infante don Fernando, heredero del trono de Castilla, significó al papa Inocencio III¹ sus deseos de consagrar las primicias de sus armas a la guerra santa contra los infieles, y recabó el auxilio de la sede apostólica, temeroso de que el rey de León aprovecharse la ausencia de las fuerzas castellanas para caer sobre las fortalezas de la frontera. Cuando la bula papal llegó a España, el ejército almohade, que había de ser derrotado en las Navas de Tolosa, cruzaba el Estrecho de Gibraltar y, coincidiendo con su llegada a la Península, el rey de Castilla y su hijo, el malogrado infante Fernando, con las gentes de Madrid, Guadalajara, Huetey Uclés fueron hacia Levante, a Játiva; y llegaron al mar, en el mes de mayo "e tornaronse ende", según nos informan los *Anales Toledanos*². Mientras el rey hacía esta algarada, Alfonso Téllez y Rodrigo Rodríguez con gente de Toledo, sitiaron la torre de Guadalferza y, aplicándole máquinas de sitio, la tomaron al asalto. El Miramamolín, que así se veía provocado, se detuvo un mes en Sevilla, y a fines de junio salió a campaña y fue contra Salvatierra³, castillo enclavado entre la perdida Calatrava la Vieja y las avanzadas cumbres de Sierra Morena, al sur de Oreto, y casi a la mitad del camino que hay entre el Guadiana y el Guadalquivir, yendo de Andújar a Ca-

¹ Sobre las diversas bulas expedidas por Inocencio III con esta ocasión, véase GOROSTERRATZU, *Don Rodrigo Jiménez de Rada*, p. 68.

² Véase p. 352 de mi reedición.

³ Cfr. la carta de al-Nāṣir (p. 236 del texto).

latrava. Tras dos meses de riguroso asedio, el castillo se rindió en los primeros días de septiembre del 1211, y en el mes siguiente murió en la flor de la edad el infante Fernando [14 de octubre], llevando la desolación al ánimo de sus padres y de todo el pueblo castellano. Alfonso VIII no encontró mejor lenitivo a su pena que la guerra contra los infieles, y, apenas sepultado el infante en las Huelgas de Burgos, salió con sus ricoshombres y con los concejos de Madrid, Guadalajara, Huete, Cuenca y Uclés, y, siguiendo la ribera del Júcar, ganó Alcalá, Jorquera, Gradién y Cuevas, hizo grandes presas y libertó muchos cautivos. El rigor del invierno le obligó a tomar la vuelta de Toledo, donde se afanó en preparar la magna expedición del año siguiente.

7. LA BATALLA DE LAS NAVAS DE TOLOSA¹

Los preparativos

Este glorioso episodio de la Reconquista, elevado al rango de Cruzada, en el que toman parte contingentes transpirenaicos, al lado de los reyes de Castilla, Aragón y Navarra, merece, por su importancia y por sus consecuencias para todo el ámbito de la Península, ser descrito y comentado, aunque su localización y sus protagonistas sólo tengan una relación difusa con la historia particular del Levante musulmán.

Diecisiete meses largos invirtieron los almohades en prepararse para este encuentro campal y recorrer el largo camino que los había de llevar desde la lejana Marrākuś, al pie del Gran Atlas, hasta el desfiladero de Muradal en las fraguras de Sierra Morena. Por su parte en Castilla todo el mundo se ocupaba febrilmente en reparar los muros y prepararse para nuevos asedios, como el de Salvatierra, pero, cuando los almohades se retiraron en el otoño del 1211 a Sevilla, ordenó Alfonso VIII interrumpir los trabajos defensivos para disponer y acumular las armas con las que iba a aceptar la lucha en campo abierto, al año siguiente². Hasta el miércoles [20 de junio] no salió el ejército cristiano de Toledo. Se dividió la hueste en tres cuerpos: el primero de extranjeros, que, impacientes por venir a las manos

¹ Véase mi estudio sobre *La campaña de las Navas de Tolosa*, publicado en los "Anales del Instituto General y Técnico de Valencia", año 1916.

² Para más pormenores de esta campaña, tanto del lado musulmán como del cristiano, véase mi citado estudio de *La campaña de las Navas de Tolosa*, *Las grandes batallas de la Reconquista*, p. 242 y siguientes.

con la morisma, pidieron para sí la vanguardia, y salieron guiados por don Diego López de Haro. Seguales a corto trecho el rey de Aragón con sugente, y formaba la retaguardia Alfonso VIII con los castellanos. Tomada Malagón el 24, ya el 26 se enturbió la alegría por la falta de víveres. La entrega de Calatrava por capitulación el uno de julio, hizo que los ultramontanos, al no permitírseles degollar a los rendidos, abandonasen el campo, intentasen tomar a traición a Toledo y se volviesen a su país.

El paso de Sierra Morena

Grave fue la preocupación que produjo en el campo cristiano esta retirada, pero al día siguiente se reanudó la marcha. El jueves 5, y el viernes 6, se rindieron Alarcos, Piedrabuena, Benavente y Caracuel. Sancho el Fuerte se presentó a última hora con doscientos caballeros, olvidando las expoliaciones de Alfonso VIII y los atropellos de los reyes de Castilla, que habían sufrido no sólo su padre y su abuelo, sino todos los reyes sus progenitores, desde la muerte de don Sancho el de Peñalén. Pasando por Salvatierra, que aún seguía en poder de los almohades, ganaron el día 11 la cumbre de Sierra Morena las vanguardias; y el día 13 los tres reyes con todas sus fuerzas plantaron su campo en la árida explanada de Muradal. Ganada por los adalides de don Diego López de Haro la cumbre de la Sierra y el castillo de Ferral, hizo al-Nāṣir ocupar con mayor cuidado el desfiladero de la Losa, "tan áspero y difícil", escribe el rey Alfonso, "que mil hombres podrían defenderlo contra cuantos pueblan la tierra"¹. Grande era el peligro que amenazaba al ejército cristiano: seguir en Muradal era exponerse a todas las lacerías; meterse por los barrancos de

¹ Cfr. p. 168 de mi estudio sobre *La campaña*.

la Losa equivalía a dejarse degollar a mansalva; los almohades contaban en todo caso con la victoria.

Celebraron los tres reyes consejo de guerra con sus capitanes; y algunos propusieron como única solución razonable, bajar de nuevo al pie de la Sierra y elegir otro paso más accesible y desguarnecido, a dos o tres jornadas de distancia; pero se trataba de un ejército alledadizo, que tenía reciente el ejemplo de los ultramontanos; y esta razón gravísima, unida al desdoro que para su persona veía el rey de Castilla en aquella retirada, fueron bastante motivo para decidir que se arremetiese el barranco de la Losa con ánimo de morir en la demanda, antes que retroceder un paso. Aceptóse esta desesperada resolución el viernes, y es muy probable que el sábado [14 de julio] se hubiese repetido en mayores proporciones el desastre de Alarcos, si aquel mismo día, al atardecer, no se hubiese presentado un hombre dedicado al pastoreo y la caza en aquellas montañas, quien indicó a Alfonso VIII el camino, por donde podían las tropas salir a una explanada de la vertiente meridional de la Sierra¹. El rey no creyó despreciable el aviso, y, para verificarlo, mandó al de Haro y a García Romeo, capitán aragonés, que fuesen inmediatamente a explorar el paso prometido por el pastor. Hallaron ser verdad lo dicho y, tomando la explanada, llamada hoy Mesa del rey, plantaron en ella sus tiendas, se defendieron fácilmente contra un cuerpo de caballería almohade, que quiso desalojarlos y, enviando aviso de la operación al campamento, mantuvieron la posición aquella noche. En la madrugada del sábado, el ejército cristiano abandonó Castro Ferral² y, avanzando al Oeste de Muradal, cruzó el Puerto del Rey; y, por el Salto del

¹ Cfr. *Primera Crónica General*, p. 698.

² Llamado en árabe *ḥisn al 'iqāb*, el castillo de la cuesta, o sea de las Navas.

Fraile, desembocó en la espaciosa llanura de la Mesa del Rey.

La batalla

Los almohades presentaron batalla el sábado y el domingo, pero los cristianos no la aceptaron hasta el lunes, limitándose, entretanto, a observar sus movimientos y a trabar ligeras escaramuzas con la caballería enemiga. En la Mesa del Rey, con los albores del día 16 de julio del 1212, fueron formándose, bajo el mando de los tres reyes, tres cuerpos de ejército; en el centro dispuso Alfonso VIII las tropas, cuya dirección se había reservado y a sus lados se desplegaron las alas; la derecha a las órdenes de Sancho el Fuerte de Navarra; y la izquierda regida por el rey de Aragón. Tomó la ofensiva la vanguardia cristiana, que arrolló a las avanzadas enemigas hasta llegar a chocar con el cuerpo almohade. "Los nuestros, dice la *Primera Crónica General*¹, que subien por logares assaz desaguisados para combatir" son recibidos a pie firme; los almohades contraatacan con vigor, y la primera línea cristiana comienza a turbarse y ceder. Entre las gentes de los concejos se inicia ya la fuga, pero los nobles resisten con heroísmo; algunos caballeros de las segundas haces de Aragón y de Castilla acuden a los puestos de mayor peligro, y con ese refuerzo se reanuda el combate; pero los almohades luchan con tanto valor y la posición de los cristianos es tan desventajosa que cejan otra vez, y a duras penas sostienen el choque violentísimo del enemigo. Las alas encuentran la misma resistencia que el centro; el número y la decisión de los almohades es tan grande y hacen tanto daño en las filas cristianas, que también en las

1 Cfr. *Primera Crónica General*, p. 701.

alas "unos de los nuestros comenzaron a covardar et tornando las espaldas semeiava que fuien ya"¹.

El rey de Castilla, al ver la vanguardia y la segunda línea tan gravemente comprometidas y casi desbaratadas, se decidió a intentar un supremo esfuerzo, y con apuesto contingente llegó hasta las primeras filas. Toda la vanguardia se movió como un solo hombre en torno al rey, que, resuelto a morir, se metió con su estandarte real en lo más recio de la pelea. Al mismo tiempo que Alfonso VIII echaba mano de sus últimas fuerzas para decidir el combate, los reyes de Navarra y Aragón, cada uno con su acompañamiento, entraban personalmente en acción e iniciaban la rota de los almohades por las alas. Quedaba sólo el palenque del Miramamolín por ganar, y sobre él vino a estrellarse en forma de media luna el ejército cristiano. Al-Nāṣir, que hasta entonces parecía que había permanecido impávido, recitando versículos alcoránicos, montó a caballo, cediendo a las recomendaciones de sus cortesanos, y huyó con tal precipitación hacia Baeza que, deteniéndose allí solamente para cambiar de montura, llegó aquella misma noche a Jaén². Las fuertes estacas del palenque enlazadas con gruesas cadenas ofrecían un obstáculo harto grave a las espadas, lanzas y saetas de los cristianos, pero fueron asaltadas, sin que sepamos a ciencia cierta cómo ni por quién; y en pos de los fugitivos llegaron los vencedores al campamento musulmán, situado en la explanada y colinas contiguas a Santa Elena. Las gentes de los concejos y en general todos los peones se dieron a robar joyas, vestidos y vasos de gran valor, esparcidos por doquier, pero los nobles y los caballeros de las órdenes militares, obedeciendo al precepto del Arzobispo de Toledo, que había excomulgado a cuantos

1 Cfr. mi estudio, ya citado, p. 54; la *Primera Crónica General*, p. 701.

2 Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, p. 241, y la carta en la que excusa su derrota.

"se metiesen a tomar ninguna cosa de todo el campo, fasta que la batalla fueselibrada", desdeñaron por el momento los despojos y persiguieron con tal saña a los fugitivos, que, a pesar del cansancio, llegaron casi a Vilches, distante tres leguas de Santa Elena, y dejaron en aquellos campos más muertos que los hechos en el campo de batalla.

Valoración de la victoria

Parecía natural que Alfonso VIII, después de tan señalado triunfo, se hubiese apoderado por lo menos de todo el reino de Jaén; y no hay duda de que lo hubiese conseguido fácilmente, aunque luego no pudiese conservar sus conquistas, pero los grandes calores del estío, las penalidades y privaciones del camino, la falta de higiene y los excesos a que se entregó la soldadesca vencedora, harta de botín, provocaron una rabiosa peste que hizo imposible la continuación de la campaña¹. Alfonso VIII, en agradecimiento al rey de Navarra por su colaboración, le devolvió algunos castillos que le había arrebatado e hizo las paces con el rey de León, que también había aprovechado la ocasión de la campaña de Las Navas para recuperar, de acuerdo con don Pedro Fernández, varias plazas fronterizas. Por tan digna manera terminó la célebre campaña de las Navas de Tolosa. Nuestros historiadores² señalan el 16 de julio del 1212 como la fecha de una nueva fase en la era de la Reconquista. La toma de Toledo, dicen, falla en favor de la Cruz el pleito entre los cristianos del Norte y los musulmanes andaluces; recurren estos en desesperada instancia a sus correligionarios de

¹ Cfr. *Crónica latina de los reyes de Castilla*, p. 52. "La epidemia se extendió por las villas y las ciudades de Castilla, y ese otoño murió gran parte de los nobles y señores."

² Siguiendo a MENÉNDEZ PIDAL, en *La España del Cid*.

allende el Estrecho, y la invasión almorávid primero y la almohade, después, comprometen, al parecer, la existencia de la cristiandad española; pero la jornada de las Navas de Tolosa desvanece la última esperanza que el Islam abriga de consolidarse en la Península con el apoyo de los grandes imperios africanos. Los benimerines apenas intentarán poner en duda la pérdida decisiva de al-Andalus. Estas conclusiones tienen más de simbólicas que de verdaderas y exageran en demasía la trascendencia de la jornada. El imperio almohade nunca hubiera podido hacer, dadas sus características, más que retardar algo la Reconquista española; ya que Ya^cqūb al-Manṣūr, con la brillante victoria de Alarcos y sus tenaces incursiones en tierras de Toledo, no logró rescatar sino media docena de castillos fronteros evacuados. Aunque al-Nāṣir hubiera vencido en las Navas de Tolosa, la ola africana se habría estrellado contra los alcáceres de Castilla, y a lo sumo hubiera rebasado el Tajo para tener que retirarse en seguida: pensar que una nueva victoria de los almohades podía entrañar un peligro hasta para la cristiandad ultra-pirenaica es confundir a los freires y los concejos del siglo XIII con los godos de don Rodrigo¹. Pero el epílogo de las Navas no fue tan brillante, ni tuvo consecuencias de efecto inmediato. La huida de al-Nāṣir y las hecatombes de las Navas y de Ubeda no impidieron la reacción rápida de los musulmanes españoles. Cuando vieron que las fuerzas coaligadas contra ellos se desmovilizaron, que las epidemias y el hambre se cebaban, sobre todo en Castilla y la inutilizaban para una acción de altos vuelos, los gobernadores de Jaén, Córdoba y Granada reunieron sus tropas, y a poco de haberse retirado los cruzados, atacaron, aunque sin éxito, las recientes conquistas de Baños de la Encina y Castro Ferral, y durante veintidós días del mes de septiembre sitia-

¹ Cfr. *Historia política del imperio almohade*, t. II, p. 429.

ron a Vilches, viéndose obligados a retirarse a la llegada de los concejos de Toledo, Madrid y Huete con los hermanos Gonzalo y Martín Núñez, enviados por el rey. Todavía ese mismo año hicieron otra algarada contra al-Azarch y las Cuevas de Alcalá, que Alfonso VIII fue a recobrar antes de acabar el invierno, en febrero del 1213¹.

¹ Cfr. *Anales toledanos*, t. I, p. 352 de mi reedición en "Crónicas latinas de la Reconquista".

8. LA DECADENCIA DEL IMPERIO ALMOHADE Y LA SUBLEVACION DEL SAYYID AL-ĠĀDIL EN LEVANTE

Una nueva minoría de edad en el califato

Con la temprana muerte de al-Nāṣir, el Miramamolín derrotado en las Navas de Tolosa, y la proclamación de su hijo Yūsuf II, que empieza a reinar a los diez o a los quince años de edad y muere a los veinte o veinticinco, sigue en la historia almohade entronizándose un califa niño o adolescente que, aún menos que su padre, puede empuñar las riendas del gobierno, y que da lugar a la intervención dominante de los grandes jeques, con sus ciegas ambiciones personales, sus intrigas y sus rivalidades¹. Las guerras civiles se harán endémicas, los califas serán depuestos o asesinados fría e impunemente; al-Andalus se independizará para quedar pronto a merced de la Reconquista; Ifríqiya se desligará de Marrākuṣ, y los benimerines, a raíz de la catástrofe de las Navas y de la epidemia y hambres que le siguen, empezarán a preparar en el norte de Marruecos la rápida descomposición del imperio.

Ataques cristianos. El visir Ibn Yuṣṣaf desterrado en Chinchilla

Mientras los obcecados políticos de Marrākuṣ se entretenían en el peligroso juego de nombrar y destituir gobernadores, al compás de sus pasiones, el

¹ La *Crónica latina de los reyes de Castilla* (edic. CABANES, p. 83), escrita por un contemporáneo de los sucesos, dice que al morir Yūsuf II, el hijo de al-Nāṣir, fue tanta la discordia surgida entre los poderosos de aquella tierra, que no ha podido ser apaciguada.

rey de León Alfonso IX firmó paces con Castilla, y como no tenía treguas con los almohades en vigor, se decidió a organizar una pequeña cruzada con las órdenes militares, voluntarios de Castilla y gentes de Gascuña¹. Las paces con Castilla se habían firmado el 26 de agosto del 1213, y la campaña no pudo emprenderse hasta mediados de noviembre; el objetivo volvió a ser Cáceres, con el mismo resultado adverso que en 1214. "Lidiaronla e non la prisieron que facía tan grandes aguas que non pudieron durar. Esto fue mediado noviembre, et duró hasta cerca de Nabad e tornáronse ende"². Las paces que Alfonso VIII había firmado con los almohades en 1214 debieron ser sólo por cinco años, pues el arzobispo de Toledo, don Rodrigo Jiménez de Rada, organizó a su vez otra cruzada, y el 11 de septiembre del 1219 entró por la parte de Aragón y tomó los castillos de Sierra, Sierrerueta y Mira; llegó el 30 de ese mes a Requena, "e lidiaronla con almajaneques et con delibra e derribaron torres e azitaras e antemurales e no la pudieron prender e murieron más de dos mil cristianos, e tornáronse ende día de San Martín"³ [21 de noviembre del 1219]. Estos dos ataques de castellanos y leoneses no provocaron ninguna reacción ofensiva de los gobernadores almohades, que siguieron entregados a su baja política de personalismos y rivalidades. El visir Abū Zayd °Abd al-Rahmān b. Mūsā b. Yuḡyān, a quien tanto había estimado Ya°qūb al-Manṣūr, mantuvo su elevado puesto, durante el reinado de al-Nāṣir y dirigió expediciones militares, siendo nombrado gobernador de Tremecén; pero debió enemistarse gravemente con el omnipotente visir Abū Sa°id °Uṭmān b. Ḡāmi°⁴, quien

1 Cfr. JULIO GONZÁLEZ, *Alfonso IX de León*, t. I, p. 190.

2 Cfr. *Anales Toledanos Primeros*, p. 353, t. I de mi reedición.

3 Cfr. *Anales Toledanos Primeros*, t. I, p. 353 de mi reedición.

4 La biografía de esta conocida familia de visires, en mi *Historia política del imperio almohade*, t. II, p. 448, nota 1.

no solo lo destituyó de ese gobierno, sino que además lo hizo encarcelar en el mismo Tremecén. En 1220 seguía aún allí, esperando su libertad y maldiciendo a Ibn Ḡāmi°^c, a instancias del cual fue trasladado al castillo de Chinchilla, en la provincia de Albacete.

°Abd Allāh, gobernador de Murcia, incitado a proclamarse califa

Al ser proclamado califa °Abd al-Wāhid al-Majlū°^c, mandó poner en libertad a Ibn Yuḡyān, pero Ibn Ḡāmi°^c le hizo anular la orden y encargó a su hermano el almirante de Ceuta Abū Ishāq b. Ḡāmi°^c que lo deportase a Mallorca, según habían dispuesto los consejeros de Yūsuf II, antes de su muerte. Ibn Yuḡyān, al enterarse de esta medida, pudo huir de Chinchilla y se refugió en Murcia, dispuesto a vengarse cumplidamente. Era gobernador de esta ciudad Abū Muḡammad °Abd Allāh, hijo de al-Manṣūr, desde 1219; y cuando el mandato de detención de Ibn Yuḡyān llegó a Murcia, para trasladarlo a Mallorca, pidió éste audiencia al Sayyid, para exponerle la injusticia que suponía excluir del trono a los hijos de al-Manṣūr; le afirmó haber oído a su padre aconsejar a los jeques almohades que, si al-Nāṣir no les convenía como califa, debían proclamar a este °Abd Allāh. Al mismo tiempo aprovechó la ocasión para desfogarse contra los Banū Ḡāmi°^c, que habían acaparado el visirato como un cargo hereditario, y que alejaban de la corte a todos los que [como él] merecían ser visires o consejeros del reino. Le demostró que estaba en sus manos el acabar con esta situación anormal, ya que tres hermanos suyos, Abū-l-°ulā, Abū Mūsā y Abū-l-Ḥasan eran gobernadores de Cór-

1 Cfr. *Rawḍ al-mi°ṭār*, p. 67 del texto y 84 de la traducción por LÉVI-PROVENÇAL.

doba, Málaga y Granada, y bastaría escribirles para provocar su indignación por haber salido el califato de su casa.

'Abd Allāh, nuevo califa, con el título de al-Ġādil

ĠAbd Allāh, el futuro al-Ġādil, que se había abstenido de prestar el juramento de fidelidad al nuevo califa, su tío ĠAbd al-Wāhid, se dejó convencer fácilmente; encontró muy justas las razones de Ibn Yuḡyān, a quien esperaba que se unieran los almohades de al-Magrib y al-Andalus, y cuyos grandes servicios, como visir de al-Manṣūr y de al-Nāṣir, conocía, y dio el paso fatal, para abrir la era de las revoluciones y guerras civiles, que llevarían al imperio a su ruina. Se proclamó Emir al-Mu'min, tomó el título califal de al-Ġādil y lo comunicó a sus hermanos, que le dieron su adhesión¹. Era hijo de una esclava portuguesa, llamada Sirr al-ḡusn [secreto de la hermosura], cautivada por su padre al-Manṣūr en la zona de Santarem, probablemente durante la campaña contra Torres-Novas y Tomar, en el verano de 1190, de modo que, al sublevarse, tendría algo más de treinta años. Convencido por Ibn Yuḡyān, convocó a los almohades de Murcia, que lo proclamaron con vacilaciones, y, al recibir la adhesión de sus hermanos, se dirigió a Sevilla, donde recibió el reconocimiento de todo al-Andalus, excepto el del sayyid Abū Zayd, hermano del Bayāsī, que mandaba en Valencia, Denia, Játiva y Alcira, y que siguió fiel al califa de Marrākuṣ. Sea que esta actitud moviese a ĠAbd Allāh el Baezano a imitarlo, o bien que al-Ġādil sospechase de este último, el hecho es que muy pronto se rompió el acuerdo entre

1 Al reconocerlo todo el Andalus, excepto Levante.

los dos, y ĠAbd Allāh, despojado de Córdoba y Jaén, se trasladó a Baeza, donde se aseguró la fidelidad de sus habitantes contra al-Ġādil¹.

Los contratiempos de al-Ġādil

Los contratiempos para éste iban a sucederse en al-Andalus. Al finalizar la primavera del 1225, los leoneses mandados por Martín Sánchez, bastardo de Sancho II de Portugal, que se había pasado al servicio del rey de León, atacaron la zona de Sevilla; al-Ġādil, que con su hermano al-Ma'mūn y el visir Ibn Yuḡyān estaba en la ciudad, se veía impotente para rechazar al enemigo. Ante su cobardía e inacción, el pueblo sevillano, al reunirse en la mezquita para la oración del viernes, protestó ruidosamente, pidiendo salir contra los atacantes. Al día siguiente, sábado, un heraldo recorrió la ciudad y anunció la orden de salida para el domingo. La plebe, mal armada y sin orden ni concierto, se extendió por las afueras de la ciudad, como si fuese a solazarse en el campo; un muy numeroso contingente avanzó hacia Tejada², desoyó las medidas de prudencia, que quisieron tomar los soldados regulares, y cuando los leoneses atacaron, nadie les hizo frente; la derrota costó a los sevillanos diez mil bajas entre muertos y prisioneros. Luego, ya entrado el verano del 1225, a los dos meses del desastre de Tejada, los castellanos hicieron una algarada por tierras de Murcia. Los concejos de Cuenca, Huete, Alarcón y Moya, que arrasaron muchas alquerías e hicieron numerosos cautivos, derrotaron por completo a los murcianos, que les salieron al paso en ĠAsf [Aspe] y les hicieron cuatro mil bajas.

1 Cfr. IBN JALDŪN, en su *Ġbar*, t. I, p. 340-41.

2 Cfr. el TUDENSE, t. IV, p. 113.

Al-^cĀdil, en Marruecos

La situación se hace insostenible para al-^cĀdil en al-Andalus, así que en noviembre del año 1225, temeroso del triunfo definitivo de su rival, el Baezano, y de perder por consiguiente el califato, se traslada a Marruecos, dejando como gobernador general de la Península a su hermano al-Ma'mūn, que no tardaría a su vez en sublevarse. Apenas pasó su adversario el Estrecho, se decidió el Baezano, aun antes de acabarse el invierno del 1225-26, a dar el golpe decisivo al poder de al-^cĀdil en al-Andalus, sitiando a al-Ma'mūn en Sevilla; pero contra todas las previsiones, y sin duda por no llevar bastantes fuerzas cristianas, fue derrotado y perdió los castillos de Tejada y Aznalcázar con todo lo que había ganado en el Ajarafe. Las cosas no iban mejor en el Magrib para los almohades: al-^cĀdil, al llegar a Marrākuš, nombró visir a Abū Zayd b. Abī Ḥafṣ y cayó en desgracia Ibn Yuṣṣān, gran amigo de los Jult y de los Ḥāskūra, quienes enseguida se declararon contra al-^cĀdil y asolaron la región de Dukāla, donde derrotaron a un ejército almohade. Entonces los dos jeques de Hintāta y de Tinmāl, Ibn al-Ḥāhid y Yūsuf b. ^cAlī, protectores de al-^cĀdil, fueron al Atlas para movilizar sus cabilas y oponerse a los Ḥāskūra. Al presentarse en Marrākuš, pidieron audiencia, antes de salir a campaña; se les señaló el día, pero, al enterarse de las palabras ofensivas con que al-^cĀdil les había aludido, e informados ya de la sublevación de al-Ma'mūn en Sevilla, entraron airadamente en el pabellón del palacio, en el que al-^cĀdil daba audiencia rodeado por los grandes dignatarios de su reino¹. Cuando los vió, comprendió sus intenciones y corrió a refugiarse en el alcázar; lo siguieron dispuestos a matarlo, y mataron a uno de sus pajes, que intentó oponérseles, así co-

mo a un hijo suyo pequeño. Al-^cĀdil trató de ocultarse, pero fue descubierto y lo ahogaron. Según el imaginativo *Rawḍ al-qirṭās*², le pidieron que abdicase, y como se negase, le metieron la cabeza en la pila de un surtidor y le dijeron: "no te dejaremos, si no declaras que abdicas y reconoces a tu hermano al-Ma'mūn", pero él les respondió: "haced lo que queráis, porque yo no moriré, sino como Amīr al-mu'minīn". Entonces le arrollaron su turbante al cuello y lo estrangularon con la cabeza metida en la pila. Era esto el martes 4 de octubre de 1227.

Al-Ma'mūn, hermano de al-^cĀdil, nuevo califa

Veinte días antes de ser asesinado, o sea el 15 de septiembre, se sublevó en Sevilla su hermano al-Ma'mūn, hijo de al-Manṣūr y nieto de Ibn Mardaniš, por su madre, la princesa Safiya; reunía todas las cualidades necesarias para reinar con brillantez, si las circunstancias no le hubiesen sido adversas. Tenía una ambición desmedida y una facilidad pasmosa para derramar sangre; no es, por lo tanto, de extrañar que el ejemplo de su hermano al-^cĀdil le fuese un constante acicate para imitar su ejemplo y aspirar al califato. Lo reconoció inmediatamente en al-Andalus, el sayyid Abū Zayd, gobernador de Valencia y hermano del Baezano, ya que, según la *Iḥāta*², fue el que lo incitó a sublevarse para vengarse de al-^cĀdil, que cuando recibió la cabeza del Baezano en Marrākuš, la golpeó con el cetro que tenía en la mano, y se desató en injurias contra él y contra toda su parentela e incluso hizo matar a otro hermano del Baezano, allí presente, que protestó asperamente. Al-Ma'mūn no pudo trasladarse a Marruecos

¹ Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, tercera parte, p. 252.

¹ Cfr. p. 158 del texto y 253 de mi traducción.

² Cfr. *Iḥāta*, edic. de El Cairo, t. II, p. 247, que da su biografía.

para ser reconocido como califa¹ porque en el mismo Levante, en el que se había sublevado su hermano al-^cĀdil, le surgió otro competidor más cercano y peligroso, que acabaría con la dominación de los almohades en al-Andalus, Abū ^cAbd Allāh Muḥammad Ibn Ḥūd, que personifica y dirige la insurrección general contra los almohades, y de quien tendremos que ocuparnos en adelante.

¹ El relato de su proclamación y de la manera como se llevó a cabo es exclusiva de *al-Bayān al-mugrib*, tercera parte, p. 253-4.

9. EL ÚLTIMO GOBERNADOR ALMOHADE DE VALENCIA

Los antecedentes del gobernador Abū Zayd

Al derrumbarse el imperio almohade, ocupaba este cargo el sayyid Abū Zayd ^cAbd al-Raḥmān, hijo del sayyid Abū ^cAbd Allāh Muḥammad, nieto del sayyid Abū Ḥafṣ ^cUmar y bisnieto del califa ^cAbd al-Mu'min, según consta en la firma árabe, que estampa en sus documentos oficiales, antes de convertirse al cristianismo¹. Zayd es un nombre propio muy usado entre los musulmanes, y este gobernador de Valencia lo da a su hijo primogénito, y así acostumbra a usar el prenombre de Abū Zayd [Padre de Zayd], como su padre Muḥammad usaba el de Abū ^cAbd Allāh [Padre de ^cAbd Allāh]. Estos nombres y prenombrados, tan extraños para nuestra fonética latina, no fueron bien interpretados por los cronistas cristianos e hicieron de nuestro biografiado un Zeit Abū Zeit o Aceyt oboseyt, que no supieron interpretar, y de cuya ascendencia paterna no tuvieron referencia alguna. El califa ^cAbd al-Mu'min, al educar a sus catorce hijos para desempeñar altos cargos y hacer el califato hereditario, creó la jerarquía de los príncipes de la sangre, que con el nombre de sayyides [señores] mantendrían en su descendencia no sólo la sucesión dinástica, sino también los puestos más representativos de la corte, el mando de los ejércitos y el gobierno de las provincias. Uno de esos catorce hijos y su visir omnipotente fue Abū Ḥafṣ ^cUmar², quien, al morir su padre, tenía en sus manos las riendas del poder y el

¹ Cfr. "El Archivo", t. IV, p. 297, y t. V, p. 147.

² Cfr. mi *Historia política del imperio almohade*, p. 613.

mando del enorme ejército reunido en Rabat para pasar a al-Andalus y emprender una ofensiva general. No sabemos por qué razones renunció a hacerse proclamar a sí mismo e hizo reconocer a su hermano uterino, Yūsuf, que era de menor edad que él. Este gesto tan generoso e insólito le valió el puesto elevadísimo que ocupó al lado de Yūsuf I, para figurar casi como corregente en el poder y gozar de una confianza ilimitada por parte de su hermano. Vino varias veces a la Península, y en 1165 derrotó en la vega de Murcia a Ibn Mardaniš, con cuya rebeldía acabó dos años después. Acompaña a Yūsuf I en la desgraciada expedición de Huete de 1172, y muere en agosto del 1179, antes de presenciar la tragedia de su hermano frente a Santarem.

Uno de sus siete hijos, que figuraron en el gobierno almohade, aunque con mucho menos brillo que él, fue Abū ʿAbd Allāh Muḥammad, quien, antes de ser gobernador de Málaga en 1176, lo fue de Valencia en tiempos de Alfonso II de Aragón [1162 a 1196] con el cual tuvo tratos, así como los tuvo también con su hijo Pedro II, cuando volvió a gobernar Valencia por segunda vez, desde 1210 a 1213¹, fecha en que perdemos su rastro ya. Sabemos que tuvo diez hijos, llamados los Baezanos por haber nacido en Baeza, donde residió su padre, largos años. Tres de ellos tuvieron una actuación muy destacada, aunque nada brillante, en el derrumbamiento del imperio almohade. Su hijo mayor, ʿAbd Allāh, llamado también el Baezano [al-bayāsī] se sublevó contra al-ʿĀdil; proclamado califa, se hizo fuerte en su ciudad natal y buscó el apoyo de Fernando III, que por entonces empezaba sus campañas andaluzas con la toma de Quesada en 1224, y acabó trágicamente asesinado en Almodóvar del Río, a manos de sus súbditos indignados por su servil sumisión a Castilla. Su hermano, nuestro Abū Zayd, no tardó en seguir su

¹ Cfr. mi *Historia política*, t. II, apéndice II, p. 617.

ejemplo, y se presentó a Fernando III en Moya para hacerse su vasallo, al ver que los concejos de Cuenca, Huete, Alarcón y Moya hacían una algará por tierras de Murcia y derrotaban en Aspe¹ a los murcianos que tuvieron cuatro mil bajas. Atacado por al-ʿĀdil, a quien no quiso reconocer, incitó a al-Maʾmūn a sublevarse, a su vez, en Sevilla para vengar la muerte de su hermano al-Bayāsī y los ultrajes cometidos contra su cadáver en Marrākuš².

El Sayyid Abū Zayd busca la ayuda de Jaime I

Reconoció a al-Maʾmūn, proclamado en Sevilla, en mayo del 1227, pero unos meses después provoca Ibn Ḥūd en Murcia la insurrección general de al-Andalus contra los almohades, y derrota a Abū Zayd, que desde el gobierno de Valencia intentó sofocar la rebelión y tuvo que pedir socorro a al-Maʾmūn, pero éste, aunque venció a Ibn Ḥūd en Lorca³ y le prometió ir en su ayuda, no pudo hacerlo, al tener que trasladarse urgentemente a Marruecos, para luchar con su rival Yahya, hijo de al-Nāsir, el derrotado en las Navas de Tolosa, que se había apoderado de Marrākuš. Abū Zayd se encierra en su capital y muy pronto el levantamiento contra los almohades, extendido por Murcia y Andalucía, se propaga a Valencia y surge un caudillo local, Zayyān Ibn Mardaniš, nieto de Yūsuf, el que había sido su gobernador durante todo el reinado de su hermano, el famoso régulo Muḥammad ibn Saʿd b. Mardaniš. Esta rama de los mardanišies, afincada en territorio valenciano, tenía los mandos de Alcira, Játiva y Denia y se consideraba valenciana, así que no le fue difícil a este Zayyān, que residía en Onda, alzarse

¹ Cfr. *Historia política del imperio almohade*, t. II, p. 461.

² Cfr. *Iḥāṭa*, t. II, p. 248.

³ Según *al-Bayān al-mugrib*, tercera parte, p. 258.

contra los almohades, al contar con la adhesión de los naturales del país, que lo consideraban su compatriota. Abū Zayd, inseguro en la capital y preocupado por la inminente sublevación, se trasladó a Segorbe, y desde allí quiso entrevistarse con don Jaime el Conquistador, para pedirle ayuda contra el nuevo usurpador, Zayyān, y hacerse su vasallo. El 29 de abril del 1229, cuando don Jaime hacía los preparativos para la expedición contra Mallorca, pacta con él, se compromete a darle la cuarta parte de las rentas de todo el territorio que había perdido y le reconoce la posesión de los lugares y castillos que gane en el reino de Valencia, por pertenecer a su conquista. En prenda de su lealtad sobre el cumplimiento de este pacto, se obliga a entregarle seis castillos: Peñíscola, Morella, Cullera, Alpuente, Jérica y Segorbe y le promete su concurso para colaborar en sus futuras campañas.

Jaime I presta ayuda al sayyid Abū Zayd

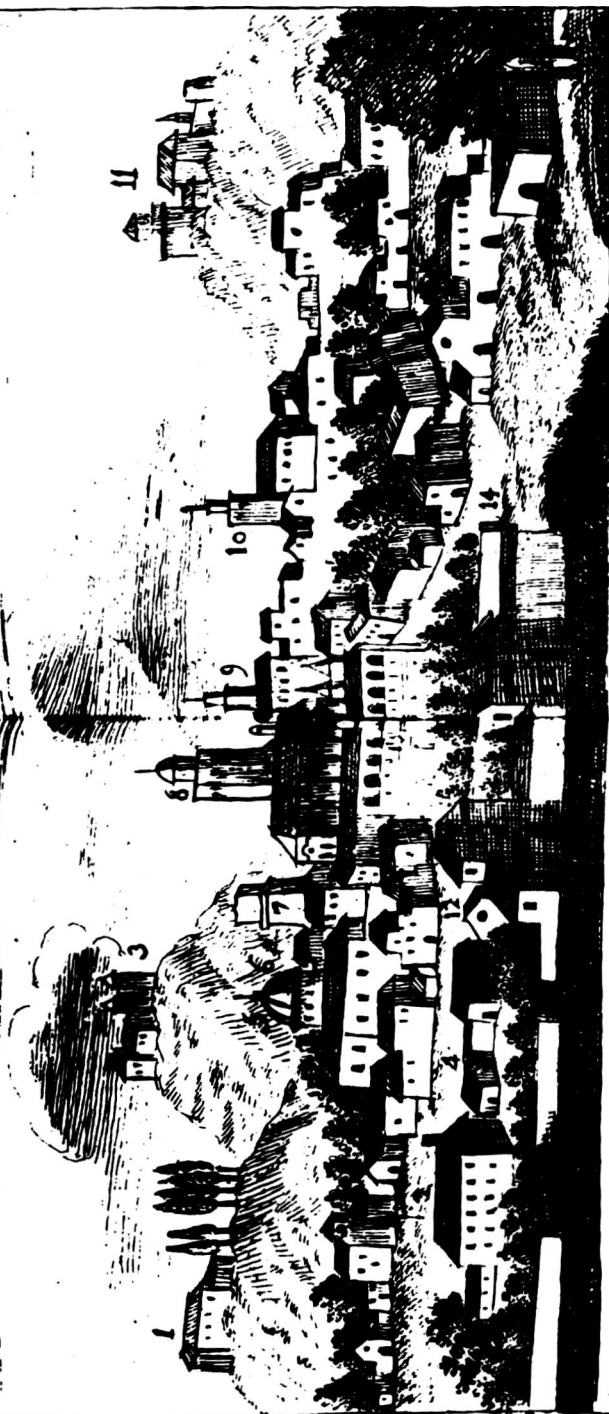
Don Jaime por su parte, ante este homenaje incondicional, se ofrece a ayudarlo y defenderlo contra todos los que le hagan guerra, a causa del reino valenciano, y le deja en prenda, a su vez, los castillos de Daimuz y Castellfabib. Así se entrega Abū Zayd a merced del rey de Aragón con la esperanza de desalojar a Zayyān de sus antiguos dominios y verse otra vez señor de Valencia. Esta ilusión salió vana, pues aunque los aragoneses tenían más interés en proseguir la conquista de Valencia, que en sumarse a la expedición marítima contra las Baleares, muy grata a los catalanes, sólo las milicias de Teruel y algunas fuerzas aragonesas al mando de don Pedro Fernández de Azagra y don Blasco de Alagón, de acuerdo con Abū Zayd, emprendieron una razzia contra el territorio ocupado por Zayyān, pero su empresa no tuvo los necesarios alientos, concentrado, como estaba, el esfuerzo del joven y animoso don Jaime, en

la magna empresa de conquistar a Mallorca, Abū Zayd no sólo no logró recobrar sus tierras, sino que ni siquiera pudo cumplir la entrega de los castillos a la que se había comprometido, y así pasó casi dos años, incapaz de ninguna acción ofensiva, mientras don Jaime estaba ausente, primero en Mallorca y luego en Menorca. Sin embargo el 30 de enero del 1233, en Teruel, reconoce todos los muchos y grandes servicios recibidos y que sin cesar recibe del Conquistador, y le cede todas las rentas que tenía o debía tener en el reino de Valencia, convenido ya de que no volvería a disponer de ellas.

Abū Zayd se convierte al Cristianismo

Cuando don Jaime se decide a emprender la definitiva conquista de Valencia, ya no figura Abū Zayd en el séquito del rey; y al ser tomadas Ares y Morella, actuaba solo de intérprete entre cristianos y musulmanes. Todavía tardó cuatro años en acabar de perder la esperanza de recobrar su reino, desde su feudo de Segorbe y sólo al ver que don Jaime, tras apoderarse de Burriana y hacer una algarada contra Alcira, Cullera y la Torre de Museros, se disponía a emprender el sitio de Valencia y se apoderaba del castillo de Anixa, se decidió a convertirse y renunciar definitivamente a todos los derechos que su estirpe califal podía haberle hecho concebir. Cuando todavía era señor de Valencia y poco antes de que su rival, Zayyān, le obligase a huir y encastillarse en Segorbe, dos frailes franciscanos lo visitaron, y al ver sus buenas relaciones con aragoneses y castellanos, le invitaron a convertirse al cristianismo pero él no sólo los desoyó, sino que los hizo matar a sangre fría.

Fueron varios, por esta época, los intentos de evangelización en al-Andalus y sobre todo en el noroeste africano, iniciados ya en vida de san Francisco de Asís con su aprobación y sin ningún éxito



- 1 Convento de Franciscos
- 2 Convento de Capuchinos
- 3 Monasterio de Geronimos
- 4 Puerta de Capuchinos
- 5 Puerta de Truel
- 6 Convento de Dominicos
- 7 Las Carceles
- 8 La Cathedral



- 9 Monja de San Martin
- 10 Convento de Mercenarios
- 11 Torre y Castillo del Angel
- 12 Puerta de la Maza
- 13 Seminario Episcopal
- 14 Rio Muriedro
- 15 Puerta de Valencia
- 16 Puerta de Vicente

entre los musulmanes. Abū Zayd es uno de los rarísimos casos en que la conversión acabó por dar claras muestras de ser sincera, al acompañarla con las prácticas piadosas más evidentes. El 22 de marzo de 1236, o sea a los siete años de haber sido expulsado de Valencia, se convierte al cristianismo, toma el nombre de Vicente, y se llama ya en latín "rex Valentiae" y "nepos" [nieto] del emir de los creyentes ^CAbd al-Mu'min; reconoce como pertenecientes a la nueva diócesis de Segorbe todos los territorios que estaban bajo su nominal señorío y se somete a la jurisdicción del nuevo obispo.

Esta donación, así como la que hizo luego, dos años más tarde a la misma diócesis, demuestran la predilección de Abū Zayd por Segorbe, desde que se refugió en ella y la hizo su habitual residencia. Don Jaime tuvo gran estima la fidelidad y colaboración de este sayyid [príncipe] almohade, convertido en un señor feudal aragonés. Los pormenores de las numerosas concesiones, ventas y permutas en que intervino, su casamiento con una cristiana, María Fernández, y la actuación de su hijo Fernando Pérez, así como sus otros dos hijos y nieto han sido estudiados por Chabás en su revista "El Archivo". La ambición ciega y la desafortunada rivalidad política, tan afeadas por los cronistas musulmanes, se manifestaron con los mismos rasgos en los demás miembros de esta familia de príncipes baezanos. ^CAbd al-Haqq, uno de los nueve hermanos de Abū Zayd se encargó en 1248 de administrar en nombre de Fernando III a los musulmanes sevillanos rendidos, y los hijos de otro hermano, Abū Dabbūs, que fue el último califa almohade, acabaron de modo poco honroso para su dinastía. Uno de ellos, ^CAbd al-Wāhid, toma el título califal, a la muerte del padre; es depuesto o abdica a los cinco años de su proclamación y, con su hermano ^CUṭmān, emigra a al-Andalus y se pone bajo la protección del rey de Aragón.

Vive pensionado en Calatayud y Valencia, junto con sus primos, los hijos de Abū Zayd y luego sirve a la política de Alfonso III de Aragón, como pretendiente al trono de Túnez y muere fracasado en su empresa, a pesar del apoyo de la escuadra de Roger de Lauria. Su hermano ^cUṭmān sigue el mismo camino y acaba oscuramente en Los Gelbes.

VII

EL FINAL

1. LA REBELION DE IBN HŪD EN LEVANTE Y EL FIN DE LA DOMINACION ALMOHADE

Los reinos de taifas antialmohades

Abū ʿAbd Allāh Muḥammad b. Yūsuf b. Hūd al-Ŷudāmī personifica y dirige la insurrección de los musulmanes españoles contra los almohades. *Al-Bayān al-Mugrib*¹ dice de él que pertenecía al ejército regular de Murcia y que sus antepasados tuvieron cargos muy importantes en esa región levantina, sin aludir para nada a la ascendencia real que le atribuye la *Primera Crónica General*². Por otra parte la *Cronica de los reyes de Castilla*³ afirma que era un almogávar, plebeyo, pero valiente, que perseguía con odio inexorable a los almohades, predicando públicamente que no había que seguirlos y obedecerles por ser cismáticos en su ley, ya que no reconocían al califa de Bagdad. Por eso decía que sus mezquitas se debían purificar, como manchadas por la superstición de los almohades, que eran opresores violentos del pueblo. Los musulmanes españoles, creyendo que la virtud divina obraba en él, y propensos a seguir cualquier innovación con ligereza, abandonaron el servicio almohade, e Ibn Hūd para confirmar la enemistad mortal entre ambos pueblos, se cebó atrocísimamente en sus enemigos, decapitando y degollando a los hombres, atormentándolos con diversidad de suplicios, cortando los pechos a las mujeres y matando miserablemente a los niños.

1 Cfr. p. 257 y siguientes de la tercera parte de mi edición.

2 Cfr. p. 721. "Et era Aben Hut del linaje de Abohayed, que fuera en su tiempo rey de Zaragoza", coincidiendo con la *lḥāṭa*, c. II, que lo hace descender de Mustāʿin b. Hūd.

3 Cfr. *Crónica latina de los reyes de Castilla* (edic. CABANES, p. 95).

Entre las grandes familias musulmanas, que ocupaban altos cargos bajo el régimen almohade, no había por entonces quien pensase en tramar una insurrección ni abrigase la esperanza de tener éxito en esa empresa¹. Tanto los Banū Mardaniš de Valencia, como los Banū ʿIlsā de Murcia, los Banū Sanādīd de Jaén, los Banū Fāris de Córdoba y los Banū Wāzir de Sevilla se mantuvieron sumisos al gobierno de Marrākuš, y solo aventureros y ambiciosos, salidos de la plebe, se alzaron contra sus dominadores.

Ibn Ḥūd, nuevo emir ʿabbasī

Cuando la sublevación de al-ʿĀdil en Murcia, del Bayāsī en Córdoba y de al-Maʾmūn en Sevilla abrieron una brecha en la tradición dinástica del califato almohade, se vieron desplazados los gobernadores enviados por Marrākuš para ceder su puesto a los nuevos caudillos indígenas. El prestigio militar de Ibn Ḥūd databa del tiempo que siguió a la batalla de las Navas de Tolosa, ya que una nueva fuente, el *Rawḍ al-miʿtār*² nos da la noticia inédita de que el año 1217, al frente de quinientos soldados de la guarnición de Murcia, asaltó por sorpresa el fuerte castillo de Sanfiro, a cuatro etapas al este de Murcia. No se sabe cómo los cristianos habían podido apoderarse de él en territorio tan alejado de la frontera. El jeque Abū Saʿīd, hijo de Abū Ḥafṣ al-Hintātī, gobernador de Murcia, en un viaje de inspección, que hizo por su jurisdicción, ese año, durante la tregua pactada con Castilla, al pasar ante Sanfiro y verlo inexpugnable de sus fortificaciones, preguntó cómo se había perdido; y al saber que fue sorprendido

¹ Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, parte tercera, p. 255. Véase también *Historia de Murcia musulmana*, por M. GASPARD REMIRO, p. 267 y siguientes.

² Cfr. edición LÉVI-PROVENÇAL, p. 116 del texto y 142 de la traducción.

en pleno periodo de las treguas pactadas, preguntó si no habría en el ejército musulmán nadie capaz de vengar ese agravio. Ibn Ḥūd, que estaba presente, prometió hacerlo; y al frente de un puñado de hombres escaló de noche la muralla con una escala de cuerda y degolló al centinela de guardia. Sus hombres le siguieron, y los cristianos que se pudieron salvar, se refugiaron en una torre y enviaron un hombre, que se descolgó por la muralla para pedir socorro a sus compatriotas, pero Ibn Ḥūd, que lo presintió, prendió fuego a la puerta de la torre, y los cercados se rindieron esa misma noche, antes de recibir socorro. Este episodio, que fue la base de la fama que como caudillo valeroso adquirió Ibn Ḥūd en Levante, nos ofrece la particularidad de señalar por primera vez a los castellanos instalados en la costa de Murcia. Se ignora hasta ahora la correspondencia de ese topónimo, Sanfiro, que provisionalmente se podría identificar con San Pedro del Pinatar, tanto por la situación que le asigna el *Rawḍ al-miʿtār*¹, como por el estudio filológico del nombre, ya que la lengua árabe no tiene la letra p, que sustituye con la f, ni e, sino i, con lo cual Pedro puede reducirse a Firo. Según *al-Bayān al-Mugrib*¹, un astrólogo anunció que sería sultán de al-Andalus y le aconsejó dirigirse al caíd al-Gustī, al que las crónicas italianas llaman Agostino, en la seguridad de que con sus hombres se pondría a su servicio y le ayudaría a alcanzar el poder. El Gustī era un rodero nocturno, jefe de una partida de bandoleros, que lo mismo asaltaban en los caminos a los musulmanes que a los cristianos, y cuando se le presentó y le contó su historia, lo recibió con los brazos abiertos; salió con él en algara y al volver con ganado y cautivos, fue proclamado en al-Sujayrāt [Los Peñascales], castillo del valle de Ricote en la zona de Murcia, en mayo del 1228, y se le adhirieron

¹ Cfr. p. 256 de la tercera parte.

en seguida muchos andaluces sabedores de la anarquía que reinaba en Marruecos. El sucesor de al-^cĀdil en el gobierno de Murcia, Abū-l-^cAbbās b. Mūsā b. ^cAbd-al-Mu'min, salió contra él, pero fue derrotado; e Ibn Ḥūd lo hizo prisionero, al entrar en Murcia¹. Entonces fue a su encuentro el gobernador de Valencia, el sayyid Abū Zayd [el Zeit Abū Zeit de las crónicas latinas], a quien también derrotó y se apoderó de su campamento. Al entrar en Murcia, proclamó al califa de Bagdad, y se tituló "amir al-muslimīn" [emir de los musulmanes], el 4 de agosto del 1228. En vista de lo ocurrido, salió al-Ma'mūn de Sevilla², y a su paso por Granada, escribió al derrotado gobernador de Valencia, animándole con el anuncio de su llegada. Se encontró en las afueras de Lorca con Ibn Ḥūd, que sufrió una completa derrota y se refugió en Murcia perseguido por el ejército de Sevilla. Al-Ma'mūn lo sitió, pero tuvo que retirarse sin tomar la plaza, pues los murcianos resistieron todos los ataques, manteniéndose fieles a Ibn Ḥūd. Coincide la Crónica latina con al-Maqqarī³ en subrayar la sorprendente ligereza e inconsciencia con que los musulmanes españoles seguían a cualquier aventurero que se alzase contra el poder constituido. Se apoderó, leemos en esa fuente árabe, con la mayor facilidad de al-Andalus, a pesar de su ignorancia y pobreza de juicio. Era para la gente como un titiritero, que iba por los zocos y se les reía en sus caras, y se les adelantaba con sus preguntas, a las que no estaban acostumbrados en un Sultán. Esto causó admiración a los necios y al populacho ciego, y fue, según el verso:

1 Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, tercera parte, p. 257. Enarbolando la enseña negra de los ^cAbbasíes.

2 Al enterarse de la revolución de Ibn Ḥūd, recordó, según el *Rawḍ al-mi'fār*, el verso: "Cuando al médico se le presentan dos enfermedades distintas, cura la más grave".

3 Cfr. *Analectes*, t. I, p. 132-33.

Materia de la que se ríen los necios,
y cuya consecuencia llena el sensato.

Ḥūd, señor de la Andalucía occidental

Mientras al-Ma'mūn, el nuevo califa almohade, renunciaba a sacar partido de su victoria sobre Ibn Ḥūd en Lorca, y se trasladaba a Marruecos para vengarse de los jeques, que lo habían traicionado, su poder en al-Andalus acaba de desvanecerse. Los sevillanos, a los pocos días de su marcha, se reunieron el jueves, segundo día de la fiesta de los sacrificios de ese año [31 de octubre de 1229] en el lugar conocido por al-Najīl [el Palmar]¹ y tras movida deliberación, acordaron desligarse de la obediencia del imperio almohade y someterse a la autoridad de Ibn Ḥūd. Redactó el acta de sumisión de Abū Bakr b. al-Banna, y le contestó en nombre de Ibn Ḥūd, su hermano Abū-l-Ḥasan ^cAbūd al-Dawla, con fecha de 6 de noviembre, felicitándoles por reconocer al califato ^cabbasí y por adherirse a su hermano. Los cordobeses se sublevaron también y dieron muerte al sayyid Abū-l-Rabī^c, tío paterno de al-Ma'mūn; Almería, Granada y Málaga siguieron su ejemplo, y pudo creerse que un nuevo poder nacional y estable se iba a instaurar en Andalucía y Levante para sustituir definitivamente a los almohades.

Relaciones del califa al-Ma'mūn con Fernando III

Al-Ma'mūn, incapaz de dominar la rebelión, menos aún de enfrentarse con Fernando III, pactó treguas con él por otro año, mediante el pago de pesadas parias, reorganizó sus tropas para pasar el Estrecho, y las reforzó con un destacamento de choque

1 Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, tercera parte, p. 270.

formado por unos quinientos jinetes cristianos. Pasó de Algeciras a Ceuta en octubre de 1228, alegando que iba a reclutar refuerzos para continuar la guerra en al-Andalus. El *Rawḍ al-qirtās*¹, nunca recatado en cuanto a cifras se refiere, afirma, y todos los autores modernos lo han copiado y creído, que el rey de Castilla le dio un poderoso ejército de doce mil caballos. Cuando al-Ma'mūn se los pidió, Fernando III le respondió textualmente, según este autor, "no te daré ese ejército sino a condición de que me entregues diez fortalezas en la frontera de mi país, elegidas por mí. Si Dios te favorece y entras en Marrākuš, edificarás a los cristianos que vayan contigo, una iglesia en medio de la ciudad, donde practiquen su religión y toquen sus campanas a las horas de oración; si un cristiano se islamiza, no será recibido su Islam y será devuelto a sus hermanos para que lo juzguen conforme a sus leyes; y si se cristianiza un musulmán, nadie podrá hacerle nada". Basta ver en la *Primera Crónica General*² las fuerzas de que disponía Fernando III en esa época y cómo las distribuía en las campañas preparatorias del sitio de Córdoba, para convencerse de que, aunque hubiera querido, no podía desprenderse de un contingente de caballería con el que no contaba para sus propias empresas. Es falso, también, lo de las diez fortalezas cedidas y el trato que se debía dar a los renegados de ambas religiones. Al-Ma'mūn solamente prorrogó la tregua, mediante el pago de nuevas parias; el destacamento de unos quinientos jinetes con que pasó a Marruecos lo reclutó

¹ Cfr. p. 161 del texto y 258 de mi traducción. Por dos veces repetidas señala *al-Bayān al-mugrib* que fueron unos quinientos jinetes cristianos. La *Ihāṭa*, por su parte, dice que partió de Sevilla, haciéndose acompañar por un grupo [*Yam'*] de jinetes cristianos, sin aludir para nada a su número ni a las condiciones que se supone le impuso el rey de Castilla (edic. de El Cairo, t. II, p. 249).

² Cfr. *Primera Crónica General*, p. 730.

directamente entre los desnaturados, al estilo de los Castro, con los aventureros que quisieron alistarse bajo sus banderas y probar fortuna en territorio africano.

Almería e Ibn Hūd

Parecía que Ibn Hūd iba a ser uno de tantos reyezuelos de taifas, de vida y poder efímeros, pero al retirarse al-Ma'mūn a Marruecos para luchar con Yahya', hijo de al-Nāṣir, dio pie a la sublevación de los andaluces. Al no haber otro caudillo más caracterizado, que de momento se alzase con el gobierno de su región, este almogávar oscuro, que tuvo unos principios tan poco honrosos, se vio favorecido por la fortuna y casi todo al-Andalus, con tanta facilidad como inconstancia, lo reconoció por su señor. El primero en proclamarlo fue Ibn al-Ramīmī¹, nieto del al-Ramīmī, que de acuerdo con el almirante Ibn Maymūn, había expulsado a los almorávides de Almería, y que luego tuvo que rendirla a los castellanos de Alfonso VII el Emperador. El nieto se apresuró a reconocer a Ibn Hūd; fue a Murcia a rendirle homenaje e inmediatamente fue nombrado primer ministro con los más amplios poderes para el gobierno del nuevo estado. Cuando los almohades bajaban del Gran Atlas con Yahya' b. al-Nāṣir para vengar la apostasía de al-Ma'mūn, que había abjurado del Mahdismo, y eran derrotados una y otra vez, Ibn Hūd, señor ya de casi todo al-Andalus, se creyó obligado a emprender la guerra contra los reyes cristianos; y, reuniendo todas las fuerzas de sus ya extensos dominios, se atrevió a enfrentarse con Alfonso IX de León, que sitió a Mérida, mientras los freires de Santiago se apoderaban de Montánchez. En Alange sufrió una gran derrota [marzo del 1230]

¹ Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, tercera parte, p. 269.

a pesar de la enorme superioridad numérica de sus tropas, y pronto Badajoz y toda su región pasaron a poder de los leoneses. A raíz de esta derrota, Ibn Hūd mató a los dos hermanos ʿAbd Allāh y ʿAbd al-Raḥmān, hijos de Wāzir, no, por haber apostatado el uno y por haber sido cobarde el otro en la batalla, como quiere Davis Lopes¹, al tratar de estos dos señores del Algarbe, interpretando mal un pasaje de Ibn al-Abbār en su *Ḥullat al-siyārā*; sino por su fidelidad a los almohades, pues los apresaron los se-villanos, al declararse por Ibn Hūd, cuatro meses antes, el 31 de octubre del 1229. La *Iḥāta* y *al-Bayān al-mugrib* ponderan el ardor con que Ibn Hūd se lanzó a la lucha personalmente, llegando hasta las tiendas de los leoneses, mientras sus soldados, que lo habían perdido de vista, se dejaban derrotar; cuando volvió a su zaga, la desbandada era ya general y su campamento fue saqueado.

Ibn Hūd y el califato ʿabbasī

Con el reconocimiento del pueblo sevillano en el invierno del 1229, se vio Ibn Hūd dueño, sin encontrar resistencia, de casi todo al-Andalus: inmediatamente se decidió a enviar una embajada al califa ʿabbasī de Bagdad para reconocer su autoridad y confirmar de modo solemne su repudio del dogma y del califato almohade. La embajada fue muy bien recibida en Bagdad y, al aceptarla sumisión, se envió a Ibn Hūd un valioso regalo con los plenipotenciarios extraordinarios, que le llevaron una carta del califa, en la que le confirmaba su lugartenencia para el gobierno de todo al-Andalus, lo esforzaba a mantener la guerra santa y le daba los títulos de Muṣāhid al-dīn² [luchador por la religión] y

1 En su trabajo *Los árabes en las obras de Herculano*, p. 110.

2 Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, tercera parte, p. 257.

"Sayf Amīr al-Mu'minīn" [Espada del Príncipe de los creyentes]. Se leyó la carta a los granadinos reunidos en la vieja musalla y la bandera negra estaba al lado del mimbar público e Ibn Hūd, junto a ella, lucía también un vestido negro, distintivo de la dinastía ʿabbasī; pero la ceremonia se deslució, porque, habiendo salido también la gente a implorar la lluvia, un súbito aguacero la dispersó y cortó la lectura de la carta¹. A este encumbramiento tan simbólico, le había precedido la entrega, tan fácil como efímera, de la plaza fuerte de Ceuta. Un hermano de al-Ma'mūn, llamado Abū Mūsā, que fue gobernador de Málaga, se dejó llevar por la corriente de rebeliones y pronunciamientos, que minaban los fundamentos del imperio almohade y se proclamó independiente en Ceuta². Al-Ma'mūn, después de sofocar una rebelión de las cabilas de Fazāz y Miklata, que sitiaban a Mequinez, se presentó ante Ceuta con un numeroso ejército y levantó contra ella almajeneques, pero al cabo de tres meses de cerco infructuoso, no pudo abrir brecha en la muralla; tuvo que levantar el campo precipitadamente, quemando los almajeneques y todas las instalaciones, porque Yahya', su rival, había reaparecido, y al tomar por asalto a Marrākuš, auxiliado por los árabes Sufiān, la había saqueado con muerte y cautiverio de sus habitantes e incendio de la iglesia de los mercenarios cristianos³.

Muḥammad ibn al-Aḥmar, nuevo rey en Arjona

Los ceuties tenían el mar abierto y por él se aprovisionaban y comerciaban, sin sentir apenas los efectos del asedio, pues el sayyid sublevado, se ol-

2 Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, tercera parte, p. 278.

3 Cfr. *Historia política del imperio almohade*, t. II, p. 4.

4 Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, tercera parte, p. 276.

vidó, con un egoísmo ciego, del mar de sangre almohade derramada por los musulmanes de la Península y no vaciló en pedir socorro a la escuadra de Ibn Ḥūd, fondeada en Sevilla; es más, huyó de al-Andalus y se instaló en Almería. Ibn Ḥūd, al reconocerle Ceuta, nombró su gobernador al caíd al-Gustī, el viejo rodero que lo había entronizado en Los Peñascales de Murcia y que ahora ostentaba el título de almirante en la base de Sevilla. Sólo duró unos tres meses en su nuevo puesto, pues, los ceutíes se sublevaron contra él, lo expulsaron y proclamaron a otro reyezuelo, Aḥmad al-Yanaštī¹, oriundo de Iniesta, en la provincia de Cuenca, pueblo del que tomó su apellido, Al-Gustī huyó por mar en un cárabo, pero fue cogido por unos marineros cristianos y permaneció varios años en su cautiverio sin ser conocido, pues de haberlo identificado, no le hubieran perdonado los muchos golpes corsarios con que se había hecho famoso.

A pesar de sus pomposos títulos y efímeras conquistas, la situación de Ibn Ḥūd no podía ser más inestable. Siguiendo su ejemplo, antes de la muerte de al-Ma'mūn, se sublevó en Arjona Muḥammad ibn Aḥmar², el fundador de la dinastía de los nasrīes de Granada, que fue reconocido por Jaén, Jerez y luego eventualmente por Córdoba y Carmona. Este temible y pertinaz rival de Ibn Ḥūd se distinguió con el apelativo de su padre al-Aḥmar [el Rojo], color que usó en todo su atavío, y al que se limitaba su denominación y el encabezamiento de sus documentos oficiales; no sólo se vestía de rojo, sino que además montaba siempre en un caballo alazán para exteriorizar su oposición a Ibn Ḥūd, quien, como hemos visto, usaba el color negro, característico de los Cabbasīes.

1 Cfr. *Rawḍ al-mi'tār*, p. 199 del texto y 241 de la traducción.

2 Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, tercera parte, p. 279.

Se extiende el territorio de Ibn al-Aḥmar

Nacido y criado en Arjona, se proclamó independiente, al ver el éxito de Ibn Ḥūd y la impotencia de al-Ma'mūn, que se limitó a escribir a los habitantes de Arjona¹ con las más amargas quejas y la amenaza, puramente epistolar, de ir a castigarlos. Jaén no tardó en reconocer a Ibn al-Aḥmar, y pronto la imitaron Jerez, Córdoba y Carmona. Los sevillanos que habían reconocido a Ibn Ḥūd, expulsaron a su hermano, que había sido nombrado su gobernador, y proclamado la república bajo la presidencia de al-Ba'ī, que se alió con Ibn al-Aḥmar. Por la parte cristiana no eran menores los problemas con los que tenía que enfrentarse Ibn Ḥūd. Después de la muerte de Alfonso IX, el vencedor de Alange, que se había apoderado de Badajoz, Mérida y toda la orilla norte del Guadiana, las órdenes militares de Santiago y Alcántara en unión con el concejo de Plasencia, mandado por su obispo, ponen sitio a Trujillo en enero del 1232. El *Rawḍ al-mi'tār*² pretende que Ibn Ḥūd, a pesar de su anterior derrota frente a Badajoz, intentó atacar por sorpresa a los sitiadores, y, al no poder lograrlo, se volvió a Sevilla para reunir mayores fuerzas; pero, al ponerse en camino hacia Trujillo, recibió la noticia de que la plaza se había rendido y se retiró de nuevo a Sevilla. Este episodio, desconocido por nuestros historiadores, prueba una vez más que Ibn Ḥūd, a pesar de las dotes guerreras que se le atribuyen, se sentía incapaz de enfrentarse hasta con los leoneses de Alfonso IX, cuanto menos con los castellanos de Fernando III. La entrada de Ibn al-Aḥmar en Jaén y luego en Córdoba, la sublevación de Sevilla³ y la toma de la alcazaba de Ubeda por Fernando III, obligan a Ibn Ḥūd

1 Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, p. 266. En el texto, Andújar por Arjona.

2 Cfr. p. 63 del texto y 79 de la traducción.

3 Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, tercera parte, p. 322.

a pactar con Castilla y rendirle parias. A los nuevos y tediosos intentos de ganar o recobrar posiciones locales, se une la sublevación de Niebla, con el cadí Ibn Mahfūt, quien, al verse sitiado, recurre a Fernando III. Ibn Hūd se retira y vuelve a pactar otra tregua de tres años en condiciones aún más onerosas, pero al año siguiente se rompe la tregua y Córdoba se ve sitiada, sin que Ibn Hūd hiciese los desesperados esfuerzos, que se le atribuyen, para romper el cerco¹.

Ibn Hūd no puede recobrar Córdoba

La verdad es que no se atrevió a enfrentarse con las escasas fuerzas llevadas apresuradamente por Fernando III para sostener al grupo que en un audaz golpe de mano, se había apoderado por sorpresa de la Aýarquía o parte oriental de la ciudad. Cuando Fernando III acampó junto al puente de Córdoba, Ibn Hūd, que estaba en Murcia, acudió alarmado con un ejército que la nueva Crónica de los reyes de Castilla² eleva a cuatro o cinco mil caballos y treinta mil infantes, además de casi doscientos mercenarios cristianos, que servían en sus filas; acampó en Ecija, y se dio por seguro que atacaría a Fernando III, que solo disponía de momento de poco más que doscientos caballeros, ante el puente romano de Córdoba, pero durante más de quince días se limitó a dejar un destacamento de cobertura en Ecija, y se retiró a Sevilla con el resto de sus fuerzas. Se ha afirmado sin pruebas que Ibn Hūd, resignado a perder Córdoba, logró una tregua de seis años³ con Castilla, mediante el pago de nuevas parias; y que al tener noticia de la ofensiva de don Jaime el Con-

quistador, y de su victoria en el Puig de Santa María, se decidió a embarcarse en Almería y acudir por mar en socorro de Zayyān; pero su ida a Almería no tuvo más fin que fortificarla y tenerla como depósito de sus riquezas y puerto de salida para Túnez, si se veía obligado a huir ante la doble ofensiva cristiana.

Entretanto, se preocupa de fomentar la fidelidad de sus inconstantes súbditos, y el 24 de noviembre del 1236, a los cuatro meses de haber perdido Córdoba, dirige a los gobernadores de sus dominios una larga y sensata carta, no conocida hasta ahora, en la que les recomienda en primer lugar, el temor de Dios, la fidelidad al califa de Bagdad y el respeto más absoluto a los preceptos del Alcorán. Exige que se administre bien la justicia; y sus amonestaciones sobre la administración de la hacienda pública, la defensa de las fronteras y la inviolabilidad de la vida y los bienes de los musulmanes, son expuestas con la imperturbable serenidad de un monarca que se dirige a un pueblo sumiso y que asienta su autoridad sobre las bases más sólidas¹.

La muerte de Ibn Hūd

Al llegar a Almería, en viaje de inspección, su gobernador Ibn al-Ramīmī, a quien había hecho su visir y su valido, lo traicionó y le dio muerte para proclamarse independiente, como reyezuelo de su ciudad y seguir el ejemplo de su señor, tan repetido en aquella época de ciegas conmociones políticas. Las fuentes árabes no penetran en el hondo significado de estas traiciones, y sin pararse a considerar el ingrato ambiente en que se desarrollan, les buscan una justificación episódica de motivos pasionales, que encubren la honda realidad de un régimen

¹ Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, tercera parte, p. 322.

² Cfr. *Primera Crónica General*, p. 726.

³ Que fue rota al año siguiente, según *al-Bayān al-mugrib*.

¹ Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, p. 333-335. Fechada el 24 de Yumāda primero del año 634.

en plena decadencia. Según esta novelesca versión, al apoderarse Ibn Hūd del poder en Murcia, prometió a su mujer que no tomaría otra, mientras ella viviese. Cuando creció su posición y se apoderó de gran parte de al-Andalus, llegó a sus manos una cautiva cristiana, hija de uno de sus caudillos y una de sus más hermosas mujeres. Según lo prometido a su mujer, envió la cautiva a Almería y se la confió a su gobernador, Ibn al-Ramīmī. A éste le gustó la cristiana, según *al-Bayān al-Mugrib*¹, y extendió su mano a ella; la guardó para sí y preparó un ardid para salvar su cabeza. Ibn Hūd acampó en las afueras de Almería, e Ibn Ramīmī para deshacer la sospecha de que se veía inculcado, invitó a su señor a entrar en el alcázar; y cuando lo aceptó, le hizo saber que la cristiana estaba en el baño, preparándose para recibirlo. Al atardecer, cuatro sicarios del gobernador entraron en su cámara y lo mataron, ahogándolo; circunstancia confirmada por los cronistas cristianos, según los cuales, un moro su privado, que había por nombre "Aben Arrumimi, convidole e embriagolo e afogol en una pila de agua". Otra versión árabe afirma que lo mató una noche, poniéndole sobre la nariz y la boca dos almohadas y a la mañana siguiente, mostró su cadáver al pueblo, como si hubiera muerto de repente, sin tener ninguna señal de violencia. Acto seguido se proclamó independiente, sin ninguna reacción de los almerienses. Así termina miserablemente, al cabo de nueve años de azaroso reinado, este complejo reyezuelo, voluble y confiado, que, después de un fácil y rápido encumbramiento, aspira a unificar al-Andalus musulmán bajo la autoridad nominal del califa de Bagdad, pero que, a pesar del valor demostrado en sus comienzos, pronto se receló de acometer grandes hechos, según la *Primera Crónica General*² "por-

1 Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, p. 335.

2 Cfr. *Primera Crónica General*, p. 721.

que las más veces que él cometiera, era vencido e se fallava mal ende". Los mismos hombres en los que depositó su confianza, lo traicionaron uno tras otro; ya hemos visto lo que ocurría en Almería. En Málaga se sublevó 'Abd Allāh b. Danūn; y en Granada, su gobernador 'Uṭba b. Yahyā' cometió tales excesos que provocó una sublevación, en la que fue muerto, para reconocer a Ibn al-Aḥmar, quien inmediatamente fue contra Almería; e Ibn al-Ramīmī, al verse sitiado y sin medios para resistir, se embarcó con su familia y riquezas para trasladarse a Túnez, donde se instaló bajo la protección del emir ḥafsī Abū Zakariya¹.

1 Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, tercera parte, p. 334.

2. ZAYYĀN IBN MARDANĪŠ Y EL FINAL DE LA DOMINACION MUSULMANA EN VALENCIA

Un descendiente del rey Lope, en Valencia

Al morir el rey de Murcia y Valencia, Muḥammad b. Saʿd, el llamado Ibn Mardaniš y rey Lobo o Lope, se ocultó su muerte hasta que llegó su hermano, Yūsuf b. Saʿd, el titulado al-rays [el arraez] de Valencia, donde estaba de gobernador, desde el comienzo del reinado de su hermano. Convino con sus hijos y con los de su hermano, en ponerse en manos del Príncipe de los Creyentes Yūsuf I¹. Por orden de éste siguió Yūsuf b. Mardaniš de gobernador en Valencia hasta que murió el año 1186, dejando una numerosa descendencia, en la que destacaron siete de sus hijos y nietos por haber ejercido mandos en el Levante musulmán. Al desmoronarse el imperio almohade, se sublevaron estos príncipes, ya naturalizados en el reino de Valencia, bajo la supremacía de Abū-l-Yūmail Zayyān², hijo de Mudāfiʿ b. Saʿd, que había muerto joven en lucha contra los cristianos, mientras su primo Abū ʿAbd Allāh era señor de Alcira. Cuando vio el gobernador almohade de Valencia, el sayyid Abū Zayd ʿAbd al-Raḥmān, bisnieto del califa ʿAbd al-Muʾmin que la rebelión promovida en Murcia por Ibn Hūd se extendía por toda la Península y que los valencianos se disponían a participar en ella, no se creyó seguro en su capi-

1 Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, parte tercera, p. 270.

2 O sea, el Zeid Abū Zeid de las crónicas cristianas, que sólo significa el Sayid, padre de Zayd, en el sentido de Príncipe de la dinastía, descendiente del califa fundador ʿAbd al-Muʾmin, epíteto que se aplica también al Cid, sin más significado que el de Señor o mi Señor = mío Cid.

tal y fue a encastillarse en Segorbe, por creer que desde ella dominaría mejor la situación y se pondría en contacto con las guarniciones fronterizas del rey de Aragón, don Jaime I el Conquistador. Entonces Zayyān b. Mardaniš, que estaba en Onda, se apresuró a presentarse en Valencia, en la que entró, el lunes 24 de enero del 1229. Se instaló en el alcázar y fue reconocido, como rey, a los pocos días, ya entrado el mes de febrero. Se extendió su poder por toda la región y en el mes de mayo se había apoderado del castillo de Carbonera y se sometió Chinchilla a su poder.

Las tierras valencianas del Sur reconocen a Ibn Hūd

Pero en cambio sus primos, los hijos de ʿAzīz b. Saʿd, que eran señores de Alcira, Játiva y Denia, se separaron de él y le negaron su obediencia para reconocer a Ibn Hūd, que, como hemos visto, se había sublevado en Murcia y lo habían proclamado, al menos momentáneamente, Córdoba, Sevilla, Granada, Málaga y Almería. Ibn Hūd pretendió que también Valencia se le sometiese, pero Zayyān se le negó y fue necesario sitiario, después de varios encuentros en los que fue derrotado el valenciano y perdió a Begís. Hubiera tenido que rendirse, si Ibn Hūd mantenía el asedio, pero la grave ofensiva en la que Fernando II de León se apoderó de Mérida y Badajoz, lo obligó a levantar el sitio de Valencia; y al sufrir una completa derrota en Alange¹, dejó en paz a Zayyān. Entretanto, don Jaime I había emprendido la conquista de Mallorca, que llevó a feliz término el 31 de diciembre del 1229. Durante los cuatro meses que duró la campaña, Zayyān, cuyo espíritu combativo ensalzan las crónicas musulmanas, creyó llegada la ocasión para sacudir el yugo aragonés y

1 Cfr. *Historia política del imperio almohade*, t. II, p. 478.

atacar la zona de Peñíscola y Tortosa, causando graves daños, y atreviéndose incluso a sitiar a Ull-decona, sin más resultados que razziar la tierra y provocar el enojo de don Jaime, cuyas fuerzas estaban concentradas en Mallorca¹. Este ataque tan infructuoso, como poco meditado, iba a tener las más graves consecuencias para la Valencia musulmana. Terminada la conquista de Mallorca, que tanto había halagado las ambiciones marítimas de los catalanes, don Jaime se decidió a acometer seriamente la conquista de Valencia, que parecía pertenecer, por derecho de vecindad, a la corona de Aragón.

El plan de la batalla

Logró que el Papa Gregorio IX hiciese predicar una cruzada contra los musulmanes españoles, y el 17 de diciembre del 1232 se le concedió el impuesto del bovatge para los gastos de la guerra. Don Blasco de Alagón, que había pasado dos años desterrado en Valencia y que conocía bien el país, le aconsejó emprender la campaña con el asedio y la toma de Burriana². El mismo don Jaime nos expone el excelente plan que se trazó para ello. "Desde Teruel [dice] haremos llevar en acémilas todas las provisiones que podamos; dispondremos, asimismo, que se transporte allá por mar todo lo necesario para abastecer la hueste; nos llevaremos dos fundíbulos, y cuando nos hayamos apoderado de la villa, haremos que venga la reina, nuestra mujer, para que crean las gentes que tenemos intención de permanecer allí largo tiempo. Entonces todos los castillos que habrán quedado a nuestra espalda, como Peñís-

¹ Según lo atestigua el mismo don Jaime en su crónica; capítulo CLXXXVI, p. 275.

² Cfr. *Crónica de Jaime I*, cap. 127.

cola y Cervera, Chisvert y Pulpis, Las Cuevas de Avinromá y Alcalatén, Morella y Cúllar, Ares y cuantos se proveen del campo de Burriana, tendrán precisamente que rendirse, porque cogidos entre nuestra hueste y las tierras cristianas, les faltará todo el bastimento que sacaban de aquel territorio". Este sagaz proyecto se convirtió en realidad; una vez tomadas las fortalezas de Ares y Morella, se fijó la primavera del 1233 para emprender la gran expedición contra el reino de Valencia. Se empezó por talar los campos de Jérica y Torres-Torres y a continuación se puso sitio a Burriana, que era entonces, según el Idrisi¹, una ciudad bonita, bien poblada, de suelo fértil con árboles frutales y viñas, situada en una llanura a orillas del mar.

La batalla de Anisa

El casamiento de don Jaime con doña Violante de Hungría, los viajes a Montpellier, las primeras dificultades con san Luis, la sucesión de Navarra y los asuntos del condado de Urgel, impidieron durante dos años el renovar la ofensiva contra las plazas fuertes que rodeaban a Valencia. Se sitió sin éxito a Cullera en 1235, se asaltó la torre de Moncada y el fuerte de Museros, sin que Zayyān se atreviese a salir al campo y por fin se avanzó a principios del 1236 hasta el Puig, que los musulmanes llamaban Anisa², y que fue base de operaciones para iniciar el asedio de Valencia, como lo había sido y con el mismo acierto, en tiempos del Cid Campeador. Conocidas son por las fuentes cristianas todas las incidencias de esta campaña, que iniciada en el Puig

¹ Cfr. *Description*, p. 191 del texto árabe y p. 292 de la traducción.

² Que no hay que confundir con Abisa o Abiña, situada cerca de Peñíscola, y que quizá corresponda a Oropesa (cfr. C. F. SEYBOLD, *Otobesa = Abixa = Oropesa y Anixa*, en "Homenaje a Codera", p. 115-119).

acaba con la entrada triunfal de don Jaime en Valencia. Las fuentes musulmanas, al tratar de sus derrotas, se limitan, según su costumbre, a anotar el hecho escuetamente; así Ibn al-Jaṭīb² nos informa que Zayyān se distinguió en la guerra santa [ḡihād] hasta que fue derrotado en la batalla de Anisa el año 1237 con muerte de innumerables musulmanes, entre los que se distingue el célebre tradicionista Abū-l-Rabīc Salīm, maestro de Ibn al-Abbār, a quien alaba su discípulo con el más encendido entusiasmo por su superioridad científica universalmente reconocida. Los dos poetas que le consagran sus poemas fúnebres, aseguran que murió en la primera línea, abandonado por los suyos, y que la derrota fue un jueves, dentro del mes de agosto del 1237.

Zayyān, que había desmantelado el castillo de Anisa, al ver que don Jaime lo reedificaba y que, al regresar a Aragón para reunir más tropas, sólo había dejado en él a Bernardo Guillén de Entenza con ciento diez caballeros y dos mil infantes, lo atacó con fuerzas muy superiores, que acabaron por ser vencidas. Bernardo Guillén, a la cabeza de cincuenta caballeros, sostenidos por mil infantes, cargo con temeridad sobre la vanguardia enemiga, que los rechazó por dos veces; y cuando iban a ser arrollados, Guillén de Aguiló con el resto de la caballería, reforzada por los infantes que montaron en las acémilas de la impedimenta, apareció por una ladera de las montañetas y destrozó la vanguardia musulmana, que, empavorecida, creía enfrentarse con el mismo don Jaime. El pánico se apoderó de la retaguardia musulmana, que, aunque bien armada, era incapaz de resistir a las acometidas de los aragoneses; y perseguida hasta casi las puertas de Valencia, tuvo millares de muertos, mientras los vencedores sólo perdían cuatro caballeros y siete infantes; la desban-

² Cfr. *A'māl al-A'lām*, p. 315, y BENCHENEB, *Notes chronologiques*, p. 77.

dada de los vencidos fue tal, que, según el cronista catalán D'Esclot, se encontraron diez mil musulmanes muertos, sin haber recibido ninguna herida, por haber sido derribados y atropellados por los fugitivos, además de los que sucumbieron en el combate. Don Jaime, que estaba en Huesca, al recibir la noticia del triunfo, se dirigió inmediatamente al Puig para felicitar y recompensar a los vencedores con los que pasó unos días; pero cuando volvió a Zaragoza, le sorprendió la noticia de que el héroe de aquella victoria había muerto impensadamente; la amargura que esta pérdida le produjo, se vio aún agravada por el parecer de sus ricos hombres, que le aconsejaban abiertamente abandonar el castillo, por ser tan costosa y arriesgada su ocupación, y aplazar para mejores tiempos la conquista de Valencia.

Don Jaime, herido en su caballeroso amor propio, se lo reprochó y les hizo ver "quién soy yo y lo que valgo, pues no se ha de echar de menos a don Bernardo Guillén de Entenza por haber muerto, ni aún cuando murieran cuatro, ni cinco que valieran tanto como él. Así, pues, os hago saber que tal lugar no será desamparado; antes por él quiero ganar a Valencia y todas cuantas tierras hay más allá". Cuando habló de regresar a sus estados, el desaliento volvió a apoderarse de los caballeros, que habían de formar su guarnición; don Jaime pasó una angustiosa noche, al saberlo, pero tras largas y penosas reflexiones, formó el plan que debía asegurarle el éxito final de su empresa. Convocó en su iglesia de Santa María del Puig a todas las fuerzas de la guarnición y a los habitantes de la nueva villa, y les dijo, entre otras cosas, "mucho nos maravilla que tengáis la intención de marcharos, si nos lo hacemos. Mas, puesto que a todos os pesa que nos marchemos, os decimos [y para esto nos pusimos de pie] que en este lugar hacemos voto a Dios y al altar donde está su Madre, de que no pasaremos de Teruel ni del río de Tortosa hasta que Valencia caiga en nuestro poder. Y para que mejor entendáis que

es nuestra voluntad quedarnos aquí y conquistar este reino para el servicio de Dios, sabed que en este momento vamos a dar orden para que venga la reina, nuestra esposa, y además nuestra hija". Con tan solemne declaración quedó asegurada la continuación de la campaña y conquista de Valencia.

3. EL ASEDIO Y LA RENDICION DE VALENCIA MUSULMANA

Zayyān busca ayuda en Túnez

La tremenda lección que los caballeros aragoneses dieron a Zayyān Ibn Mardaniš ante los muros del castillo del Puig, lo convencieron ya definitivamente de su incapacidad militar para tomar la ofensiva, y se encerró tras los muros de su bien amurallada capital. Atemorizado ante la inquebrantable decisión de don Jaime para asediar a Valencia y reconquistar todo su reino, quiso entrar en negociaciones, para lo cual le ofreció entregar una parte de los castillos de su ya menguado dominio y nuevas parias anuales y perpetuas de diez mil besantes. Don Jaime se negó rotundamente a pactar y rechazó la oferta, diciendo gráficamente: "cojamos la clueca y tendremos los polluelos". Zayyān, al verse desatendido, intentó conciliarse el apoyo y los socorros de los musulmanes peninsulares, pero éstos estaban tan divididos, y se hacían la guerra a traición con tanta ceguera, que ni siquiera Ibn Hūd, señor de Murcia, quiso enfrentarse con don Jaime y socorrer a su antiguo enemigo, Zayyān. Tampoco el califa almohade al-Rašid y sus visires, a pesar de ser sinceros musulmanes, pensaron desde Marrākuš, en intervenir eficazmente en la Península y reaccionar contra las amplias y sostenidas ofensivas de Fernando III y de Jaime el Conquistador, antes al contrario, tuvieron que recurrir a los mercenarios y desnaturalados de Castilla y Aragón para resolver sus conflictos internos.

Zayyān, al verse ya sitiado, reconoció la autoridad del emir de Túnez Abū Zakariya y le envió una delegación de personajes valencianos con su secretario, el famoso escritor Ibn al-Abbār, para reco-

nocer oficialmente su sumisión y pedirle que interviniese eficazmente en su auxilio. Ibn al-Abbār, para conmovier al emir y lograr que socorriese a los sitiados, le recitó la conocida qasida, que retraducida y versificada por Valera empieza:

Abierto está el camino, a tus guerreros guía,
Oh de los oprimidos constante salvador!
Auxilio te demanda la bella Andalucía;
La libertad espera de tu heroico valor.

El emir de Túnez, aunque conmovido por la brillante y apasionada súplica, sólo parcialmente accedió a satisfacer su petición. Se guardó de comprometer su poder y participar con sus tropas en la lucha contra don Jaime, como se le suplicaba, y se limitó a confiar a su primo Yahya', hijo del visir muerto en Alarcos, el mando de una pequeña escuadra de doce galeras, que llevasen desde Túnez a Valencia una gran cantidad de armas, víveres y dinero nuevamente acuñado. Las naves tunecinas se presentaron el 17 de agosto ante la playa de Valencia, pero al no tener las necesarias fuerzas de desembarco, no pudieron, a causa del bloqueo, hacer llegar a los sitiados los socorros parciales e ineficaces que se les habían confiado, y, tras una breve e inútil tentativa de diversión contra Peñíscola, descargaron en Denia, solamente, las provisiones y las armas destinadas a Valencia, pero no el dinero; y se hicieron a la vela para Túnez el 25 de ese mismo mes de agosto. Zayyān tuvo que firmar la capitulación al cabo de cinco meses, forzado tanto por el hambre como por la imposibilidad de resistir o ser socorrido. Durante el asedio se llegó a pagar un dírhem por seis onzas de harina; y al evacuar los musulmanes la plaza en número de cincuenta mil, se vendieron por el mismo dírhem once libras.

Zayyān, rey de Murcia

Durante el sitio de Valencia, y al mismo tiempo que se presentaban ante ella las naves tunecinas, los murcianos que habían reconocido a al-Wāṭiq, hijo de Muḥammad Ibn Hūd, como su sucesor en el trono, lo depusieron muy pronto y fue metido en prisión al cabo de siete meses; tal era su incapacidad, que, como dice gráficamente *al-Bayān al-Muḡrib*¹, ni se levantó ni se sentó para los negocios, ni entró ni salió en ellos; se disgustaron con él sus súbditos, y los jefes militares se negaron a obedecerle. Era el mes de julio de 1239, cuando fue encarcelado al-Wāṭiq y entonces un alfaquí, muy apreciado por su ciencia y su piedad, que había sido gobernador de Murcia, durante el reinado de Muḥammad Ibn Hūd, y que fue destituido por carecer de dotes de gobierno, se vio elevado sin contradicción al poder supremo. Tampoco esta vez demostró mejores condiciones para el mando y a los ocho meses de haberlo entronizado², los murcianos, en su locura revolucionaria, llamaron a Zayyān b. Mardaniš, a quien después de entregar Valencia a don Jaime y retirarse a Alcira, el Conquistador le había dado firmes treguas para sí y para todos sus vasallos, de modo que desde esa fecha, en el término de siete años, no le haría daño ni le declarararía la guerra ni permitiría que se le hiciese en Denia, ni en Cullera; y si acaso alguno de sus vasallos se la hiciese, le obligaría a indemnizarlo íntegramente, según la cuantía del daño. Instalado en Denia, se apresuró Zayyān a renovar su sumisión al emir de Túnez y volvió a pedirle socorros, que no sabemos si los recibió, y que, en todo caso, serían tan ineficaces como los enviados a Valencia.

¹ Cfr. *al-Bayān al-muḡrib*, p. 337.

² Se trata del último miembro de la famosa familia de los Banū Jaṭāb, de que me he ocupado ampliamente, p. 92 del tomo I.

Cinco meses habían transcurrido desde la caída de Valencia, cuando llegó Zayyān a Murcia el 19 de abril del 1239; al entrar en el alcázar, que había sido saqueado por el populacho, su primera medida fue encarcelar al alfaquí destituido, Ibn Jaṭṭāb¹ y ordenar que a los cuatro días fuese ejecutado. Ocho meses toleraron sus nuevos súbditos a Zayyān, que puso en libertad a al-Wāṭiq, hijo mayor de Ibn Hūd, y proclamó también en Murcia la soberanía del emir de Túnez, quien le envió socorros pecuniarios y la investidura de arraez o emir del Levante de al-Andalus. Como era de suponer, dada la supersensible inestabilidad política del país, al cabo de esos ocho meses, una nueva epidemia de revueltas, hizo que un Ibn Assām se sublevase en Orihuela, y otro alfaquí, en Lorca, mientras los murcianos reinstalaban a la dinastía de Ibn Hūd en la persona de un tío de al-Mutawaqil, que se intituló Bahā al-dawla². Zayyān, incapaz de dominar la situación, no opone resistencia y se retira prudentemente a Alicante o a Luchente, donde vegeta por espacio de cuatro años hasta la primavera-verano del año 1243, en que el hijo de Fernando III, el infante Alfonso, llamado luego el Sabio, recibe el vasallaje de los murcianos, que expulsan a Abū Bakr b. Hūd por segunda o tercera vez. Muy confusa es la situación de Murcia por esta época, pues mientras unos autores la señalan como sometida a vasallaje y hacen que fuerzas castellanas ocupen la alcazaba; otras más modernas como *al-Bayān al-Mugrib*³ nos informan que la gente del Levante de al-Andalus, o sea los murcianos, indignados por los daños que les hacían los cristianos, a quienes habían entregado su alcázar, los expulsaron de él este año 1246, combatiéndolos y atacándolos, y lo llamaron "la sublevación del al-

1 Cfr. M. GASPARELLO, *Murcia musulmana*, p. 295.

2 Cfr. GASPARELLO, *Murcia musulmana*, p. 295.

3 Cfr. *al-Bayān al-mugrib*, tercera parte, p. 367.

cazar", pues se sublevaron contra los cristianos, los apretaron en el asedio, y acabaron por expulsarlos, después que les arrebataron sus armas. Entonces escribieron al emir Ibn al-Aḥmar, que había firmado una tregua de veinte años con Fernando III, lo reconocieron y les dio por caudillo a Abū Muḥammad b. Aṣṣūlū, como su gobernador. Los cristianos la atacaron y acamparon ante ella; y al quedar el nuevo jefe sitiado y afligido, salió con sus jinetes y peones huyendo; no encontraron los murcianos, después de él, defensores no auxiliares; dieron Murcia a los cristianos por capitulación, y se fueron a al-Rasāqa, donde vivieron por espacio de diez años, hasta que les sucedió lo que les sucedió, cuando fueron expulsados el año 1274, y los traicionaron a todos en el camino, en el lugar conocido por Huércal-Overa; robaron los cristianos a las mujeres y a los niños y mataron a todos los hombres, después de sacarlos por capitulación y sin armas, disponiendo de ellos, como quisieron con las espadas y las lanzas. Datos inéditos que es preciso estudiar para incluirlos en el cuadro de la dominación islámica en Murcia, tan ligada a la de Valencia.

El final del rey Zayyān

Al someterse Murcia y rendirse Denia, no encuentra Zayyān b. Mardaniš más porvenir para su vida que emigrar a Túnez, a cuyo emir Abū Zakarīya había reconocido¹ y que murió el 5 de octubre del 1249. Al sucederle su hijo al-Mustansir, que llegó a titularse Príncipe de los Creyentes, se sublevó contra él un grupo de almohades, movidos por el rencor, que les inspiraba la elevación a los más altos cargos de la administración de libertos y emigran-

1 Cfr. R. BRUNSCHVIG, *La Berberie orientale sous les Hafsides*, t. I, p. 32.

tes levantinos. En el complot que con el visir Muḥammad urdieron, en agosto-septiembre del 1250, proclamaron a un primo del emir, hijo de su tío paterno Muḥammad b. Abī Maḥdī, hermano del emir reinante, hijo de su tío paterno Muḥammad al-Lihyānī [el Barbudo]. Al-Mustanṣir estuvo a punto de perder el trono, pero un liberto extranjero [Zāfir el mayor], enterado de la proclamación privada llevada a cabo en el palacio de al-Lihyānī, informó a al-Mustanṣir de lo ocurrido y su reacción fue tan rápida como violenta. Ordenó a Zāfir formar un pelotón de jinetes con Ibn Abī-l-Ḥusain, su privado; se unieron a la guardia de palacio, Zayyān, ex-rey de Valencia y otros expatriados valencianos y todos juntos sorprendieron a los conjurados. El pretendiente, su padre y otro hermano de Abū Zakariya y su hijo fueron ejecutados en el acto. Se mató también a todos los presentes y se reunieron cuarenta y siete cabezas, que fueron llevadas a la alcazaba, mientras sus domicilios eran saqueados y se descubría el sitio secreto en que el sultán precedente había ocultado su tesoro y su arsenal. En esta represión tan sangrienta tenemos el último testimonio de la vida y los hechos de Zayyān b. Mardaniš¹, que aún vivió en el destierro diecinueve años más, hasta 1269 ó 1270.

Al coincidir con la pérdida musulmana de Valencia, vamos a ocuparnos de la vida de uno de los más destacados ingenios que intervino en su desgraciado fin y que, desterrado de su patria, al verla caer en manos de don Jaime I el Conquistador, fue torturado y alanceado en Túnez, donde el sultán ḥaf-sī al-Mustanṣir, y su padre ʿAbū Zakariya lo habían acogido y exaltado, para cerrar con su triste memoria la historia musulmana de Valencia, y dejar a otra pluma mejor preparada el estudio de su vida interna y su cultura, de la que tan brillante muestra es.

¹ Cfr. R. BRUNSCHVIG, *La Berberie orientale sous les Hafsides*, t. I, p. 39.

4. EL HISTORIADOR, DIPLOMATICO Y POETA VALENCIANO IBN AL-ABBĀR

Su nacimiento y primeros años

Muḥammad b. ʿAbd Allāh b. Abī Bakr, que tiene una modesta y recoleta calle en el distrito del Grao de Valencia, fue, no sabemos por qué causa, apodado al Fa'r [el Ratón]; procedía de una familia árabe establecida en Onda, pero nació en Valencia el año 1199, para ser uno de los más ilustres y desgraciados personajes musulmanes nacidos en esta ciudad. Su portentosa erudición histórica, su profundo conocimiento de las tradiciones islámicas, a cuyo estudio dedicó más de veinte años, bajo la dirección del más sabio tradicionista de la época, Abū-l-Rabiʿ b. Salīm; sus extraordinarias dotes poéticas, su intervención directa en los más graves acontecimientos políticos de su patria, y los vaivenes de su azarosa vida, que lo llevaron a la prisión y a una trágica muerte en el destierro, merecen ser comentados una vez más, a través de los estudios que le consagraron los dos grandes arabistas valencianos, Ribera Tarragó y Pons Boigues. Era gobernador almohade de Valencia, cuando nació Ibn al-Abbār, el sayyid Abū ʿAbd Allāh Muḥammad, nieto del primer califa ʿAbd al-Mu'min y padre de los diez hermanos, llamados los Baezanos, que tomaron parte tan activa en la desmembración del imperio almohade. Uno de ellos Abū Zayd, sucedió a su padre en el gobierno de Valencia e hizo de Ibn al-Abbār su secretario, y con él va a Calatayud para pactar con don Jaime y pagarle parias, al tener que evacuar Valencia, donde se había sublevado Zayyān b. Mardaniš. Al retirarse Abū Zayd a Segorbe para pensar en establecerse en Aragón y luego hacerse cristiano, Ibn al-Abbār lo abandona indignado y regresa a Valencia, donde es

repuesto, como secretario, por Zayyān, su último emir musulmán. Enviado a Túnez, al frente de una embajada para reconocer la soberanía del amir ḥaf-sī y pedirle socorro, desempeñó admirablemente su cometido, y la hermosa y emotiva poesía, que declamó ante la corte tunecina, conmovió de tal modo el corazón del sultán Abū Zakariya, que accedió, al menos en parte, a la urgente petición, que se le dirigía.

El exilio

Ibn al-Abbār volvió aún a Valencia, antes de ser tomada por don Jaime, y si sus gestiones diplomáticas no lograron el resultado final apetecido, su poesía, copiada y celebrada en todo el mundo islámico, lo inmortalizó como poeta y como patriota. Al rendirse Valencia, emigró con su familia, primero a Bugía, donde se dedicó a la enseñanza, y luego a Túnez, donde su talento y sus dotes literarias habían merecido tanto aprecio en su primera visita como embajador; fue inmediatamente nombrado jefe de la cancillería, pues el sultán Abū Zakariya recibía con agrado a los muchos musulmanes españoles, que en vez de ir a Oriente, como en otros tiempos, para volver cargados de ciencia, huían ante el avance de la Reconquista a las costas de Africa del Norte, a las que llevaban los elementos de una civilización más refinada. Pero el puesto, que se había concedido a Ibn al-Abbār, llevaba anejo el honor de poner en los diplomas y cartas oficiales la rúbrica del sultán, y había sido desempeñado siempre por un literato del país, y muy pronto con el pretexto de que la caligrafía oriental era más del agrado del sultán que la occidental o magribī, se intrigó para sustituirlo por Abū-l-Abbās al-Gasanī. Resentido por esta degradación, y llevado de su carácter violento y orgulloso, siguió rubricando con el nombre del sultán los escritos, cuya redacción se le había reservado. Al-Ga-

sani y los funcionarios indígenas lo denunciaron; al ordenársele escribir otra misiva oficial y reiterarle la orden de suprimir la rúbrica, no sólo no se atuvo a lo mandado, sino que la escribió con más gruesos caracteres. Repréndido por tal desobediencia, dio rienda suelta a su reconcentrada ira y, arrojando la pluma, se desató en denuestos contra el sultán, quien, al saberlo, hizo que fuese arrestado en su propia casa hasta disponer su castigo definitivo.

El trágico final de Ibn al-Abbār

Al serenarse Ibn al-Abbār en su encierro y meditar sobre su situación, escribió un libro *Iʿtāb al-kutāb* [Reproche de los secretarios], manuscrito de ciento treinta y ocho folios todavía inédito, en el que expone la biografía accidentada y los méritos de los más famosos secretarios de Estado del Islam, quienes, después de perder la gracia de los príncipes, sus señores, la recuperaron nuevamente. Fue perdonado, gracias, sobre todo, a la intervención del príncipe al-Mustanşir, quien puso de relieve ante su padre el mérito de la obra y la intención reconciliatoria que la inspiraba, y luego al subir al trono y tomar el título de califa, lo admitió en el círculo de sus más íntimos privados y lo nombró visir; pero una vez más, su carácter atrabiliario y vanidoso, así como las antipatías y celos que provocó entre los cortesanos, lo arrastraron a un trágico fin. Las intrigas palaciegas, urdidas y fomentadas por el gran visir Ibn ʿAbd al-Ḥusain, favorito del califa, lo envolvieron, como cómplice, en un gran complot contra el trono del califa; se le detuvo y se ordenó un gran registro en su casa, en la que se encontraron papeles injuriosos contra al-Mustanşir, entre los que figuraba este verso:

Tiraniza en Túnez un necio tirano
a quien las gentes llaman malamente Cilifa.

Y el mismo príncipe que lo había sacado de la cárcel y librado de la muerte, a la que lo habría condenado su padre, lo mandó encarcelar en el cuerpo de guardia de su alcazaba; y después de hacerlo torturar con la flagelación, lo hizo matar a golpes de lanza por los negros de su escolta.

Su obra

Sus escritos, que formaban unos cuarenta volúmenes, fueron quemados en el mismo lugar del suplicio; y su cabeza, colgada en una pértiga, fue expuesta al público en una plaza de Túnez. Así termina en 1260, a los 61 años de edad y a los 22 de haber sido tomada Valencia por don Jaime, la atormentada vida de este desterrado, que entre los azares de la guerra y la cárcel, las misiones diplomáticas y los trabajos cancillerescos, encontró tiempo y tranquilidad para llegar a ser un portento de erudición histórica y literaria. Su obra más importante es la *Hu-l-latu-s-siyarā* [la túnica recamada de oro], colección de biografías de los príncipes y grandes personajes musulmanes del Norte de Africa y de al-Andalus, desde la conquista árabe hasta sus días; de la que su editor el severo crítico, Dozy, dice que sin ninguna exageración, se puede ponderar su gran valor, pues contiene infinidad de noticias que en vano se buscarían en otra parte y que ilustran de manera admirable la historia medieval del Islam de Occidente. Otras obras suyas importantes son: la *Takmila* o Complemento, y el *Mu^cṣṣam* o Diccionario, dos repertorios de biografías que editó Codera en los tomos tercero y cuarto de su Biblioteca arábigo-hispana, y que son fuentes de consulta indispensables para el estudio de nuestra Edad Media musulmana.

El juicio de los críticos modernos no puede serle más favorable, atendidas las circunstancias tan adversas de los tiempos en que vivió. Y sin embargo en esa época de desgracias públicas y privadas, aparece Ibn al-Abbār como uno de esos genios que surgen en los días malos de una civilización para salvar su honra y legar su nombre, rodeado de prestigio.

Como poeta, sus versos merecieron ser recogidos en las antologías más cuidadas: así en el *Libro de las Banderas de los Campeones*, encontramos ejemplos de sus delicadas composiciones al alhelí, a los jazmines, y sobre todo a la noria valenciana de su querida patria:

Oh Dios !, qué bella es la noria, que brilla como
una esfera celeste
aunque no haya en ella ningún lucero.
La colocaron sobre el río unas manos que decretaron
que regocijase las almas, mientras trabajaba penosamente.
Parece un hombre libre encadenado,
o mejor un prisionero que marcha libremente.
Como el agua sube en ella para luego bajar,
parece la nube que toma su provisión de los mares
y luego la derrama.
Los ojos la aman porque el jardín es su comensal,
y ella es como un copero que no bebe¹

Puesto que ya hemos admirado la vigorosa entonación con que solicita el socorro para la sitiada Valencia, pasemos por fin a recrearnos con la gracia y flexibilidad de su musa ligera en la "Cita nocturna", cuyo encanto ha sabido conservar Valera en su alada canción:

¹ Adaptación de J. Valera. Cfr. Adolf SCHACK, en *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia*. Versión española (México 1944).

Recelándose medrosa, de la gente que la espía
 con andar tácito y ágil, llegó mi prenda querida.
 Su hermosura por adorno, en vez de joyas lucía,
 al ofrecerle yo un vaso y darle la bienvenida;
 El vino en su fresca boca se puso rojo de envidia.
 Con el beber y el reír cayó en mi poder rendida.
 Por almohada amorosa le presté mi mejilla.
 Y ella me dijo: "en tus brazos dormir anheló tranquila".
 Durante su dulce sueño, a robar mil besos iba,
 mas quién sacia el apetito, robando su propia finca ?
 Mientras esta bella luna sobre mi seno yacía,
 se obscureció la otra luna, que los cielos ilumina.
 Pasmada dijo la noche: ¿ quién mi resplandor me quita ?
 Ignoraba que en mis brazos la luna estaba dormida.

INDICES

1 Sobre Ibn al-Abbār véase además la monografía que dedica a su vida y obra el doctor ^CAbd al-^CAziz ^CAbd al-Ma'jid, editada por el Instituto de Tetuán, Mulay al-Hasan (1373/1954); el y artículo que le dedica LÉVI-PROVENÇAL, en la *Encyclopedie de l'Islam*, t.II, página 374 de la primera edición.

INDICE BIBLIOGRAFICO

- ^cAbd al-^cAziz al-Ahwānī, 23 y 69.
Abū Bakr Muḥammad b. Yūsuf, poeta, 74.
^cAffī Turk, 11, 18 y 19.
Anales compostelanos primeros, 7, 8, 15, 38, 48, 56, 73, 88, 90, 93, 179, 209 y 220.
Anales toledanos segundos, 14 y 16.
Anónimo, Ḥulāl al-mawṣīya, 18.
Anónimo, Mafajir al-Bārbar, 10.
Antuñā, 180.
Arzobispo don Rodrigo, 32 y 33.
Averroes, 62.
- al-Bakrī, 41.
Balparda, 122.
al-Baydāq, Memorias, 124, 140 y 156.
Bel, A., 198.
Beuter, 87.
Brunschvig, 263.
- Cantar de Gesta, 31.
Cantar de mío Cid, 49.
Casado del Alisal, 89.
Codera, 39, 47, 50, 71, 95, 130 y 268.
Conde, 70.
Crónica de Alfonso VII, 14, 54, 60, 77, 78, 92 a 95, y 97.

Crónica conimbricense, 181.
 Crónica de Jaime I, 254.
 Crónica latina de los reyes de Castilla, 172, 216 y 219.
 Crónicas dos sete reis, 187 y 195.
 Cronicón lusitano, 194.
 Cronicón pinatense, 59 y 85.

Chronique latine, 172, 177 y 219.

David Lopes, 244.
 Dozy, 51, 55, 62, 129, 130, 131, 133, 136, 150, 193 y 268.

Gaspar Remiro, G., 262.
 Golziher, 186.
 Gorosterrazu, 209.

al-Himyarī, 21, 63, 123, 147, 157, 207 y 246.
 Historia compostelana, 122.
 Huici, A., 9, 11, 17, 18, 20, 21, 34, 46 a 49, 52, 58, 65, 66,
 71, 72, 134, 137, 146, 150, 156, 179, 187, 196, 199, 204
 206, 211, 215, 217, 245 y 253.

Ibn al-Abbār, 13, 38, 47, 49, 63, 130, 138, 244, 267, 268, 281.
 Ibn Abī Zar^c, 22, 29, 38 a 40, 46, 47, 71 y 296.
 Ibn al-Aṭīr, 47 y 143.
 Ibn Ḥayyān, 41.
 Ibn ^cIḍārī, 8 a 17, 20, 24, 35 a 39, 45, 49, 51, 54 a 58, 60, 62,
 63, 67, 74, 80, 91, 134 a 136, 148, 150, 151, 156, 159,
 165, 166, 185, 186, 189, 196, 198, 200, 201, 207, 208, 216,
 261 y 262.
 Ibn Jalikān, 131.
 Ibn al-Jaṭīb, 12, 18, 55, 70, 134, 135, 137, 138, 140, 145, 183,
 255 y 256.
 Ibn al-Qattān, 22 a 24, 27, 33, 48, 67, 70, 97 y 134.
 Ibn Ṣāhib al-Ṣalā, 140, 151, 152, 155 a 159, 167, 171 a 176,
 180 a 186, 188.
 Ibn al-Sayrafī, 8 y 56.
 Ibn Tūmart, 180.
 al-Idrīsī, 42 y 255.

Jiménez de Rada, 32, 33 y 132.

Lacarra, J, M^a, 34, 45, 72 y 73.
 Lévi-Provençal, 21, 29, 47, 139, 140, 142, 144 y 205.
 Lucio Marineo, 86.

Madoz, 66.
 al-Maqqarī, 130.
 al-Marrākuṣī, 68, 71 y 206.
 Menéndez Pidal, 15.

al-Nuwayrī, 181.

Orderico Vital, 61.

Piles, A., 70.
 Pons, 265.
 Primera Crónica General, 22, 29, 30, 32, 84, 213 a 215.

Raul de Diceto, 195.
 Ribera, J., 265.

Sangorrín, 87 y 88.
 Schack, A., 269.
 Seybold, 255.

al-Tiḡānī, 121.
 Torres Balbás, L., 143 y 158.

Villanueva, Viage literario, 132.

Ximénez de Embún, T., 86.

Zurita, G., 86, 88, 132, 138 y 192.

INDICE DE NOMBRES PROPIOS

al-^cAbbās b. Yahya', cadí, 7.
^cAbd Allāh b. Abī Bakr b. Yanūna, 67.
^cAbd Allāh b. Danūn, 251.
^cAbd Allāh b. Fātima, 12, 17, 19, 21 y 32.
^cAbd Allāh b. Yami^c, 188.
^cAbd Allāh b. Gāniya, 206 y 207.
^cAbd Allāh b. Mardaniš, 129.
^cAbd Allāh b. Mazdalī, 15 y 16.
^cAbd Allāh b. Sarahīl, 148 y 149.
^cAbd Allāh b. Sulaymān, almirante, 143, 145 y 149.
^cAbd Allāh b. Tafaṣīn, 176.
^cAbd al-Malik b. Silbān, 138 y 140.
^cAbd al-Mu'min, 252.
^cAbd al-Rahman b. Mūsā b. Yuṣṣān, visir, 220.
^cAbd al-Rahman b. Wazīr, 244.
^cAbd al-Wahid, jeque, 176.
 Abū-l-^cAbbās al-Gasanī, 266.
 Abū ^cAbd Allāh, sayyid, 194.
 Abū ^cAbd Allāh b. al-Farre, 49.
 Abū ^cAbd Allāh b. Jisāl, 68 y 69.
 Abū ^cAbd Allāh Muḥammad, nieto de ^cAbd al-Mu'min, 265.
 Abū ^cAbd Allāh b. Sa'īd, 252.
 Abū ^cAlias-Sadafī, 49.

Abū ^cĀmir, visir, 18.
 Abū-l-Asbag, visir, 19.
 Abū Bakr b. ^cAlī, 124.
 Abū Bakr b. al-Banna, 241.
 Abū Bakr b. Hūd, 262.
 Abū Bakr b. Ibrahīm, 12.
 Abū Bakr b. Mazdalī, 16.
 Abū Bakr b. Tašfin, 48.
 Abū Bakr b. Tifilwīt, 39.
 Abū Bakr b. Yūsuf, 8 a 10.
 Abū Bakr b. Wasinū, 15.
 Abū Bakr b. Yahya', 16.
 Abū Barda, 186.
 Abū-l-Ḥasan ^cAlī b. ^cIsā b. Maymūn, 121 y 122.
 Abū Ishāq, sayyid, 196.
 Abū Ishāq b. Daniya, 15.
 Abū Marwān b. Jisāl, 68 y 69.
 Abū Muḥammad b. Ašquilula, 253.
 Abū Muḥammad b. Badr b. Warga, 53.
 Abū Muḥammad b. Tinagmār, 49.
 Abū Mūsā, sayyid, 245.
 Abū-l-Rabī^c, sayyid, 201 y 241.
 Abū-l-Rabī^c b. Salīm, 265.
 Abū Sa'īd, jeque, 206.
 Abū Sa'īd, sayyid, 159.
 Abū-l-^cUla b. Mardaniš, 185 y 187.
 Abū ^cUṭmān, alcaide de Lorca, 166.
 Abū Walid b. Rušd, 62.
 Abū Yahya', sayyid, 194.
 Abū Yūsuf, primo de al-Nāšir, 199.
 Abū Zakarīya, sultán ḥafṣī, 191, 263 a 266.
 Abū Zayd al-Hardānī, sayyid, 184 y 252.
^cAbūd al-Dawla, 241.
 Aceca, 94.
 Ademuz, 208.
 al-^cĀdil, 249.
 Agadir, 93.
 Agmāt, 9.
 Aḥmad b. Milhām, 139, 143 y 145.
 Aḥmad al-Yanaštī, 246.
 Aḥmad al-Waqašī, 153.
 Ajarafe, 35.
 Ajarquía, 248.

Alange, 243, 247 y 253.
 Alarcos, 213, 217, 292, 230 y 269.
 Albalat, 14.
 Albacete, 72.
 Albarracín, 11 y 132.
 Albufera, 167.
 Alcalá de Henares, 23, 25 y 210.
 Alcalá la Real, 55 y 143.
 Alcatén, 255.
 Alcanena, 187.
 Alcaraz, 172.
 Alcázar [aldea], 54.
 Alcazarseguir, 151.
 Alcira, 53, 65, 167, 191, 253 y 269.
 Alcocer, 171.
 Alcoy, 15.
 Aldarete, 148.
 Alejandro VI, 28 y 133.
 Alentejo, 197.
 Alfamín, 92.
 Alfaro, 58.
 Alfonso Enríquez, 45 y 193.
 Alfonso I el Batallador, 9, 45, 51, 52, 60, 67, 73, 77 a 83, 89, 91, 129, 204 y 205.
 Alfonso II de Aragón, 191 a 193.
 Alfonso III de Aragón, 88.
 Alfonso VI de Castilla, 19, 22, 23, 30, 37, 47, 51, 66 y 71.
 Alfonso VII de Castilla, 16, 51, 73, 83, 92, 94, 97, 129, 132, 136, 139, 144 a 146.
 Alfonso VIII de Castilla, 131, 170, 172, 177, 179, 193, 201, 202, 209 a 217, 220.
 Alfonso IX, de León, 220, 243 y 247.
 Alfonso X, infante, 262.
 Alfonso Téllez, 209.
 Algarbe, 11, 136, 147, 202 y 244.
 Algeciras, 11, 19, 151, 187 y 242.
 Algodor, 172.
^cAli, alcaide de Oreja, 92, 95 y 97.
^cAli b. ^cAbi Ya'far b. Hamuš, 135.
^cAli b. Gāniya, 207.
^cAli b. al-Hayy, 19.
^cAli b. Ma'fuz, 67.
^cAli b. Yūsuf, 8, 10, 12 a 15, 18 a 21, 23, 25, 31, 32, 35, 37, 40, 45, 47, 60 a 71, 81, 93, 94, 124 y 141.

^cAli b. Wazir, 165.
 Alicante, 15 y 262.
 Alicún de Ortega, 57.
 Almazán, 73.
 Almazora, río, 54.
 Almería, 13, 40, 59, 63, 122, 132, 133, 136, 141 a 146, 167, 168, 243, 249, a 253.
 Alminar, monte del, 180.
 Almodóvar del Río, 29.
 Almuñécar, 57 y 153.
 Alpujarras, 56 y 59.
 Alto Guadiana, 171.
 Alvar Fáñez, 22, 23, 27, 31, 37 y 150.
 Alvar Rodríguez el Calvo, 150 a 152.
 Andújar, 171, 209, 141, 156, 157 y 209.
 Amán, 189 y 206.
 Ampurias, 40.
 Anisa [El Puig], 255.
 Anzul, 55.
 Aragón, 192, 211 y 220.
 Aranjuez, 90.
 Aranzuel, 37, 55, 58 y 63.
 Ares, 255.
 Archidona, 56.
 Argel, 198.
 Argelia, 9, 102, 114 y 188.
 Arguedas, 192.
 Arjona, 245.
 Arqam b. Mardaniš, 189.
 Ascalón, 78.
 Asir, 188 y 198.
 Aspe, 161.
 Atabo [aldea], 148.
 Atba'y, 150.
 Avila, 186 y 192.
 Atlas, 11, 68, 69 y 156.
 Aures, 199.
 Averroes, el mayor, 194.
 al-Awāb, 41.
 al-Azarch, 218.
^cAziz b. Sa'cd, 253.
 Aznalfarache, 158.
^cAzzūn b. Galbūn, 49.

Badajoz, 160, 244, 247 y 253.
 Baena, 55.
 Baeza, 16, 23, 25, 51, 133, 134, 145 a 147, 157, 171 y 215.
 Bagdad, 244 y 249.
 Bahā al-Dawla, 262.
 Balazote, 162.
 Baleares, 65, 122, 188, 198 y 204.
 Balsun [Belinchón], 23, 27 y 33.
 Banū Gāniya, 122, 188, 204 y 207.
 Banū Hammād, 137.
 Banū Hamušk, 134.
 Banū-l-Haḡy, 34.
 Banū Hūd, 134.
 Banū Yumail, 129.
 Banū Jattāb, 261 y 262.
 Banū Mardaniš, 122, 126, 182, 184 y 186.
 Baños de la Encina, 217.
 Bará, Arco de, 40.
 Baza, 139, 143, 157 y 159.
 Badija, río, 21.
 Beja, 135 y 147.
 Bejís, 253.
 Benavente, 212.
 Benimerines, 218.
 Berenguela, reina, 94.
 Berja, 142.
 Besalú, 89.
 Blasco de Alagón, 254.
 Borbotón, río, 178.
 Borja, 46, 47 y 84.
 Bugía, 137, 140, 144, 186 y 266.
 Buhayra [Albufera], 139.
 Buñol, 181.
 Burý Qaballa, río de, 160.
 Burriana, 254 y 255.
 al-Burt, 37.

Cabanes, 15.
 Cabeza de Griego, 21.
 Cabra, 55.
 Cabriel, río, 66.
 Cáceres, 220.
 Cádiz, 40, 122 y 123.

Calahorra, 73.
 Calatañazor, 23 y 27.
 Calatayud, 19, 46, 48, 49 y 265.
 Calatrava, 11, 209 a 212.
 Calatrava la Vieja, 97.
 Campana de Huesca, 129.
 Candespina, 150.
 Caracuel, 37 y 212.
 Caravaca, 57 y 157.
 Carbonera [castillo], 253.
 Carmona, 133, 148, 149 y 211.
 Cartagena, 40 y 157.
 Castalla, río de, 157.
 Castelfabid, 208.
 Castel nuevo, 73.
 Castilla, 83, 93, 192, 202, 211 y 220.
 Castillejo, 158.
 Castro Ferral, 213 y 217.
 Cella, 73.
 Cerdeña, 65.
 Cervera, 40 y 255.
 Ceuta, 124, 125, 143, 145, 185 a 188, 198, 205, 242 y 245.
 Ciudad Rodrigo, 196.
 Cocentaina, 15.
 Coimbra, 47.
 Concejo de Toledo, 218.
 Conde de Barcelona, 81.
 Conde de Chalons, 30.
 Congost de Martorell, 13, 37, 40, 41 y 51.
 Constantina, 148, 198, 199 y 204.
 Constanza, reina, 30.
 Consuegra, 51.
 Córdoba, 10 a 14, 63, 94, 141, 146 a 149, 153 a 162, 165, 167, 171, 242, 246 a 248, 253.
 Coria, 14 y 47.
 Cotanda, 25, 47 a 49.
 Crespo de Grañón, 33.
 Cruzadas a Oriente, 52.
 Cuenca, 65, 170, 178 a 180, 193, 209, 210, y 246.
 Cuesta de los Diables, 180.
 Cuevas de Alcalá, 210 y 218.
 Cuevas de Avinromá, 255.
 Cúllar, 157 y 255.
 Cullera, 65, 66, 69, 70, 255 y 261.

Chisvert, 255.

Daroca, 46 y 49.

Darro, río, 152 y 153.

Denia, 53, 65, 120, 126, 133, 191, 197, 204 a 206, 261.

Despeñaperros, 146.

Diezma, 54.

Diego Alvarez, 92.

Dilar, río, 152.

Domingo Alvarez, 92.

Ebro, 46 y 61.

Ecija, 55, 133, 146 y 248.

Elche, 40, 166 y 181.

Escalona, 92.

Escorial, 23.

Esteban, obispo de Huesca, 73 y 74.

Evora, 47.

Extremadura, 92.

al-Fa'r [Ibn al-Abbār], 265.

Fahs al-Ŷallāb, 156.

Faro de Cádiz, almenara, 123.

Farras, alcaide de Calatrava, 92.

Fath al-Ma'mūn, 35.

Fazzāz [cabila], 245.

Fernando, infante, 209 y 210.

Fernando II de León, 195, 196 y 235.

Fernando III de Castilla, 241, 242, 247, 248, 257 y 259.

Fernando Rodríguez de Castro, 177.

Ferral, castillo, 212.

Fez, 12, 13, 67, 124 y 137.

Forçado, prior, 85.

Fraga, 74, 77 a 81, 89, 95, 129, 137 y 138.

Freires de Santiago, 243.

Fresneda, 146.

Fuente Redonda, en Uclés, 21.

al-Fundūn, 157.

al-Funt, 147.

Ŷarīd, 199.

Ŷidar b. Warqa, 67.

Gabes, 199.

Gafsa, 121, 187, 193 y 199.

Galera, 157.

Gālib b. Mardaniš, 188 y 189.

Galicia, 92, 93 y 122.

Gānim b. Mardaniš, 182, 185 a 188.

García Ordóñez, 22, 24, 27, 31 y 33.

García Romeo, 213.

Gascuña, 220.

Gaspar Remiro, 129.

Gastón de Bearne, 73.

Genil, río, 152.

Génova, 132 y 204.

Gibraltar, 148 y 149.

Gimeno, el giboso, 185 y 192.

Giraldo sem Pavor, 192.

Gómara, 159.

Gonzalo Núñez, 218.

Gran Atlas, 243.

Granada, 11 a 13, 52, 133, 139, 141, 145, 148 a 153, 156, 157, 160, 182, 194, 217 y 251.

Grao de Valencia, 265.

Grasién, 210.

Grecia, 194.

Gregorio IX, 254.

Guadalajara, 13, 14, 209 y 210.

Guadalfeo, río, 56.

Guadalferza, 209.

Guadalquivir, 171, 186 y 209.

Guadiana, 247 y 209.

Guadix, 54, 57, 133, 139, 141, 143, 145 y 150.

Guillén de Aguiló, 256.

Guillén de Entenza, 257.

Guillermo, conde de Poitou, 48.

al-Guštī, 246.

Gutierre Fernández, 92.

Gūzz, tribu turca, 199.

Haḥa, 93.
 al-Ḥamma, 199.
 Haskūra, 48, 165 y 176.
 Hawa, hija de Tašfin, 15.
 Hemochico, 134.
 Hércules, templo de, 123 y 126.
 Hijos de Ibn Mardaniš, 171.
 Hilāl, 167, 168, 181 a 187, 197.
 Himyar, 8.
 Ḥisn al-faraʿy, 158 y 166.
 Homero, 194.
 Huelgas de Burgos, Las, 210.
 Huelva, 187.
 Huércal Overa, 253.
 Huesca, 81, 84, 86 a 90, 99 y 257.
 Huete, 134, 159, 171 a 174, 177, 184, 192, 209, 210 y 218.

Ibiza, 122 y 205.
 Ibn al-Abbār, 260 y 266.
 Ibn ʿAbd al-ʿAzīz, 137.
 Ibn Abī Husain, 264 y 267.
 Ibn al-Aḥmar, 251 y 253.
 Ibn Aʿīsa, 13, 19, 21, 24, 25, 38 y 40.
 Ibn Assām, 262.
 Ibn ʿAṭiya, 144 a 146.
 Ibn ʿAzzūn, 172, 174 y 180.
 Ibn Fātima, 20 a 24, 34.
 Ibn Gāniya, 78, 81 a 83, 91 a 95, 124.
 Ibn Ḥamdīn, 139.
 Ibn Hamušk, 162, 165 a 167, 171 y 172.
 Ibn Ḥarūdus, 139.
 Ibn Ḥūd, 241 a 250, 252, 253 y 258.
 Ibn ʿIyād, 129 y 130.
 Ibn Jaṭṭāb, 262.
 Ibn Jisāl, 68.
 Ibn Mahfūt, 258.
 Ibn Mardaniš, 89, 129, 132 a 141, 144 a 162, 165 a 167, 171 a 172, 178, 183, 189 y 204.
 Ibn Maymūn, de Cádiz, 121 a 124.
 Ibn al-Raiʿ, 167.
 Ibn al-Ramīmī, 243, 250 y 251.
 Ibn Šāhib al-Šalāt, 168.
 Ibn Sid-Abenceta, 93.
 Ibn Sufiān, 167.

Ibn Tufail, 139.
 Ibn Tuzʿīn, 57.
 Ibn ʿUbayd, 152.
 Ibn Yuʿyūʿān, 219.
 Ibn Zarada, 47.
 Ibrahīm, sayyid, 160.
 Ibrahīm b. Abī Bakr, 9 y 10.
 Ibrahīm b. Aḥmad, 134.
 Ibrahīm al-Aḥwal, sayyid, 174.
 Ibrahīm ibn Hamušk, 133, 135, 138, 146 a 155, 159 y 175.
 Ibrahīm b. Taʿayaiast, 47 y 48.
 Idrīs b. Yāmiʿ, 167.
 Idrīs b. Yūsuf, sayyid, 205 y 206.
 Ifrany [Francia], 41.
 Iyilliz de Harga, 48.
 Ifriqiya, 121, 146, 148, 151, 154, 193, 198, 200, 204, 207, 208 y 219.
 ʿImad al-dawla, 11, 18 a 20, 38.
 Inalu, 63.
 Inés de Poitiers, 84.
 Inocencio III, 209.
 ʿIsa b. ʿImrān, cadí, 169 y 184.
 ʿIsa b. Maymūn, 122.
 Ishāq b. Gāniya, 204.
 Ishāq b. Yūsuf, 11.
 Ismaʿīl, sayyid, 183.

Jaén, 11, 25, 133, 134, 147, 149, 153, 216, 217 y 240.
 Jaime I, 183, 190, 191, 248, 253 a 262, 267.
 Játiva, 54, 57, 121, 138, 168, 181, 191, 192, 197, 205 y 253.
 Jérica, 255.
 Jerjes, 194.
 Jerusalén, 73 y 78.
 Jiloca, 46.
 Jorquera, 210.
 Júcar, 53, 65, 172, 178, 179 y 210.
 Jult, tribu, 189.

Lagunas de Ruidera, 172.
 La Losa, desfiladero, 212 y 213.
 Lamtūna, 8.
 Larache, 158.

León, 93, 192 y 216.
 Lérida, 40, 41, 46, 80, 91, 136 y 138.
 Liria, 66 y 73.
 Lisboa, 187.
 Lobo o Lope, rey de Murcia, 133, 183, 191, 252 y 253.
 López de Haro, 212 y 213.
 Lorca, 133, 140, 157, 159, 166, 168, 241 y 252.
 Lucena, 55.
 Luchente, 262.
 Luque, 55 y 156.

Llobregat, 9, 14 y 41.

Kumiya, 168.

Madrid, 209, 210 y 218.
 Magán, 15.
 Magrib, 124, 137 y 154.
 al-Mahdān, 152.
 al-Mahdī, 48, 50, 154, 160 y 165.
 al-Mahdiyya, 121, y 146.
 Málaga, 40, 56, 151, 152, 241, 245, 251 y 253.
 Mallén, 208.
 Mallorca, 38, 42, 204 y 254.
 Mámora, la, 154.
 al-Ma'mūn, de Toledo, 10, 241 a 243, 247.
 al-Ma'mūn, rey de Bugía, 12.
 al-Ma'mūn de Córdoba, 24.
 Manrique de Lara, 177.
 Maracena, 55.
 Mardanišies, 197.
 Mar'î Jamal, 172.
 Mar'î al-Qabdād (Caudete), 180.
 Mar'î al-ruqūd, 151.
 Margaliza, 94.
 Martín Núñez, 218.
 Martínez, 131.
 Martino, conde, 33.
 Marrākuš, 9, 12, 13, 62, 123, 137, 139 a 142, 150, 157, 159, 165, 187, 189, 193, 201 a 204, 210 a 212, 217, 245 y 257.

Marruecos, 67, 97, 142, 144, 153, 154 y 168.
 Marwān b. Sa'īd, 143.
 al-Massi, 136.
 Mastana, 15.
 Mazdalī, 7, 9, 10, 12, 13 a 17, 66 y 92.
 Medinaceli, 19 y 35.
 Menorca, 205 y 207.
 Mequinenza, 77, 91, 136 y 138.
 Mequínez, 57 y 245.
 Mérida, 243 y 253.
 Mesa del Rey, 213 y 214.
 Miklata [cabila], 245.
 Miliana, 198.
 Mira, 220.
 Mocejón, 94.
 Mogador, 93.
 Molina de Aragón, 73.
 Moncada, 255.
 Monegros, 40.
 Monreal del Campo, 46 y 73.
 Montáchez, 243.
 Monte de Abade, 197.
 Monteagudo, 158 y 181.
 Montpellier, 255.
 Monzón, 208.
 Moratalla, 137, 138 y 168.
 Morella, 255.
 Motril, 56 y 57.
 Moya, 206.
 Mudafi^c b. Sa'īd, 252.
 Muḥammad Abi Mahdi, 264.
 Muḥammad b. al-Aḥmar, 245 a 247.
 Muḥammad b. al-Hayy, 12 a 15, 34 a 19.
 Muḥammad b. Hilāl, 168.
 Muḥammad b. Hūd, 262.
 Muḥammad ^cInān, 47.
 Muḥammad b. Isma^cil, 165.
 Muḥammad al-Lihyānī, 264.
 Muhammad b. Mardaniš, 129 y 191.
 Muḥammad b. Maymūn, 125.
 Muḥammad b. Mazdalī, 15.
 Muḥammad b. Sa'īd, 130.
 Muḥammad b. Šāhib al-Basīt, 167.
 Muḥammad b. Šir Ibn Yānūna, 67.

Muhammad b. Tašfin, 129.
 Muhammad b. Yiddar, 74.
 Muḡahid, 65.
 al-Mu^cizz bi-llāh, 10.
 al-Mutaqī^c, 35.
 Muradal, 145, 211 a 213.
 Murcia, 41, 67, 138, 150, 157 a 159, 166 a 170, 181 a 186, 189,
 190 a 192, 198, 201, 248, 250, 261 a 263.
 al-Musta^cin, 18, 20 y 37.
 al-Mu^ctamid, 10, 27, 34, 169 y 182.
 al-Mutawaqil, 262.

Nafis, río, 155.
 Nafta, tribu, 199.
 al-Najil, 241.
 Narbonense, 41.
 al-Nāšir, 204 a 209, 212, 215, 217, 219 y 220.
 Navas de Tolosa, 209, 211, 216 y 217.
 Nazaré, 187.
 Niebla, 248.
 Nivar, 54.
 Noblejas, 92.
 Nuño de Lara, 179.

Ocaña, 92.
 Odiel, río, 187.
 Onda, 253 y 265.
 Ontígola, 72.
 Orán, 16, 122 y 124.
 Oreja, castillo, 7, 14, 92 a 95, 97.
 Oreto, 209.
 Orihuela, 181 y 262.

Palacio real de Huesca, 87.
 Palancares, Los, montes, 179.
 Palestina, 86.
 Palma de Mallorca, 205 y 206.
 Peginas, 14.
 Peña Cadiella, 53.
 Peñascales, Los, 137.

Paramera de Molina, 72.
 Pedro I de Aragón, 89.
 Pedro II de Aragón, 203, 204, 209, 212 a 215.
 Pedro Fernández, 216.
 Pedro de Montagud, 208.
 Pedro Ruiz de Azagra, 132.
 Pedro Tharés, 83.
 Peñíscola, 244 y 255.
 Petronila, reina, 81, 89 y 138.
 Piedrabuena, 212.
 Pinos Puente, 55.
 Pirineo, 40.
 Pisa, 38, 137 y 204.
 Plasencia, 247.
 Polgar, 15.
 Porto de Mos, 187.
 Portugal, 122, 192, 196 y 202.
 Port-Vendres, 41 y 42.
 Pozos de Algodor, 94.
 Prusia, 194.
 Puente del Cabriel, 180.
 Puente del Diablo, 40.
 Puerta de Elvira, 63.
 Puerto del Rey, 213.
 Pulpis, 255.
 Purchena, 84 y 160.

Qala^ca de los Banū Hammād, 198.
 Qarn al-Mugarra, 150.
 Qaşar Masmūda, 151.
 al-Qayrawān, 199.
 Queiles, río, 45.
 Quesada, 166.

Rabat, 9, 145, 150, 151, 153 y 155.
 Rambla de Granada, 63.
 al-Ramīmi, 243.
 Ramiro II el Monje, 81 a 84, 87, 89, 90 y 138.
 Ramón Berenguer III, 38 y 39.
 Ramón Berenguer IV, 79 a 81, 89, 129, 137 y 138.
 al-Rasaqa, 263.
 al-Rašid, califa, 189 y 259.
 Requena, 180 y 220.

Reyo [iklim], 56.
 Ricote, valle del, 137.
 Riyāh, tribu, 156 y 158.
 Rodrigo, don, 217.
 Rodrigo Aznar, 15.
 Rodrigo González, 77.
 Rodrigo Jiménez de Rada, 220.
 Rodrigo Rodríguez, 209.
 Ronda, 150.
 Roupinho, almirante, 185 y 187.
 Rueda, 40.

al-Sabika, 150, 152 y 153.
 Sa^{Cd}, 89.
 Sa^{Cd} b. Mardaniš, 91.
 Sagra de Toledo, 14.
 Sagrajas, 32.
 Sahara, 8, 10, 34, 71, 138 y 207.
 Salé, 9.
 Salīm Abū-l-Rabī^C, 256.
 Salobreña, 57 y 69.
 Saltes, isla, 187.
 Salto del Fraile, 213 y 214.
 Salvatierra, 209, 211 y 212.
 San Cristóbal, cerro de, 143.
 San Juan de la Peña, 90.
 San Martín de Poro, 187.
 San Pedro del Pinatar, 137.
 San Servando, 94.
 Sancho el Fuerte, 192, 208, 212, 214 y 215.
 Sancho de Peñalén, 212.
 Sancho, el de Uclés, 13, 22, 23, 27, 28 y 31.
 Sangronera, río, 157.
 Santa Elena, 216.
 Santa María del Algarbe, 122.
 Santarem, 185 a 187, 191, 193, 196, 197 y 207.
 Santaver, 21.
 Santiago, orden de, 195 y 247.
 Santiberia, 21.
 Sant Ponz de Tomeras, 85.
 Sebú, río, 154.
 Secóbriga, 21.
 Segorbe, 253 y 260.
 Segura, 68, 153 y 157.

Sertella, 208.
 Serranía de Cuenca, 46.
 Serranía de Molina, 46.
 Sevilla, 11, 13, 133, 136, 144, 147 a 151, 156, 160, 165, 168, 169, 171, 183, 185, 186, 192 a 195, 197, 209, 211, 246 248 y 253.
 Sicuendes, 33.
 Sidray b. Wazīr, 165 y 147.
 Sierra de la Mendiga, 187.
 Sierra Morena, 57, 145, 209, 211 a 213, 220.
 Sierra Nevada, 57.
 Sierrerueta, 220.
 Silves, 202.
 Siñilmasa, 9, 48 y 189.
 Sinhāṣa, 159 y 168.
 Sir, 10, 11 y 35.
 Sir b. Abī Bakr, 13.
 Sir b. Mazdalī, 16.
 Sudán, 9.
 Surādiq, 171.

Tajo, 92, 94, 196 y 217.
 Talavera, 19, 21, 35, 37 y 186.
 Tamala, río, 180.
 Tamīn b. Yūsuf, 10, 13, 23 a 27, 45 a 47, 56, 57 y 63.
 Tarazona, 40, 46 y 88.
 Tarifa, 187.
 Tarquino, 85.
 Tašfīn, padre de Yūsuf, 15, 93, 94, y 122.
 Tašfīn b. ^CAlī, 8, 11, 16, 60 y 74.
 Tašfīn b. Tingamār, 12.
 Tassas, río, 150.
 Tavira, 122.
 Taza, 199.
 Templarios, 46 y 78.
 Teruel, 48.
 Terón, río, 78.
 Tinmāl, 48, 154, 168 y 178.
 Tizī-an-ālainat, 48.
 Toledo, 11, 21, 92 a 95, 179, 186, 193, 209 a 212, 219.
 Tomar, 202.
 Torcas, Las, 179.
 Tortosa, 91, 133, 136 y 254.
 Torres Novas, 202.

Torres Torres, 255.
 Transsierra, 92.
 Tremecén, 9, 12, 13, 16, 122, 189 y 200.
 Trujillo, 247.
 Tudela, 46 y 192.
 Tumbos, montes, 179.
 Túnez, 121, 146, 183, 191, 204, 251, 259, 260, 263 a 266.
 Turfüt, 8, 14 y 34.

Ubeda, 134, 145, 147, 217 y 247.
 Uclés, 13, 21, 23, 25, 27, 28, 31, 33, 37, 51, 129, 200 y 210.
 Ulldecona, 254.
^cUmar, sayyid, 156, 159, 166 y 169.
^cUmar b. al-Ḥaṣṣ, 77.
^cUmar Inti, 8, 160, 165, 169, 175.
^cUmar al-Rašid, 188 y 201.
^cUmra, 199, 200 y 201.
 Urgel, 255.
 Urraca, reina, 14, 28, 37 y 60.
^cUtba b. Yahya, 251.
^cUṭmān, sayyid, 142, 148, 151 a 153, 156, 172 y 174.
^cUṭmān b. Abī Ḥaf, 178 y 182.
^cUṭmān b. Ḥami^c, 220.

Valera, 260.
 Vega de Granada, 57.
 Vélez Málaga, 56 y 57.
 Vélez Rubio, 157.
 Vía Augusta, 40.
 Viadangos, 38.
 Vilches, 171, 172, 216 y 218.
 Villena, 181.
 Violante, doña, 255.

Wamaḡūz, 34.
 Wamba, 41.
 al-Warrāq, 80.
 Wātiq b. Ḥūd, 261 y 262.

Yahya, sayyid, 183.
 Yahya, primo de Abū Zakariya, 260.
 Yahya, b. Abī Bakr, 124.
 Yahya b. Arqam b. Mardaniš, 189.
 Yahya b. Gāniya, 12, 36, 125, 204 y 207.
 Yahya b. Muḥammad al-Ḥaṣṣ, 37.
 Yahya b. al-Nāšir, 243 y 245.
 Ya^cqub al-Manšūr, 31, 183, 185, 186, 197 a 203.
 Yintān b. ^cAli, 49 y 74.
 Yūsuf b. ^cAbd al-Mu'min, 134, 135, 144, 147, 148, 154, 155, 159, 165, 168, 171, 174, 178, 179, 186, 187, 191 a 193, 195, 197, 207 y 252.
 Yūsuf II, 219.
 Yūsuf b. Hilāl, 137 y 138.
 Yūsuf b. Muḥammad b. Igīt, 168.
 Ysuuf b. Sa^cd b. Mardaniš, 139, 167, 168, 182, 183, 185, 190, 191 a 194, 197 y 252.
 Yūsuf b. Sulaymān, 151 a 153.
 Yūsuf b. Tašfīn, 8 a 12, 15, 18 a 20, 25, 34, 37, 70, 126 y 141.

Zāfir, liberto, 264.
 al-Zāhira, 171.
 Zallaqa, 32 y 51.
 Zanatas en Valencia, 168.
 Zaragoza, 46, 81 y 257.
 Zayda [Isabel], 29.
 Zaynab, 10.
 Zayyān, 249, 252 a 255, 259 a 263, 266, 183, 191.
 Zorita, castillo de, 148.
 az-Zubār [Azuel], 93.
 Zugab, tribu, 156.

INDICE DE MATERIAS

I. VALENCIA BAJO LO ALMORAVIDES.

1. *El reconquistador almorávid de Valencia* (7). La ocupación almorávid (7). Personalidad de Mazdalī (8). Mazdalī, gobernador de Tremecén (12). Mazdalī, gobernador de Granada (13). Muerte de Mazdalī (14).
2. *El primer gobernador almorávid de Valencia*, ^cAbd Allāh b. Fātima (17). Su nombramiento (17). Nuevo ataque a Zaragoza (20).
3. *La batalla de Uclés y los gobernadores de Valencia y Murcia* (21). La población de Uclés (21). La batalla de Uclés en las fuentes (22). Posible desarrollo de la batalla de Uclés (25). El infante Sancho y la mora Zaida (28). Las leyendas tardías (31).
4. *El segundo gobernador almorávid de Valencia*, Ibn al-Haǧǧy y la toma de Zaragoza (34). La deposición de Ibn Fātima (34). El nuevo gobernador (34).
5. *Los almorávides valencianos en la batalla del Congost de Martorell* (37). La expedición contra Barcelona (37). Algunos errores (39).

II. LAS RELACIONES DE LOS MUSULMANES VALENCIANOS CON LOS CRISTIANOS ARAGONESES.

1. *La toma de Zaragoza y la batalla de Cutanda* (45). Asedio y toma de Zaragoza (45). Las conquistas posteriores (46). Los preparativos almorávides (47). Los contingentes musulmanes (49).
2. *La expedición de Alfonso I el Batallador por Andalucía* (51). Sus perspectivas (51). El paso por Valencia (53). El asedio de Granada (54). La batalla de Aranzuel (55). El regreso (56). Finalidad de esta expedición (58). Los mozárabes (61). Las consecuencias (61).

3. *La batalla de Cullera* (65). Cullera, antigua isla (65). La batalla (66). Los síntomas anti-almorávides (68). La reacción del emir (69).
4. *Los avances de Alfonso I el Batallador hacia Valencia* (72). Los textos documentales (72). Nueva incursión (73).

III. LA ACTUACION DE IBN GĀNIYA, GOBERNADOR DE VALENCIA.

1. *Ibn Gāniya, gobernador almorávid de Valencia* (77). La actuación de Ibn Gāniya (77).
2. *Los valencianos con su gobernador Ibn Gāniya en la batalla de Fraga* (79). El asedio de Fraga (79). Ibn Gāniya (79).
3. *Ibn Gāniya pacta treguas con Ramiro, el Monje. La leyenda de la Campana de Huesca* (83). La sucesión de Alfonso I el Batallador (83). Las versiones antiguas (84). Las interpretaciones modernas (86). Una nueva fuente (88). La ocupación de Mequinenza (91).
4. *El final del gobierno de Ibn Gāniya en Valencia* (92). El asedio de Oreja (92).

IV. EL FINAL DE LA DOMINACION ALMORAVIDE.

1. *La desaparición de los almorávides en Levante* (101). Las primeras sublevaciones anti-almorávides (101). El nuevo gobernador de Valencia (103). Los almorávides abandonan Valencia (103). La fortificación en Játiva (104). La insurrección en Murcia (105). La muerte de Ibn Abī Ya^cfar de Murcia (106). El gobernador valenciano Marwan Ibn ^cAbd al-^cAzīz es depuesto (107). La prisión de Marwan Ibn ^cAbd al-^cAzīz (107). La muerte de Marwān Ibn ^cAbd al-^cAzīz (109). Las taifas almorávides (110). Zafadola (111). La muerte de Zafadola y proclamación del rey Lobo (112).
2. *Los Banū Maymūn de Denia, almirantes corsarios del imperio almorávid* (114). Los almorávides y el mar (114). Denia, base naval (115). Los Banū Maymūn (116). Las expediciones navales de Muḥammad b. Maymūn (118). Ibn Maymūn en Almería (120). Ibn Maymūn y su colaboración en el sitio de al-Maḥdiyya (120). El otro marino Ibn Maymūn (122). El final del gaditano Ibn Maymūn (123).

V. MUḤAMMAD IBN SA^cD, LLAMADO EL REY LOPE.

1. *Ibn Mardaniš, rey de Levante: Valencia y Murcia* (129). Su actuación antes de la proclamación (129). La designación para suceder a Ibn ^cIyad (130). La personalidad del nuevo rey (131). Las relacio-

nes con los cristianos (132). Ibrahīm ibn Hamušk, suegro del rey Lope (133).

2. *Las luchas de Ibn Mardaniš con los almohades* (136). La situación política (139). El primer castigo ejemplar (137). Valencia se rebela contra el rey Lobo (138). El ataque a Guadix y la reconvención almohade (139). La reacción almohade (141).

3. *Alfonso VII e Ibn Mardaniš en la reconquista de Almería por los almohades* (142). Los preparativos (142). El asedio de Almería (143). Alfonso VII e Ibn Mardaniš abandonan Almería (144). Los granadinos reconquistan Baeza y Ubeda (145). Ibn Mardaniš ataca a Córdoba (146).

4. *Los levantinos con Ibn Hamušk ante Carmona y Granada* (148). La conquista de Carmona (148). El califa ^cAbd al-Mu'min, en Gibraltar (149). La conquista de Granada (150). Los almohades entran en Granada (151). La muerte del califa al-Mu'min (154).

5. *La derrota de Ibn Mardaniš en Faḥs al-Yallab, cerca de Murcia, y la sumisión de Ibn Hamušk a los almohades* (156). Ibn Mardaniš pierde Andújar y otras plazas (156). Una derrota de Ibn Mardaniš (157). La expedición almohade contra Murcia (158). Ibn Mardaniš y el dogma almohade (160). Ibn Hamušk, almohade (162).

VI. LOS ALMOHADES EN VALENCIA.

1. *La reconquista almohade de Murcia y Valencia, y la muerte de Ibn Mardaniš* (165). Ayuda almohade a Ibn Hamušk (165). La toma de Lorca (166). Valencia se somete a los almohades (167). La muerte de Ibn Mardaniš (168).

2. *La batalla de Huete y los levantinos* (171). La marcha del ejército (171). La primera conquista en tierra cristiana (172). El primer ataque a Huete (173). Las tormentas (175). Noticias de ayuda cristiana (176). Se levanta el asedio (177). Yūsuf entra en Cuenca (178). El enfrentamiento con los cristianos (179). El regreso por tierras valencianas (180).

3. *La familia levantina de Ibn Mardaniš al servicio del imperio almohade* (183). Los hijos de Ibn Mardaniš junto al califa (183). El califa se casa con una hija de Ibn Mardaniš (184). Hilāl (185). Gānim (186). Los otros hijos de Ibn Mardaniš en Africa (188).

4. *Valencia y Murcia en la campaña de Santarem con el califa almohade Yūsuf b. ^cAbd al-Mu'min* (191). Abū-l- Haḡyāy, Yūsuf gobernador de Valencia (191). Tratos con Alfonso II de Aragón (192). Los preparativos contra Santarem (193). La muerte del califa Yūsuf (195).

5. *Las campañas de Ya^cqūb al-Manṣūr y la sublevación del gobernador de Murcia* (198). La intervención de los mallorquines en Africa (198). Los problemas palaciegos (200). La rebelión del gobernador de Murcia (201). La expedición contra Portugal (202).

7. *El califa al-Nāṣir y la reconquista almohade de las Baleares desde Denia* (204). La lucha con los últimos almorávides españoles (204). La reconquista almohade de Menorca (205). La ocupación de Mallorca (206). Los Banū Gāniya (207). Un contrataque almohade a las costas catalanas (208). Ataques fronterizos (209).

8. *La batalla de las Navas de Tolosa* (211). Los preparativos (211). El paso de Sierra Morena (212). La batalla (214). Valoración de la victoria (216).

9. *La decadencia del imperio almohade y la sublevación del sayyid al-^cĀdil en Levante* (219). Una nueva minoría de edad en el califato (219). Ataques cristianos. El visir Ibn Yuḡyān, desterrado en Chinchilla (291). ^cAbd Allāh, gobernador de Murcia, incitado a proclamarse califa (221). ^cAbd Allāh, nuevo califa, con el título de al-^cĀdil (222). Los contratiempos de al-^cĀdil (223). Al-^cĀdil, en Marruecos (224). Al-Ma'mūn, hermano de al-^cĀdil, nuevo califa (225).

10. *El último gobernador almohade de Valencia* (227). Los antecedentes del gobernador Abū Zayd (227). El sayyid Abū Zayd busca la ayuda de Jaime I (229). Jaime I presta ayuda al sayyid Abū Zayd (230). Abū Zayd se convierte al Cristianismo (231).

VII. EL FINAL.

1. *La rebelión de Ibn Hūd en Levante y el final de la dominación almohade* (237). Los reinos de taifas antialmohades (237). Ibn Hūd nuevo emir ^cabbasī (238). Ibn Hūd, señor de la Andalucía occidental (241). Relaciones del califa al-Ma'mūn con Fernando III (241). Almería e Ibn Hūd (243). Ibn Hūd y el califato ^cabbasī (244). Muḥammad ibn al-Aḥmar, nuevo rey en Arjona (245). Se extiende el territorio de Ibn al-Aḥmar (247). Ibn Hūd no puede recobrar Córdoba (248). La muerte de Ibn Hūd (249).

2. *Zayyan Ibn Mardaniš y el final de la dominación musulmana en Valencia* (252). Un descendiente del rey Lope, en Valencia (252). Las tierras valencianas del Sur reconocen a Ibn Hūd (253). El plan de la batalla (254). La batalla de Anisa (256).

3. *El asedio y la rendición de Valencia musulmana* (259). Zayyān busca ayuda en Túnez (259). Zayyān, rey de Murcia (261). El final del rey Zayyān (263).

3. *El historiador, diplomático y poeta valenciano Ibn al-Abbār* (265). Su nacimiento y primeros años (265). El exilio (266). El trágico final de Ibn al-Abbār (267). Su obra (268).

INDICES 271

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Las crónicas latinas de la reconquista (Valencia 1913), 2 volúmenes.

Las cuentas de Roger de Lauria, en "Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su reino", IV (Granada 1914), p. 57-66, 149-156, 261-268, 369-371; V (1915), p. 102-111.

Colección diplomática de Jaime I el Conquistador (Valencia 1916 y ss.), 6 vols.

Estudio sobre las Navas de Tolosa, en "Anales del Instituto General y Técnico de Valencia", I (Valencia 1916), 196 páginas.

IBN ABĪ ZARĀ, Rawd al-qirtas. Primera traducción española en "Anales del Instituto General y Técnico de Valencia", 3 (Valencia 1918), 454 páginas.

Segunda traducción en "Textos Medievales", 12 y 13 (Valencia 1964), 2 vols.

El anónimo de Madrid y Copenhage, en "Anales del Instituto General y Técnico de Valencia", 2 (Valencia 1917), 208 páginas.

La toma de Salé por la escuadra de Alfonso X, en "Hesperis", París 1952, p. 1-34.

Colección de crónicas árabes de la Reconquista:

I. Al-Hulal al mawṣiyya. Traducción española (Tetuán 1952. Editora Marroquí), 244 páginas.

II. IBN ʿIDĀRĪ, Al-Bayān al-mugrib. I. Los almohades (Tetuán 1953), 342 pág.

III. IBN ʿIDĀRĪ, Al-Bayān al-mugrib. II. Los almohades. (Tetuán 1954), 382 pp.

IV. ABŪ MUḤAMMAD ʿADB AL-WĀHID AL-MARRĀKUSĪ, Kitāb al-muʿyib fi taljīs ajbār al-Magrib (Tetuán 1955), 342 páginas.

Las grandes batallas de la reconquista durante las invasiones africanas (Almorávides, almohades y benimerines). (Madrid 1956), 408 páginas.

Historia política del imperio almohade (Tetuán 1957), 2 vols.

La cocina hispano-magribí durante la época almohade, en "Revista del Instituto de Estudios Islámicos en Madrid", V (Madrid 1957), páginas 137-155.

La participación de los grandes jeques en el gobierno del imperio almohade. 1958. ʿAlī b. Yūsuf y sus empresas en el Andalus, en "Tamuda", VII (Tetuán 1959), páginas 77-122.

Un nuevo manuscrito de "al-Bayān al-mugrib", en "Al-Andalus", XXIV (Madrid 1959), páginas 63-84.

La salida de los almorávides del desierto y el reinado de Yūsuf b. Tašfīn, en "Hesperis", París 1959, páginas 155-182.

El Rawd al-qirtas y los almorávides, en "Hesperis-Tamuda", I (Rabat 1960), páginas 513-541.

Encyclopédie de l'islam (Leyde-París 1960 y siguientes). Artículos varios.

Contribución al estudio de la dinastía almorávide. El gobierno de Tašfīn ben ʿAlī ben Yūsuf en el Andalus, en "Études d'orientalisme dédiées à la mémoire de Lévi-Provençal" (París 1962), páginas 605-621.

Los Banū Hūd de Zaragoza. Alfonso I el Batallador y los almorávides. Nuevas aportaciones, en "Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón", 7 (Zaragoza 1962), p. 7-38.

IBN ʿIDĀRĪ, Al-Bayān al-mugrib. Nuevos fragmentos almorávides y almohades. Texto árabe en "Hesperis-Tamuda", 1962; traducción española en "Textos Medievales", 8 (Valencia 1963), 429 páginas.

Nuevas aportaciones de "al-Bayān al-mugrib" sobre los almorávides, en "Al-Andalus", XXVIII (Madrid 1963), páginas 313-330.

El cadí de Valencia Ibn Yāḥyaf quemado vivo por el Cid, en "Revista del Instituto de Estudios Islámicos en Madrid", XI-XII (Madrid 1963-64), p. 149-167.

Los almohades en Portugal, en "Anais", da Academia Portuguesa da História, II Serie, volume 5 (Lisboa 1964), páginas 11-51.

Kitāb al-tabīj fi-l Magrib wa al-Andalus fi-ʿasr al-Muwahhidin (Texto árabe) (Madrid 1965. Instituto de Estudios Islámicos de Egipto).

Traducción española de un manuscrito anónimo del siglo XIII sobre la cocina hispano-magribí (Madrid 1966. Edición patrocinada por el Excmo. Ayuntamiento de Valencia). 316 páginas.

La lucha del Cid Campeador con los almorávides y el enigma de su hijo, Diego, en "Hesperis-Tamuda", VI (Rabat 1965), páginas 79-114.

IBN ʿIDĀRĪ, Al-Bayān al-mugrib. Tercera parte, texto árabe. 1963-1965.

IBN ŠĀḤIB AL-SALĀ, Al-mann bil-imāma. Traducción española en "Textos Medievales", 24 (Valencia 1969), 256 páginas.

Este volumen III y último de la
Historia musulmana de Valencia y su región
se terminó de imprimir el día
6 de junio de 1970
en la editorial Anubar,
Darío de Valcárcel, 7, de Valencia,
siendo Alcalde la de Ciudad el
EXCMO. SR. DON VICENTE LOPEZ ROSAT.

Laus Deo